N.° Provincial .....

Núm. Local 1869

J. O. N. S.

DE

Flecha Fernando Marquez Horrillo

Edad 6 Prefesión escolar

Domicilio Fabrica 2

FERNANDO MÁRQUEZ HORRILLO

UN FALANGISTA DE FILAS

Fecha de admisión [illegible]

Pueblo [illegible] de [illegible]

de 1936

P. Secretario ~~provincial~~ Local

Brunet

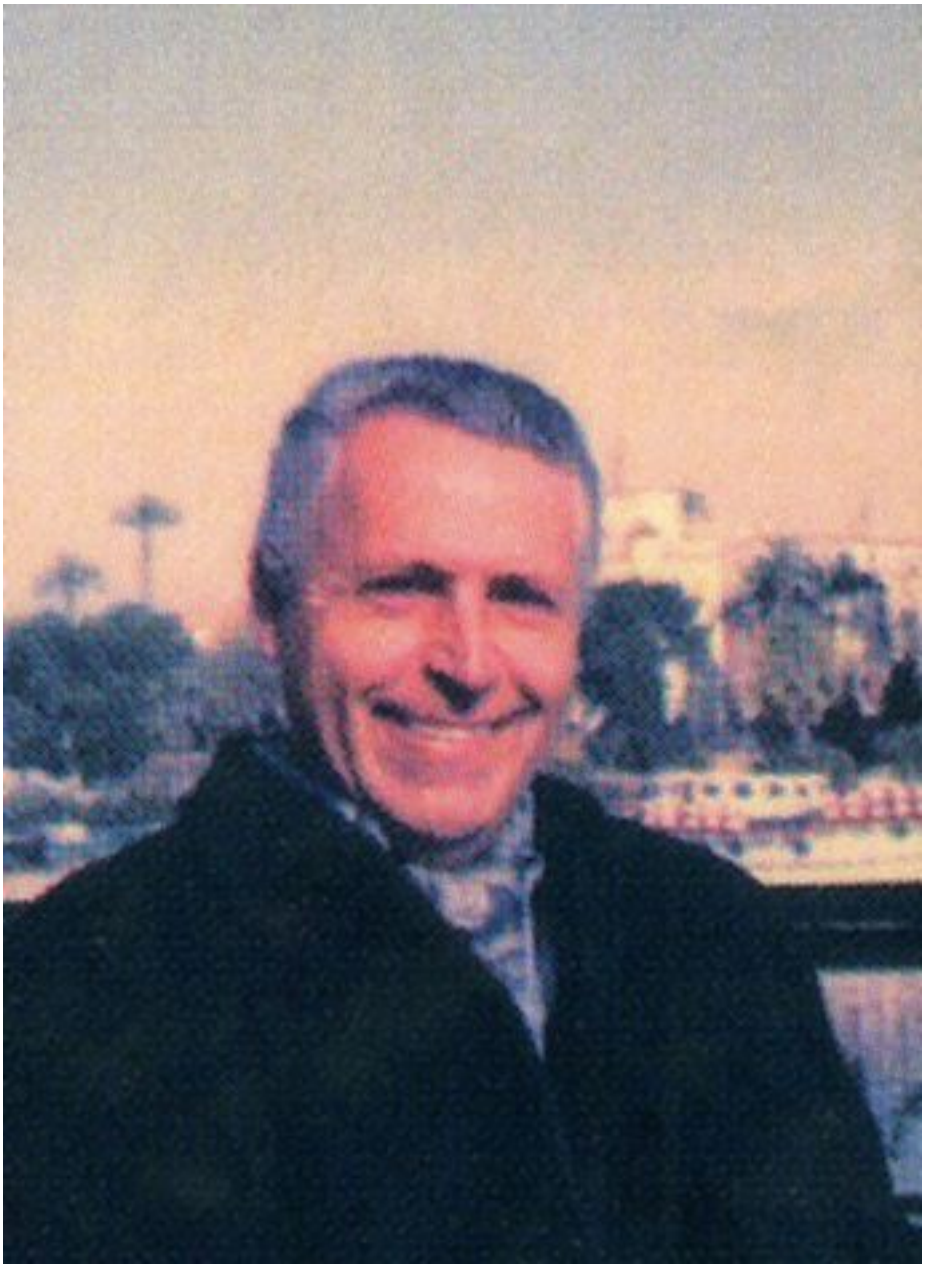
El Jefe Provincial,

[illegible]

Un falangista de filas

Fernando Márquez Horrillo

Falange Española de las JONS



Fernando Márquez Horrillo nació en Peñarroya-Pueblonuevo (Córdoba), en 1930. Se licenció en Derecho en 1956, en la Universidad Central de Madrid, habiendo ejercido como Abogado durante cuarenta años, en los Ilustres Colegios de Ciudad Real, Albacete, Cartagena, Murcia v Madrid. Durante treinta y tres años fue Abogado de una importante Empresa Minera, especializándose en Derecho Minero y en Derecho del Trabajo, así como en el Contencioso-Administrativo.

Posteriormente se ha diplomado en Derecho Comunitario Europeo en ICADE (Universidad Comillas). Políticamente, ha militado en Falange Española de las JONS desde los seis años (1936) como «Balilla», hasta la actualidad, sin interrupción, siguiendo todos los avatares de dicha organización, sin perder en ningún momento el sentido del humor.

INDICE

PROLOGO 5

INTRODUCCIÓN 9

CAPITULO I: de 1936: El Alzamiento Nacional, a 1947: La promulgación de la Ley de Sucesión. 11

CAPITULO II: De 1947 a 1957, en que, tras los sucesos de febrero de 1956, se produce la primera y gran crisis del Régimen. 49

CAPITULO III: De 1957 a 1967, en que se promulga la Ley Orgánica del Estado (Leyes Fundamentales del Reino), que difumina aún más el Movimiento Nacional, desapareciendo de la misma cualquier referencia a la Falange. 116

CAPITULO IV: De 1967 a la muerte de Franco, en 1975, periodo en el que los falangistas vamos siendo arrinconados definitivamente. Desde "La Ley Orgánica del Estado. Los Círculos..etc" hasta "20 de Noviembre de 1975. Muerte de Franco" 126

CAPITULO V: De 1975 a 1989, en que ¡Oh milagro! Se produce la Santa Transición. 138

CONSIDERACIONES FINALES 155

Título: Un falangista de filas

Autor: Fernando Márquez Horrillo

1ª edición: Noviembre 2004

(c) 2004, Fernando Márquez Horrillo

Printed in Spain ISBN: 84-96129-48-9 Depósito Legal: 50.262/2004 Impreso por LIBERDUPLEX C/. Constitución 19 bloque 4 local 1-5 08014 Barcelona.

DEDICATORIA

A mi mujer, María Díez de las Heras, "Mary" para los amigos, que además de esposa y madre de mis hijos, ha sido durante los últimos cuarenta y siete años mi mejor amiga, acompañándome en todas mis aventuras y desventuras, animándome a poner por escrito todo lo que sigue, y compartiendo conmigo una vida algo agitada, pero francamente interesante.

A mis cuatro hijos: Fernando, José Antonio, Cristina y Pablo, los cuales, contrariando la moda imperante entre los hijos de su generación de situarse en posiciones antagónicas a las de sus padres, no solo no lo han hecho, sino que siempre me han apoyado, y cuando ha sido preciso han compartido conmigo las incomodidades que supone el vestir la camisa azul.

A mi hermano Diego, IV Jefe Nacional de Falange Española de las JONS, que ha mantenido y aún mantiene, contra viento y marea, la bandera del Nacionalsindicalismo, a la que ha sacrificado su vida y sus intereses.

Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático.

A mi nieto Alberto, soldado profesional del Ejército del Aire, continuador del espíritu castrense de los Márquez.

Y a todos los que visten o han vestido la camisa azul con honor, con honradez y con dignidad.

Madrid, abril de 2003,

Centenario del nacimiento de José Antonio Primo de Rivera

AGRADECIMIENTO

A mis hijos, Fernando que ha ordenado, corregido y "organizado" éste libro y José Antonio que se ha ocupado de la edición del mismo y sin cuya dedicación no me hubiera sido posible publicarlo.

NOTA DE AUTOR

He dividido mis recuerdos y experiencias en Capítulos o periodos que coinciden, más o menos, con los cuatro periodos o décadas del Régimen de Franco que fueron configurando mi actitud y actividades dentro del mismo, pues los cambios operados al final de cada periodo fueron otros tantos pasos hacia la difuminación, primero, y desaparición después, de la Falange. A ellos se añade un quinto capítulo, que va del inicio de la Transición política hasta 1989.

PRÓLOGO

Con Fernando Márquez, autor de este libro, me liga una antigua, larga y permanente amistad. Este concepto de "amistad" implica, a mi entender, un haz común de creencias y sentimientos a los que se pueden - y hasta se deben - añadir otros tan respetables y hondos como el compañerismo, la camaradería y la hermandad. Estos sin embargo, quedan subsumidos en la idea central de "amistad", no porque ésta los menosprecie o minusvalore sino porque los trasciende y les otorga su exacto peso y su cabal medida.

Una serie de ilustres pensadores desde la antigüedad clásica hasta nuestros días subrayan la importancia de la amistad y a lo que ella obliga. Aristóteles afirma que la amistad es lo más necesario en la vida; Gracián, en nuestro Siglo de Oro, llega a decir que no hay desierto tan duro como el vivir sin amigos porque la amistad multiplica los bienes y reparte los males y constituye el único remedio contra la adversa fortuna y un desahogo del alma; Bergamín, ya en nuestro tiempo, considera a la amistad como una religión, una creencia y hasta un arte.

Nada tiene de extraño que un amigo pida a otro cualquier quehacer, por dificultoso que sea. La petición, en cualquier caso, obliga a quien la recibe porque suele honrarle con la confianza del demandante y ratifica y enriquece la amistad que los une. Estas son, precisamente, las razones que me obligan al solicitarme Fernando que le intente escribir un Prólogo a su libro "Un falangista de filas".

Escribo "intente" con plena conciencia porque, cuando llevado por el entusiasmo amistoso acepté la petición de Fernando, no tenía ni idea de las dificultades que asumía ni del berenjenal en el que me había metido.

Para empezar, el libro de Fernando no constituye unas memorias, tan en boga en nuestros días, ni una autobiografía. El propio autor niega estas similitudes a las páginas que siguen a este prólogo. Para él solo constituyen el relato de las vivencias humanas y políticas en que se ha visto "sumergido" en los últimos setenta años de vida española. He empleado el calificativo de "sumergido" porque, en la mayoría de los casos, no es Fernando el que decide su circunstancia, sino que esta le sobreviene y todo su trabajo - duro, áspero y continuo trabajo - consiste en como logra salvar esa circunstancia porque es plenamente consciente de que ni él salva a ella, se salva él - como diría D. José Ortega - y si ocurre lo contrario él también se pierde.

Las fuentes que Fernando ha utilizado para escribir éste relato no son otras que su propia memoria. Las referencias que en él se hacen a personas, personajes, acontecimientos y sucesos se apoyan solo en la veracidad de su testimonio, aunque pueden constatarse en los numerosos libros que sobre ese largo periodo histórico de 70 años se han escrito.

Con esto quiero decir que el relato de lo acaecido tiene la frescura de lo vivido directamente y carece del adorno de las insoslayables citas de autores, citas que, con demasiada frecuencia, implican el pase de matute de mercancía averiada o la introducción de minas ideológicas que pueden explotar si el autor poco avisado vuelve a pisar terreno ya minado.

Este no es, por tanto, un libro de Historia. Los grandes acontecimientos son registrados por Fernando en cuanto le afectan a él y a sus camaradas y amigos, pero no - al menos directamente - con el intento de analizar sus causas y sus consecuencias. Sí puede ser, en cambio, un libro de intrahistoria, si éste pudiera escribirse. Se relatan como hechos la huella que los grandes sucesos proyectan sobre el trabajo diario de las familias, de los estudiantes, de las profesiones, de los militantes políticos. En éste sentido se puede decir que Fernando relata como hechos la vida normal y ordinaria del pueblo que se desarrolla a la sombra de los grandes sucesos, que no existirían si el pueblo en su trabajo diario no les diese consistencia y realidad cotidiana. El libro es una reflexión sobre la "intrahistoria" de los últimos

70 años de España, vista y vivida por Fernando Márquez. Una reflexión de un falangista de filas.

Esa condición de "falangista de filas" constituye la perspectiva intelectual, moral y política desde la que Fernando enfoca la realidad que le circunda y en la que, humana y vitalmente se va haciendo y creciendo, en la que va labrando su propia personalidad al compás de los acontecimientos de toda índole que le acaecen. Fernando pertenece desde su infancia a la Falange y está en todas sus mutaciones. Está en la Falange Española de las JONS que pretende poner a España en forma mediante la Revolución Nacional; está en la Falange sin la jefatura de José Antonio, a la que sobreviene, por decisión de Franco, necesidades de la guerra civil y exigencia de un Mando único militar y político, la T de Tradicionalista y la avalancha de las juventudes de la Zona sublevada y de todas las fuerzas políticas conservadoras. Está en la Falange que bajo la Autoridad y poder personal, se transforma en Movimiento Nacional; en la Falange que simuló ser totalitaria y en la que tuvo que ser silenciada por exigencias del guión de subsistencia. En la Falange que acompañó el despliegue del nacional-catolicismo, y en la que apoyó el poder de los tecnócratas solicitando junto al Desarrollo económico y social, el Desarrollo y la apertura política. Está, por último, en la que, al disolverse la maquinaria política del Movimiento, con el advenimiento de la Democracia y el Estado de partidos, se convirtió en varios y distintos grupos falangistas, impulsados, en algunos casos, por el morbo de la disgregación.

Las vivencias de las que Fernando da testimonio parten siempre - y eso es lo que les otorga una cierta unidad social e ideológica - de las reflexiones políticas de José Antonio, a las que presta una continua y constante lealtad. Esas reflexiones, mantenidas como retórica oficial durante lo que ahora se llama "el franquismo" no solo sirvieron como "coreografía" de un Régimen sino que, además, impulsaron importantes realizaciones de todo tipo que abrieron para España los caminos de la modernidad.

Sirvieron sobre todo para convertir la Victoria de unos españoles sobre otros en la Paz que, con todas las limitaciones que se quieran, permitió la construcción de una sociedad más moderna y más acorde con la realidad de un mundo que se transformaba en "aldea global", y en el que se iba difuminando la bipolaridad del poder mundial. Sirvieron también para que los españoles más jóvenes pudieran entroncar, cada día con más claridad, con la vena política y cultural, ancha y generosa que recorre nuestra Historia moderna: la España de los "ilustrados" de finales del siglo XVIII, la de los liberales frente al Absolutismo, la de la Institución Libre de Enseñanza, la de la generación del 98 y la de la "alegría del 14 de abril", pronto disipada por los rencores, los odios y la barbarie; la España que surgió de la desesperación de la guerra civil, dispuesta a que nunca se repitiese entre los españoles el drama del enfrentamiento civil, dilema trágico de las dos Españas.

Fue José Antonio, en los años de la II República y los inicios de la guerra civil, quien elevó a la categoría política, social y cultural de "piedra angular" de la concordia española, la necesidad de asumir y superar el legado de las dos Españas. El quiso trascender los odios y los enfrentamientos civiles para alcanzar un proyecto sugestivo de vida en común, basado en el respeto a la dignidad de la persona humana, a su libertad profunda y por ende a sus derechos inalienables e imprescriptibles. Un proyecto fundado en la justicia y en los valores de la Cultura occidental, frente a la amenaza siempre presente de la "barbarie". El proyecto de una Patria común que debe ser obra de todos y en el que todos deben poder desplegar sus posibilidades en la unidad de una Nación moderna y avanzada que se enriquece en el reconocimiento de la personalidad de sus regiones y territorios y en el papel que, como Nación y como Estado, debe jugar en la Unión Europea y en el concierto mundial.

José Antonio supo reconocer, en el turbulento mundo en que le tocó vivir y morir, los valores de la Derecha y de la Izquierda y su necesaria integración en un proyecto sugestivo de concordia nacional. Su último pensamiento que constituye su auténtico testamento político: "Ojalá fuera mi sangre la última que se vertiera en contiendas civiles", coincide dramáticamente con la angustiosa demanda de "Paz, Piedad, Perdón" que Azaña dirige a

todos los españoles ante el final de la guerra que presiente y con la amarga reflexión de Indalecio Prieto que lamenta la incapacidad de los políticos españoles del momento para alcanzar un entendimiento recíproco que descubriese todo lo que une a los españoles y como se puede siempre superar lo que los separa.

Por eso José Antonio, iniciada ya la guerra civil, se ofreció al Gobierno de la República para mediar en la contienda y evitar, en lo posible, sus terribles consecuencias. Trazó incluso el diseño de la política que, en aquellas circunstancias, debía desarrollarse y hasta el nuevo Gobierno que podía llevarla a cabo. Pero era ya demasiado tarde.

El relato que Fernando hace de los 70 años que él ha vivido, se inicia precisamente a raíz de estos hechos. En él pasan la España que ha de reconstruir su propia vida; la España que debe sortear los peligros dela II Guerra Mundial; la que va conquistando la paz, primero en el más absoluto aislamiento internacional y después, paulatinamente en el reconocimiento de los países occidentales; la España de la estabilidad económica y el Desarrollo social; la España del gran cambio social y los primeros atisbos de modernización; la España que se abre a una inicial prosperidad, aunque nunca a la modernización política.

No es tarea fácil. En el relato Fernando ha de explicarse a sí mismo - y ahora a sus lectores - las contradicciones profundas del Régimen al que él es leal y asumir las consecuencias de las mismas. Y todo ello desde su posición, nunca desmentida, de "falangista de filas".

El valor de este relato consiste, a mi entender, en que Fernando lleva a cabo esta difícil tarea sin una gota de resentimiento, sin una actitud de odio o enemistad. Comprende a las personas, pero no ceja un ápice en su lealtad al ideario que, desde su infancia, le ha marcado. No es que se sitúe "más allá del bien y del mal". Las cosas y los acontecimientos en los que participa son acogidas y comprendidas desde el camino de la crítica, pero el fondo de esa crítica no es la amargura, sino una cierta melancolía teñida por un sentido del humor cuyas raíces hay que encontrar entre Chesterton y Cervantes, entre el humor anglosajón y la alta sorna castellana y manchega. El sabe muy bien que los molinos son molinos y los gigantes son gigantes pero si hay que arremeter contra los molinos como si fueran gigantes, se ve fuertemente tentado a hacerlo sin que le tiemble el pulso. Después, eso sí, de advertir a sus camaradas y amigos de la confusión en que, los altos designios, los han metido. Por eso su sentido del humor es siempre sosegado y solidario.

Fernando descubre muy pronto que la politica española - y, tal vez, cualquier politica - consiste, se asemeja, a una rueda giratoria en la que la continua sucesión entre "nosotros" y "ellos" constituye su motor esencial. Unos, "nosotros" somos los "buenos", ellos, los "otros" son los "malos".

En cuanto "buenos" los españoles en la II Guerra Mundial fuimos, en su gran mayoría, "germanófilos" y "fascistas"; después de la derrota del Eje fuimos "aliadófilos" y demócratas, si bien éstos se adjetivaban como "orgánicos". En cuanto "buenos", en la posguerra española, los españoles fuimos católicos "a macha martillo"; después del desarrollo, la emigración de nuestros trabajadores y el Concilio Vaticano II nos convertimos en ejemplo señero de tolerancia, relativismo y descreimiento. En cuanto "buenos", durante el franquismo los españoles rendimos culto a los valores morales más estrictos; hoy somos la "tierra prometida" del desgarro moral. No es mala filosofía desde la que se puede contemplar el devenir de 70 años.

Una de las contradicciones más difíciles de superar para un "falangista de filas" es, sin duda, lo que implicaba los dos grandes objetivos del propio franquismo. Por una parte la Revolución Nacional Sindicalista que debía vertebrar el Estado y lograr la transformación y modernización de España. Por la otra la Monarquía social y representativa, en la que los falangistas cifraban todos los desastres sufridos por España desde hacía dos siglos.

Los falangistas debían lealtad a Franco como Jefe Nacional del Movimiento y conductor de esa Revolución, pero no a la Monarquía que él proclamó desde la Ley de Sucesión como objetivo sustancial a largo plazo, cuando se cumplieran las "previsiones sucesorias". La realidad es que el "ritmo político" de Franco ante este dilema consistió esencialmente en la dilación de uno y otro objetivo, alentando a unos para frenar el ímpetu excesivo de los otros. La transformación de España fue innegable, pero se sirvió de los falangistas solo como "séquito" personal, movilizados de concentraciones y manifestaciones y como "impulsores intermitentes" de importantes realizaciones sociales. El peso de esa transformación, ya en los años 60, quedó en manos de la tecnocracia apolítica.

La instauración de la Monarquía sufrió una “larga marcha" en la que los monárquicos tuvieron poco que hacer. Ni siquiera desempeñaron un papel fundamental en la transición politica, obra, en parte, de personalidades procedentes del Movimiento.

Cada paso que el Jefe del Estado daba en una u otra dirección suscitaba la adhesión de los falangistas - al menos de los falangistas oficiales - o su atemperada y vigilada rebeldía. Entre lealtad y rebeldía transcurrió la intrahistoria de los falangistas durante el franquismo, concentrada, sobre todo, en las organizaciones juveniles y la extraordinaria labor de la Sección Femenina. El poder personal de Franco fue atemperando hasta llegar a las "previsiones sucesorias". En su testamento político Franco no se acordó ni de la Falange ni del Movimiento, reducido ya "en la comunión de los españoles en los Principios fundamentales". Posiblemente no debía hacerlo. Los falangistas habían perdido todo peso político y habían acumulado varios sacos de lealtades y silencios.

Fernando Márquez narra todo esto con singular gracia y acierto. En su relato aporta, además, datos nuevos e importantes en relación con los sucesos y acontecimientos de los que da cuenta. Pienso que su labor en este libro no puede caer en el olvido. Forma parte de la vida de muchos españoles que han superado ya la madurez. Está relatada con elegancia y optimismo. Tiene "estilo". Fernando sigue siendo "un falangista de filas". Desde esas filas ha construido un observatorio inteligente y profundo y nos presenta un haz de recuerdos rigurosos y entrañables. También nos invita a la esperanza. Personas como Fernando no dejan transcurrir su vida en balde, Ni dejan tras de sí el vacío humano y político que algunos desearían constatar.

Por mi parte solo he querido cumplir, en la medida de mis posibilidades, el encargo de Prólogo que me hizo. Y recordar el viejo aforismo: "Solo el amor es más fuerte que el fracaso y que la muerte". El amor a España lo es.

Eduardo Navarro Álvarez Enero 2004

INTRODUCCION

Lo que a continuación se relata no es una biografía. Tampoco pretende ser un libro histórico: para ello tendría que ponerme a copiar lo que han escrito antes multitud de historiadores, que a su vez han copiado lo que han escrito otros historiadores, y así hasta Adán y Eva, que encima, no existieron. Así que no voy a hacer nada de eso.

Me voy a limitar a relatar mis vivencias a lo largo de los últimos setenta años, que son los que tengo en estos momentos. Pero que no se asuste el audaz lector: fundamentalmente voy a relatar mis vivencias políticas, que desde luego puedo garantizar que son verdaderas. Y no voy a utilizar más fuentes que mi memoria, que por el momento es excelente, aunque es posible que trastoque alguna fecha o algún nombre.

¿Y porqué molestarme en escudriñar los recovecos de mi memoria a éstas alturas de curso?. Pues más que nada por el asombro que me produce que ahora me cuenten lo que yo he vivido presuntos historiadores - de esos que se copian unos a otros - muchos de los cuales no habían nacido cuando se produjeron los hechos, o que a lo sumo eran mamones (de la leche materna) o estaban instalados en la adicción a los potitos y al Cola-Cao. Éstos cretinitos de diverso pelaje sientan cátedra ante sus admiradores con un desparpajo parejo a su ignorancia, y tergiversan la Historia de forma tan indignante, que los que hemos vivido muchos de los acontecimientos que relatan asistimos perplejos a tamaños dislates, dudando a veces de si habitamos el mismo planeta que ellos.

Así que voy a contar las cosas tal y como las viví. Naturalmente, yo no soy ni objetivo ni aséptico, por lo que mis opiniones van a ser casi siempre favorables a "los nuestros", que para eso son los nuestros, pero sin pasarme, pues en todas partes se cocieron habas.

A lo largo de mis setenta años he asistido a variados y cínicos "chaqueteos" políticos de mis compatriotas, sabiamente dirigidos por los políticos de turno, y he visto como los "buenos" de ayer se transformaban en los "malos" de hoy, y viceversa.

Actualmente a los "nuestros" les toca ser los "malos" de la película, en justa reciprocidad por haber sido los "buenos" durante casi cuarenta años, (que ya es ser buenos) así que, a jorobarse tocan, y cartuchera al cañón.

Por supuesto, éste trajín histórico del cambio de papeles - ce buenos a malos y viceversa -, no es exclusivo del pueblo español, sin que está muy extendido por esos mundos de Dios; lo que pasa es que a los españoles se nos nota todo mucho, y resulta especialmente chocante. Por poner un ejemplo: Yo he leído hace unos años - ya en plena y gloriosa transición democrática - unas declaraciones de una buena señora a la que conocí en su día ocupando un cargo remunerado en el SEU de FET y de las JONS (en el que hacía alarde de su acendraa falangismo cada lunes y cada martes), en las cuales venía a decir que estuvo en dicho cargo en plan de "espía", pues ella, ya entonces en una demócrata de aquí te espero, lo que pasa es que tenía que disimular. (Desde luego lo que no hizo, que yo sepa, fue renunciar a su nómina a favor de los huérfanos de Demócratas sin Fronteras).

También veo, con asombro, como individuos que fueron funcionarios de la Censura durante el Régimen de Franco, se han convertido ahora en "censores" de aquella Censura y en los críticos más severos de un Régimen que ellos mismos sostuvieron durare cuarenta años.

En el fondo lo que ocurre es que a la gente le gusta estar cono Poder (o sea, con el dinero) y cuando el Poder cambia de mane, cualquier pretexto es bueno para acomodarse a la nueva situación, El ejemplo más clamoroso en la Historia reciente de España lo termos en la caída de la Monarquía en 1931, a manos de una República sedicente, tras unas elecciones municipales - en las que por supuesto no se cuestionaba la forma de Estado - ganadas por las candidatura monárquicas a nivel nacional. Sorprendentemente, el triunfo e atribuyó a los

republicanos, porque en las grandes ciudades habían ganado los candidatos republicanos, y claro, sus votos, al parea, valian más que los de los catetos de pueblo.

CAPITULO I

PRIMERA INFANCIA

Mis recuerdos de la primera infancia - antes de cumplir seis años - son, como puede comprenderse, escasos y aislados, pero nítidos y concretos, casi fotográficos. Tengo recuerdos muy claros de mi abuelo materno, Fermín Hornillo Infante, que fue médico de Peñarroya (Córdoba) hasta su fallecimiento en 1936, a poco de comenzar la Guerra. Seguramente no pudo resistir el espectáculo de barbarie que se inició aquel año, y en cuyos primeros meses cayó asesinado uno de sus hijos, Carlos Hornillo Manzanares y uno de sus yernos: Amador Martín. También vio partir hacia el frente a sus otros dos hijos varones: Fermín y Manuel Hornillo Manzanares, amén de otras desgracias familiares. Su corazón, ya enfermo, no pudo aguantar más y se paró definitivamente.

Mi abuelo era un hombre de extraordinaria personalidad: Alto y fuerte, con una voz atronadora y unos grandes bigotes a lo "Kaiser", fumador de pipa y aficionado a la caza. Atendía como médico no solo al pueblo de Peñarroya, sino a todas las aldeas y cortijos en muchas leguas - entonces las distancias se medían por leguas - a las cuales se desplazaba en un caballo de su propiedad, y lo mismo atendía partos que apoplejías, gripes que infartos; en invierno y en verano, con lluvia o con sol, allá que iba Don Fermín a donde lo llamasen.

Algunas veces nos llevaba de caza a mi hermano o a mí, y nos confiaba la misión de llevarle el sillín, una especie de sillita triangular de cuero, con tres patas y plegable, en la cual se sentaba, en el puesto, a esperar la caza. A nosotros, para que nos estuviésemos quietos, nos decía que ni nos atreviésemos a levantar la vista, pues los cuervos estaban al acecho y podían sacarnos los ojos. Así que nos quedábamos como paralíticos, mirando fijamente al suelo y sin rechistar.

Un día nos llevaron a casa del abuelo a los dos hermanos, a pasar allí la tarde. Las hermanas de mi madre, juguetonas ellas, nos peinaron artísticamente, con una especie de "lengua de vaca" en la frente, con lo que, según ellas, estábamos guapísimos. De semejante guisa nos introdujeron en el despacho del abuelo, que estaba el hombre tan tranquilo leyendo y fumando su pipa. El bueno del abuelo 11 vernos entrar, levantó la vista del libro, reparó en nuestros artísticos peinados, y gritó con su voz atronadora: ¿Pero donde van estos des maricones? Ni que decir tiene que salimos del despacho enfurecidas como dos tigres, y la emprendimos a patadas con las "peluqueras' que se morían de risa tras someternos al escarnio aquél.

También recuerdo haber pasado temporadas en una fina, llamada La Segoviana, donde me familiaricé con el campo y todos los bichos que lo habitan. Aquella finca, que supongo yo que mis abuelos alquilaban para pasar temporadas, seguramente en verano, carecía de luz eléctrica y de agua corriente - el agua había que sacarla de un pozo, y lo le la luz se suplía con candiles o lámparas de carburo - lo que le daba un mayor aliciente, al menos para mí, pues la reunión de la familia alrededor del candil se prestaba a los relatos fantásticos, generalmente terroríficos, con lo que nos íbamos a la cama cagaditos de miedo pero felices, pues a los niños de mi generación lo que más nos gustaba eran las historias "le miedo". Parece ser que a los niños de ahora esas cosas les producen "tramas", que no se sabe muy bien lo que es, pero que queda muy fino. A mí no me ha pasado nada de eso, y tengo verdadera nostalgia de nuestros "monstruos" de la infancia: El Tío del Saco, El Sacamantecas, El Lobo, El Camuñas, La Viuda Negra, y tantos y tantos otros personajes más o menos siniestros, que alegraron mis primeros años.

Pero todo aquello estaba a punto de cambiar. Los entrañables monstruos de mentiriillas iban a ser sustituidos por otros de verdal, que se iban a emplear a fondo durante casi tres años.

FEBRERO, 1936

Tras las elecciones de febrero de 1936, ganadas por el Frene Popular, que agrupaba a todos los partidos políticos de izquierdas, el ambiente político se enrareció mucho más de lo que ya lo estaba, tras la Revolución de Asturias de 1934, organizada por el PSOE y la UGT, (también la Izquierda da sus golpes armados) y su consiguiente represión por el Gobierno de la República, que metió en la cárcel a unas treinta mil personas, mas o menos implicadas en el fallido golpe de Estado. Se olía en el aire el afán de revancha, y las masas ya se habían echado a la calle, quemando iglesias y conventos, que es lo primero que se le ocurre al personal cuando se cabrea a gran escala.

Nuestro pueblo, Peñarroya-Pueblonuevo del Terrible, centro de una importante cuenca minera carbonífera, no escapaba al ambiente crispado que sucedió al triunfo del Frente Popular en las elecciones. La clase obrera miraba con desconfianza, si no con odio, a la clase media de la que sospechaba que votaba a la Derecha, horrendo delito que muchos iban a pagar caro meses después.

Yo, como es lógico, a mis cinco años ignoraba todo esto, pero pronto fui puesto al día por un par de "intelectuales" de izquierdas:

Míralos: Esos son los hijos de los "fascistas". Mi hermano y yo, que a la sazón contábamos siete y cinco años, apenas levantamos la cabeza para mirar a dos mujeres gordas que nos observaban a través de la empalizada del jardín de nuestra casa. Inmediatamente volvimos a sumergirnos en la apasionante tarea de arrear, con sendos palitroques, a un rebaño de cochinitas, esa especie de insecto acorazado, que a la menor alarma se convierte en un bolita, y en qué te ves para que se vuelva a estirar y a caminar como un bicho decente.

Pero la frase de aquellas gordas se me quedó grabada en la mente: Por primera vez en mi vida, y aunque fuese a título hereditario, me habían llamado fascista, denominación equívoca donde las haya, pero que habría de oírla, generalmente aplicada como insulto, muchas veces en mi vida.

Supongo yo que debía ser Carnaval, porque a mi madre se le había ocurrido vestirme con un uniforme de Guardia de Asalto, con dos estrellas de Teniente en la gorra y sobre las bocamangas. El millar en potencia que siempre ha habido en mí, se esponjaba de satisfacción, dentro de aquel uniforme. Había salido a lucirlo por mi barrio, una colonia de chalets en la que vivían los empleados - algunos de ellos franceses - de la empresa en que trabajaba mi padre. De repente, del jardín de uno de los chalets salió un gigantesco perro-lobo, propiedad de un Ingeniero francés, que se abalanzó sobre mí hecho un basilisco. La huida se imponía; como pude, me libré del perro, no sin perder la gorra y una de las estrellas de la bocamanga, y emprendí una veloz carrera hacia mi casa. Cuando llegué a la puerta del jardín, ;in aliento, me di de manos a boca con un niño mal vestido que, señalándome con un dedo sucio empezó a gritar: ¡Andá! ¡un guardia de Asalto con melenas!. Hay que aclarar que, por aquellas fechas, a los niños "finos" nos dejaban crecer una melenita, no sin furiosa oposición por nuestra parte. La mía era rubia, e indudablemente no iba muy bien con el uniforme del austero Cuerpo de Asalto. El caso es que la burla de aquel alevín de proletario dio de lleno en la diana de mi dignidad, así que, empuñando la llave de la puerta del jardín, de buen tamaño, ene fui hacia él y se la estampé en la cabeza rapada. El niño salió huyendo, abandonando el campo, mientras yo con mi honor lavado repasaba los arañazos que me había ocasionado el perro.

Sin saberlo, había tenido mi primer encuentro con las derechas - el perro del Ingeniero - y con las izquierdas, representadas por el niño proletario. Y yo en medio, de fascista. Tócate las narices. Y así sesenta y cinco años.

JULIO 1936

Una mañana nos despertó a mi hermano y a mí un extraño y amenazador pitido que no habíamos oído nunca. Luego me enteré de que aquello era una sirena. Casi inmediatamente apareció nuestro padre en el dormitorio, y sin decir palabra nos cogió en brazos y nos llevó al sótano de la casa. Hasta allí llegaba, más atenuado, el lúgubre pitido Un poco después comenzó a oírse un ruido de motores que cada vez se acercaba más. Cuando los motores parecía que estaban encima de nuestra casa, comenzaron a oírse explosiones, acompañadas de un lejano tableteo. Por las caras de los mayores dedujimos que todo aquello no era precisamente una fiesta, en vista de lo cual yo me puse a llorar. Más adelante me enteré de que habíamos sufrido nuestro primer bombardeo. Luego habían de repetirse con gran frecuencia, y lo que al principio me provocaba un terror indescriptible, acabó siendo una diversión más en aquella guerra, que desde las perspectiva de mis seis años, traía sorpresa tras sorpresa, a cual más apasionante. Acabé tratando, como el resto de los niños, con gran familiaridad a los al principio temidos aviones: A una avioneta pintada de verde, que solía preceder en unas horas a los bombarderos, posiblemente en misión de reconocimiento, le llamábamos "la chivata", denominación que le iba al pelo, pues evidentemente se "chivaba" a sus hermanas mayores, "las pavas" - a las que yo, más técnicamente, aunque con las limitaciones propias de mi edad, llamaba "primotores" (trimotores), las cuales se presentaban después y armaban la marimorena.

Un buen día se presentó en mi casa un grupo de milicianos, a efectuar un registro, para ver si teníamos armas. Lo de las armas era una verdadera obsesión para "el Comité", que era quien mandaba en el pueblo - y en todos los pueblos - desde que se conoció el alzamiento militar. El poder de la República, como Estado, había desaparecido casi por completo, y el Orden Público - o el desorden, según se mire - estaba en manos del "Comité", compuesto por representantes de la FAI-CNT, PSOE y Partido Comunista, los cuales disponían de milicias armadas que se habían adueñado de las calles, y que campaban por sus respetos. Grupos de éstas milicias eran los que se dedicaban a los registros, previa selección de las casas a registrar, que eran las de los "fascistas". Por "fascista" se entendía todo lo que oliese a Derechas, burguesía, curas, Monarquía, Ejército, y un largo etcétera; se podía ser acusado de fascista por usar corbata, tener las manos sin callos o ir a Misa los domingos. En mi padre concurrían varios de éstos nefastos vicios: Iba a Misa, usaba corbata, en su condición de empleado administrativo de la Sociedad de Peñarroya - en la cual desempeñaba el puesto de Jefe de la Secretaría de la Dirección - y era sospechoso de votar a la Derecha; Así que estaba claro: Había que registrar su casa, que seguro que era un auténtico polvorín.

Los aguerridos milicianos llamaron enérgicamente a la puerta, y salió mi madre a abrir. Antes de que pudiese abrir la boca, el jefe del grupo le espetó: ¡Las armas! ¿dónde están las armas?. Mi madre, que no salía de su asombro, preguntó: ¿Qué armas? ¡Pues las que tenéis escondidas todos los fascistas! ¡Venga! ¡vamos a registrar!.

El grupo entró en tropel, y empezaron a registrar habitación pop habitación, sin encontrar "las armas" por ninguna parte. Yo les seguí divertidísimo, pues los fusiles que portaban y los uniformes todos distintos entre sí y de confección casera - me llamaban mucho la atención. Lo peor de todo era el olor a pies: casi todos llevaban alpargatas de cáñamo, y la mezcla del sudor con el cáñamo producía unos efluvios como de queso de Cabrales, que me empezaba a marear. Viendo que no había armas de clase alguna, el jefe, que era el intelectual del grupo, empezó a fijarse en detalles: Con aire de triunfo señaló una pequeña imagen de la Virgen que tenía mi madre en la cómoda de su dormitorio, y dictaminó: Eso no se puede tener. Está prohibido. Y eso también está prohibido. Se refería a una caja de hojalata, de las que se vendían en aquella época conteniendo dulce de membrillo, que estaba en el armario del dormitorio, y que mi madre, una vez que consumimos el dulce, la usaba como caja "de la costura". Pero la maldita caja, en su tapa, estaba decorada con una especie de matrona, que se adornaba con la bandera de España: Roja, amarilla y roja. Como es sabido, la República cambió la bandera, sustituyendo una de las franjas rojas por otra

morada. Mi madre, ya un poco harta de aquel imbécil, le dijo que si aquellas eran todas las armas que habían encontrado, ya se podían ir por donde habían venido. Los milicianos dudaron: ¡Deberían requisar el "cuerpo del delito?". Finalmente, después de algunos cabildeos, decidieron marcharse, dejando en su sitio la imagen y la caja rebelde, pero no sin advertir que nos anduviésemos con cuidado y que no provocásemos al Pueblo.

Unos días después detuvieron a mi padre, sin ninguna acusación concreta; pero a las veinticuatro horas lo pusieron en libertad, previa fianza de quinientas pesetas, que pagó la Sociedad de Peñarroya, pues en mi casa no se recordaba haber visto junta tal cantidad jamás.

Poco después comenzaron los fusilamientos. Por suerte, y a pesar de ser Peñarroya-Pueblonuevo una zona minera, no hubo grandes masacres, debido a que los mineros fueron encuadrados en varias columnas y enviados al frente de Córdoba, que ya estaba en poder de los Nacionales. Sin embargo, una noche se presentó en el pueblo un grupo de milicianos procedente de Villanueva del Duque, reclamando a los "fascistas" presos para fusilarlos. Entraron en el Ayuntamiento, donde estaban detenidas varias docenas de personas, y sin más miramientos los pusieron contra el muro que cerraba "el Cerco" (mala traducción del francés "le Cercle'~ y empezaron a asesinarlos.

El Cerco en cuestión era un recinto donde estaba situada la residencia del Director de la Sociedad de Peñarroya, con un gran jardín y algunas instalaciones que usaban los Ingenieros y el personal titulado como lugar de esparcimiento; de ahí lo del "Cercle".

Al oír las descargas, El Director, que estaba el hombre durmiendo, se levantó, se puso un elegante batín de seda roja y se presentó ante los asesinos, identificándose como el Cónsul de Francia (El Director de la Sociedad de Peñarroya desempeñaba el cargo de Cónsul honorario de la República Francesa, debido al gran número de empleados franceses que había en la misma y a los intereses franceses en la minería de la zona). El bueno de D. José Le Rumeur - que así se llamaba aquél valiente -, echándole un par de cataplines al asunto, ordenó a aquellos cafres que dejasen de disparar sobre los presos, todo a grandes voces y con ademanes enérgicos, bajo amenaza de poner aquello en conocimiento de su Gobierno, pues todo el Cerco estaba bajo soberanía francesa, como lo indicaba la gran bandera azul blanca y roja que había izado en el mismo. Le Rumeur, chapoteando sobre la sangre de los que ya habían sido asesinados, se puso frente a los fusiles, para impedir que siguieran los asesinatos.

Los milicianos, impresionados por el gesto de valor de aquél hombre, se miraron entre sí, dudando entre matarlo también a él o largarse, por si aquello les podía traer complicaciones. Finalmente optaron por lo segundo, con lo que varias decenas de presos salvaron el pellejo aquella noche, gracias a la valentía de un hombre bueno que no dudó en jugarse la vida por salvar la de varios de sus semejantes. Años después, al terminar la guerra y siendo mi padre Alcalde de Peñarroya-Pueblonuevo, se le rindió un homenaje y se puso su nombre a una calle de la ciudad.

CAÍDOS Y COMBATIENTES DE MI FAMILIA

El 18 de julio, día en que se levantó en armas el Ejército de Africa, la mayor parte de los militares en la península no estaba al tanto de la sublevación, cosa lógica, pues no se puede llevar a efecto una conspiración de esa envergadura contando con tanta gente; lo que se esperaba es que, tras la sublevación en Africa y en algunos puntas de la península, se produjese una especie de "efecto dominó", y 'e fuesen uniendo al alzamiento todas las guarniciones, cosa que ocurrió en parte, con distinta fortuna, como se sabe.

En Peñarroya-Pueblonuevo, población que contaba por aquel entonces con unos treinta mil habitantes, la única guarnición estiba constituida por una Compañía de la Guardia Civil, distribuida por los pueblos de la comarca - la Línea, en lenguaje de la G.C. - con lo que en la ciudad propiamente dicha había solo unos treinta Guardias.

La Compañía la mandaba el Capitán Amador Martín, casado con hermana de mi madre Irene Horrillo, tío Político mío, por lo tanto. Amador Martín era un Guardia Civil de los pies a la caliza. Aunque procedía de Infantería, Arma en la que había combatido como Teniente en las campañas de Marruecos de los años veinte, había pasado posteriormente a la Guardia Civil, asimilando todas las virtudes de este Cuerpo, entre las que se encuentra muy destacada la disciplina. Por eso, al conocer la sublevación de Africa, antes de tomar iniciativa alguna requirió instrucciones de sus mandos superiores en la capital, Córdoba. Inútil empeño: No recibió respuesta concreta de ninguna clase, por lo que decidió esperar acontecimientos. En ésta espera, las Milicias del Frente Popular, que contaban con varios miles de hombres, se armaron hasta los dientes, echándose a la calle. Las órdenes de Córdoba no llegaban, y la situación se volvía insostenible. En vista de que no recibía noticias de sus superiores, decidió enviar un motorista a Córdoba, con un mensaje cifrado; pero el motorista fue interceptado por las Milicias y no llegó a su destino.

Poco después, y sin que hubiese llegado a tomar la decisión de sublevar a las fuerzas bajo su mando, fue relevado del mando de la Compañía por el Gobierno, siendo detenido por su Teniente, Jesús del Amo - republicano y masón - y enviado a Madrid, escoltado por dos de sus Guardias. Y aquí empezaron las incongruencias: En Madrid fue puesto en libertad, y se le ordenó que se presentase al día siguiente en el Ministerio de la Guerra. Así lo hizo, y allí le comunicaron que iba a ser destinado a instruir Guardias Civiles de reciente ingreso. Sin embargo, al día siguiente fue detenido otra vez, e ingresado en la Cárcel Modelo, de donde fue sacado el 7 de noviembre de 1936 y fusilado, sin previo juicio, en Paracuellos del Jarama, junto con varios miles de personas más. Mi tía Irene, cuando se lo llevaron detenido a Madrid, cogió a sus dos hijos, Antonio y María Teresa, de 8 y 4 años respectivamente, y se marchó a Madrid tras él, con lo que le tocó pasar todas las penalidades que son de suponer en una viuda con dos hijos en una capital hambrienta, hasta el punto que mi primo Antonio murió, prácticamente de hambre, meses después.

No volveríamos a ver a las dos supervivientes - mi tía Irene y mi prima María Teresa - hasta que Madrid fue liberado por las tropas Nacionales; depauperadas y hechas una pena, pero vivas.

Otro hermano de mi madre, Carlos Horrillo Manzanares, había de morir asesinado por los rojos (hoy llamados "demócratas") en Paterna (Valencia), sin previo juicio - según la democrática costumbre instaurada por el Frente Popular - a donde había sido trasladado después de sufrir duro cautiverio en el barco-prisión "España n° 3".

Carlos era Guardia Civil, y al iniciarse la Guerra estaba destinado en Pozoblanco, muy cerca de Peñarroya-Pueblonuevo. El Capitán4ue mandaba la Compañía de Pozoblanco sí se unió al Alzamiento, haciéndose fuerte en la Casa Cuartel, donde resistió varios días las acometidas de miles de milicianos, hasta que se le acabó la munición. Los Guardias supervivientes - entre ellos mi tío Carlos -, fueron hechos prisioneras y enviados a Cartagena, donde los encerraron, junto con varios centenares de presos más. Luego, no se sabe por qué, Carlos fue llevado a Patena, y fusilado sin más explicaciones.

Los otros dos hermanos de mi madre: Fermín y Manuel Horillo Manzanares, también sufrieron los avatares de la guerra, con mudas vicisitudes, pero salvando la piel finalmente.

Fermín, el 18 de julio de 1936, estaba haciendo el Servcio Militar en San Sebastián, en la Guardia Civil. En aquella época ex>tía la posibilidad de hacer dicho Servicio en la Benemérita, como Guadia Civil Auxiliar; algo que recientemente se ha vuelto a instaurar. Ello

le permitía ayudarse con el pequeño sueldo que percibía para realizarlos estudios de la Licenciatura de Medicina, que había iniciado poco artes de empezar la Guerra.

Al iniciarse el conflicto, fue enviado al frente, a combatir costra las fuerzas militares sublevadas; pero ni él ni la mayoría de los Cardias Civiles estaban por la labor, y menos para defender al Gobierno Vasco separatista, del que en esos momentos dependían. Así que, dicho y hecho: Decidió, junto con otros seis Guardias, pasarse alas líneas Nacionales, que eran con las que ellos se identificaban. Por otra parte, todos tenían a las familias en zona Nacional, y querían estar en su sitio. Lo de pasarse al otro lado era bastante peliagudo: había que abandonar las trincheras rojas, y a la carrera, alcanzar las lineas nacionales, con la más que probable ensalada de tiros que se iba a organizar, procedente de ambos lados, por lo que decidieron "mecanizare". Convencieron al conductor de un camión blindado para que se pasase con ellos, así que, montados en el blindado y con todo su armamento, iniciaron la aventura, enfilando un camino que conducía a las lineas nacionales. Al principio todo fue bien: El blindado marchaba en la dirección correcta y viento en popa. Hasta que los rojos se percataron de que se les escapaba un grupo de Guardias con un blindado, momento en el que iniciaron un fuego terrorífico contra el vehículo, con toda clase de armas. Naturalmente, los nacionales no iban a ser menos: Al ver que se acercaba un blindado desde las líneas enemigas, lo recibieron con el mismo alarde "pirotécnico" con que era despedido por los rojos, consiguiendo entre unos y otros inmovilizar el vehículo, que quedó empotrado contra una pequeña casilla, con las puertas encajadas, rociado de balas procedentes de ambos lados, y con sus pasajeros encerrados. Como no podían abrir las puertas, desmontaron las planchas del suelo del vehículo, consiguiendo practicar una abertura, por la que salieron a rastras, intentando alcanzar la cuneta del camino, para protegerse de la lluvia de proyectiles que les caía de todas partes. Solo lo consiguieron cuatro: Los otros tres fueron alcanzados por el fuego, y quedaron muertos sobre el camino.

Los cuatro supervivientes pudieron llegar a un pequeño río, que se interponía entre ellos y las líneas nacionales. En el cruce del río, murieron otros dos, llegando solamente mi tío Fermín y el otro Guardia. Cuando se acercaban a las líneas nacionales, gritaban como descosidos, dando vivas a España y aclarando que eran "pasados". Fermín llegó con tres balazos en el cuerpo: Uno en un hombro, causado seguramente por los nacionales, pues la entrada del proyectil era por delante, saliendo por la región escapular; otro, gravísimo, en la zona lumbar, interesando un riñón, que estuvo a punto de perder; este disparo procedía con seguridad de las trincheras rojas; y el tercero en un brazo, que podía provenir de cualquier parte.

Medio desangrado, lo atendieron en un hospitalillo de campaña, pero con tan mala suerte que aquella misma noche aviones rojos bombardearon el hospitalillo, siendo evacuados en carretas tiradas por bueyes los heridos supervivientes del bombardeo, hasta un hospital militar de Pamplona, donde Fermín, que indudablemente era un hombre fuerte, se repuso de sus heridas.

Aclarada su identidad por las autoridades militares - que, como es lógico abrieron un expediente informativo para averiguar el porqué de la arriesgadísima aventura que supuso para él atravesar la "tierra de nadie" - se incorporó al Ejército Nacional, en el que combatió el resto de la guerra, primero en las Brigadas Navarras y después, tras hacer el correspondiente Curso, como Alférez Provisional.

Manuel Horrillo Manzanares, el mas joven de los hermanos de mi madre, contaba solamente veinte años al iniciarse la guerra. Estaba estudiando Derecho en Madrid, pero en el mes de Julio, como todos los estudiantes, se encontraba de vacaciones, por lo que le sorprendió el Alzamiento en Peñarroya. Cuando las tropas nacionales entraron en nuestra ciudad, se incorporó a una Bandera de Falange, haciendo posteriormente el curso de Alférez Provisional. Obtenida la estrella de Alférez, fue destinado a mandar una Sección de Tiradores de Ifni, Cuerpo indígena procedente de dicho territorio africano, y considerada como Tropas de Choque - lo que hoy se llamarían Unidades de Elite - en las que permaneció toda la

guerra, participando en todos los frentes más duros: Teruel, batalla del Ebro, campaña de Cataluña, etc., de todo lo cual resultó milagrosamente ileso y con numerosas condecoraciones.

Finalmente, también había de morir el marido de una hermana de mi padre, Bernabé Rodríguez Frias, Capitán de Infantería con destino en la 60 División, víctima de la Artillería enemiga, cuando con su División se disponía a entrar en línea en la batalla del cierre de la bolsa de La Serena.

OCTUBRE, 1936: LA LIBERACIÓN

A primeros de octubre de 1936 empezó a rumorearse que los nacionales se acercaban a nuestro pueblo. El primer aviso nos lo dio el novio de la criada, entusiasta miliciano, que llegó un día despavorido, con la pretensión de que Adela, que así se llamaba la criada, le acompañase en la retirada, que estaba iniciando el ejército rojo. Adela, con muy buen acuerdo, se negó rotundamente, a pesar del abracadabrante panorama que le describió su novio con todo lujo de detalles, y en el que los moros desempeñaban un destacado papel.

En vista de la negativa de su novia, el asustado miliciano, agotado su extenso repertorio de descripciones espeluznantes sobre las actividades predilectas de los fascistas, y muy en especial de los moros, se tornó sarcástico, lanzando una frase lapidaria: "¡Pues ahí te quedas, pa los fascistas!" Después de lo cual se marchó a paso de carga.

Durante varios días vivimos un "suspense" emocionante: Nadie sabía si estábamos en poder de los rojos o de los nacionales. Se oía el cañoneo cada vez más cerca, pero en la población no había signos de guerra. Ante ésta situación, varios vecinos de nuestra calle, todos empleados de la Sociedad de Peñarroya, y entre ellos mi padre, habían acordado reunirse, con las respectivas familias, en la casa de uno de ellos, Manuel Vera. Aunque todas las casas eran iguales: Chalets individuales de la Empresa, la de Manuel Vera tenía un sótano más amplio, y como de lo que se trataba era de refugiarse sobre todo de los bombardeos de la Aviación y de la Artillería, se eligió su casa como improvisado refugio subterráneo. Así que, después de hacer acopio de víveres, allá que nos metimos seis u ocho familias, con un buen contingente de niños. Se instalaron varios colchones, donde al menos los niños podíamos dormir, a seis niños por colchón; a lo ancho, naturalmente.

Ni que decir tiene que, contrastando con la seriedad y preocupación de los mayores, para los niños aquello era un continuo jolgorio. Los que describen lastimeramente los sufrimientos de los niños en la guerra, se ve que no les pilló ninguna durante su infancia. Como yo sí lo he vivido, puedo asegurar que no sufrí lo más mínimo: Por el contrario, me divertí enormemente, y como yo, creo que todos los niños que había a mi alrededor. La cosa no era para menos: Habíamos dejado de ir al colegio, nuestros padres no se preocupaban de si estábamos sucios o limpios, había un trasiego de tropas continuo y el asunto, según oíamos a los mayores, iba para largo. Si esto no es todo un programa para un niño, que venga Dios y lo vea.

Los que indudablemente pasaban muy malos ratos eran los mayores. Un día, cansados de la reclusión en el sótano, varios de los cabezas de familia - entre ellos mi padre - decidieron hacer una descubriera, saliendo en grupo a recorrer las calles de alrededor, para tratar de averiguar en poder de quién estábamos. Las calles estaban totalmente desiertas, y no oían más pasos que los suyos. De repente, al desembocar en una calle, vieron en el otro extremo de la misma a dos soldados, vestid)s con "monos" azules y cascos franceses, de los de la "cresta". Éstos, al verlos también a ellos, les dieron el alto, echándose los fusiles a la casa. El grupo de audaces expedicionarios no se entretuvo en averiguar el bando al que pertenecían los dos fusileros: Volviendo grupas emprendieron veloz carrera hasta llegar,

lívidos y sin aliento nuevamente al sótano, cuya escalera bajaron en "confuso tropel", gritando nerviosamente: ¡Las hachas!, ¡traed las hachas!, ¡nos vienen persiguiendo!

Las hachas - tres o cuatro - que tan perentoriamente pedían en las únicas armas de que disponíamos en aquél divertidísimo sótano, ya se habían guardado en él - junto con algunos picos y azadones - más que con guerreros propósitos, con fines de desescombro en el caso de que cayese alguna bomba sobre la casa y hubiera que salir del sótano.

El asunto se resolvió pacíficamente, pues los soldados - que nunca llegó a averiguarse si eran "rojos" o "fascistas", ya que la uniformidad en aquella guerra no solía dar grandes pistas para identifica) a los combatientes - abandonaron la persecución; al menos, allí no llegaron. No obstante, aquella noche no durmió nadie en el sótano, estirando de un momento a otro la aparición de algún grupo de milician5, que en la retirada decidiese hacer una escabechina con nosotros. Cada vez que se oía el ruido del motor de algún coche o camión se detenían todas las respiraciones. Aquella noche se respiró muy poco en el sol_ no, pues el ruido de vehículos era continuo. Seguramente, los rojos se retiraban en toda clase de coches y camiones, y el paso de las columnas duró hasta la madrugada.

El día siguiente amaneció luminoso. Era el doce de octubre de 1936. Otros vecinos corrieron a avisarnos: ¡Están entrando los nacionales! Salimos todos tumultuosamente del sótano, y nos dirigimos, a todo correr, a la carretera que separa Peñarroya de Pueblonuevo. Yo iba de la mano de mi padre, y a mi vez arrastraba a mi primo Federico, algo más pequeño que yo, el cual, comiéndose un tarugo de pan y sorbiéndose unos impresionantes mocos, me preguntaba despreocupadamente "que si nos iban a matar". Yo, que no las tenía todas conmigo, opté por callarme y esperar acontecimientos.

Cuando llegamos a la carretera, oímos por primera vez en nuestra vida cantar el "Cara al Sol", entonado por los falangistas que, junto con los requetés y los moros formaban las fuerzas de choque de la Columna Gómez Cobián, que era la que nos liberaba.

Mi padre, que era Teniente de Complemento del Cuerpo de Intendencia del Ejército, se presentó a los primeros oficiales que vio, los cuales le pusieron en comunicación con el jefe de la Columna. Desde ese momento quedó incorporado a las fuerzas nacionales, siendo su primer destino la jefatura del Depósito de Intendencia en Peñarroya-Pueblonuevo, donde se estabilizó el frente. Luego sería destinado a Sevilla, y después al frente de Granada, al mando de una Compañía de Intendencia de Montaña con destino en Lanjarón, donde tenía su Cuartel General la 33 División, Mandada por el Coronel D. Francisco Rosaleny Burguet. (Eran muchos los Coroneles que mandaban Divisiones, pues contra la creencia general, muy pocos Generales se habían sumado al Alzamiento.)

Yo fui "movilizado" muy pocos días después: De la mano de Adela, junto con mi hermano, hice mi presentación en el Cuartel de Milicias de la Falange, siendo encuadrado en la Sección de Balillas de dichas Milicias. Ese mismo día nos dieron el uniforme: Camisa azul, con las cinco flechas bordadas en verde sobre el bolsillo izquierdo, pantalón negro, botas y correaje, todo ello rematado por el gorro cuartelero, también negro, con borlón y listas verdes.

Mi alegría no tenía límites. Y no digamos nada cuando me entregaron el "armamento": Un precioso mosquetón de juguete, con su cerrojo y toda la pesca, con el que nos hicieron enseguida montar unas interminables y misteriosas guardias en las dependencias del Cuartel: ¡Tú ponte en esta puerta, con el fusil, y que no pase nadie!, nos decía un enérgico jefe de Centuria, al que inmediatamente se le olvidaba nuestra existencia, con lo que la guardia duraba horas y horas, hasta que algún otro jefe pasaba por allí y nos decía: ¿Tú qué pintas aquí? ¡Márchate a tu casa!. A pesar de éstas órdenes contradictorias, aquello me encantaba.

Un día recuerdo que nos arrestaron, por no sé qué minucia, y nos dejaron, en posición de "firmes" y en formación, en un gran salón que había en el Cuartel. Eran las diez de la noche - hora algo terrorífica para unos niños de entre seis y diez años - y seguíamos en

posición de "firmes", ya con las piernecillas temblándonos un poco. Nuestro jefe de Centuria, que era otro mierdecilla, solo que con trece o catorce años, no se apiadaba de nosotros, y pasaba por entre las filas corrigiendo la posición de los que se arrugaban, y mirándonos con cara "feroche". A mi lado estaba mi amigo Luis Pérez, al que empezaron a caérsele unos grandes lagrimones. ¿Qué te pasa, Luis?, le pregunté. Es que por la noche hay Lobo, me contestó acongojado. Aquello no me tranquilizó nada, pues a los seis años yo todavía no tenía nada claro lo del maldito Lobo con el que nos solían atemorizar nuestras madres. Finalmente, a eso de las once de la noche nos levantaron el arresto, fundamentalmente ante las protestas de Adela y otras criadas que habían acudido a recogernos y ya estaban hartas de esperar en la puerta del Cuartel a sus "rorros".

Lo que peor sobrellevaba era la instrucción. La instrucción la hacíamos en un campo de fútbol, a donde nos llevaban formados desde el Cuartel a primera hora de la mañana, casi al amanecer. Recuerdo que, para desayunar, nos ponía mi madre dos tortas de Inés Rosales con una onza de chocolate, que nos comíamos con gran entusiasmo en un alto durante el desarrollo de los ejercicios. Estos consistían en la instrucción en orden cerrado, con fusil. Además de los ejercicios habituales, aprendí, a mis recién estrenados seis años, la esgrima del fusil, una serie de complicados ejercicios para defenderse de un ataque con sable o con bayoneta, lo cual no dejaba de tener castaña; pero aquella guerra era así: con sus implicaciones medievales y su preparación para el combate a garrotazos, que de todo había.

De vez en cuando, a mitad de la instrucción, se oían las sirenas que anunciaban alarma aérea: Entonces nos ordenaban "desplegar y cuerpo a tierra", orden que obedecíamos entre cierta confusión, buscando abrigo en las irregularidades del terreno que rodeaba el campo de fútbol. Afortunadamente, los aviones no repararon nunca en nosotros: Pasaban de largo hacia el frente de combate, que se hallaba a tres o cuatro kilómetros de la población.

Días después de la liberación del pueblo, participé en mi primera acción "guerrera": El saqueo de varias casas de rojos ilustres que habían huido al llegar las tropas nacionales. Ya entonces pude darme cuenta de que ni todos los rojos eran proletarios, ni todos los fascistas éramos millonarios. Esto último lo tenía ampliamente comprobado en mi casa, donde no debían sobrar los duros, a juzgar por el austero cocido que trasegábamos a diario, cayese quien cayese; y lo primero lo deduje de que las casas que saqueábamos eran bastante lujosas: Al menos a mí me lo parecieron, comparativamente con la mía. Uno de los inmuebles que saqueamos era un establecimiento de zapatería, propiedad de un zapatero "bolchevique", que huyó, abandonando los zapatos a merced del enemigo. Había que ver a la multitud de Flechas y Balillas, cargados de zapatos camino del Cuartel. Parecíamos un reguero de hormigas, que iban y venían por el mismo camino, con la seriedad de quienes están realizando una importante operación de guerra.

En otra casa de las que asaltamos nos apoderamos de un enorme armario, que nos costó sudores de muerte sacar a la calle. Una vez en ella, el armario se puso en marcha llevado por una turbamulta de Flechas minúsculos, de los que solo se veían los pies. Yo, aún no sé por qué, me apoderé de un macetero de hierro, que pesaba horrores, y llegué al Cuartel con la lengua fuera, para depositar mi trofeo, que yo juzgaba decisivo, en un gran montón, donde un camarada con cara de enterado iba haciendo la selección de los objetos que servían de los que no. Mi desilusión fue enorme cuando me dijo despectivamente: "Ese macetero ya te lo estás llevando otra vez a donde lo hayas cogido. Y haced el favor de no traer más chatarra".

Pero mi entusiasmo guerrero se repuso pronto de aquél desprecio hacia mis cualidades de saqueador de choque.

En los ratos en que el "servicio" nos dejaba libres, nos dedicábamos a establecer lazos comerciales con las tropas que guarnecían el pueblo o con las que pasaban camino del frente, especialmente con los moros, muy dados al trueque: Nosotros les facilitábamos hierbabuena - que arrancábamos de nuestros jardines y de los ajenos - con la que

preparaban el té moruno, y ellos nos daban a cambio considerables cantidades de cartuchos de fusil, con los que confeccionábamos toda clase de fuegos de artificio y objetos diversos: Con la pólvora poníamos nuestro nombre en el cemento de las aceras; luego le prendíamos una cerilla, con lo que las letras quedaban marcadas a fuego. También utilizábamos la pólvora para echarla en los hormigueros y prenderle fuego, y en otras muchas aplicaciones de diversas índoles. Con los casquillos poníamos la música de fondo: Los hacíamos estallar, bien picando el detonador con algún objeto punzante, golpeado con una piedra, bien por el medio más expeditivo y directo: Dejando caer sobre ellos grandes piedras. También fabricábamos una especie de pitos de afilador, aunque ésta aplicación bucólica tenía menos éxito, en parte porque nosotros éramos poco virgilianos y en parte porque era endemoniadamente difícil cortar los casquillos a distintas alturas para obtener la variedad de pitidos necesaria. Con los proyectiles propiamente dichos - balines, les llamábamos nosotros - adornábamos muñequeras de correa, que luego lucíamos ostentosamente, pavoneándonos delante de las niñas.

Nunca podrá imaginar el que inventó la bala de fusil la cantidad de aplicaciones que un niño puede encontrar en ella, ni los ratos de diversión que con éste motivo proporciona. Valga ello como compensación a su siniestra finalidad específica de matar gente.

Aquellos días, felices para nosotros, transcurrían entre nuestras actividades militares que podríamos llamar "regulares": Instrucción, desfiles, guardias etc, y las actividades militares "particulares" o guerrilleras, consistentes en buscar tres pies al gato de cuanta munición o avituallamiento general caía en nuestras nada inocentes manos. Naturalmente había sus víctimas: A uno de la pandilla, Carlos Pedrosa (Carlín), le voló el dedo pulgar de una mano, no recuerdo si la izquierda o la derecha, amén de otras lesiones, al hacer estallar sin las debidas precauciones un fulminante. Pero éstos accidentes no nos acobardaban, ni mucho menos. A veces rizábamos el rizo de la temeridad con números francamente espeluznantes: Sobre una hoguera encendida en un descampado arrojábamos un buen puñado de cartuchos de fusil, tirándonos luego al suelo al grito de ¡cuerpo a tierra!, y esperábamos, entre divertidos y aterrorizados, a que terminasen de estallar las municiones.

Como telón de fondo de nuestras inquietantes actividades, el frente, que se hallaba a escasos kilómetros de las últimas casas del pueblo, y cuyo cañoneo se oía perfectamente; por la noche veíamos desde nuestro jardín el resplandor de las explosiones, oíamos el tableteo de las ametralladoras y a veces casi nos parecía oír los gritos de los combatientes. Entre la artillería de ambos bandos había dos piezas de gran calibre, cuyos zambombazos se distinguían perfectamente: El "Felipe" - un enorme cañón ruso, de los rojos, naturalmente - y la "Leona", de origen seguramente alemán, de los nacionales, también naturalmente. Hay que reconocer que los cañonazos del "Felipe" y el silbido que precedía a la explosión de sus proyectiles eran más apabullantes que los de la "Leona", que inmediatamente contestaba al fuego de su rival.

En el pueblo había un continuo trasiego de tropas: Infantes, artilleros, moros, legionarios, falangistas y requetés. Entre ellos había una amistosa rivalidad, que se traducía en canciones como ésta:

Las niñas de Peñarroya le dicen al Comandante:

Si se van los falangistas nosotras vamos delante.

Y el Comandante les dice con mucha gracia y salero:

Si se van los falangistas se quedan los artilleros.

Mientras tanto, nuestra mini-instrucción militar seguía su curso, pues al parecer nuestros jefes no perdían la esperanza de que llegásemos a la edad militar antes de que

terminase la guerra, que según tales previsiones no iba a tener mucho que envidiar a la Guerra de los Treinta Años.

SEVILLA 1937

Sin embargo un buen día - debió ser hacia enero o febrero de 1937 - éste belicoso periodo de mi infancia quedó interrumpido al ser trasladado mi padre a Sevilla. Días después liábamos unos locos bártulos y aparecíamos en Sevilla toda la familia: mis padres, mi hermano Diego y yo. Como, naturalmente, no teníamos casa donde meternos, fuimos a parar al hotel Italia (era la época de os hoteles y establecimientos con nombres como Roma, Berlín, Alemania, etc que estaba, creo recordar, en la calle Méndez-Núñez), donde solo estuvimos unos días, pues el sueldo de Teniente "estampillado" de Capitán de mi padre no debía dar para muchos hijos. Al fin, y mientras encontrábamos casa, nos aposentamos en una especie de fonda que ostentaba el pomposo nombre de "hotel la Paz", no sé si porque la dueña se llamaba Paz o porque ya enlazaban a florecer los primeros pacifistas.

De todas formas la clientela del hotel estaba formada en su mayor parte por combatientes de permiso, con lo que el pacífco nombre quedaba desvirtuado; y en su menor parte por algunas familias desplazadas de sus pueblos por la guerra. Los famosos "evacuados".

El hotel era un inrnueble típicamente sevillano, con su patio central, con su zócalo de mosaicos y el suelo de mármol, todo él ornamentado con macetas; al patio daban los corredores de sus dos plantas, en las que estaban situadas las habitaciones. En éste patio era donde se organizaban las tertulias de los clientes, alrededor de varios veladores, por entre los que circulaban numerosos gatos francos de servicio. Estos gatos, que se tenían en muchas casas de Sevilla para atemorizar a los ratones - muy abundantes por aquél entonces - eran tratados con cierta rudeza por los bizarros clientes, que les propinaban fuertes patadas, a ver quien los lanzaba más lejos.

De entre aquellos combatientes recuerdo a dos, un falangista y un requeté - éste último llevaba un brazo escayolado en "avión" - que convalecían de heridas recibidas en el frente. Aparentemente eran muy amigos, y siempre estaban juntos, a pesar de sus diferencias ideológicas, que únicamente se manifestaban a través de amistosas discusiones. Por cierto, el requeté era de nacionalidad portuguesa, aunque hablaba el español perfectamente. Un buen día desapareció el requeté, y cuando le preguntamos a su amigo por él, nos dijo que había resultado ser un espía del enemigo, y que en la escayola del brazo escondía los documentos que pensaba pasar a la otra zona. Terminó su información con el significativo gesto de pasarse el dedo índice de la mano derecha por la nuez, con lo que nos dimos por enterados de que el espía en cuestión había pasado a mejor vida.

Así era aquella guerra, con portugueses espías disfrazados de requetés, y misteriosos jefes de Milicias que al parecer hacían la guerra por su cuenta, vestidos con aparatosos uniformes y acompañados de escoltas armados hasta los dientes, que se desplazaban continuamente en automóviles requisados, y que no estaban adscritos a ninguna Unidad en concreto. Claro que, en la zona nacional, éste atisbo de desbarajuste duró muy poco, pues enseguida fueron totalmente militarizadas las Milicias, y encuadradas en Banderas - las falangistas - y en Tercios, las procedentes del Requeté, bajo mandos militares y sujetas, como todo el Ejército, a las Ordenanzas Militares y al Código de justicia Militar. Este sometimiento de todos los combatientes a la disciplina militar, además de evitar muchos desmanes, fue lo que le dio la victoria al bando nacional . En el bando rojo, por el contrario, las Milicias - tanto socialistas y comunistas corno anarquistas - conservaron su independencia del Éjército republicano, negándose a someterse a la disciplina militar, que sensatamente intentaban imponer los mandos de dicho Ejército. Esta anarquía y la consiguiente dificultad para operar con un Ejército en el que las Milicias tenían una clara tendencia a funcionar por

su cuenta, fue la que llevó a la derrota al Ejército republicano, no sin que antes se desataran un par de mini-guerras civiles dentro de la zona roja: La aniquilación del POUM por los comunistas en Barcelona, y la sublevación del Coronel Casado en Madrid, días antes de la entrada de los nacionales en la capital.

Pero sigamos con nuestra historia. Después de vivir varios meses en aquella divertidísima fonda, con sus gatos, sus espías y sus criados, que eran dos, y los dos mariquitas, encontramos por fin una casa en la calle Otumba número cuatro, en el mismo centro de Sevilla, a la que nos trasladamos inmediatamente. Una vez aposentados en ella, comenzamos a normalizar nuestra vida. El primer síntoma de normalización que yo advertí fue que empezamos a ir al colegio; de momento, y hasta que acabase aquél ajetreado curso, a una especie de academia particular, regida y pastoreada por un maestro metido en años al que llamábamos "Canillas", no sé si por la delgadez de la parte inferior de sus piernas o porque le blanqueaba el pelo. Aquel buen hombre, fiel seguidor de que " la letra con sangre entra", nos hizo asimilar la tabla de multiplicar y otros numerosos bienes de la cultura occidental mediante sabios estacazos, administrados con largueza, sirviéndose de una robusta regla que descargaba sobre nuestras nada inocentes cabezas cada vez que se nos encasquillaba la tabla del nueve o algún rey godo. Desgraciadamente para nosotros, aún no se había inventado todo eso que dicen que les pasa a los niños si se les pega. La verdad es que a los niños de mi generación nos zurraron la badana a base de bien y hemos resultado gente bastante normalita.

En aquellos tiempos, de los niños se hablaba poco; en realidad nadie reparaba en nosotros, con lo cual creo que vivíamos más felices que los niños de hoy, en cuyo mundo se han inmiscuido los mayores para organizarles la vida con tal género de detalles que se aburren como demonios. Por otra parte, los niños de entonces nos guardábamos muy mucho de perturbar la vida de los mayores, pues cuando algún imprudente lo hacía, era recompensado con sonoras bofetadas que le hacían volver al camino del bien.

Mis actividades bélico-politicas habían quedado en suspenso desde nuestra llegada a Sevilla, pues las organizaciones juveniles que funcionaban allí (Flechas y Pelayos) nos parecían tanto a mi hermano como a mí blandengues y heterodoxas. Para nosotros, que veníamos del "frente", aquellos camaradas, que no habían oído un tiro en su vida, no merecían codearse con nosotros. Los considerábamos "emboscados", palabreja muy al uso entonces, y que aprendimos a manejar enseguida. Por todo ello juzgamos más honorable seguir perteneciendo, aunque de lejos, a la Organización Juvenil de nuestro pueblo, donde tan provechosas enseñanzas guerreras habíamos recibido.

No obstante ello, nos sumábamos magnánimamente a las manifestaciones patrióticas cada vez que caía en manos de los nacionales alguna población importante, cosa que ocurría con gran frecuencia; recuerdo que el grito predominante en dichas manifestaciones tenía reminiscencias futbolísticas: ¡Uno dos y tres! ¡Bilbao nuestro es, y Madrid está al caer!

También, naturalmente, entonábamos canciones patrióticas, y algunas semi-románticas y un tanto cursis, como aquello que, con música de "Faceta Nera", traído por los voluntarios italianos, compuso algún insensato al que Dios habrá perdonado:

Madrid esclavizada y destruida

Ya llegarán tus días de victoria

Y subirás al trono de la vida

Envuelta entre los lauros de la gloria.

La verdad es que en la Sevilla de 1937-1939 la vida era francamente agradable. No había escasez de alimentos, el frente estaba muy lejos - precisamente estabilizado en la zona de Peñarroya - y única mente se producía de vez en cuando alguna alarma aérea sin grandes consecuencias, pues inmediatamente despegaban los "cazas" de la base de Tablada y ahuyentaban a los bombarderos enemigos sin dejarlos acercarse al centro de la población, haciéndoles soltar las bombas donde buenamente podían.

La animación en las calles era continua, con el ir y venir de toda clase de tropas. Sevilla fue, para los frentes del Sur, lo que San Sebastián o Burgos para los del Norte: Punto de descanso de combatientes de permiso y centro político del nuevo Régimen, que empezaba ya a dibujarse con sus contradicciones - que no habían de abandonarle nunca - virtudes y defectos.

A mis siete años ya me daba cuenta de que falangistas y requetés no se llevaban bien, aunque no entendía porqué. Los Flechas y los Pelayos - las dos organizaciones juveniles de la Falange y el Requeté respectivamente - nos mirábamos con cierta antipatía, a pesar de lo cual, a la hora de la verdad los mayores en el frente luchaban codo con codo sin rechistar contra el enemigo común. Pero de éstas contradicciones, que luego habría de vivir intensamente, protagonizándolas durante muchos años, ya hablaré más adelante.

LAS PRIMERAS CANCIONES

Durante la guerra y el primer año de posguerra, el cancionero juvenil era más bien escaso: aparte de el "Cara al Sol", el "Prietas la filas", el "Yo tenía un camarada" (adaptación de la canción alemana "Der gute Kamerad"), el "Camisa azul" - también adaptación del "Horst Wessel" - y alguna otra canción, no disponíamos de gran cosa para marchas y desfiles, por lo que nos arreglábamos con algunas canciones de origen desconocido. Recuerdo una que cantábamos reiteradamente los Flechas de mi pueblo, cuya procedencia nunca llegué a averiguar; lo mismo venía de las guerras carlistas que de las de Marruecos, vaya usted a saber. Decía así:

"Madre deja de llorar

porque estoy en las trincheras

que allí defiendo mi hogar

defendiendo mi bandera;

mi bandera galardón para morir

me reviste de valor para luchar,

y teniendo a mis pies al traidor,

yo la aclamo con ardor, misión sin par.

Las palomas que pasan volando

A la aldea llegarán

A decirte que sigo luchando

Por la Patria con afán.

Y si llegan al huerto en que flores,

Para ti solo cuidé,

Que te digan mis ansias de amores

Y los rezos de mi Fe.

Abre madre el mirador

Y contenta espera allí

Que allá va un beso de amor

Para España y para ti."

A mí esta canción me daba mucha lástima. Cada vez que la cantábamos se me saltaban las lágrimas. Me veía en las trincheras, hecho un guarro, tiro va y tiro viene, y a todo esto mi rriadre en la ventana (en mi casa no había mirador), llorando a moco y baba, esperando mi regreso.

Había otra cancioncilla -ésta sí se veía que era de composición más reciente- que también me impresionaba mucho. El autor de la letra era evidentemente del elenco local, y el hombre había hecho grandes esfuerzos para meter la letra dentro de la música, por lo que algunos versos le salieron algo telegráficos, como puede verse:

"Cantando siempre van

quemados por el Sol,

con la camisa rota

y al hombro el mosquetón.

Somos Flechas de Pueblonuevo

De Falange de las JONS

De Falange de las JONS.

Peleamos con entusiasmo,

Viva Flechas Pueblonuevo

de Falange de las JONS.

Camisa azul de la Falange,

Que José Antonio edificó,

Unámonos todos al grito:

Viva Flechas Pueblonuevo

de Falange de las JONS.

También me identificaba con ésta canción -reiteradamente aclamatoria de nosotros mismos- salvo en lo de la camisa rota. La mía estaba nuevecita y planchada, y daba gloria verla.

Tras la guerra, el cancionero juvenil creció enormemente; así lo demandaba la gran actividad campamental del Frente de juventudes, cuyas marchas y desfiles se hacían siempre al son de canciones. Fuimos una generación muy "cantora". Yo creo que por eso hemos salido tan sanos de espíritu. Y es que, "gallo que no canta, algo tiene en la garganta". Por ahí andan muchos "cassetes" y CD's conteniendo magníficas canciones - es una pena que en aquella época no se pudiese grabar en estéreo - que lo atestiguan.

LAS VISITAS

En los años de mi infancia - años treinta y principios de los cuarenta - la gente "iba de visita". Ir de visita era una especie de rito que solían cumplir las familias de clase media. Consistía en que, un buen día, la familia visitadora decidía que hacía mucho tiempo que no visitaba a los "Fulanez", tras un cuidadoso recuento de las últimas relaciones con éstos, recuento del que se deducía que les tocaba ser visitados. Entonces, la familia visitadora se componía y acicalaba - incluidos los niños - y se dirigía en corporación, a primeras horas de la tarde, a casa de los "Fulanez", a los que generalmente se cogía desprevenidos, pues casi nadie tenía teléfono, por lo que era imposible anunciar la visita con la antelación que la prudencia demanda.

Como es natural, a nosotros también nos visitaban. Cuando llegaba una visita de improviso, había "generala" o "zafarrancho de combate", según fuese el caso de grave. ¡Niños!, ¡que hay visita!. Los niños, que éramos nosotros, nos componíamos lo mejor que podíamos: nos quitábamos los churretes que adornaban nuestra cara, nos limpiábamos las rodillas - que solíamos tener sucias de arrastrarnos por el suelo - y nos disponíamos a esperar acontecimientos, que no tardaban en producirse: ¡niños, venid al salón! (años más tarde volveríamos a oír una invitación parecida en sitios "non sanctos", solo que dirigidas a ciertas "niñas"). Los requeridos niños - mi hermano Diego y yo - nos dirigíamos al salón de mala gana, y al entrar componíamos una especie de mueca estúpida que ya no abandonaba nuestro rostro hasta que terminaba el interrogatorio.

La visita, que solía estar compuesta mayormente de señoras, lanzaba gritos de asombro: ¡uy, que altos están!; ¡sobre todo Dieguito! ¡Dieguito es más alto, pero Fernandito es más guapito de cara! Mi madre nos miraba orgullosa, ante los piropos dirigidos a sus retoños, que no dejábamos de sonreír con una mueca de oreja a oreja que amenazaba con descoyuntarnos definitivamente las mandíbulas.

La primera pregunta era inevitable: estudiáis mucho?. Diego y yo nos mirábamos y contestábamos al unísono: ¡regular!. Ante contestación tan ambigua, la visita derivaba por

otros derroteros: ¿Qué os gusta más, Madrid o el pueblo?. ¡El pueblo!, contestábamos como un silo hombre. Ésta respuesta provocaba un asombro indescriptible en la risita: ¡oy! ¡oy, oy, oy! ¡con lo grande y bonito que es Madrid! Mi madre aclaraba: Es que en Madrid tienen que estudiar, y en el pueblo, cono van de vacaciones, están todo el día jugando, y claro...

Las preguntas iban siendo cada vez más cicotrinas: ¿qué os gesta más, jugar o estudiar?; y cosas por el estilo de ingeniosas. Poco a poco, el interrogatorio iba decayendo, hasta que alcanzaba un punto de total imbecilidad, momento en que se nos autorizaba para abandonar el saben. Nada más abandonar éste, recuperábamos nuestra cara normal, y huíamos a la carrera por el pasillo, haciendo rapidísimos "cortes de marga" dirigidos a la visita, una vez fuera de su campo visual.

Por supuesto, nosotros también íbamos de visita de vez en cuando. Una vez decidido por mi madre el objetivo - eran las madres las que generalmente se ocupaban del protocolo familiar - nos portan nuestras mejores galas, y bien lavados y repeinados nos dirigíamos a "dar el plomo" a casa de la víctima.

Recuerdo una visita que me trajo algunas satisfacciones, no exentas de posteriores complicaciones. Debía de ser el año 1937, en Sevilla - contaba yo siete años - y visitábamos a un compañero de mi padre, Comandante de Aviación, que vivía en la barriada de Heliópolis. Desde que entré en el salón, mi pecadora mirada se posó en el piano, y no porque yo fuese aficionado a la música, sino porque encima del piano había un pequeño carro de combate de juguete, precioso, según la mirada de experto que rápidamente le dirigí. En aquél mismo instante decidí que el tanque aquél iba a pasar a ser de mi propiedad; así que en un momento en que todos los circunstantes estaban enfrascados en la conversación, con un rápido movimiento le eché mano y me lo metí en el bolsillo. Como el bulto era un poco aparatoso, apretando con los dedos conseguí agujerear el bolsillo, cayendo el tanque al pantalón bombacho, donde se quedó a la altura de la pantorrilla, que es donde se sujetaba el susodicho pantalón.

Una vez en el Hotel "La Paz" (todavía no habíamos encontrado casa en Sevilla) saqué a hurtadillas mi botín, comprobando que mi apreciación a primera vista no había sido errónea: el juguete era una preciosidad. Dándole cuerda, caminaba sobre orugas de goma, a la vez que disparaba el cañón, soltando fuego por el mismo mediante una piedra de mechero que tenía en el interior. Una monada. Lo malo es que rápidamente fui descubierto por mi madre, que tras darme unos zapatillazos, se empeñó en que había que devolver el tanque; y en éstas estábamos, tras varios días de tira y afloja, cuando desapareció el juguete misteriosamente. Mis sospechas recayeron en un Alférez Provisional, apellidado Díaz Cara, que estaba de permiso y se alojaba en el Hotel, y ante el cual había yo hecho, imprudentemente, una exhibición de las habilidades de mi tanque. Debió considerar que su condición de Alférez le obligaba a confiscar el material de guerra, y me lo "mangó", igual que había hecho yo anteriormente. Días después se marchó al frente, y no volvimos a saber nada de él ni de mi tanque, por supuesto. Ya que no podía devolverlo, fui obligado a confesarme - se acercaba mi Primera Comunión - con lo que las cosas quedaron medianamente. Mi madre prometió no decírselo a mi padre - que estaba en el frente - y mi hurto, que creo que fue el primero y el último de mi vida (durante la cual he sido honrado hasta el ridículo) quedó en el olvido.

LA LEGIÓN CÓNDOR

Mi admiración por los alemanes nació en aquellos días, de la mano de la Legión Cóndor, el Cuerpo de voluntarios alemanes que tan eficazmente colaboró al triunfo de las armas nacionales. No había más que ver a aquella gente desenvolverse para darse cuenta de que, allí donde llegasen, darían mucho quehacer, como luego se demostraría en la II Guerra Mundial, en la que para doblegarlos tuvieron que unirse, "contra natura", las mayores

potencias de la Tierra, e incluso así les costó descornarse contra Alemania durante cinco años largos.

Como digo, la Legión Cóndor me impresionó favorablemente desde que vi a sus soldados impecablemente uniformados - cosa que resaltaba enormemente en el Ejército Nacional, en el que la uniformidad se permitía numerosas licencias al gusto de cada cual - y haciendo gala de una disciplina férrea, que no estaba reñida con un exquisito trato a la población civil y a sus camaradas españoles.

Pero no es solo admiración lo que me produjo en aquellos momentos la Legión Cóndor, sino también agradecimiento, por lo que voy a relatar:

Mi padre, que desde mediados de 1937 estaba en el frente de Granada, destinado en la 33 División como Capitán de una Compañía de Intendencia de Montaña, sufrió una herida gravísima en la cabeza, con fractura del frontal y entrada de esquirlas en la masa encefálica. Evacuado al Hospital Militar de Sevilla, los médicos dijeron a mí madre que el pronóstico era muy pesimista, pues era necesaria una complicada intervención quirúrgica, y en aquél hospital no había ningún cirujano capacitado para realizarla. Mi madre les preguntó si en algún hospital situado en zona nacional había posibilidad de que lo operasen: Efectivamente lo había. Le informaron que en el Hospital Militar de Valladolid había un neurocirujano que podría efectuar la intervención. El problema era llegar a Valladolid desde Sevilla, cosa impracticable por tierra, pues la zona nacional solo llegaba hasta el norte de la provincia de Córdoba, y por el oeste, aunque había comunicación a través de Extremadura con la zona norte ocupada por los nacionales y por tanto se podía llegar a Valladolid, era impensable que llegase vivo, pues el viaje, por carreteras infames y expuestas a la aviación enemiga, podía durar varios días. Así que, prácticamente vinieron a decirle que "a morir por Dios". Mi madre, que era una mujer muy decidida, no se conformó con la perspectiva de quedarse viuda y con dos hijos, y decidió intentar algo que, según le dijeron los enterados, era absolutamente imposible: Trasladar a mi padre a Valladolid en avión. Y dicho y hecho: Se fue a ver a un Comandante de Aviación amigo de mi padre, que estaba destinado en la base de Tablada (el Comandante Labra) para exponerle su pretensión. Este le dijo que al día siguiente salía un avión de transporte de la Legión Cóndor hacia Valladolid; así que habló con los pilotos, que dieron toda clase de facilidades para el traslado, y dicho y hecho: llevaron a mi padre a Valladolid, donde lo operaron con total éxito, con lo cual ni mi madre se quedó viuda ni nosotros huérfanos. Así que a mí que no me hablen mal de la Legión Cóndor.

A la Legión Cóndor se le achaca, como un hecho monstruoso, el bombardeo de la ciudad de Guernica, hasta el punto de que el mismísimo Picasso pintó el famoso mamarracho de todos conocido, en el que se han querido simbolizar "los horrores de la guerra". En realidad lo que estaba pintando Picasso cuando le encargaron el cuadro era una corrida de toros, como fácilmente se deduce del toro, el caballo y la llorona que aparecen en el lienzo. Pero los intelectuales de la Izquierda, que tan buena prensa tenían entonces y siguen teniendo ahora, decidieron convertir el bodrio en el bombardeo de Guernica, con el aplauso de los intelectuales de la derecha, tan originales ellos; y así andamos desde entonces, como si no hubiese habido en la Historia más bombardeo que el de Guernica. Al parecer, lo que pasó en Hiroshima, Nagasaki, Dresde, Hamburgo, Colonia, Vietnam, fueron unos fuegos artificiales para solaz de los destinatarios.

Lo que en realidad ocurrió en Guernica lo relata un historiador británico - siempre hay que buscar la objetividad entre los británicos - David Irving, en su libro "Góring" (Editorial Planeta, edición 1989, pag. 179), una biografia sobre el mariscal del Reich, Hermann Góring, en la que por cierto no sale éste muy bien parado, pero que pone las cosas en su sitio.

David Irving no es de los historiadores que copian de lo que otros han escrito, sino que ha ido a las fuentes, que es donde se debe investigar. En primer lugar, al diario de operaciones del coronel Von Richthofen, Comandante de la Legión Cóndor, en el que éste relata toda la operación: El bombardeo fue realizado, a petición del General jefe del Ejército

del Norte, el 26 de abril de 1937, por nueve bombarderos Junker-52, que lanzaron nueve bombas de 250 kilos y 114 de 50 kilos. Su destino eran las carreteras al sur de la ciudad, pero debido al humo procedente de los incendios provocados por los milicianos en su retirada, los aviadores alemanes no pudieron distinguir los blancos, por lo que la mayor parte de las bombas cayeron en el pueblo. Como éste había sido evacuado ante la inminente entrada de las tropas nacionales, el número de víctimas, fue escaso: 90 personas, la mayoría de ellas a consecuencia de las bombas que cayeron sobre un refugio antiaéreo improvisado y sobre un hospital psiquiátrico. También hubo 32 heridos, según la lista que publicó el diario comunista. Como puede verse, un resultado lamentable, pero lejos de las exageraciones que aún hoy siguen siendo dogma de Fe para la progresía de izquierdas y para la estupidez de derechas.

Mis ideas políticas en aquellos momentos, como es de suponer y dada mi edad, eran elementales: Había una guerra, cuyas causas ignoraba, en la que peleaban los "buenos", que naturalmente eran los nacionales, contra los "malos", que eran los "rojos". Los buenos, con los que estaba Dios y toda la Corte celestial, estaban adornados de todas las virtudes, y su bondad no tenía mezcla alguna de mal; y los malos, por lógica deducción, tenían la eficaz ayuda del Demonio y su gente, y hacían alarde de todos los vicios y pecados capitales incluidos en el repertorio del Ripalda. Ante semejante panorama, la elección no era dudosa: Yo estaba con los buenos. Además, y como he relatado, todos los hombres de mi familia en edad militar vestían el uniforme de los "buenos", así que la cosa estaba clara.

El clima, pues, en que comencé a tener uso de razón, era belicoso y guerrero, por lo que no se podía esperar de mí que me convirtiese en un niño apacible, amante de las flores y los pajarillos. A mí lo que me gustaba era jugar a la guerra, a ser posible con "material" de verdad.

Nuestra estancia, durante los primeros meses de la guerra, en las cercanías "cercanísimas" del frente de batalla, nos habían familiarizado tanto con las alarmas aéreas y el subsiguiente bombardeo, que cuando sonaba la sirena, en lugar de correr a los refugios subíamos a la azotea de nuestra casa para ver el espectáculo. Como he dicho antes, pocas veces llegaban los aviones enemigos a sobrevolar Sevilla; entre los "cazas" de Tablada y el fuego antiaéreo los mantenían a raya. Pero alguna vez llegaban, y soltaban sus ruidosos "encarguitos" sobre la población. Nuestra casa estaba muy cerca de la plaza de La Magdalena, donde tenía su Cuartel el CTV (Corpo di Truppe Volontarie). Los italianos, un tanto novelescos, habían instalado en la terraza de su Cuartel varias ametralladoras antiaéreas, con las que disparaban sobre los aviones enemigos si llegaban a avistarlos. Tengo grabada en la mente un bombardeo nocturno - más bien un amago - con decenas de reflectores intentando descubrir los aviones rojos, y la localización de uno, sobre el que se concentraron todos los reflectores, y seguidamente todo el fuego antiaéreo. El pobre, asediado por todas partes, se vio francamente mal, pero consiguió escapar.

En Sevilla, de vez en cuando, aparecía el General - ya Generalísimo - Franco. Aunque era recibido con gran entusiasmo por las multitudes, para los sevillanos el héroe era el General Queipo de llano. Desde que tomó Sevilla - donde las Milicias marxistas tenían sobre las armas a decenas de miles de milicianos - con algo más de cuatro o cinco secciones de legionarios, a base de pasearlos en seis u ocho camiones a toda velocidad por las calles, lo que daba la impresión de que había llegado toda la Legión, los sevillanos solo veían por sus ojos. Si a eso unimos sus famosas y desenfadadas "charlas" todas las noches por Radio Sevilla - fue el inventor de la guerra psicológica - el cuadro queda completo. No es ningún secreto que Franco y él no se tenían mucha simpatía. En público, Queipo guardaba las formas, pero en privado se despachaba a gusto. Solía llamar a Franco "Paca la culona", y lo malo es que Franco lo sabía. A pesar de todo, durante la guerra, la sangre no llegó al río; incluso, al terminar la contienda, Franco recompensó a Queipo de llano con la Cruz Laureada de San Fernando, la máxima condecoración del Ejército Español, y le dio, dentro del Ejército, importantes cargos. Luego se fueron distanciando, y cuando Queipo pasó a la reserva - era bastante mayor que Franco el distanciamiento fue total. Cosas de la política.

MI PRIMER VERANEO

Llegó el verano de 1937, y con él algo inédito para mí: El "veraneo". En vista de que en Sevilla, al decir de sus habitantes (un tanto exagerados) durante el mes de agosto se puede freír un huevo sobre el pavimento de sus calles, mi madre decidió, antes de que pereciésemos achicharrados, liar los bártulos y emprender la marcha sobre alguna de las pocas playas que "caían" en zona nacional; y así fue como conocí el Puerto de Santa María, y vi por primera vez el mar (o la mar, como dicen los marinos que se debe decir).

Después de un larguísimo y accidentado viaje en tren, en la alegre y ruidosa compañía de las abigarradas tropas que iban y venían continuamente de un lado para otro, llegamos al Puerto de Santa María y nos alojamos en una fonda llamada "hotel" Loreto. Estaban aún muy lejos los tiempos del señor Fraga, y desde luego aquello no era "El Pez Espada", pero el ambiente era agradable - muy parecido al que habíamos conocido en el Hotel La Paz, de Sevilla - las comidas aceptables, y el precio módico: cinco duros pensión completa toda la familia. Aunque por aquel entonces un duro era un duro, no dejaba de ser barato.

Mi primera visión del mar me dejó estupefacto. (Aquí sí que ha llovido, pensé para mis adentros). La visión de tanta agua me provocó un imperioso deseo de hacer pipí. Una vez satisfecho tan legítimo deseo hice las preguntas de rigor en un niño de mi edad ante algo tan incomprensible: Que donde se acababa aquello, que porqué flotaban los bar' cos, siendo tan grandes y de hierro, que por donde caía América, etc.

Aclarados éstos importantes extremos, empecé a preocuparme por mi seguridad personal, pues intuí que de un momento a otro como así fue - pretenderían que yo me metiese en "aquello". Y conste que no me metí: Me metieron, no sin ruda oposición por mi parte, pues creía llegada mi última hora: Sobre todo cuando unas niñas mayorcitas, vecinas de toldo, con aire de sabihondas marítimas, sentenciaron que para quitarme el miedo, lo mejor era darme unas "jogahíllas" (ahogadillas), que es como allí llamaban al expeditivo sistema de meter por la fuerza bruta la cabeza de la víctima debajo del agua. Y en efecto, así lo hicieron, consiguiendo exactamente lo contrario de lo que se proponían, pues el miedo razonado que yo tenía se convirtió en terror insuperable. Cuando pude deshacerme de aquellas energúmenas, me alejé del agua a una prudencial distancia barbotando insultos, que solo cedieron ante la aparición del hombre de las patatas fritas, uno de los mercaderes más unánimemente apreciados por la infancia de aquella época. Así, entre las patatas fritas que me compraron y una ojeada que me permitieron echar a través de un catalejo que tenían en un aguaducho cercano, me tranquilicé relativamente, pero decidí establecer en mi fuero interno y para el futuro unas relaciones más bien frías entre el mar y yo.

Aquél verano supuso para mí una especie de descanso en mis preocupaciones político-castrenses, pues el Puerto de Santa María era la máxima expresión de la retaguardia; aunque se veían uniformes, como en todas partes, la lejanía de los frentes de guerra le restaba el clima que se respiraba en otras ciudades.

Desde el Puerto de Santa María hacíamos frecuentes excursiones a Cádiz, en un barquito - el Adriano III - que atravesaba la bahía en poco más de media hora. En Cádiz vi por primera vez barcos de guerra, que me causaron una gran impresión, sobre todo un submarino alemán, atracado en el puerto; tanto es así que inmediatamente requerí a mi madre para que me comprase unas cuartillas y lápices de colores, con objeto de reproducir sobre el terreno aquél submarino que tanto me había impresionado.

Aquél verano transcurrió tranquilo y feliz para mí. Hice lo que hacen todos los niños en la playa: Castillos de arena, pozos, barreras de arena para detener el agua cuando sube la marea y tirar puñados de arena a diestro y siniestro, con gran disgusto de las personas mayores, que no comprendían lo entretenido que resulta esto último.

La vuelta a Sevilla a finales de septiembre trajo consigo una novedad: El ingreso de mi hermano y yo en el Colegio del Sagrado Corazón, de los Padres Escolapios. A él habíamos de asistir durante los años que duró la guerra, y que fueron los que permanecimos en Sevilla. Aquél Colegio ya era más serio que la Academia de "Canillas", y nos obligó a normalizar nuestra vida "intelectual". Allí aprendí definitivamente la tabla de multiplicar, que a juzgar por el empeño que ponían en ello los austeros padres Escolapios debe de constituir uno de los más firmes pilares de la Ciencia.

La guerra seguía su curso, claramente favorable a las armas nacionales. Todos los días se ocupaba alguna ciudad importante, y existía la absoluta confianza en el triunfo. Los rojos se batían en retirada en todos los frentes, con gran valentía - todo hay que decirlo - pero en medio de una colosal desorganización de su Ejército, que carecía de mandos profesionales, pues los militares que habían permanecido leales al Gobierno eran mal mirados por los partidos de izquierdas, y motejados también de "fascistas". Más de uno y de dos fueron fusilados por denuncias o por capricho de los Comisarios politicos que había en todas las unidades del Ejército Rojo.

Aquí debo hacer una aclaración para la gente que no vivió la guerra: Lo de llamar "rojos" a los rojos, cosa que hacemos los que sí la vivimos, no es ningún insulto ni una denominación peyorativa; es como ellos se denominaban a sí mismos. A mediados de 1937, ante el desastre en que se había convertido el Ejército de la República, Indalecio Prieto lo reorganizó, con la ayuda de los asesores del Ejército Soviético que asistían al Gobierno de la República. Pasó a denominarse "Ejército Popular de la República", y adoptó las divisas del Ejército Soviético: La estrella roja, los distintivos de mando (se sustituyeron las tradicionales estrellas doradas de los oficiales por barras horizontales); el saludo militar clásico se sustituyó por llevarse la mano a la gorra con el puño cerrado, etc., así que lo de "Ejército Rojo" no son ganas de enredar, sino de llamar a las cosas por su nombre. Y no digamos nada del nombramiento de los Comisarios politicos en todas las Unidades del Ejército Rojo, para vigilar el pensamiento politico de los soldados y oficiales, y con un poder omnímodo para fusilar a cualquier combatiente del que sospechasen "ideas fascistas". Por otra parte, el Socorro Rojo, organización asistencial que funcionaba en la zona roja, no fue bautizado así por sus enemigos, sino por ellos mismos; así que no se la cojan ahora con papel de fumar. El recurso a llamar "zona republicana" a lo que era zona roja es un eufemismo como otro cualquiera, que se ha impuesto a posteriori para quitarle hierro al asunto. Pero los que vivieron aquello saben de sobra quién mandaba en aquella zona.

Finalmente, ni "Ejército Popular" ni historias; con un nombre o con otro, la retirada era general en todos los frentes. Hasta que un buen día, el uno de abril de 1939 precisamente, el Cuartel General del Generalisimo dio su último parte de guerra: "En el día de hoy, cautivo y desarmado el Ejército rojo, las tropas nacionales han alcanzado sus últimos objetivos militares. La guerra ha terminado".

El fin de la guerra supuso para nosotros, como para todos los españoles, la vuelta a la normalidad, aunque ya condicionada por aquellos tres años, que habían marcado a sangre y fuego la vida de toda una generación, y cuyos efectos habían de alcanzarnos por supuesto a los que, por nuestra edad, no habíamos tomado parte en ella, pero que por ser los herederos directos de los combatientes íbamos a sufrir las consecuencias de la misma.

MADRID. LA POSGUERRA

Terminada la guerra, no por eso se acabaron los problemas. Mi padre, que como tengo dicho era militar, pero de la Escala de Complemento, solicitó su licenciamiento, para volver a su empleo civil en la Sociedad de Peñarroya, la cual ya le había puesto un plazo de reincorporación, pasado el cual procederían a cubrir su puesto de trabajo, Pero el Ejército no estaba por la labor: La 33 División, en la que seguía destinado como Capitán, fue trasladada

al Campo de Gibraltar, pues las cosas con los ingleses no estaban nada claras. Así que el hombre no tuvo más narices que obedecer y marchar con su División a su nuevo destino.

Afortunadamente lo de los ingleses iba de farol - no sé si por parte nuestra o de ellos - y no llegó la sangre al río, consiguiendo mi padre por fin su licenciamiento y su regreso a su empleo civil en las oficinas de la Dirección de la Sociedad de Peñarroya, en Peñarroya-Pueblonuevo. Así que abandonamos Sevilla y nos reintegramos a nuestra casa, que milagrosamente se había salvado de saqueos, bombardeos y confiscaciones. Únicamente quedó en Sevilla mi hermano Diego, como alumno interno en el Colegio de los Escolapios, pues había comenzado el Bachillerato, y en nuestro pueblo no había Instituto ni nada que se le pareciese donde poder seguir los estudios de éste grado.

Yo, que contaba nueve años, fui inscrito en un Colegio de monjas francesas que había en mi pueblo, donde proseguí mis estudios primarios y aprendí algo de francés. Meses después, mi padre era nombrado Alcalde y jefe Local de la Falange.

Al terminar aquel curso, mi hermano y yo fuimos enviados a Madrid con nuestra abuela materna, que al haberse quedado viuda 1' haber pasado mil vicisitudes, decidió marcharse a Madrid con sus hijas solteras, pues ya no le ataba nada a Peñarroya, al haber muerto ml abuelo al principio de la guerra.

El enviarnos a Madrid fundamentalmente fue para que pudiésemos proseguir nuestros estudios, ante la imposibilidad de hacerlo en el pueblo; así que nos inscribieron en el Colegio de San Antón, de los Escolapios, situado en la calle Hortaleza, muy cerca de la calle de San Bartolomé, que es el sitio donde vivía mi abuela.

El Colegio de San Antón, durante la guerra, había sido utilizado por los rojos como prisión; allí estuvieron encerrados, como en las cárceles de Porlier, Modelo y decenas de "checas" más, miles de presos políticos, muchos de los cuales acabaron fusilados en Paracuellos del Jarama y en otros puntos de ejecuciones, aunque lo de ejecuciones esté mal dicho, pues una ejecución, en sentido estricto quiere decir que se ha ejecutado una sentencia de muerte dictada por un Tribunal; y en la zona roja la mayor parte de las "ejecuciones" se producían mediante el expeditivo sistema de sacar (de ahí las famosas "sacas") un número determinado de presos de la cárcel, llevarlos en camiones al lugar de la "ejecución" y allí liquidarlos sin más ceremonias. En la zona nacional en cambio se guardaban más las formas, sin que por ello dejase también de ser una barbaridad; generalmente las ejecuciones iban precedidas de una sentencia, dictada siempre por un Tribunal Militar reunido en Consejo de Guerra.

Pues bien, los nacionales no iban a ser menos: al terminar la guerra, el Real Colegio de Escuelas Pías de San Antón - que ese era su nombre completo - siguió estando habilitado, en parte, para cárcel, aunque cambiando los inquilinos: ahora les tocaba estar allí a los presos políticos del otro bando, aunque no debían ser gente muy señalada ni condenada a penas graves, pues convivían pacíficamente con los oficiales de Prisiones en plan bastante familiar: Recuerdo, en los primeros años cuarenta, que a veces los de "Primaria" hacíamos gimnasia en el "patio pequeño", por donde se paseaban los presos sin vigilancia armada, de palique con los oficiales de Prisiones, de los que recuerdo que llevaban un uniforme verde, parecido al de la Guardia Civil. Hacia 1942, la parte del colegio que estaba destinada a cárcel, fue evacuada por los presos, y recuperada por los padres Escolapios, que la dedicaron a la sección de "gratuitos", que, como bien indica su nombre, no pagaban, por ser gente sin posibles.

Mi adaptación a la convivencia con mis nuevos compañeros fue dificultosa al principio: la psicología de los niños que habían vivido el Madrid rojo era muy distinta a la de los que procedíamos de la zona nacional; por otra parte mi acento andaluz - muy marcado, pues no en vano estaba recién llegado de Sevilla - provocaba la hilaridad de mis compañeros de clase, cosa que me irritaba en extremo; a mi vez encontraba ridícula la excesiva

pronunciación de la "ese" y de la "jota" de los madrileños. En definitiva, éstas diferencias de apreciación lingüística provocaban frecuentes riñas que me llevaban agotado.

Donde yo aventajaba claramente a mis compañeros era en el terreno científico: en efecto, durante la guerra, en Sevilla, había seguido normalmente la Enseñanza Primaria, mientras que los niños de Madrid, al parecer, habían estado en su mayoría sin acudir a escuela de clase alguna; por ello mi sapiencia al lado de aquellos ignorantes era enciclopédica, lo que me situaba, sin esfuerzo por mi parte, en los primeros puestos de la clase, con lo que compensaba los disgustos que me proporcionaba mi acento meridional. Había un dicharacho, que me repetían con gran frecuencia, y que no sé porqué me provocaba una rabia incontenible: "¡Andaluz, alza la pata y enciende la luz!". Y efectivamente yo alzaba la pata, pero era para emprenderla a patadas con mis oponentes.

Mis recuerdos del Madrid de los primeros años cuarenta son tristes y sombríos. Sobre el hecho de estar separado de mis padres, a los que solo veía en vacaciones, el hambre y las enfermedades, que hacían estragos a mi alrededor, me encogían el ánimo. Todo lo que había disfrutado en la guerra, lo pagué en éstos años tenebrosos, en que el problema fundamental era sobrevivir, con la Cartilla de Racionamiento, la "bola" (aquel repugnante pan hecho con rayos y centellas) y otras porquerías semejantes, que recordarán muy bien los que vivieron aquella experiencia.

Mi día comenzaba a las siete y media de la mañana, hora en que me levantaba para ir al colegio, tiritando de frío, pues en la casa no había mas calefacción que un brasero en el cuarto de estar, alrededor del cual, en la mesa camilla nos apretujábamos todos los habitantes de la casa; aquellos inviernos de los años cuarenta fueron espantosamente fríos. Nevaba con gran frecuencia, y continuamente teníamos las manos llenas de sabañones.

Antes de ir al colegio me mandaban a la "cola" de la leche. En el Madrid de aquellos años había que hacer cola para todo. En eso sí habían disciplinado los rojos a la gente, que guardaba cola con ejemplar resignación, solo alterada cuando algún listo intentaba colarse.

Una vez conseguida la leche, había que ponerse en la cola del pan, o sea, de la "bola", la cual, una vez en poder del consumidor, había que administrar de forma que durase todo el día, es decir, para el desayuno, la comida, la merienda y la cena. Esto se conseguía por el simple procedimiento de partirlo en cuatro trozos, cada uno de los cuales equivalía en tamaño a un cuarto de naranja. ¡Y ale!; ¡a hartarse de comer!. Así estábamos nosotros de canijos, que cualquier gripe nos ponía al borde de la tumba. Ante nuestra "canijez", de vez en cuando nos ponían una tanda de inyecciones de calcio. Recuerdo que el practicante que nos las ponía, tirando el hombre piedras contra su propio tejado y en un arranque de sinceridad le decía a mi madre: señora, desengáñese usted; lo que estos niños necesitan son inyecciones de jamón.

Había ya, sin embargo, algunos privilegiados entre mis compañeros de colegio; a la hora del recreo estos indinos desliaban solemnemente sus bocadillos de pan blanco (¿De donde lo sacarían?) con algo dentro y se lo comían solemnemente ante la admiración de la mayoría silenciosa, que tenía que conformarse con su trozo de "bola" o simplemente con tragar saliva.

Fue por aquel entonces cuando empecé a oír hablar del "estraperlo", bonito negocio consistente en acaparar alimentos, comprados en las zonas rurales a bajo precio y burlando los controles oficiales, o sobornando a los controles oficiales, que de todo hubo en la viña del Señor, y vender luego dichos alimentos a la población hambrienta a precios abusivos, a través de intermediarios, en la mayoría de los casos pobres mujerucas, - las famosas estraperlistas - que ofrecían su mercancía en las bocas del Metro o en las cercanías de los mercados, en voz susurrante: ¡Barras, tengo barras!, o aquello de "Ideales y de noventa! "referido al tabaco, claro, que tampoco sobraba. De vez en cuando la Policía las detenía, les confiscaba la mercancía y las encerraba unos días; pero la investigación no iba más allá, y

quedaban en la sombra los verdaderos y misteriosos beneficiarios del negocio, que debía ser de los que dejan el mil por cien de beneficio neto, y creo que no peco de exagerado. En aquella época, en que un funcionario de tipo medio cobraba sus buenas quinientas pesetas mensuales, una barra de pan de 200 gramos, en el mercado negro, costaba cinco pesetas. Claro que el negocio exigía el pago de los intermediarios, y evidentemente tenía sus riesgos; pero debía merecer la pena, a juzgar por como se extendió por todo el territorio nacional.

Por supuesto el estraperlo abarcaba todo género de mercancías, desde el pan hasta los neumáticos de automóvil; pero incidía fundamentalmente en los artículos de alimentación, y de éstos, en los de primera necesidad: Aceite, leche, pan, azúcar, etc. No digo carne porque carne, lo que se dice carne, no recuerdo haberla probado en aquellos años. Debe ser que se habían terminado los bichos y no había nada que rascar. Únicamente recuerdo haber comido con alguna frecuencia carne de caballo en conserva, que nos enviaban los alemanes - a pesar de estar enredados en su propia guerra - y que por cierto estaba bastante buena. Sabía a algo así como el jamón de York enlatado.

La leche si que era un buen negocio. No hacía falta venderla de estraperlo. apara qué?. Teniendo un buen grifo de agua fresca, de cada litro extraído de una famélica vaca criada en establo urbano, salian tres cuatro o cinco litros de "cosa" blanquecina. Los precios variaban, según el grado de transparencia del liquido: si se quería beber algo que recordase el sabor de la leche, había que pagarlo a precio de oro, después de hacer la correspondiente cola en la lechería.

El café también era objeto de múltiples manipulaciones: Lo que se vendía como tal era un mezcla de malta, achicoria y cuernos del demonio, que sabía lógicamente a todo menos a café. El azúcar blanco escaseaba muchísimo; lo que más se consumía era una especie de azúcar moreno de color "achocolatado", que endulzaba poco y que pringaba mucho, pues lo vendían completamente mojado.

El tabaco, aunque para mí no constituía problema, pues dada mi edad no fumaba, también tenía su historia: como todo lo demás, estaba racionado, pero como la ración era escasísima, los fumadores tenían también que caer en las garras de las estraperlistas, que les sacaban los ojos por un mísero paquete de Ideales. Era tal la escasez de tabaco y constituía tal negocio su venta en el mercado negro, que apareció un nuevo y brillante oficio: el colillero. El colillero, que se reclutaba entre personas de todas las edades, pero preferentemente entre niños y ancianos, era un sujeto que caminaba por las calles cabizbajo, pero no porque estuviese triste, sino para descubrir colillas de cigarrillos, que recogía y guardaba en un bote vacío de conservas que llevaba al efecto. Algunos, bien porque les molestaba agacharse a por las colillas, bien porque habían decidido mecanizarse, llevaban un palo con un alfiler en la punta, y con un habilidoso movimiento pinchaban la colilla y la introducían en el bote.

Había algunos especialistas que trabajaban preferentemente en las estaciones del Metro, recogiendo las colillas de los andenes, que solían estar menos apuradas que las de la calle, ya que, al estar "prohibido fumar en el interior de los coches", los viajeros se veían en la necesidad de tirar los cigarrillos antes de subir al tren. Claro que algunos tacaños los apagaban, para volver a encenderlos cuando bajaban. Éstos especialistas del Metro ejercitaban una variedad francamente emocionante: consistía en pescar, materialmente hablando, las colillas que los viajeros arrojaban a la caja de la vía, para lo cual se servían de un hilo fuerte o bramante de un par de metros de largo, en cuyo extremo, a guisa de anzuelo, ataban una piedrecita u otro objeto relativamente pesado, impregnado de una sustancia peguntosa. Con extraordinaria habilidad hacían oscilar dicho anzuelo, dando pasadas sobre la colilla, hasta que conseguían que se adhiriese al mismo.

Pues bien, todo éste tabaco de segunda chupada, por así decirlo, una vez desmenuzadas las colillas, era revendido bajo el genérico nombre de "picadura". ¡Y tan picadura! A más de cuatro le picaría el "bacilo de Koch" gracias a éste magnífico vehículo de

contagio, ya que dicho animalejo anidaba por aquél entonces en un gran porcentaje de la población.

Mi inquietud política en aquellos años seguía vinculada a la Organización juvenil de mi pueblo, a cuyas actividades me incorporaba en vacaciones de Navidad, Semana Santa y verano. En Madrid me limitaba a chulearme ante mis condiscípulos de pertenecer a una Organización juvenil incontaminada, y de ser falangista desde 1936 - de cuando aún no se sabía quien iba a ganar la guerra - y no como ellos, que se habían apuntado a "los trenes baratos" de 1939.

LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

El comienzo de la Segunda Guerra Mundial el uno de septiembre de 1939, con la entrada de los alemanes en Polonia, tengo que reconocer que me llenó de júbilo: de una parte presentía que se iban a repetir los años de jolgorio que para mi infancia había supuesto la guerra de España, y de otra parte el ver a los alemanes nuevamente en acción, merendándose a la Europa que tan activamente había ayudado a los rojos, me entusiasmaba.

Por supuesto la propaganda oficial del Régimen, sobre todo cuando Francia e Inglaterra declararon la guerra al III Reich, se volcó a favor de éste. En los cines solo se veían noticiarios UFA, y toda la prensa y la radio, sin excepción, apoyaba la causa de Alemania. Todo eran recuerdos para la Legión Cóndor y protestas de desenfrenado amor al Nacional-socialismo y al Führer, que se manifestaba a través de una enorme proliferación de cruces gamadas en la solapa de miles de españoles.

Es preciso decir, y es de justicia, que en aquellos años de hambre de nuestra posguerra el único país que nos envió - a pesar de estar enredado en su propia guerra - alimentos, medicinas y todo género de ayuda, fue Alemania, mientras que los países democráticos solo nos obsequiaban con coces en la boca de nuestros vacíos estómagos, y con insultos y amenazas, que recuerdo muy bien, a través de las emisiones en español de la BBC de Londres; por todo ello era lógico que una gran parte de los españoles simpatizase con la causa de Alemania: entre ellos estaba yo, por supuesto, que en cuanto disponía de dos pesetas me compraba las revistas SIGNAL o ADLER, que se editaban en español y que traían magníficos reportajes y fotografías de la guerra.

Cuando en 1941 las tropas alemanas entraron en Rusia, el entusiasmo creció enormemente. No en vano Rusia - la URSS, para ser más exactos - había apoyado incondicionalmente al Gobierno rojo durante la guerra civil, y seguía enredando con su ayuda a los grupos comunistas que, en la clandestinidad, se oponían al Régimen. Desde luego también influía en la euforia germanófila el eficacísimo aparato de propaganda de Goebbels, pero es lo cierto que incluso sin dicho aparato la gran mayoría de los españoles se manifestaba a favor del Eje, y desde luego la línea oficial del Régimen iba por los mismos senderos. Recuerdo perfectamente que la aparición de Hitler en la pantalla de los cines al proyectarse algún noticiario UFA era acogida siempre con grandes aplausos; y no creo que en todos los cines hubiese agentes de la Gestapo o espías alemanes para hacer de "claque". Era sencillamente que la figura de Adolfo Hitler tenía algo que, aunque no entendiésemos ni jota de lo que decía, despertaba un entusiasmo delirante. No sé si esto era o no sensato: Me limito a constatar un hecho que pude presenciar multitud de veces en los cines de Madrid.

Todo este entusiasmo por la causa alemana fue, supongo que sabiamente, encauzado al reclutamiento de la División Azul o División Española de Voluntarios, que es como oficialmente se llamaba ésta Unidad en la terminología militar. Lo de "Azul" fue debido a que una gran mayoría de sus integrantes eran falangistas; el término hizo fortuna, y definitivamente es así como se la conoció y como ha pasado a la posteridad. La formación de

la División Azul dio ocasión a que los que además de entusiasmo estaban dispuestos a poner la carne en el asador, la pusieran.

Si en algún momento de mi vida he deseado tener diez años más, ese momento fue en el verano de 1941: Se me iban los ojos detrás de los flamantes voluntarios, de uniforme caqui con camisa azul y boina roja. Pero por suerte o por desgracia para mí no admitían soldaditos de diez años, así que me tuve que conformar con seguir aplaudiendo en los cines.

Mi regocijo era continuo durante aquellos primeros años de la guerra: Todos los ejércitos europeos sucumbían ante las divisiones alemanas, que se paseaban a sus anchas por Europa. La convicción de que la guerra estaba ganada había hecho presa en la conciencia del país; por eso, cuando el asunto cambió de signo, el chaqueteo nacional fue más aparatoso y vergonzante.

El primer disgusto nos lo llevamos con lo de Stalingrado. Aunque la propaganda alemana ocultó cuanto pudo el desastre, o lo minimizó, para evitar "espantadas" prematuras, los entendidos empezaron a decir que ya no estaba tan clara la victoria alemana. No obstante ello, y hasta el desembarco aliado en el norte de África, casi nadie creía en la derrota de Alemania; pero la duda empezó a atenazarnos cuando Italia hizo el número increíble pero cierto de pasarse limpiamente (es un decir) al enemigo. Y no digamos cuando los americanos pusieron pié en Normandía: Aquí empezaron las "madres mías", y la desbandada tomó caracteres de estampía. Desaparecieron de las solapas hispanas las svásticas - recuerdo un emblema que consistía en una "V" de "Victoria" en esmalte rojo en cuyo ángulo interior iba una cru2 gamada en esmalte negro, que proliferaba como los hongos - y, aunque todavía tímidamente comenzaron a verse emblemas de solapa con la bandera norteamericana.

Sin embargo, los leales seguíamos "erre que erre", leyendo "UNUS" (Víctor de La Serna), que todos los días en el diario INFORMACIONES nos reforzaba la moral, hablándonos de las famosas "armas secretas" (la NV-1 y la V-2), con las que íbamos a remontar todos los contratiempos, volviendo a cambiar el signo de la guerra.

Cuando en 1944 regresaron los últimos voluntarios de la División Azul, que habían permanecido en el frente ruso bajo el nombre de Legión Azul, e recibimiento no fue el entusiasta y multitudinario que había acogida a la primera expedición cuando volvió.

En mi mente de trece años, ya políticamente más desarrollada, comenzó a fraguarse la sospecha de que el cambio de chaqueta es una costumbre muy extendida, que no cabe atribuir en exclusiva a los italianos, aunque éstos sean especialmente proclives al mismo; el ejemplo lo tenía a mi alrededor, en el deprimente espectáculo nacional: las hasta entonces multitudinarias concentraciones de FET y de las JONS - se dice que en los años eufóricos llegó a haber dos millones de militantes del Partido, sin contar los adheridos - quedaron reducidas a modestas formaciones, compuestas por esas pocas personas que anteponen la lealtad a sus Ideales al miedo cerval y a la asquerosa costumbre de acudir solicitarnente en socorro del vencedor.

EL FINAL DE LA II GUERRA MUNDIAL

El aldabonazo que a mí me hizo pasar de la infancia política y de una relativa inactividad a la militancia y al activismo - que llegaría a ser desenfrenado - fue el asesinato de dos falangistas: Mora y Lara, perpetrado por un grupo terrorista, que entró en la jefatura de Falange del distrito de Chamberí y mató de sendos tiros en la nuca al conserje y a otro camarada que estaba con él - los únicos que en aquel momento permanecían en el local -

dándose a la fuga tras tan "heroica" acción. Aquel día decidí que una de aquellas bajas tenía que cubrirla yo, por lo que me presenté en el Distrito Centro, que es el que me correspondía, y que estaba situado en la calle de San Lorenzo número 15, muy cerca de mi Colegio. Allí solicité el traslado de mi ficha al Frente de juventudes de Madrid, y como, dada la desbandada que se acusaba incluso en ésta Organización mi caso era insólito, todo fue fácil, e inmediatamente quedé encuadrado en la Centuria de Cadetes "Batalla de Trafalgar".

Nuevamente dentro de un uniforme, me sentía como "pez en el agua". Aunque el uniforme del Frente de juventudes era menos marcial que el de los antiguos Flechas y el de la O J., pues en él había sido sustituido el gorro negro de corte militar por la boina roja, y habían desaparecido las trinchas del correaje, no por ello estaba yo menos ufano; los domingos en que había formación y los días de concentraciones, desfiles o actos políticos, me pavoneaba por las calles de Madrid, todo feliz con mis botas de tachuelas resonando en los adoquines.

Fue por aquel entonces, de la mano del Frente de juventudes, cuando, como tantos chicos madrileños, descubrí la Sierra de Guadarrama y la nieve. Los domingos de invierno había "marcha": Nos encaminábamos con nuestros equipos de nieve más bien pobretones (¡Aquellas ataduras de muelle "Candanchú"!) al puerto de Navacerrada, donde llegábamos exhaustos, pues nuestras posibilidades no nos permitían nada más que pagar el billete de tercera clase Madrid-Cercedilla y regreso en los trenes de cercanías. Desde Cercedilla al puerto subíamos a golpe de calcetín. Para consolarnos, a los que subían en el tranvía (el funicular, para nosotros) les llamábamos capitalistas y burgueses. El asunto no era para menos: Disponían de once pesetas para pagar el trayecto desde Cercedilla al puerto. Nosotros sin embargo subíamos a pie, con el "celta" y los esquís a la espalda, por el Calvario (¡Que bien puesto está ese nombre!) hasta la Fuente de los Geólogos, y desde allí por la carretera hasta el puerto. Si en el puerto no había nieve suficiente, no por ello nos arredrábamos: Seguíamos subiendo - siempre a bordo de nuestros calcetines, por supuesto - por la vaguada artificial de El Cable, hasta la Bola del Mundo y las Cabezas de Hierro. Una vez allí nos calzábamos los esquís y estábamos dándonos coscorrones hasta las cuatro de la tarde, en que bajábamos al puerto a comer en el albergue juvenil "Franco", bien de lo que llevábamos en el "celta" o bien del rancho del albergue, donde por el módico precio de peseta y media nos servían un abundante plato de judías con tropezones, bajo la vigilante mirada de Aurelio García, el eficientísimo jefe del albergue.

Finalizaba por aquel entonces el año 1944 - yo acababa de cumplir catorce años - y la segunda guerra mundial, con la victoria claramente inclinada del lado Aliado se aproximaba a su fin. No obstante y como he relatado antes, las derrotas de las tropas alemanas, salvo la de Stalingrado, no eran estruendosas. Los Generales alemanes eran muy habilidosos y aunque perdían terreno conseguían casi siempre salvar el grueso de sus ejércitos de grandes desastres. Pero la casi total falta de combustible - con la pérdida de los yacimientos de petróleo de Rumanía y los continuos bombardeos masivos de los Anglo-americanos sobre las refinerías alemanas - tenían prácticamente inactiva a la Luftwafe y sin gasolina a las divisiones acorazadas.

No obstante y como ya he dicho, las derrotas de las tropas alemanas llegaban a España con sordina. Todavía se confiaba en las famosas armas secretas de Hitler (aunque ya estaban en uso las V-1 y V-2 de Von Braum y algunos cazas con motor a reacción en periodo experimental) y se esperaba que de pronto surgiese el milagro que hiciera cambiar de signo otra vez la guerra.

La ofensiva de las Ardenas, desencadenada por los alemanes, que concentraron en la zona lo mejor que quedaba de las SS Panzer Divisionen y los Comandos del Coronel Skorzeny a punto estuvo de devolver a los norteamericanos al mar; pero tras unos días de impetuoso avance y de hacer correr a las tropas aliadas en una confusa retirada, el ataque fue perdiendo fuelle por falta de apoyo logístico y aéreo, y sobre todo, de combustible para los carros de combate de las fuerzas acorazadas, y terminó diluyéndose ante la inmensa

superioridad de medios que los norteamericanos llevaron rápidamente al teatro de operaciones.

La brillante ofensiva alemana consiguió que volviese a renacer momentáneamente la esperanza; pero ya era irreversible la victoria aliada.

El día en que a través de Radio Berlín en su emisión en español dieron la noticia de la muerte de Adolfo Hitler en el bunker del Reichstag, frente a las tropas rusas, se me cayeron todos los palos del sombrajo. Aquello se acababa sin remedio. Mi cabreo no tenía límites, así que decidí hacer algo.

Como primera providencia me fui, junto con varios amigos tan germanófilos como yo, a la embajada alemana, donde se habían formado grandes colas - no todo iba a ser chaqueteo - para firmar en los pliegos de pésame que la representación diplomática germana había colocado en el vestíbulo del edificio. Una vez que firmé con mi nombre, dos apellidos y domicilio, (¡no era yo chulo ni nada!) me cuadré y saludé brazo en alto ante el gran retrato del Führer que, bajo una gran bandera alemana rodeada de crespones negros, presidía el hall de la embajada.

Desde allí nos fuimos, llenos de ardor combativo, a la embajada británica, en la calle Fernando el Santo, donde a esas horas se estaba celebrando una recepción, probablemente para festejar la inminente victoria aliada. Allí, también en el hall, los británicos habían colocado sobre varias mesas montones de hojas impresas a multicopista, en español, en las cuales los británicos relataban la muerte de Hitler, con el cachondeo que es de suponer. (Por cierto, en el relato no se hablaba de suicidio: se decía que había muerto como consecuencia del bombardeo de la artillería soviética sobre el bunker de la Cancillería. La historia del suicidio, Eva Braum, etc., vino después de terminar la guerra.) Presas de la indignación, y ante la mirada flemática de unos ordenanzas inalterables, cogimos varios puñados de aquellas hojas, que rompimos ostensiblemente ante la puerta de la embajada. Después nos dedicamos a arrancar las banderitas británicas de los coches de la representación diplomática, estacionados frente al edificio. Tras ésta acción bélica contra el Imperio Británico, nos fuimos al Colegio Alemán, Donde tenía su sede la Sección, en España, de la Hitlerjugend. Allí, un muchacho algo mayor que nosotros, con gesto compungido y lágrimas en los ojos estaba arriando la bandera de Alemania que ondeaba en un gran mástil en el jardín. Le dijimos que queríamos irnos voluntarios a luchar contra los rusos, que estaban a punto de entrar en Berlin (veíamos los noticiarios alemanes y estábamos soliviantados al ver a los chavales de las Juventudes Hitlerianas, de nuestra edad, combatir contra los carros rusos con granadas de mano y con los famosos "panzerfaust"; lo que hoy llamaríamos lanzagranadas). El chico nos dijo que ya todo era inútil, y tras doblar cuidadosamente la bandera, se despidió de nosotros y entró en el edificio. Ahí se terminó mi voluntarioso intento de intervenir en la Segunda Guerra Mundial. La verdad es que Franco había dicho, en momentos de euforia y cuando aún "ganábamos los alemanes", que si los ejércitos soviéticos llegaban algún día a las puertas de Berlín, se encontrarían "un millón de pechos españoles defendiendo a Europa del Comunismo". La cruda realidad vino a demostrar que nunca se debe ir "de farol", por si luego hay que tragarse las bravatas.

Ya desde finales de 1943 y principios de 1944, las facilidades que se daban a los submarinos alemanes para abastecerse en puertos españoles, y a los aviones de la Luftwafe para aterrizar y repostar en bases españolas, fueron reduciéndose poco a poco, y se empezaron a dar las mismas facilidades a los americanos. Cosas de la politica pragmática de Don Francisco, que no se casaba con nadie, excepto con Doña Carmen. Lo del "millón de pechos españoles etc" solo se había hecho realidad con la División Azul, que se dejó en Rusia cinco mil muertos y mil quinientos prisioneros, de los que regresarían vivos solo unos centenares, tras diez u once años de durísimo cautiverio en los campos de concentración soviéticos. (Es cierto que la promesa de Franco se cumplió en mínima parte, aunque sin contar con él, e incluso contra sus órdenes, y reducida a dos Compañías: La SS Freiwilligen Kompanie 101 y la SS Freiwilligen Kompanie 102, de antiguos integrantes de la División Azul

y de la posterior Legión Azul, que al menos salvaron el honor del Ejército Español, negándose a regresar cuando regresó la Legión, y combatiendo junto a los alemanes en Berlin hasta el último momento. Los supervivientes fueron hechos prisioneros por los rusos e internados en campos de concentración, de los que regresaron, con el resto de prisioneros de la División - los pocos que quedaron vivos - al cabo de once años).

Quince o veinte días después, a mediados de mayo de 1945 acababa la SGM. A partir de ahí, los "buenos" dejaron de serlo, para pasar a ser los "malos". Y de qué manera. En 1945 se instaló en la Historia Universal una interpretación maniquea de la misma, con una serie de axiomas indiscutibles que han pasado a las generaciones posteriores sin posibilidad alguna de contradicción. ¡Y ay de ti si te atreves a contradecirlos! Puedes ser procesado, condenado y encarcelado en nombre de la libertad, si intentas ejercer una de las libertades fundamentales: La de expresión. Ésta solo la pueden ejercer los vencedores. Nada nuevo sobre la faz de la Tierra: La Historia, esa vieja prostituta, siempre la escriben los vencedores. ¡Vae victis! ("¡Ay de los vencidos!", para los que no estudiaron latín).

EL COLEGIO Y EL FRENTE DE JUVENTUDES

Mi vida transcurría entre el Colegio y el "Distrito", como llamábamos, para abreviar, al Centro político donde desarrollaba sus actividades mi Centuria del Frente de juventudes. Ambas cosas: Colegio y Distrito, estaban muy cerca: El Colegio en el número 65 de la calle Hortaleza, y el Distrito en el 15 de San Lorenzo, una bocacalle de Hortaleza muy cercana. Ésta proximidad facilitaba mi tracamundeo político-escolar sin necesidad de grandes desplazamientos; cuando salía del Colegio a las seis y media de la tarde (si no estaba castigado), solía darme una vuelta por el Distrito, en el cual cada Centuria tenía un pequeño despacho y una sala de reuniones y de juegos.

En el Colegio, mi rendimiento escolar, que había sido muy brillante en los primeros cursos del bachillerato, se estacionó en el tercer y cuarto curso, donde me instalé en una medianía que ni fú ni f4. Mi conducta era bastante mala: Era inquieto y rebelde, y no soportaba las injusticias, o lo que yo calificaba como injusticias. Con éstas Cualidades llovían sobre mí coscorrones sin cuento, que no me hacía mucha mella; por el contrario, me animaban a la sublevación Y al potreo de aquellos adustos clérigos, que resolvían los casos como el mío por la vía rápida del guantazo, o bien por los castigos escritos. Recuerdo haber escrito - no sé con motivo de qué barrabasada - cuatrocientas veces, en latín y en castellano, el primer capítulo de la Guerra de las Galias. Me enteré a base de bien que "omnia Galia est divisa in partes tres".

Bien es verdad que entre los profesores - la mayoría paisanos, pues los rojos durante la guerra habían hecho una buena escabechina entre el Clero de Madrid - había algunos muy buenos. Mi profesor de literatura en cuarto curso, el Padre Olea, era uno de ellos. Magnifico pedagogo, consiguió de unas pequeñas acémilas como nosotros que nos interesáramos por la Literatura Española y Universal. Y aquí tengo que desmentir esas falsedades propagadas por cuatro cretinos que afirman que Lorca, Machado, etc., durante el Régimen de Franco estuvieron "prohibidos", pues concretamente el bueno del Padre Olea nos obligó a sus alumnos a comprar "El Romancero Gitano", de Federico García Lorca, y a estudiarlo durante el curso. Yo lo compré en una librería - ya desaparecida - que estaba situada en la calle de la Princesa, entre Altamirano y Benito Gutierrez. El libro en cuestión, una edición argentina, llevaba en la portada una navaja entreabierta, dibujada sobre fondo azul, y estaba en el centro del escaparate, sin que "la Policía franquista" detuviese al librero por semejante crimen. Y eso que estábamos en 1944, es decir, en todo el apogeo del Régimen "represor de la Cultura".

También tengo que decir, en honor a la verdad, que lo que más nos gustaba a los prematuros viejos verdes que éramos mis compañeros y yo, del "Romancero", era el romance

de "la casada infiel" (Y que yo me la llevé al río creyendo que era soltera, pero tenía "marío"). El Padre Olea, aunque era muy liberal, intentaba pasar sobre el tema como sobre ascuas, para evitar los "pensamientos pecaminosos" que nos evocaban, con gran regocijo, los versos de Lorca.

La verdad es que, visto a distancia, no les faltaba razón a los curas aquellos para maltratarnos, porque éramos unos bárbaros. En una ocasión, para demostrar nuestro amor - a la vez que nuestra fuerza - a Blanquita, una niña pizpireta que nos hacía cucamonas desde un balcón, y a la que amábamos apasionadamente todos los alumnos de cuarto curso, tiramos por una ventana un banco de tres metros de largo, tras coger carrerilla por el pasillo. El banco atravesó volando la calle Farmacia y cayó, afortunadamente sin causar desgracias personales, en un solar situado enfrente del Colegio. El estrépito alertó al Padre Samuel, Prefecto de Estudios, al que temíamos por su mirada glacial y sus impresionantes bofetones. Sin embargo y a pesar de sus minuciosas investigaciones e interrogatorios, no pudo sacar nada en limpio, y los autores del lanzamiento quedamos en el anonimato. (Los chivatos estaban muy mal vistos, y cuando eran descubiertos sufrían duros castigos a manos del pueblo.)

En mi Centuria del Frente de Juventudes mi actitud era muy distinta: Disciplinado, entusiasta y cumplidor, no perdía reunión de Centuria - que era semanal - ni actividad de clase alguna. Las reuniones consistían en una charla de formación politica, a cargo del Asesor de dicha actividad, José Luis Rubio Cordón, y otra charla de formación religiosa, que nos daba un cura de pelo cano, cuyo nombre no recuerdo, y que solia insistir en el Sexto Mandamiento y en los peligros de la carne.

Las actividades al aire libre solían ser las marchas - generalmente a la Sierra - y las formaciones y desfiles en los numerosos días en que se conmemoraba algo: Día de los Caídos, Día del Caudillo, Día de la Victoria, etc.

Compartían con nosotros la primera planta del Distrito las centurias Batalla de Brunete, de Flechas, y Batalla de Lepanto, de Cadetes y Guías; ésta última la mandaba Rafael Sainz, y tenía como asesor religioso nada menos que al jesuita José María de Llanos, el famoso Padre Llanos. Este cura con el que más tarde, en mi etapa "seuísta" volvería a encontrarme, provocaba entre la muchachada auténticos arrebatos místicos, hasta el punto de que en un campamento volante con la Centuria Lepanto consiguió alrededor de treinta vocaciones para el Seminario de los Jesuitas. En aquella etapa de su vida, el Padre Llanos era enérgico, dominador y apocaliptico; con su sotana al viento y el brazalete de las Falanges Juveniles, hablaba con gran fuerza y convicción, y desde luego no se le notaba nada - como a tantos otros - que algún día cambiaría de bando politico. No me atrevo a juzgarlo (no juzguéis y no seréis juzgados), pero sí he de decir que su cambio de chaqueta me causó en su día una gran decepción, como la de otros muchos, que durante aquellos largos años nos adoctrinaron, nos entusiasmaron nos galvanizaron y nos prepararon para la hermosa tarea - decían ellos - de construir la gran España que preconizaban en sus discursos, ensayos, revistas y sesudos libros doctrinales, y que, cuando las cosas han venido mal dadas, se han apresurado a "descargar sus conciencias" y han dado un giro de ciento ochenta grados, embutiéndose en nuevas chaquetas politicas. Éstas caídas del caballo como la de Saulo camino de Damasco, que en muchos casos no dudo que sean sinceras - repito que no juzgo para no ser juzgado - a mí me parecen, así a bote pronto, raras. Pero en fin, las respeto. Allá cada cual con su conciencia, descargada o no.

El Frente de Juventudes, y más concretamente las Falanges Juveniles de Franco, que eran las unidades voluntarias (al FJ pertenecían por Ley todos los jóvenes hasta los 21 años, pero ésta pertenencia no les obligaba absolutamente a nada. En todo caso les daba derecho a asistir voluntariamente a los Campamentos de verano o Albergues de invierno en los turnos para Escolares o Aprendices) en que nos encuadrábamos un escaso porcentaje - algo así como el dos por ciento - de la juventud española, jugó según mi opinión un importantísimo

papel en la consolidación del Régimen. (No en vano Franco repetía machaconamente que el Frente de Juventudes era "la obra predilecta del Régimen".)

Cuando la derrota de Alemania nos puso contra la pared, la moral nacional pegó un bajón de padre y muy señor mío. La quema domiciliaria de camisas azules y carnets de afiliados y adheridos al Partido proliferaba de forma alarmante. Las masas falangistas de las primeras concentraciones de la posguerra se redujeron a escuálidas formaciones, como he relatado antes, y cada mochuelo intentaba volver a su olivo. Los rojos arrepentidos que se habían "apuntado a Falange" para camuflarse, empezaban a rebuscar en sus baúles los viejos carnets de la UGT, de la FAI-CNT, etc., por si había que revalidarlos. La burguesía española, tan exquisita, se "borraba de Falange" también, so pretexto de que allí "se había metido mucho rojo". Y no solo se borraban ellos, sino que impedían a sus hijos la militancia en las Falanges juveniles, con diversas excusas. Era frecuente oír a la gente de derechas criticar a la Falange porque era "atea". Se ve que no habían estado nunca en un Campamento del FJ, en los que era reglamentaria la presencia, como Mando, de un Capellán, el cual dirigía espiritualmente a los acampados, decía Misa, presidía el Rosario, confesaba, etc.; así que no sé yo de qué clase de ateísmo nos acusaban. Lo del "ateísmo" de la Falange - para la Derecha - venía de antiguo: No les gustaba el Punto de la Falange en el que se decía que en el futuro Estado "La Iglesia y el Estado concordarían sus competencias, sin que se admitiesen intromisiones que menoscabasen la dignidad del mismo". Terrorífica declaración de ateísmo, como puede verse.

Otra de las razones que aducía la burguesía para alejar a sus hijos del FJ era que en dicha Organización había mucho "hijo de obrero", y claro, podían aprender palabras malsonantes, pues ya se sabe que el personal es muy mal hablado.

La realidad es que las Falanges juveniles fueron una auténtica comunidad al servicio de la Nación. Los que militábamos en ellas carecíamos de prejuicios sociales y convivíamos con absoluta camaradería, sin preguntarle a nadie su procedencia social, que se nos daba una higa, ni quién era o qué era el padre de cada cual.

Bajo las lonas de los Campamentos se produjo, ya desde los años 40, el hermoso milagro de que nos cobijásemos como hermanos los hijos de los vencedores y los de los vencidos; y eso fue treinta años antes de que se anunciase la tan cacareada "reconciliación nacional", que desde que se ha proclamado oficialmente no paramos J' patearnos los "congojos" unos a otros como verdaderos energúmenos'

EL MAQUIS

A las Falanges juveniles correspondió la misión de levantar la moral de los españoles, quebrantada por el hambre, el cerco internacional y, en los campos, por el terrorismo rural desencadenado por el mal llamado "Maquis"; esta denominación se popularizó muy tarde, por mimetismo con la Resistencia francesa contra la ocupación alemana, cosa que tenía poco que ver con las actividades de nuestros presuntos "maquis", los cuales se llevaban los corderos, los chorizos y los jamones que los campesinos tenían en sus cortijos y caseríos, so pretexto de "la lucha contra el Fascismo". En los años cuarenta se les llamaba "los rojos de la Sierra", pues en un principio las partidas eran restos del Ejército vencido, que se refugiaron en zonas montañosas, viviendo sobre el terreno. Con el tiempo, aquello fue degenerando, y acabó convirtiéndose en grupos , generalmente pequeños, cuyos integrantes muchas veces vivían en los pueblos y que de vez en cuando salían "de correría".

Las grandes "hazañas bélicas" de estas partidas pueden resumirse en algunos destrozos en vías férreas - que nunca provocaron ningún gran desastre ferroviario - y algunos asesinatos en pueblos perdidos, con más ribetes de venganzas personales que de "acciones militares", como ahora pretenden los inventores de una guerrilla que nunca existió, y que

desde luego nunca inquietó al Régimen demasiado. En los primeros años de la posguerra, cuando estas partidas tenían alguna importancia numérica, se llegaron a utilizar para su eliminación algunas Banderas de la Legión. Posteriormente, y al disminuir su número e importancia, ésta misión le fue confiada a la Guardia Civil exclusivamente, que con la eficacia que le caracteriza, acabó resolviendo el problema por el sistema de las "contrapartidas": Grupos de Guardias Civiles vestidos como los "maquis" y armados, que se "echaban al monte" como si fuesen también maquis, para darles confianza a éstos, y que en vez de confianza les daban "pasaporte" en cuanto se los encontraban. Naturalmente, la Guardia Civil también tuvo sus bajas, pues en esta clase de confrontaciones todo el mundo tira a dar.

La actuación del Maquis, aunque de escasa importancia real, si consiguió crear bastante inquietud en los campos y en los pueblos aislados; los campesinos se resistían a vivir en zonas aisladas, sobre todo en las serranías, que es donde más actuaban éstas partidas; y no digamos los propietarios de grandes fincas, de los que algunos pagaron con su vida por atreverse a visitarlas.

Fue entonces cuando se puso en marcha una campaña a escala nacional de Campamentos "volantes" del Frente de Juventudes. Aquello consistía en la organización de marchas, generalmente integradas por una Centuria, que durante el verano y en turnos de veinte días recorrían zonas rurales, montañosas preferentemente, acampando sobre el terreno, en las cercanías de pueblos y aldeas. Allí se convivía con los habitantes de la zona, estableciendo lazos de amistad y camaradería con ellos, especialmente con los jóvenes. Las carreteras - había en aquellos años una escasísima circulación de vehículos - los caminos y los senderos de España se llenaban de Centurias de Flechas y Cadetes, con lo que entre otras cosas se conseguía que en los campos, en los pueblos y en las aldeas de todo el país se recuperase poco a poco la confianza y se fuese perdiendo el miedo al "Maquis", pues era evidente que con tanto chaval suelto por los cerros, no debía ser tan peligroso el asunto.

Por otro lado los Campamentos Volantes o Marchas por etapas eran una auténtica escuela de hombría y formación en todos los órdenes. Alli todo consistía en superar dificultades: el cansancio, el hambre, el frío por la noche y el calor por el día, y todas los inconvenientes que comporta la vida al aire libre bajo una disciplina aceptada voluntariamente, pero que a veces había que imponer con energía.

Las marchas, a veces agotadoras, ponían a prueba la resistencia física y moral de los chicos; con el "celta" a la espalda devorábamos etapas de decenas de kilómetros sin rechistar. En estas circunstancias y ante las dificultades, afloraban las mejores virtudes del ser humano y - por qué no decirlo - también sus peores defectos. Era edificante ver como, por ejemplo, durante la marcha bajo el sol abrasador, con los veinte o veinticinco kilos del "celta" encima, si algún flecha más débil o flacucho empezaba a renquear, rezagándose en la formación de dos hileras que flanqueaban la carretera, siempre había un camarada que sin decir nada a nadie, se rezagaba también, y desembarazándole del morral, cargaba con el propio y con el ajeno. Estos gestos de auténtica generosidad contrastaban a veces con algunos otros - escasos desde luego - de egoísmo, que solian manifestarse en materia de alimentación; algunos desaprensivos asaltaban la tienda de campaña del Intendente y dejaban sin merienda al "camarada medio", que no estaba para ayunos.

Recuerdo que en una Marcha Volante que hice con mi Centuria, mandada por el Subjefe de la misma, Feliciano Lorenzo Gelices, llegamos al pueblo segoviano de Coca, donde debíamos recoger las provisiones enviadas por tren desde Madrid, para proseguir nuestra marcha. Pues bien, nos personamos en la Delegación Local del FJ de Coca, a donde iban consignadas las cajas conteniendo las provisiones, y alli encontramos las cajas, pero abiertas y despojadas de todo lo que era susceptible de expolio: Aceite, chocolate, galletas, etc.; solo habían dejado, los desgraciados, las lentejas, los garbanzos, el arroz y las patatas. Se ve que eran unos exquisitos los tíos aquellos de Coca. De poco le valió al bueno de Gelices montar un broncazo fenomenal exigiendo responsabilidades; allí nadie sabía nada de la manduca desaparecida. Los del FJ de Coca le echaban la culpa a la RENFE, y los de la

RENFE a los del FJ. de Coca; total, un típico caso de picaresca hispánica, y los flechitas que nos quedamos a dos velas. Menos mal que teníamos muy buen conformar, y proseguimos nuestra marcha cantando aquello de "Gibraltar, Gibraltar, avanzada de nuestra Nación", que tanto nos gustaba a nosotros y tanto le disgustaba a Sir Samuel Hoare, ilustre hijo de la Gran Bretaña, que por aquél entonces representaba a su país en España, conspirando a la par contra Franco y su Régimen.

EL CERCO INTERNACIONAL

Fueron aquellos años muy comprometidos para el Régimen de Franco. Ahora se dirá lo que se quiera, pero es evidente que aquél tinglado no se sustentaba solo sobre las bayonetas. Si Franco no hubiese tenido el apoyo entusiasta de la mayor parte de los españoles, su Régimen, a pesar de las bayonetas - que eran cuatro y mal afiladas - se hubiese desmoronado ante el acoso implacable de Europa entera, azuzada por la Unión Soviética.

La espectacular condena del Régimen de Franco en la ONU, con la recomendación de retirada de embajadores, que cumplieron todos los países de las "claques" americana y soviética, fue algo como para encogerle el ombligo a un legionario. Pues nada; aquí nos lo tomamos a cachondeo, mire usted por donde. Una vez conocida la condena internacional, se organizó una manifestación monstruo - por ahí andan las fotos del evento - que se concentró en la Plaza de Oriente de Madrid, y al grito de "si ellos tienen UNO (ONU en inglés) nosotros tenemos DOS", clara alusión al asunto genital, al que tan aficionado es el celtíbero, demostró fehacientemente que el pueblo apoyaba multitudinaria y entusiásticamente al Régimen de Franco, el cual en aquellas fechas estaba hecho un mozo y para durar, como luego se ha confirmado.

Después de la manifestación en Madrid del 9 de diciembre de 1946, seguida de manifestaciones igualmente multitudinarias y entusiastas en todas las capitales y poblaciones importantes de España, quedó claro que si los Aliados querían avasallarnos, les iba a costar un huevo de la cara y la yema del otro (por seguir con las alusiones genitales), así que decidieron abandonar la vía directa y emprendieron la vía tortuosa de cercarnos por hambre.

Mal asunto éste de querer que los españoles metiésemos los dos pies por un calzón. Lo tomamos tan a mal que a todo el mundo se le olvidó si había sido rojo o azul años antes, y todos cerramos filas en torno a Franco y su Régimen. Recuerdo perfectamente que en la manifestación del 9 de diciembre de 1946 vi a un grupo de personas que llevaban prendidos en las solapas carnets de antiguos militantes o afiliados del Partido Socialista y de la UGT, gritando que ese día estaban con Franco. Así somos los españoles de raros.

Fue entonces cuando los españoles empezamos a oír hablar de Juan Domingo Perón, Presidente de la República Argentina, recién llegado al poder; éste hombre, con cuya posterior trayectoria se podrá estar de acuerdo o no, tuvo el gesto de sin igual gallardía hispánica de enviar a España a su Embajador, el Dr. Radío, justamente cuando abandonaban Madrid, cual mansa punta de ganado, todas las representaciones diplomáticas acreditadas en la capital, con las que materialmente se cruzó.

Naturalmente aquello se merecía un recibimiento, y se lo hicimos por todo lo alto: Medio Madrid se concentró en la estación de Atocha y alrededores para recibir al Embajador de Argentina, al que escoltamos con gran algazara hasta el Hotel Ritz, donde se hospedó por el momento. Allí dirigió a la multitud una alocución desde un balcón, de la que no oímos mucho, pero que aplaudimos con gran entusiasmo.

Al día siguiente y en la misma linea de nuevas relaciones con Argentina, se celebró un partido amistoso de fútbol entre la selección nacional - no recuerdo bien - o el Atlético

Aviación (hoy Atlético de Madrid) y el San Lorenzo de Almagro, equipo puntero entonces de la Liga de aquél país; el equipo visitante, que ganó por goleada, fue generosamente aplaudido por un público sensibilizado por la valiente actitud de los argentinos frente a la ONU.

La generosa actitud de los argentinos no se quedó solamente en palabras: El envío del nuevo Embajador fue seguido de la firma del Protocolo Franco-Perón, miediante el cual Argentina nos envió grandes cantidades de trigo y otros productos alimenticios, que sirvieron para paliar los efectos de varios años seguidos de malas cosechas (la famosa "pertinaz sequía'~ y para que lo s españolitos que estábamos en plena edad del crecimiento no nos quedásemos definitivamente raquíticos. La generosa y valiente actitud de los argentinos para con España en aquellos terribles años de cuarentena a que nos sometieron los "demócratas" de la ONU para dar gusto a la URSS, es algo que, al margen de cualquier ideología, creo que agradecimos todos; pronto tuvimos ocasión de exteriorizarlo, cuando nos visitó Eva Duarte de Perón, y una multitud impresionante acudió a la plaza de Oriente para mostrarle su cariño y adhesión.

A partir de la condena de España por la ONU, las manifestaciones se convirtieron en una especie de continuo refrendo de apoyo popular al Régimen. Cualquier motivo era bueno: Cada vez que Franco hacía acto de presencia donde fuera, allí había una multitud que espontáneamente acudía a aplaudirle y vitorearle hasta enronquecer. Muy especialmente recuerdo las manifestaciones que se organizaban cada 1° de abril, después del desfile de la Victoria en Madrid; cuando Franco abandonaba la tribuna, desde la que se dirigía a la recepción tradicional en el palacio Real, cientos de miles de madrileños le seguían, ocupando la plaza de Oriente y aledaños, donde le vitoreaban horas y horas, obligándole a salir varias veces al balcón principal. Yo desde luego no me perdía ni una de estas manifestaciones; allí donde olfateaba el jolgorio, me personaba y enronquecía como estaba mandado.

LOS "JUANITOS"

Fue por aquellas fechas cuando yo empecé a oír hablar de Don Juan de Borbón. Mi buen amigo José María Menéndez, compañero de colegio, era un entusiasta monárquico, y con la sana intención de llevarme a los reales senderos, me regaló un libro delirante de Bonmatí de Codecido, en el que éste eximio periodista relataba una especie de ñoña biografía de Don Juan; en ella contaba la presentación de Don Juan "en el frente de combate de Salamanca" poniéndose a disposición del Caudillo para lo que éste "gustase mandar" en materia bélica, y cómo Franco (siempre precavido y desconfiado), le había dicho que su vida era preciosa para España, por lo que debía regresar a Lausanne y estarse quietecito hasta que se aclarase la pescozolera nacional que a la sazón se ventilaba. El libro terminaba con los siguientes párrafos:

"El Príncipe Don Juan de España, desde entonces, como un soldado más de las Falanges gloriosas de la Reconquista española, está en el puesto que le destinó el Mando, disciplinado y firme, cara al sol de amanecer del nuevo Imperio español, dispuesto siempre, con el brazo extendido y al grito de ¡Viva España!, y ¡Arriba España!, a ejecutar las órdenes que le dé el Caudillo de su Gloriosa Gesta de Reconquista en nombre de Dios, de la Raza y de la Historia".

¡Toma ya!. El delirio. (Que conste que no me invento nada: Tengo en mi poder el libro, cuyos datos son los siguientes: Título El Príncipe Don Juan de España. Autor: Francisco Bonmatí de Codecido. Librería Santarern, Fuente Dorada 27. Valladolid. Imprenta Castellana. Valladolid. Es propiedad. Francisco Bonmatí de Codecido. 1938.)

Desde luego era evidente que el autor no había consultado con Don Juan antes de dar a luz semejante bodrio, sobre todo en lo referente al "devouernent" que éste sentía por Franco. Claro es que en 1938 los monárquicos, que se habían sumado al Alzamiento todos:

Tanto los de la rama borbónica - que era la que realmente ostentaba la legitimidad - corno los de la rama carlista-tradicionalista - esperaban la restauración monárquica cuando terminase la guerra, cosa que evidentemente no ocurrió, pues tras la victoria de Franco se desencadenó la Segunda Guerra Mundial, que vino a complicarlo todo. Ello sin contar con que Franco se encontró a gusto en el sillón, y no hubo quien lo apease en cuarenta años, salvo la muerte, claro.

La verdad es que Don Juan intentó incorporarse al ejército de Franco con reiteración: después de lo de Salamanca lo intentó nuevamente, y solicitó su admisión en la Armada nacional, aprovechando su condición de oficial de Marina (tanto de la española como de la británica); pero nuevamente fue rechazado por Franco, con los mismos pretextos que atenormente, que daban a entender que éste pensaba en una restauración monárquica inmediata tras el final de la guerra. Lo cierto es que pasaron los años, terminó la guerra mundial, y Franco, sin decir nunca que no, tampoco decía que sí, con lo que Don Juan perdió la paciencia y empezó a largar "andanadas de proa" contra Franco y su Régimen, aprovechando que los alemanes habían perdido la guerra y parecía que los Aliados la iban a emprender con nosotros sin solución de continuidad. Se le olvidaron a Don Juan todas esas cosas que Bonmatí decía en su libro de él, y largó los "manifiestos" de Lausanne y Estoril, poniendo a Franco de "chupa de dómine", preconizando elecciones libres y democracia a todo pasto, con la dimisión del General, naturalmente para sentarse él en el trono. (Por cierto, recuerdo un chiste que por entonces circuló mucho - un tanto grosero, pero muy expresivo - sobre las aspiraciones de Don Juan: Se decía que éste tenía puestos los dos ojos en el Trono, pero no acababa de poner el tercero).

Aquellos manifiestos cayeron muy mal en la opinión pública. Ya sé que me dirán que entonces la opinión pública solo tenía una opinión, valga la redundancia; pero siendo ello verdad, también lo es que Franco se las ingenió para que todas las fuerzas políticas del Régimen asumieran su postura, criticando duramente los "manifiestos", en los que se veía una connivencia con el "rojerío" del exilio. Desde luego lo que sí ocurrió es que los manifiestos en cuestión impidieron para los restos la restauración monárquica en la persona de Don Juan. Si los redactores de tales documentos - algunos de los consejeros de Don Juan, seguramente - creían que el Régimen se iba a derrumbar tras su publicación, "se dieron en los cables". Franco se empestilló en El Pardo y aguantó como un jabato hasta que lo metieron en la caja.

Por lo que a mí concierne, la verdad es que no había oído hablar mucho de Don Juan, hasta que leí en los periódicos - los publicaron absolutamente todos - los famosos manifiestos, que me indignaron como a tantísimos españoles. Lo que más me indignó fue enterarme de que Don Juan era oficial de la Royal Navy. ¿A cuento de qué un español tenía que ser oficial, aunque lo fuese a título honorífico, de una Marina extranjera tradicionalmente enemiga de España?

A raíz de los manifiestos comenzaron a aparecer en Madrid los "Juanitos". Los Juanitos eran una sub-especie política, que como su nombre indica constituían la "joven Guardia" de Don Juan. Ellos se llamaban a sí mismos Juanistas, pero nosotros los dejábamos en Juanitos, que resultaba más familiar y menos solemne. Los Juanitos habitaban y proliferaban principalmente en el barrio de Salamanca, teniendo su centro de operaciones al principio en el Paseo de la Castellana, en el sector comprendido entre Colón y la calle Lista (hoy Ortega y Gasset), más o menos. Sus actividades se reducían a pasear - preferentemente los domingos por la mañana, después de Misa de doce - por la acera central del Paseo, donde tomaban sus "cañas" en las terrazas de los kioscos que allí existían. Su atuendo era inconfundible: Traje bien cortado - a medida - del color de moda en cada momento: (Primero azul marino, luego gris marengo, después verde "Ike", etc), sombrero de fieltro de ala más bien ancha y copa muy baja, corbata casi siempre verde (V.E.R.D.E: Viva El Rey De España. Ingenioso, ¿verdad?) y para remate, un anagrama en la solapa consistente en una jota artísticamente labrada en plata con el tres en números romanos (Juan III) dentro.

Enjaezados los Juanitos con tan elegantes abalorios, se pavoneaban orgullosos por sus dominios, con sus novias o amigas - las Juanitas - que justo es reconocer que solían estar muy buenas.

Por supuesto los Juanitos en la mayoría de los casos eran hijos de altos dignatarios del Régimen, de la Aristocracia, más o menos rancia, o de presidentes de Consejos de Administración, sin que faltasen alevines de la Industria o del Comercio de alto copete. También había bastantes militares, sobre todo - no sé bien por qué - del Arma de Caballería. Estos militares compaginaban sin dificultad su devoción por Don Juan con la lealtad a Franco, su jefe Supremo. Eran monárquicos, pero formaban parte indisoluble del Régimen de Franco, con el que se habían sublevado el 18 de julio de 1936, al igual que falangistas, requetés y resto de partidos no marxistas. Así que no nos vengan ahora con historias de "terribles persecuciones" por parte del Régimen, que los que vivimos aquellos acontecimientos sabemos lo que pasaba: Todos eran franquistas acérrimos, a la vez que monárquicos convencidos.

El movimiento juanista estaba discretamente animado por el diario ABC, que daba una de cal y otra de arena, entre su fidelidad a Franco y a Don Juan al mismo tiempo. Recuerdo haber visto al Luca de Tena de turno muchas veces en la zona de "combate", vapuleado por el "camarada medio"; También había una revoltosuela Duquesa que animaba el cotarro, e incluso en FET y de las JONS teníamos a nuestros juanistas: Valga como ejemplo el inefable camarada Sancho Dávila, de la más clara estirpe de la Falange Sevillana. O sea, filigranas de la politica, en la que cabe todo.

Aquello, como era de esperar, acabó a bofetadas. El pretexto, según versión que oí a mis camaradas, fue que un domingo en que varios Flechas de corta edad - diez o doce años - regresaban uniformados de algún acto, al pasar por la zona juanista de La Castellana fueron provocados por un grupo de juanitos; al contestar a la provocación los Flechas, fueron vapuleados y escarnacidos por un enemigo superior en número y en edad. Como el asunto no podía quedar así, decidimos tomar cumplida venganza. Conviene precisar que en éstas acciones la iniciativa partía siempre de la militancia y como mucho de los Jefes de Centuria; de Jefes de Distrito para arriba no solo no secundaban nuestras iniciativas, sino que las prohibían rigurosamente. Lo que pasa es que la militancia, que era agresiva de por sí, hacía caso omiso de las prohibiciones y campaba por sus respetos.

Pues bien, al domingo siguiente del incidente que he relatado, nos personamos en La Castellana varias docenas de miembros del FJ, comprendidos entre los dieciséis y los veintiún años; íbamos vestidos de paisano, aunque con distintivos en la solapa, para no confundirnos con el enemigo. Nuestra presencia no fue acogida precisamente con entusiasmo por los juanitos; al contrario, pronto empezaron los insultos, y a continuación las bofetadas, generosamente repartidas por ambas partes. Los juanitos generalmente se batían bien, pero fueron arrollados por la sorpresa y el mayor grado de cabreo que llevábamos nosotros, abandonando el campo, en el que quedaron algunos sombreros, que fueron nuestro botín de guerra. También arrancamos de algunas solapas los distintivos juanistas, con lo que el entusiasmo de la tropa no tenía limite. Naturalmente acudió la Policía Armada, pero el incidente ya estaba terminado; hubo algunas detenciones, tanto de juanistas como de falangistas, pero inmediatamente soltaron a todos.

Nuestras jerarquías, siempre legales y acojonaditas, que habían recibido las amargas quejas de los papás de algunos de los juanitos vapuleados, nos abroncaron por nuestra actuación, volviendo a prohibirnos aparecer por La Castellana bajo ningún pretexto. Mejor hubieran quedado callándose, porque al domingo siguiente las docenas del primer día se habían convertido en varios cientos, ya mejor pertrechados con porras y otros objetos contundentes. También los juanitos, a los que indudablemente les iba la marcha, lógicamente estaban mejor preparados y ofrecieron mayor resistencia, con lo que la batalla resultó interesantísima. Para mayor animación, al rato de iniciarse las hostilidades apareció la Policía Armada, virtuoso Cuerpo que nunca hizo distingos entre brios y troyanos: Todos por igual

éramos dignos de ser apaleados por las "defensas" (las porras de los policías no se llaman porras, sino defensas) de la "Gristapo" - como ingeniosamente se la empezaba a llamar - con lo que la confusión llegó a ser horrorosa. Al final de aquel combate a tres bandas quedó victoriosa la Policía Armada, que hizo numerosos prisioneros entre juanitos y falangistas. Cuando éstos prisioneros eran encerrados en los coches celulares, dentro de los vehículos se reproducía la lucha si coincidían pasajeros de ambos bandos, con lo que los guardias tenían que hacer una previa selección entre ellos y repartirlos homogéneamente.

El tercer domingo - hay que ver que forma teníamos de santificar las fiestas - la batalla se presentó todavía más dura, aunque cambió la zona de las escaramuzas. La Policía Armada desde muy tempranotenía tomada La Castellana, en especial el paseo central, con lo que los juanitos, que eran los hijos de gente importante, se sentían más protegidos. Sin embargo, muchos de ellos, hartos de que todos los domingos les estropeasen un traje y les pateasen sus historiados sombreros, decidieron cambiar de paseo, y se marcharon con sus "juanitas" (buenísimas ellas) a la cercana calle de Serrano. Ni que decir tiene que en cuanto nos percatamos de la estratégica retirada del enemigo a posiciones de segunda línea, allá que nos fuimos en busca de la correspondiente camorra, trasladando el campo de batalla a la calle de Serrano. Allí volaban los sifones, las botellas, las sillas de las terrazas de los bares y los inevitables sombreros de los juanitos. Lo del sombrero era verdaderamente notable, por lo que significaba para sus dueños. Los juanitos, ya lo he dicho antes, se batían bien, incluso con bravura, sobre todo teniendo en cuenta que generalmente estaban en inferioridad numérica. Sin embargo, cuando perdían el sombrero en el fragor de la batalla, se desconcertaban totalmente y ya no hacían carrerade ellos mismos. Yo, inconscientemente, al verlos perder la moral combativa a la vez que perdían el sombrero, pensaba para mis adentros que aquello lo hubieran solucionado fácilmente con un barbuquejo.

Lo que más me dolía de aquellas escaramuzas eran los insultos que nos espetaban las "juanitas", con lo monas que eran y lo finas. Con sus preciosas caritas de niñas de Serrano nos llamaban "rojos", comunistas y milicianos (no sabían ellas la escabechina que habían hecho los tales en mi familia años antes), desconcertantes insultos que ponían de manifiesto el abismo que nos separaba a los falangistas de la derecha burguesa; ya he dicho antes, y lo repito ahora, que en las organizaciones falangistas no había "hijos de papá"; en el Frente de juventudes el noventa por ciento de los militantes éramos chicos de familias de clase media u obrera, y despreciábamos ostentosamente a la Derecha instalada, que era la que realmente detentaba el poder. Preci4a" mente los "papás" de muchos de aquellos juanitos que jugaban a la política en la calle de Serrano eran los que desde los Ministerios, los Bancos y las cacerías gobernaban el país; por eso, el vapuleo sistemático a que sometíamos a sus criaturas todos los domingos y fiestas de guardar, era entorpecido por la Policía, que naturalmente hacía lo que le mandaban los mandamases; y como en definitiva los agresores éramos nosotros, ni que decir tiene que llevábamos la peor parte en cuanto aparecía el personal de gris.

Los enfrentamientos entre falangistas y juanitos continuaron durante semanas y semanas, hasta que el cansancio físico de los contendientes y la presencia continua de la Policía consiguieron que las batallas campales de un principio fueran reduciéndose a pequeñas escaramuzas y golpes de mano cada vez más espaciados; únicamente se reavivaba la llama guerrera cuando Don Juan o alguno de sus partidarios - que eran muchos y de campanillas - se manifestaba públicamente, o cuando con motivo de algún aniversario monárquico se organizaba por los juanistas algún acto, Misa o necrológica. En ese momento aparecíamos para reventar el festejo, y terminábamos generalmente en la Comisaría, donde después de tomarnos el nombre nos soltaban sin más ceremonias.

A pesar de la notable violencia que caracterizaba los encuentros, nunca se produjeron ni siquiera heridos graves, afortunadamente. Todo quedaba en magulladuras, moratones o heridas leves. Nunca, que yo sepa, salieron a relucir, por ninguna de las partes contendientes, armas blancas ni de fuego.

Años más tarde, en la Universidad volvería a encontrarme con los juanitos, con los que proseguiría el abofeteamiento a discreción; la cosa se complicaría con otra facción monárquica que a la sazón también se movía: Los tradicionalistas, divididos a su vez en Falcondistas (de Fal Conde), partidarios de D. Francisco Javier de Borbón Parma, y los Carlos Octavistas, que como claramente se infiere se inclinaban por Carlos VIII.

HIPÓLITO MORENO

En octubre de 1946 murió, como consecuencia de un enfrentamiento con un grupo terrorista, un chico del Frente de juventudes, Hipólito Moreno, de 18 años. Según parece éste patrullaba junto con otros camaradas del FJ y de la Guardia de Franco por el barrio de Vallecas, cuando tropezaron con un grupo en actitud sospechosa al que dieron el alto; los componentes del grupo, de improviso, comenzaron a disparar contra la patrulla, hiriendo muy gravemente a Hipólito Moreno, el cual falleció días después en el hospital de San Carlos.

En aquellas fechas había comenzado, sobre todo en Madrid, una especie de terrorismo urbano - sincronizado con el que a cargo de los "maquis" atemorizaba a los habitantes de las zonas montañosas -que, aunque sin acciones demasiado espectaculares, sí inquietaba a los ciudadanos. No sé porqué a los terroristas aquellos les dio por colocar bombas en mantequerías y tiendas de ultramarinos, y eran muchas las noches en que se producían atentados contra éstos establecimientos, que los terroristas debían considerar el "no va más" del Fascismo galopante. La cosa no pasaba de la rotura de los escaparates, con las latas de tomates y pimientos fascistas volando por los aires.

Para combatir aquel terrorismo "de baja intensidad", como se llamaría ahora, y para evitar que pasase a mayores, las fuerzas de orden público, que paradójicamente en un régimen de fuerza eran muy escasas en efectivos, recurrieron a las organizaciones falangistas, especialmente a la Guardia de Franco y a las centurias de Guías del FJ - chicos de entre 18 y 21 años - con cuya ayuda podían montar un dispositivo de vigilancia nocturna relativamente eficaz, a base de patrullas mixtas de policías y falangistas (éstos deficientemente armados o totalmente desarmados) que recorrían Madrid durante la noche, guardando el sueño de los madrileños, que, debido a la censura no solían enterarse de los atentados, salvo que vivieran cerca del lugar de la ocurrencia. Los periódicos daban como mucho una breve nota del suceso, con lo que la gente no se asustaba en exceso. Se patrullaba especialmente en las barriadas de mayor tradición marxista: Vallecas, Cuatro Caminos, Tetuán, etc.; precisamente en Vallecas ocurrió el tiroteo del que después resultaría muerto Hipólito Moreno, tras varios días de agonía en el Hospital.

El entierro fue impresionante, al menos para mí, que contaba dieciséis años. Salió del Hospital de San Carlos, para dirigirse, atravesando la Glorieta de Atocha, hacia el pueblo de Vallecas, de donde era oriundo el fallecido, y en cuyo Cementerio sería inhumado su cadáver.

El público asistente - treinta o cuarenta mil personas - estaba extraordinariamente excitado. Las circunstancias de la muerte, la edad de la víctima y la situación que atravesaba España, con el acoso de absolutamente toda Europa, tanto del mundo occidental y capitalista como del oriental y comunista, tenían sensibilizado al pueblo español, que, contrastando con el chaqueteo que sucedió a la terminación de la guerra mundial, reaccionaba ante el cerco internacional con enorme violencia y gallardía ante cualquier acto que se considerase orquestado fuera de nuestras fronteras; y la muerte de aquel chico, a manos de terroristas movidos desde fuera, se consideró por el pueblo de Madrid como una agresión más a España.

El féretro fue llevado a hombros desde el Hospital de San Carlos hasta el cementerio del pueblo de Vallecas, lo que supuso varias horas de camino. La multitud, entre la que se veían muchas camisas azules, entonaba marchas y canciones, y el entierro se convirtió en un

acto de afirmación patriótica y de desafío a las fuerzas que desde el extranjero nos cercaban y acosaban. Para mí el momento más emocionante fue cuando, tras el responso y unas palabras de José Antonio Elola, Delegado Nacional del FJ, el féretro fue bajado a la fosa; en ese momento se cantó el Cara al Sol más vibrante y guerrero que he oído en mi vida. Todo aquello me impresionó enormemente - tenía yo en aquellos momentos dieciséis años recién cumplidos - y en aquel cementerio de Vallecas me juré a mí mismo que siempre sería leal a la camisa azul que llevaba y a los ideales que ello comportaba.

CAPÍTULO II

LA LEY DE SUCESIÓN DE 1947

La promulgación de la Ley de Sucesión en 1947 supuso un duro golpe a la devoción que los falangistas sentíamos por Franco. (Siempre que me refiero a los falangistas hay que entender que para mí falangistas eran los que no comerciaban con la camisa azul ni habían renunciado a ninguno de los postulados revolucionarios de la Falange, entre los que por supuesto no se contaba ninguna clase de restauración monárquica; o sea que me refiero a muy poca gente, para entendernos). Pues bien, como decía, aquello de la Ley de Sucesión nos pareció una completa marranada, ya que tras la restauración monárquica que comportaba veíamos desvanecerse nuestros sueños revolucionarios. Aquella Revolución Nacionalsindicalista que era la única razón de existir de la Falange, demorada primero por la guerra civil, después por la segunda guerra mundial y a la sazón "congelada" mientras se aclaraba el asunto del cerco internacional y la condena de la ONU, con la Ley de Sucesión, que claramente suponía un retorno al régimen monárquico burgués y reaccionario anterior a la República, amenazaba con frustrarse definitivamente a manos de un eventual sucesor coronado, que lógicamente haría mofa y befa de cualquier planteamiento socialmente revolucionario, pues él mismo vendría arropado y apoyado por el gran capital y las clases tradicionalmente dominantes en España. Todo esto, en parecidos términos, se lo espetamos en la cara a nuestras jerarquías provinciales y nacionales sin ninguna clase de timidez, pues a pesar de nuestra juventud teníamos muchos arrestos y la lengua lo suficientemente suelta para explicarnos en castellano. Naturalmente, se nos dieron por nuestras jerarquías toda clase de razones y explicaciones: La Ley de Sucesión era solamente un "paraguas" para guarecernos de la campaña exterior, dando la impresión de que el Régimen adoptaba formas más democráticas; en realidad Franco no tenía intención 21 1na de restaurar la Monarquía; por supuesto Don Juan no se sentaría nunca en el Trono (eso sí resultó verdad) etc. etc.

A pesar de nuestra juventud y de nuestra inexperiencia política, las razones que se nos daban nos olían a camelo y a encerrona. Lo cierto es que ahí estaba la Ley, más clara que el agua, y ahí estaba, para ratificarla, el Referéndum popular, primero que se celebraba en España bajo el Régimen de Franco. Mucho se ha dicho sobre los resultados "preparados" de aquel Referéndum: Que si votaron los muertos, que si se obligaba en las mesas electorales a votar SI por el procedimiento de no tener más que papeletas afirmativas, etc.; posiblemente algo de esto hubo, sobre todo en zonas donde el responsable del asunto temiese que sus resultados no fuesen excesivamente brillantes, en detrimento de su carrera política. Pero la verdad es que el pueblo votó afirmativamente en cantidades abrumadoras. Y no porque hubiesen leído la Ley -que en España se le tiene un respeto tal a las leyes que se votan, se desacatan o se incumplen sin leerlas previamente, qué tontería- sino porque Franco había dicho que había que votar SI, y la adhesión popular al Caudillo era totalmente emocional en aquellos momentos. Cualquier cosa que hubiese propuesto habría obtenido un éxito igual, por el sirrnple hecho de ser propuesta por él.

Sin embargo, como digo antes, los falangistas comprendimos que aquello suponía la "puntilla" para la Revolución que España necesitaba. La "estocada hasta la bola" había sido otra Ley, promulgada el 19 de abril de 1937, en plena guerra, por la que desapareció la Falange subsumida en aquel híbrido que se llamó, con nombre complicadísimo, Falange Española Tradicionalista y de las juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista. (Y de los Grandes Expresos Europeos, añadiría el gran poeta -y gran cachondo- falangista Agustín de Foxá); la "Unificación" famosa, que si bien ayudó a ganar la guerra al bando nacional, convirtió a la Falange en un componente más, y no precisamente el más influyente, en el "Movimiento Nacional", como también se denominaba al híbrido para abreviar, y al mismo tiempo para ir borrando la palabra "Falange", que tanto molestaba de fronteras para afuera.

Pero volvamos a nuestra historia. A partir de la Ley de Sucesión, se puiede decir que se inicia la semi-ruptura de los falangistas de filas, y muy concretamente de los componentes de las organizaciones militantes de la Falange: Frente de juventudes, Guardia de Franco y SEU, con Franco. Y digo semi-ruptura porque aunque adoptamos a partir de aquel momento una actitud crítica contra el Régimen, seguimos militando en nuestras Organizaciones, aunque sin mordernos la lengua y poniendo en solfa a cuanto gerifalte se nos enfrentaba; éstos, convencidos de que en el fondo teníamos razón, nos soportaban con resignación cristiana, pues si nos echaban se quedaban sin militantes que justificasen sus cargos y nóminas. Y nosotros, como no teníamos nada que perder, no desperdiciábamos ocasión de zumbarle la pandereta a todo bicho viviente, muchas veces de forma un tanto ingenua. Había una canción de marcha, una de cuyas estrofas decía: "Unidos todos a Franco, único Capitán, que en sus manos nuestra Patria, a buen puerto arribará"; bueno, pues nosotros, con el cachondeíllo, acomodábamos la última parte y la cantábamos así: "Unidos todos a Franco, único Capitán, que en sus manos nuestra Patria, sabe Dios a donde irá".

Claro que no todo era desacuerdo con el Régimen; nuestro disgusto, como digo, tenía su origen en lo que considerábamos frustración de la Revolución por el claro aposentamiento de la Derecha burguesa y conservadora en el Poder. En todo aquello que significase defensa de la Unidad Nacional y de la dignidad de España, estábamos con Franco hasta la muerte. Asimismo, las medidas que en el terreno laboral o social - obra siempre de los escasos falangistas que ocupaban puestos de importancia en el Gobierno - las apoyábamos y aplaudíamos con entusiasmo. Por eso se daba la paradoja, inexplicable para los que no lo vivían de cerca o estaban en el "ajo" de que en un mismo día nos enfrentásemos a la Policía con motivo de algún evento monárquico y esa noche saliésemos de patrulla con la misma Policía para proteger la seguridad de Madrid. Era una especie de esquizofrenia o desdoblamiento de personalidad política, ininteligible para cualquier profano, pero que nosotros entendíamos a la perfección. Aquello creo yo que funcionaba ya en el subconsciente, y automáticamente, ante cualquier problema, reaccionábamos en "franquistas" o "no franquistas" sin ponernos previamente de acuerdo.

Esta "esquizofrenia política" es la explicación de muchas de las cosas que relataré en las páginas siguientes, y que tan difícil resulta hacer entender ahora a quien tiene la paciencia de escuchar a un falangista de los que vivieron activamente aquellos sucesos. El ser franquistas y no franquistas, todo en una pieza, era una auténtica filigrana propia del Renacimiento; pero lo fuimos, y yo creo que lo seguimos siendo, ya que aquello nos marcó de por vida.

Hay que aclarar que ésta actitud nuestra de rebeldía contra lo que juzgábamos una frustración - nosotros le llamábamos más radicalmente traición - no era en principio compartida abiertamente por todos los militantes de las organizaciones falangistas; fundamentalmente, aquel espíritu "jacobino" anidaba en concreto en el Frente de juventudes, y de éste, en determinados Distritos y Centurias de Madrid capital. No tengo datos para afirmar ni para negar la extensión de la rebelión latente y parcial que suponía nuestra actitud a otras capitales o ciudades españolas, aunque pienso que al igual que reaccionamos los jóvenes falangistas madrileños, lo harían, en mayor o menor escala, los de otras poblaciones. De todas formas, incluso en el Frente de juventudes de Madrid, éramos una minoría que radicaba en los Distritos de Congreso y Universidad; pero que en muchas ocasiones arrastrábamos tras nosotros al resto de Distritos y Centurias. Posteriormente, con el paso del tiempo y la confirmación de nuestros temores de que la Revolución había pasado definitivamente, como en la canción de Machín, a lo que "pudo haber sido y no fue", aumentó considerablemente el número de los rebeldes, y yo creo que, salvo los falangistas que ocupaban puestos remunerados, la mayoría de los militantes de filas, que militaban por puro idealismo, acabaron por venir a nuestro terreno.

He dicho antes que los Distritos más rebeldes eran los de Congreso y Universidad. En el de Congreso radicaba la Centuria de Guías "Navas de Tolosa", que mandaba Augusto Aldir Albert, y en la que militaba mi hermano Diego. Ésta Centuria fue, creo yo, el vivero y origen de

aquella postura de oposición parcial al Régimen; de éste grupo habían de nacer en su día la Centuria "Hipólito Moreno", número 18 de la Guardia de Franco, y la Centuria "Alejandro Salazar", número 20 de dicha Organización, la famosa "Centuria 20", que tanto quehacer había de dar posteriormente.

Yo militaba en la Centuria de cadetes "Batalla de Trafalgar" del Distrito Centro. Mandaba la Centuria Mariano Faura, siendo el Subjefe Feliciano Lorenzo Gelices, y asesor político José Luis Rubio Cordón. Era una Centuria típica del Frente de Juventudes de Madrid: Funcionaba perfectamente en el terreno formativo, de actividades deportivas, etc., pero carecía de "toma de postura" ante los acontecimientos politicos que se estaban sucediendo. Quizá la mayoría de sus componentes era demasiado joven - entre los catorce y los diecisiete años, pero abundando más los primeros - y los responsables del mando, que me consta que eran falangistas de verdad, no consideraban oportuno transmitirnos su inquietud para no desmoralizarnos. Lo cierto es que en las reuniones semanales de Centuria no se planteaba nunca el problema político que suponía para la Falange la Ley de Sucesión, con lo que yo, contagiado por mi hermano Diego del espíritu rebelde de la "Navas de Tolosa", reventaba de ganas de tirar las patas por alto en una de aquellas reuniones. Y eso fue exactamente lo que hice. Abierto el diálogo al terminar la charla de formación - los falangistas siempre hemos dialogado a pesar de la fama de "fascistas" que llevamos encima - me levanté y dije (recuerdo exactamente las palabras), que yo "no le veía la punta" a aquella Centuria. A1 preguntarme Gelices que de que punta se trataba, le expliqué que, según mi criterio, se prestaba demasiada atención a las actividades deportivas, marchas, formaciones, etc., y ninguna a los acontecimientos políticos que estábamos viviendo, con la traición-frustración de nuestras ansias revolucionarias a manos de un Régimen que nos utilizaba como simples comparsas, pero sin intención alguna de implantar jamás el Nacionalsindicalismo. Mi encendida perorata causó cierto impacto en los componentes, y sobre todo en los mandos de la Centuria. Gelices me miraba de hito en hito, sin salir de su asombro. Márquez, el cadete modelo y disciplinado, salía ahora por peteneras, y se alzaba como una especie de Catilina, soliviantando los ánimos del pueblo contra César. Intentó calmarme como pudo, pero mi decisión estaba tomada: Pedía mi baja en la Centuria Trafalgar y en el Disrito Centro, y el alta en la Centuria Navas de Tolosa, de Congreso, donde consideraba que había un espíritu más revolucionario. Como ya tenía cumplidos los diecisiete años, no hubo inconveniente burocrático alguno: Pasé a formar parte de la Navas de Tolosa, que al ser Centuria de Guías requería esa edad, inmediatamente.

A partir de ese momento "me puse de largo" no solo politicamente, sino materialmente hablando, ya que las Centurias de Guías, en las formaciones, no llevaban el clásico pantalón corto gris, característico del FJ, sino pantalón largo negro, que en la Centuria Navas de Tolosa se acompañaba con botas negras de media caña. Por supuesto, y como señal externa de nuestra rebeldía anti-monárquica y anti-Unificación, en las formaciones jamás llevábamos la boina roja, símbolo del Tradicionalismo, omisión que sacaba de quicio a las jerarquías, y que servía para identificar, por el atuendo, a las Unidades "rebeldes".

La Centuria Navas de Tolosa, a pesar de pertenecer al Distrito de Congreso, tenía sus reuniones en la Delegación Provincial del FJ, situada en la calle de Ibiza n° 11. Ni que decir tiene que la cercanía física de las jerarquías provinciales de la Organización, era un acicate más para nuestra rebeldía; las reuniones semanales de Centuria, que empezaban a las nueve de la noche, rara vez terminaban antes de las doce o la una de la madrugada. En éstas reuniones, en que peroraban por su orden el Jefe de Centuria y el Asesor de Formación Politica, se ponía al rojo vivo el espíritu revolucionario que caracterizaba a la Centuria: Se ponía en solfa la politica claramente pro-capitalista del Régimen, que casi desde sus comienzos se había echado en brazos de los capitostes del Poder económico, renunciando a la famosa Revolución siempre anunciada y nunca siquiera iniciada; sustituida por una politica social paternalista: demagogia a todo pasto y mano de hierro ante cualquier intento de subvertir el orden económico establecido, que era exactamente el mismo que imperaba antes de la guerra, lo que hacía preguntarse a muchos si había merecido la pena tanta violencia y tanta sangre para volver al mismo sitio. En aquellas reuniones nos cabreábamos a nosotros

mismos, y saliamos de ellas como si hubiésemos comido filetes de tigre. Lo que pasa es que luego no teníamos contra quien desfogar, porque el Capitalismo no tiene forma física y no se le pueden arrear bofetones; y la moda de quemar sucursales bancarias a lo tonto aún no se había inventado, ni parece que dé mucho resultado.

La famosa profecía de José Antonio, incluida en una circular enviada a todas las jefaturas Territoriales de la Falange el 24 de junio de 1936, pocos días antes del Alzamiento, era citada con gran frecuencia en nuestros panfletos a multicopista, pues nos veíamos reflejados en ella. Dice así:

"Consideren todos los camaradas hasta que punto es ofensivo para la Falange el que se la proponga tomar parte como comparsa en un movimiento que no va a conducir a la implantación del Estado Nacionalsindicalista, al alborear de la inmensa tarea de reconstrucción patria bosquejada en nuestros 27 puntos, sino a reinstaurar una mediocridad burguesa conservadora (de las que España ha conocido tan largas muestras) orlada, para mayor escarnio, con el acompañamiento coreográfico de nuestras camisas azules".

Con estas hechuras, las actividades de la Centuria Navas de Tolosa - la CNT, como la denominábamos nosotros a veces, aprovechando la coincidencia de las siglas y un cierto aire anarquista que nos caracterizaba - eran variadas y generalmente poco tranquilizadoras para el Mando. El denominador común de éstas actividades era el inconformismo con el rumbo político de FET, (si es que tenía alguno), el desacuerdo total con las "previsiones sucesorias" explicitadas en la Ley de Sucesión, y la demora "sine die" de la Revolución eternamente anunciada y al parecer definitivamente aparcada bajo la denominación de "pendiente", invento de los pseudo-falangistas que ocupaban los escasos puestos de alguna importancia en el Gobierno. En cuanto a política exterior, nos asqueaba por igual el mundo capitalista, representado por los EEUU, y el mundo comunista, capitaneado por la URSS. Si se me apura, creo que éramos incluso más antiamericanos que antisoviéticos, quizá porque ya empezaba a perfilarse la presencia de los yanquis en España, que, en su ignorancia, creían que se encontraban en un país más de Europa de los que acababan de ocupar. Ésta ignorancia les llevó a múltiples abofeteamientos a cargo del personal celtibérico, que no soportaba la arrogancia ni el aire de vencedores de los militares americanos: Hubo multitud de incidentes en Madrid - sobre todo en los locales nocturnos, que eran los más visitados por los chicos de los USA - de los que siempre salían malparados los americanos, pues en cuanto la gente se percataba de la nacionalidad de los provocadores, los aporreaba sin piedad, hasta que llegaba la Policía, que los entregaba a la "Military Police", ya bien calentitos.

Y es que los españoles somos raros para todo. Al chaqueteo que se había producido años antes al cambiar de signo la guerra mundial, le sucedió un orgullo patriótico desaforado, que reaccionaba violentamente ante cualquier provocación o intento de menosprecio de aquellos mozalbetes repelados, que, con aire de suficiencia y a bordo de sus lujosos automóviles, nos miraban por encima del hombro. Tremendo error, ese de mirar por encima del hombro a un español, cualquiera que sea su ideología, estatura o posición social.

LA CRUZ DE LOS CAÍDOS

Un buen día, en una de aquellas reuniones de Centuria, alguien constató que en Madrid no había Cruz de los Caídos. Efectivamente era así; ese monumento a los Caídos en nuestra guerra - del bando Nacional, se entiende - que existía, ostentoso o humilde, según la población, en todos los pueblos y ciudades de España, brillaba por su ausencia en la capital de España. Para paliar ésta omisión, el día de los Caídos, que se celebraba el 29 de octubre, el Ayuntamiento erigía una gran cruz de madera en los jardines de lo que hoy es el templo de Debod, y donde en su día estuvo emplazado el Cuartel de la Montaña. Junto a la Cruz, y durante toda la noche, montaban guardia escuadras del Frente de juventudes, hasta el día

29, en el que se celebraba un acto en dicho lugar, tras el cual se desmontaba la Cruz, y hasta el año próximo.

Ya por aquellas calendas, y mientras honrábamos la memoria de nuestros caídos, empezábamos a cuestionar la incongruencia que significaba recordar en nuestras conmemoraciones únicamente a los que habían muerto en uno de los dos bandos en lucha. Sobre todo nos parecía incongruente no honrar también a los que habían muerto limpiamente en el campo de batalla, con el honor que a todo soldado se le supone. A ello contribuía la evidencia de que la inmensa mayoría de los combatientes en ambas zonas habían sido reclutados en levas obligatorias, tanto por el Gobierno de la República como por el Gobierno de la España Nacional; y los que combatían como voluntarios, no cabe duda que lo hicieron también bajo la influencia psicológica de la propaganda militar y política de cada facción. Si a ello unimos que ya por aquel entonces se había iniciado la construcción de la Basílica del Valle de los Caídos, bajo la directa supervisión de Franco y por idea personalísima del mismo, con el fin de enterrar en su cripta los restos de los combatientes caídos de ambos bandos, con igual consideración y honor, la conclusión era de una lógica aplastante: Todos los caídos - por expresa decisión del Caudillo - merecían la honra y el recuerdo respetuoso sin discriminación alguna.

Esta especie de "reconciliación nacional" empezando por los muertos, que más tarde volveríamos a intentar aprovechando el traslado de los restos de José Antonio del Monasterio del Escorial al Valle de los Caídos, no tuvo gran éxito en las altas esferas; pero doy fé de que a nivel de militantes la opinión era unánime, incluso entre los que habían hecho la guerra. Curiosamente, los que han combatido con las armas en la mano suelen ser más generosos con sus antiguos enemigos que los beneficiarios de la victoria no combatientes. Ya se ha dicho más de una vez: Unos ganaron la guerra y otros administraron la victoria.

Pero volvamos a nuestra historia. Madrid no tenía Cruz de los caídos, y ese entuerto teníamos que "desfacerlo" nosotros. Estudiamos con todo detalle la operación. Se trataba de hacer algo, por supuesto simbólico, pero que fuese lo suficientemente sonado como para inquietar a las autoridades, especialmente al Alcalde de Madrid, que por aquellas fechas creo recordar que era Moreno Torres.

Después de muchas discusiones acordamos que en la noche del 28 al 29 de octubre, una escuadra colocaría en un lugar de Madrid una Cruz de los Caídos. Al mismo tiempo seis u ocho escuadras saldrían de otros tantos puntos del extrarradio de Madrid con un recorrido previamente determinado y que incluía en su itinerario las principales arterias de la capital, para confluir en el kilómetro 0, justamente delante de la Dirección General de Seguridad, para mayor "Inri". (Alguien aportó esta idea, algo temeraria, aduciendo que donde menos nos iban a buscar era justamente en la puerta de la sede de la Policía. La cosa salió bien porque Dios es misericordioso con sus criaturas). Durante el recorrido, los integrantes de estos grupos irían pegando pasquines en los que brevemente se relataba la acción y sus causas, no sin una alusión poco agradable para las autoridades y en especial para el Ayuntamiento de Madrid, por carecer de Cruz de los Caídos. Terminaba la breve leyenda indicando donde habíamos colocado la Cruz, con una invitación al presunto lector a manifestarse en dicho lugar al día siguiente, que era el 29 de octubre.

La operación, que se inició a las 11 de la noche para terminar sobre las 5 de la madrugada del día siguiente, se desarrolló con una precisión milimétrica: no hubo el menor fallo en ninguno de los grupos, y sobre las cinco de la mañana coincidíamos todos en la Puerta del Sol, dando las novedades al jefe de Centuria.

Por supuesto, la escuadra encargada de la colocación de la Cruz había realizado previamente su cometido, comunicándolo telefónicamente a las escuadras que se hallaban a la espera de la noticia en los puntos periféricos de Madrid, para que éstas iniciaran su cometido sobre seguro.

El lugar elegido para la colocación fue una artística fuente en construcción que se estaba edificando en la entonces llamada Plaza de Ramiro Ledesma, frente a la Estación del Norte. (Esa misma fuente es la que actualmente está situada en el principio del Paseo de Camoens, a donde fue trasladada posteriormente).

La operación, con sus visos tragicómicos, merece la pena relatarse. El grupo que la llevó a cabo estaba compuesto por seis o siete camaradas, mandados por Augusto Aldir, el Jefe de la Centuria. Vestidos con ropas oscuras para mejor camuflarse en la oscuridad de la noche y portando con aire furtivo una cruz de fabricación casera, hecha de madera en su armazón y de contrachapado en sus caras, de un par de metros de altura, se encaminaron sigilosamente hacia su objetivo. En el camino, a uno de los integrantes del grupo - no sé si a Mariano Vera, de carácter un tanto zumbón - se le ocurrió decir en voz alta: ¡Parecemos sacristanes que se mudan de iglesia!. La ocurrencia, muy oportuna, provocó la hilaridad del grupo, que necesitó un buen rato para recuperar la seriedad necesaria que requería la misión. Al llegar a la plaza, en cuyo centro se estaba construyendo la fuente, se encontraron con que la puerta del murete que protegía la obra estaba cerrada, por lo que, suponiendo que dentro había algún guarda, llamaron con toda naturalidad. A1 no abrirles nadie decidieron saltar la tapia, momento en que apareció el guarda armado de un garrote y en actitud nada pacífica, por lo que hubieron de encañonarle para bajarle los humos y para que soltase el garrote. Seguidamente pasaron a explicarle lo que pretendían, pero el guarda, poco versado en filigranas politicas, se puso reticente intentando recuperar su garrote, por lo que hubieron de darle unos tantarantanes que acabaron por apaciguarle. Finalmente convencido, acabó colaborando, facilitándoles una escalera, con la que subieron a la parte alta de la fuente donde, no sin gran trabajo, consiguieron colocar la cruz, cuyo pedestal cubrieron con una bandera nacional y otra de Falange.

Culminado la operación con éxito, tanto la colocación de la cruz como su anuncio simultáneo mediante la pega de pasquines en las calles, no había más que recoger los frutos, cosa que intentamos y conseguimos a medias, al menos en cuanto a la manifestación que pretendíamos llevar desde el Teatro de la Comedia hasta la plaza de Ramiro Ledesma Ramos. Al finalizar el acto conmemorativo de la fundación de la Falange, que se celebraba, como todos los años, el 29 de octubre a las 12 de la mañana en dicho teatro, organizamos una manifestación con los asistentes al acto - después de lanzar unas octavillas _ y nos encaminamos al lugar donde habíamos colocado la Cruz; pero sea porque íbamos demasiado deprisa los que encabezábamos la manifestación, sea porque muchos de los asistentes al acto no sabían de lo que iba, lo cierto es que al lugar de los hechos llegamos solamente unos quinientos o seiscientos, todos jóvenes, por supuesto, y entusiastas. Augusto Aldir dirigió una breve soflama a la multitud, en la que atacó duramente a la burocracia del Régimen en general y del Movimiento en particular, culpándoles del desencanto que invadía a la juventud falangista, frustrada por tanta gaita monárquica y tanta monserga paternalista. Fue aplaudido por la joven concurrencia con entusiasmo, y tras cantar el "Cara al Sol" y el "Viva la Revolución" - esa cancioncilla que siempre ha servido para distinguir al falangista de filas, revolucionario y comprometido, del burócrata-movimientista, legalista y pacífico - nos disolvimos felices, antes de que la Policía Armada - que acababa de llegar - lo hiciese "manu militari".

Lo que sí tuvo un rotundo éxito fue la Cruz propiamente dicha, ya que estuvo en lo alto de la fuente casi un año. Según supimos, cuando intentaron quitarla para seguir con la obra de la fuente, el Arzobispo de Madrid, que creo que era en aquella época Don Casimiro Morcillo, puso objeciones a su retirada, alegando que se trataba de un símbolo sagrado y que debían retirarla los que la habían puesto; así que, entre unas cosas y otras, la Cruz siguió en su sitio una buen temporada, hasta que el constructor de la fuente consiguió contactar con nosotros, y nos convenció para que le autorizásemos a quitarla.

No resisto la tentación de transcribir la letra del "Viva la Revolución", pues creo que de forma un tanto simplista, pero contundente, define el ansia revolucionaria del falangista, en los antípodas de cualquier posición derechista, por más que se empeñen los "politólogos

cretináceos" en encuadrarnos en la "extrema derecha" La canción, cuya música procede de la opereta "El Rey vagabundo" (menuda paradoja), es de origen jonsista, y prendió en todas las generaciones de 1934 para acá. Y si Dios no lo remedia se seguirá cantando cada vez que se reúnan cuatro falangistas cabreados, donde quiera que sea. Dice así:

"Cuando avanza la Falange,

no hay quien la detenga,

pues lleva a José Antonio en el corazón.

¡Viva, viva, La Revolución,

viva, viva Falange de las JONS!

¡Muera, muera, muera el Capital,

viva, viva, el Estado Sindical!

Son las escuadras de José Antonio,

las que tienen que triunfar,

Y triunfaremos, e implantaremos

el Estado Sindical.

¡Viva, viva, la Revolución, viva,

viva Falange de las JONS!

¡Muera, muera, muera el Capital,

viva, viva el Estado Sindical!

Que no queremos Reyes idiotas

que no sepan gobernar.

Solo queremos, e implantaremos

el Estado Sindical.

¡Viva, viva, la Revolución, etc."

Evidentemente la letrilla es demagógica por los cuatro costados; estoy seguro de que José Antonio no la aprobó jamás. Pero es lo cierto que al camarada medio le gusta, y no hay quien la desarraigue ya.

Una cosa curiosa: El autor de la letra fue uno de los Fundadores de las JONS, que después devino en importantísimo personaje durante el Régimen de Franco, simultaneando, como tantos otros, su lealtad a éste con su devoción por Don Juan de Borbón. "Pecadillos" de juventud. Muerto Franco, se convirtió en un demócrata de toda la vida, hasta su muerte, acaecida hace unos años. Muchos falangistas adivinarán de quien hablo.

REFUGIADOS POLITICOS SIN "STATUS" DE REFUGIADOS POLITICOS

Fue por ésta época cuando conocí a algunos alemanes refugiados en España tras el hundimiento del III Reich, y a bastantes italianos, croatas, rumanos y belgas, refugiados en nuestra Patria por motivos políticos también.

Lo del derecho de asilo y la no extradición por motivos politicos no regía al parecer para los antiguos miembros del Partido Nacionalsocialista Alemán, del Partido Nacional Fascista Italiano, del Partido Rexista Belga, de la Guardia de Hierro Rumana o del movimiento Ustacha Croata. Estos refugiados eran buscados por el Consejo Aliado de Control, que campaba por sus respetos en España - tolerado por el acojonado Gobierno Español, que buscaba el desmarque de anteriores entusiasmos - y cuando eran capturados los enviaban a sus países de origen, donde los Gobiernos recién impuestos por los norteamericanos o por los rusos, según la "zona de influencia" que correspondiese a lo acordado en las conferencias de Yalta y Postdam, los sometían a la correspondiente "depuración", que con gran frecuencia era una forma de denominar el patíbulo.

De mi amistad con muchos de estos refugiados pude constatar que se trataba de personas absolutamente normales, que habían combatido por su patria como es obligación de todo bien nacido, cualquiera que sean sus ideas politicas. Solamente habían cometido un delito imperdonable: Perder la guerra. Esto les había convertido automáticamente en "criminales de guerra", naturalmente para el criterio categórico e irrecurrible de los vencedores, que borrachos con su trabajosa victoria, se empecinaron en el placer de la venganza, el cual debe ser gustoso, pues transcurrido más de medio siglo de la terminación de la guerra, aún les dura.

Tras la aberración jurídica del proceso de Nuremberg, en el que los pretendidos demócratas patalearon (y se pasaron por los "mismísimos' principios generales de derecho tan elementales como el de que "nadie puede ser juez y parte en un proceso", o el de "pulla crime Bine lege", ya a tumba abierta han llegado al paroxismo, y cuando se cumplieron treinta años de finalizada la guerra, plazo que en todas las legislaciones supone la prescripción de toda clase de delitos, han decidido seguir con la diversión, decretando que los "crímenes de guerra" (denominación vaga y confusa donde las haya, porque toda guerra ya es un crimen en sí misma) son imprescriptibles, con lo que los "cazadores de nazis" de cuando en cuando se alzan con sus valerosas capturas, llevando a algún que otro anciano de ochenta y cinco años a la horca.

Este maniqueísmo absolutamente infantil - alemanes malos y aliados buenos - tiene su máxima expresión en el cine: Desde 1945, Hollywood sobre todo nos obsequia continuamente con películas que relatan la maldad sin limites de los alemanes,"nazis", naturalmente, y la bondad franciscana de los aliados, de los americanos especialmente. Por si se les agota el tema, yo le sugeriría concretamente a Steven Spielberg, maesttro de los efectos especiales, que realizase una pelicula, por ejemplo, sobre el lanzamiento de la bomba

atómica sobre Hiroshima, con el achicharramiento instantáneo de ciento cuarenta mil japoneses. (~ sobre el bombardeo, con la guerra prácticamente terminada, de la ciudad alemana de Dresde, atestada de refugiados que huían de las tropas soviéticas, y que causó, así por encima, trescientas mil víctimas. A esos no les dio tiempo a hacer ninguna "lista de Schindler", tVerdad Steven, majo?. Es una pena que a Picasso no le encargase nadie un cuadro que se llamase "Hiroshima" o "Dresde", para ponerlo en el Museo de Nueva York.

Por aquellas fechas conocí, entre otros, al Coronel Otto Skorzeny, un guerrero legendario, que llevó a cabo la liberación de Mussolini en un extraordinario golpe de mano, cuando éste se hallaba detenido en un Hotel del Gran Sasso, después de la traición del Mariscal Badogglio, refrendada por el Rey de Italia, Victor Manuel III. Todos los años, cuando se celebraba la Misa de aniversario del asesinato del Duce, Otto Skorzeny acudía puntualmente a la cita, junto con otros alemanes y un numeroso grupo de italianos, de los pocos que tras el hundimiento de Italia y la traición del Rey continuaron siendo leales a Mussolini y al Fascismo. También asistía, justo es consignarlo, Ramón Serrano Suñer. De los italianos recuerdo a Andreani, por aquel entonces representante del MSI (Movimiento Social Italiano) en Madrid, y de los rumanos a Horia Sima, que había sido lugarteniente de Cornelio Codreanu, Fundador de la Guardia de Hierro Rumana.

LA GUARDIA DE FRANCO

En octubre de 1948 ingresé en la Guardia de Franco, al cumplir dieciocho años. La Guardia de Franco, organización creada tras el regreso de la División Azul, y constituida en sus primeras Centurias por excombatientes de dicha Unidad, quiso ser y lo fue, desde su creación, la vanguardia de la Falange, cuya Milicia había desaparecido tras la desmovilización subsiguiente al término de la guerra civil y por imposición del General Varela, conocido anti-falangista del Régimen. Es cierto que dicha Milicia seguía existiendo sobre el papel, y se conservaba su organización y estructura, con su Cuartel General, su General Jefe (un Teniente General del Ejército), sus jefaturas Territoriales, etc. etc.; pero toda esta organización en esquema carecía de Unidades, y se conservaba exclusivamente a efectos de una hipotética movilización, que nunca se produjo. (A título simbólico solamente sobrevivieron durante bastante tiempo unas escuadras al mando de un Sargento, que montaban guardia en la Secretaría General del Movimiento, situada en la calle de Alcalá 44, con unos viejos mosquetones del tiempo de Matusalén).

La Guardia de Franco, pues, vino a llenar el vacío existente desde el término de la guerra, pues sorprendentemente el llamado "Partido Unico" (FET y de las JONS) carecía de cualquier tipo de organización política que agrupase a los militantes mayores de edad; los llamados "militantes" se limitaban a tener un carnet y pagar - o no pagar - una modesta cuota, y permanecer en sus casas, tan contentos de estar apuntados a una "cosa" que tan pocas exigencias llevaba consigo. De vez en cuando eran convocados a algún acto por sus jefes de Distrito, pero lo que se dice herniarse por su condición de militantes no se herniaban.

La Guardia de Franco por el contrario sí fue, o intentó serlo, escuela de falangismo y vanguardia ¡ay! de la Revolución, como decía su himno:

"Gloria de cruces nostálgicas,

muere en mi pecho de eterna sed.

Como otras veces llorarás mi adiós,

Que mi camisa vieja vestiré

Por la Revolución.

No quiero la vida plácida,

mientras los hombres vivan sin pan

mis camaradas con fe y valor

siempre al combate irán.

De José Antonio luz vendrá,

Se oye su voz enérgica

Que nos invita a pelear,

Dame la mano y déjame marchar.

Yo moriré con júbilo

En la vanguardia del Héroe,

Cara al camino valiente

De nuestra Revolución".

Estaba claro que la Guardia de Franco nacía con un evidente espíritu revolucionario y guerrero, y que la inquietud social anidaba, muy acentuada, en sus Centurias, formadas como ya he dicho, en su inicio por divisionarios azules, a los que nos íbamos uniendo los jóvenes procedentes de las Falanges Juveniles al cumplir dieciocho años.

Conviene aclarar, con respecto al nombre de la organización, que la Guardia de Franco jamás fue una guardia pretoriana; se llamó así no sé si porque entonces todo era de Franco o por la permanente adulación de algunos jerarcas del Partido; pero lo cierto es que el único servicio que justificaba el nombre era el dispositivo de vigilancia que montábamos, requeridos por la autoridad gubernativa, todos los días 1° de abril, con motivo del Desfile de la Victoria. Dicho día nos distribuíamos a lo largo de la Castellana, Alcalá, Gran Vía, etc., de paisano y mezclados con el público, para prevenir un hipotético aten_ todo que jamás se produjo. El Caudillo, una vez terminado el Desfile, abandonaba la tribuna en la Castellana y se dirigía, escoltado por el escuadrón de la Guardia Mora, al Palacio Real, en la plaza de Oriente, donde se celebraba una recepción. El público que había asistido al Desfile, más el que se situaba a lo largo del recorrido desde la Castellana hasta el palacio Real, según iba pasando la comitiva se unía a la misma en impresionante manifestación, siguiendo hasta la plaza de Oriente, donde permanecía durante horas aclamando al Jefe del Estado; éste solio varias veces al balcón, dándose un baño de multitudes del que hay en las hemerotecas amplios testimonios; así fue, mal que les pese a los detractores de Franco hoy. Éste tuvo, durante los casi cuarenta años en que gobernó España, la adhesión entusiasta de la mayor parte de los españoles, que se manifestaban multitudinariamente cada vez que aparecía en

público en cualquier población de España, incluidas Barcelona, Bilbao o San Sebastián, donde por cierto veraneaba él y toda su familia, y donde se trasladaba el Gobierno durante su estancia en dicha ciudad. Así que no nos vengan ahora con milongas, que bien a gusto estaban los vascos con Franco de turista todo el verano, y con la industrialización de las provincias vascongadas, que potenció hasta el máximo, en detrimento, por cierto, de otras provincias, que lo necesitaban bastante más.

Pues bien, aparte de ésta misión de vigilancia y prevención que desempeñábamos todos los años el 1° de abril, no recuerdo ninguna otra actividad de la Guardia de Franco relacionada con el nombre durante los muchos años en que milité en la organización.

La condición social de los militantes de la Guardia de Franco era variada: clase media en general, estudiantes, funcionarios, profesionales, comerciantes modestos y trabajadores manuales. Como en el Frente de Juventudes, la camaradería era perfecta, y las diversas procedencias sociales no constituían obstáculo alguno a ésta camaradería, que por otra parte era un mandato del Decálogo de la Guardia de Franco:

"Camaradería: Ella une a todos dentro de la Falange, sin distinción de categorías, en la empresa común. Todas las virtudes del falangista son nulas si la camaradería no las acompaña. Ella realiza dentro de la Falange la auténtica hermandad entre los hombres".

El uniforme que adoptó la Guardia de Franco traía una clara reminiscencia del de la Whermacht, que habían vestido sus primeros componentes - procedentes de la División Azul - en la campaña de Rusia: guerrera y pantalón verde-gris (feld-grau), botas negras de media caña con el pantalón embutido en ellas, correaje negro, camisa azul de cuello legionario y boina roja. El distintivo de la Guardia de Franco era un brazalete negro sobre el brazo derecho, con cinco flechas bordadas en rojo, sobre las que lucían dos espadas de plata cruzadas y tres luceros en oro, clara alusión al nombre de la organización, ya que las insignias del Jefe Nacional - Franco - eran tres luceros en oro.

La Guardia de Franco estaba mandada por un Lugarteniente General, que tenía su sede en el antiguo Cuartel General de la Milicia, en la planta 4a de Alcalá 44, y en las provincias por los respectivos Lugartenientes Provinciales, que a su vez mandaban sobre los Lugartenientes Locales, en los pueblos en que existía la organización.

En Madrid, la Guardia de Franco llegó a tener 26 Centurias, constituidas - teóricamente - por cien hombres cada una, y divididas en tres Falanges, que a su vez se subdividían en Escuadras. Cada tres Centurias formaban una Bandera; en definitiva, la Guardia de Franco adoptó la organización clásica de la Falange. Cada Centuria tenía su guión o banderín, en el cual figuraba, por una cara, la bandera falangista con las insignias de la Guardia de Franco bordadas sobre ella; en la otra cara iba bordado el escudo de la provincia correspondiente.

La Guardia de Franco de Madrid tenía su sede en un palacete, ya desaparecido, situado en la calle Martín de los Heros n° 60, en el barrio de Argüelles; allí radicaba la Lugartenencia Provincial y demás servicios de la misma. Era un pequeño edificio de ladrillo rojo, de dos plantas, con jardín y garaje. En la planta baja había un salón de actos y un pequeño bar con barra y varias mesas; en él se servían comidas a un precio módico a los camaradas de provincias de paso por Madrid y a muchos ex-combatientes europeos (alemanes, italianos, rumanos, etc) refugiados en España tras la 11 Guerra Mundial. En el piso alto estaba la Sala de Banderas, para los banderines de las distintas Centurias; también se conservaban viejas banderas de la guerra civil y de la División Azul, así como banderas, gorras y uniformes soviéticos cogidos a los rusos en campaña.

En el jardín había un enorme garaje, habilitado como salón de reuniones; y junto a la puerta de entrada al jardín, un pequeño Cuerpo de Guardia, en el que se guarecía la Escuadra de servicio, que se nombraba a diario para custodiar la entrada y el resto del

edificio. También había un perro pastor alemán, con fines disuasorios o de defensa; pero el tal can tenía un carácter tan bondadoso que se limitaba a lamernos las manos a los de la casa y a todo viandante que pasase por las cercanías, con lo que cualquier parecido con el Lobo Feroz era pura imaginación.

El acto del pase de varias Centurias del Frente de juventudes (siempre que hablo del Frente de juventudes me refiero a las Falanges juveniles de Franco, que era la Organización voluntaria del FJ) a la Guardia de Franco, entre ellas la mía - la Navas de Tolosa - se realizó en el frontón Recoletos, de Madrid, el 29 de octubre de 1948. Fue una ceremonia austera, solemne y muy castrense: Entre el redoblar de los tambores y el sonar de las cornetas de la Centuria Pedro Valdivia, que mandaba el camarada Vilches, y que constituía la Banda Provincial del FJ de Madrid, los jefes de las Centurias veteranas de la Guardia de Franco entregaban los nuevos guiones a las Centurias juveniles que se incorporaban a la Organización, todo bajo la presidencia del Delegado Nacional del FJ, José Antonio Elola, y el Lugarteniente General de la Guardia de Franco, Luis González Vicén. (Por cierto, éste último, que cerró el acto con un discurso, criticó duramente la Ley de Sucesión a la jefatura del Estado, recientemente aprobada en Referéndum, lo que pocos días después supuso su destitución, según supimos posteriormente). Terminado el acto, desfilamos todos desde el frontón Recoletos hasta la jefatura Provincial del Movimiento, que estaba en la calle Génova, en un palacete que no sé porqué derribaron hace años, para construir ese edificio monstruoso donde hoy se alberga la Audiencia Nacional.

El desfile lo encabezaban las Centurias veteranas, formadas en su totalidad por excombatientes de nuestra guerra civil y de la División Azul, con sus guiones y estandartes. Sus integrantes lucían sus condecoraciones: Cruces de Hierro, cruces de Guerra, del Mérito militar, etc. Detrás marchaban las Centurias mixtas, integradas por vete ranos y por los recién ingresados del FJ, entre las cuales estaba la mía: La Centuria 12, compuesta mitad y mitad por veteranos y bisoños, que junto con otras dos Centurias formaban la Bandera "Possad". (Hay que explicar que Possad es el nombre de una aldea rusa a orillas del río Volchow, aldea en la que la División Azul escribió una gloriosa página, dejándose allí más de quinientos muertos, manteniendo una cabeza de puente al otro lado del río durante meses, ante fuerzas soviéticas que les quintuplicaban en número. De ahí que el nombre de Possad fuera elegido para nominar la Bandera).

Como he dicho antes, el Lugarteniente General, Luis González Vicén (apodado "El Negro" porque era de tez bastante oscura) duró muy poco en el cargo: Sus duras críticas a la Ley de Sucesión le valieron la destitución; aunque Franco se resistió - le apreciaba mucho - tuvo que hacerlo para no provocar una crisis en el Gobierno, pues varios Ministros amenazaron con dimitir si Vicén no era destituído. Ya entonces -1948 - se manifestaba el anti-falangismo de la mayor parte del Gobierno, y Franco se veía obligado a "pastelear", cosa que se le daba muy bien, para tratar de contentar a las distintas "tendencias", entre las cuales la falangista era la menos influyente: nunca hubo en el Gobierno más de dos o tres Ministros falangistas, y siempre en Ministerios poco importantes. Las carteras importantes las ocupaban siempre los demócrata-cristianos (la famosa ACNDP), los militares y los monárquicos, tanto los defensores de la dinastía Borbónica - que son los que finalmente se han llevado el gato al agua - como los de la rama Carlista, que a pesar de su notable contribución al triunfo de las armas Nacionales no consiguieron imponer sus candidatos al Trono.

La destitución de Vicén cayó muy mal entre nosotros, ya que éste era un tipo de una valía extraordinaria, que no se casaba con nadie. Médico cirujano de profesión, su historial político y militar era muy brillante. Había combatido en las campañas de nuestra guerra civil y en la de Rusia, y había prestado importantísimos servicios en la lucha contra el "maquis", en el que había logrado infiltrarse a través de la Escuela de Terrorismo de Toulouse, colaborando con la Guardia Civil en la eliminación y detención de numerosas Partidas que operaban en las montañas del Norte.

Fue sustituido en el cargo por Francisco Herranz, también un buen falangista con un gran historial, pero sin la talla de Vicén. (Por cierto, Herranz, muchos años después, ya en plena transición a la democracia - o lo que quiera qué demonios sea esto - un buen día se suicidó, pegándose un tiro en la cabeza, en la puerta de la iglesia de Santa Bárbara de Madrid; al parecer sufría una depresión fortísima ante el cambio de Régimen, y no pudo soportar el "chaqueteo" de tanto sinvergüenza)

El espíritu revolucionario de la Centuria Navas de Tolosa, al integrarse en la Guardia de Franco, creció y se multiplicó, contagiando a gran parte de los "guardistas", tanto veteranos como bisoños, constituyéndose como Centuria "Hipólito Moreno", con el n° 18, y en la que nos integramos los que ya pertenecíamos a la 12.

Ni que decir tiene que nuestra actitud de continuo cuestionamiento del Régimen, al que veíamos cada vez más lejos de nuestros postulados falangistas y más cerca de posiciones blandengues y derechistas, acabó resultando francamente incómoda para el Mando, que no sabía qué hacer con nosotros. De buena gana nos hubieran expulsado a todos, pero eso suponía quedarse sin militancia, como he dicho antes, por lo que optaron por aguantar el chaparrón cada vez que les dábamos un berrinche.

EL MOTÍN DE LABAJOS

El cuatro de marzo de 1949, como todos los años, se celebraba en Valladolid, en el Teatro Calderón, el aniversario de la fusión de Falange Española con las JONS. Con éste motivo nos desplazamos a dicha ciudad alrededor de mil quinientos falangistas madrileños, casi todos de la Guardia de Franco, SEU y Frente de juventudes, para asistir al acto, en el que iban a intervenir, entre otros, José Antonio Girón, Ministro de Trabajo, y Raimundo Fernández Cuesta, Secretario General del Movimiento. Íbamos con mucha expectación (ingenuos de nosotros) porque corría el rumor de que los oradores ¡al fin! Iban a poner las cosas en su sitio: iban a reivindicar el papel de la Falange en el Régimen, y a proclamar la urgencia de la Revolución Nacional-sindicalista contra viento y marea, ahuyentando el fantasma de la restauración Borbónica, que nos amenazaba tras la Ley de Sucesión.

El Teatro Calderón estaba adornado, como todos los años, con banderas, gallardetes y colgaduras rojinegras, y el ambiente - como es tradicional en los actos falangistas - era electrizante e inquietante a la vez. Nuestros actos se sabe como empiezan, pero nunca se puede predecir como van a terminar, pues se caracterizan por una mezcla de entusiasmo, pasión y emoción, a lo que hay que añadir una interpretación de la ortodoxia falangista que suele ser personal e intransferible de cada camarada. Ésta combinación explosiva, en la que cuentan más las emociones y los sentimientos que la razón y la cordura, puede desembocar en cualquier cosa, como he comprobado a lo largo de mi vida muchas veces.

Con la sala rebosante de camisas azules, iniciaron sus discursos los dos oradores principales, Raimundo Fernández-Cuesta y José Antonio Girón. Desde el primer momento se vio que ninguno de los dos había ido allí a jugarse la cartera ministerial: hablaron de todo, menos de lo que nosotros esperábamos. Se perdieron en disquisiciones históricas, ensalzando una vez más a los Reyes Católicos y al Emperador Carlos I. Se nos informó concienzudamente del inexplicable fenómeno meteorológico consistente en que en sus dominios nunca se ponía el Sol, de la grandeza de Castilla, de la austeridad de sus gentes, etc, etc.; en fin, todos los tópicos de la retórica al uso, menos "mentar la bicha" de la Revolución pendiente - que ya llevaba "pendiendo" muchos años - y mucho menos tocar el tema de la Ley de Sucesión, que tanto nos preocupaba.

A medida que avanzaba el acto los discursos se fueron haciendo más pesados, y el sopor invadió a la militancia, apagando el entusiasmo inicial. La gente se remeneaba en las butacas, síntoma inequívoco de aburrimiento. De pronto, de un palco salió un impresionante

vozarrón que gritó: ¡¡¡vivan los "seores" (señores en plan paleto) ministros!!!, que fue coreada con una carcajada unánime del somnoliento público. Los dos ministros oradores de momento se quedaron desconcertados, pues no sabían si tan entusiasta ¡viva! iba en serio o era puro cachondeo. Por supuesto era puro cachondeo: el del vozarrón era un camarada anónimo, que harto de tantos tópicos y lugares comunes como estaban diciendo los "seores" ministros, decidió alegrar un poco el ambiente. La anécdota, que está en la Hemeroteca Nacional, fue tomada en serio por el periódico "Arriba", que al día siguiente, al hacer la reseña del acto, relataba el incidente como "el grito ingenuo de un austero labriego castellano, que quiso mostrar así su devoción por los oradores y por el Régimen". Menudo labriego.

Después de éste pequeño, pero un poco inquietante incidente, los oradores terminaron rápidamente sus discursos, se cantó el "Cara al Sol", y sin transición nos montaron en los autobuses en que habíamos ido a Valladolid y nos empaquetaron de vuelta para Madrid.

La frustración era palpable en todos los camaradas: Habíamos ido a oír hablar de la Revolución, y nos habían contado una vez más la Historia de España en plan triunfalista. El "cuento del huérfano", vamos.

Durante el regreso en los autobuses el cabreo iba "in crescendo". Se cantaba incesantemente el "Viva la Revolución", síntoma evidente de que el "camarada medio" iba a explotar por donde fuera.

Estaba previsto que al regreso se celebrase el acto de inauguración del monumento a Onésimo Redondo, Capitán de la Falange de Castilla, en el pueblo de Labajos, lugar donde en 1936 había muerto en una emboscada, cuando se dirigía al frente de combate en el Alto del León. La inauguración corría a cargo de los "seores Ministros" (Raimundo y Girón) y de otras Autoridades y Jerarquías: Gobernadores Civiles de Madrid, Valladolid y Segovia, etc. También asistían la viuda de Onésimo, Pilar Primo de Rivera, etc., o sea, una nutrida representación de la Falange, más o menos instalada. Y de coreografía, naturalmente nosotros. Bueno, esto era lo que estaba previsto, que como se verá después se salió un poco del guión.

Antes de llegar a Labajos, y como era la hora de comer, la Intendencia había previsto la comida de los expedicionarios, para lo cual pararon los autobuses junto a un bosquecillo, donde bajamos todos, y allí nos dieron un rancho frío, consistente en un par de bocadillos y, ¡aquí se perdieron!, una botella de vino que aunque no era de marca de lujo, pegaba lo suyo.

Nos comimos los bocadillos, nos bebimos la botella y volvimos a embarcar en los autobuses, ya más entonados, pero también más agresivos y revoltosos, efecto evidente del vino. Solo se cantaba el "Viva la Revolución", pero cambiando la letra a peor: En lugar de decir "que no queremos reyes idiotas que no sepan gobernar", decíamos algo un tanto aberrante: "que no queremos reyes idiotas aunque sepan gobernar". (Si saben gobernar habrá que dejarlos, ¿no?). Estaba claro que no queríamos reyes de clase alguna.

Una vez que llegamos a Labajos, un cornetín de órdenes tocó "a formar", orden que obedecimos no sin un cierto barullo. Formamos las Unidades uniformadas de la Guardia de Franco y de las Falanges juveniles, frente al monumento que se iba a inaugurar, delante del cual se había situado una tribuna desde la que, presuntamente, nos iban a dirigir la palabra nuevamente los mismos oradores que lo habían hecho horas antes en el Teatro Calderón de Valladolid, con efectos tan somníferos y a la vez tan soliviantadores como queda relatado.

Junto a las formaciones se situó el público, formado por un nutrido grupo de miembros del SEU y algunos de la Guardia de Franco que vestían de paisano; asimismo había una relativa multitud, formada por los habitantes del pueblo de Labajos, que se habían concentrado prácticamente en su totalidad, pues no todos los días se producía en un pueblo pequeño un evento de aquella categoría, con dos "seores" ministros y "tantísmas"

autoridades. La tribuna la protegían los cinco o seis Guardias Civiles que constituían el puesto, mandados por un Cabo Primero de la Benemérita.

Al llegar los Ministros y su séquito el cornetín tocó "atención" y seguidamente "firmes". El taconazo, seguramente por efecto del vino ingerido, no sonó con un solo golpe, sino más bien en plan traca. Los ministros nos pasaron revista, subiendo a continuación a la tribuna.

Nuevamente renació entre las huestes la esperanza de oír algo que mereciese la pena. (Claro, pensábamos con nuestra impenitente ingenuidad: En Valladolid no han querido soltar la lengua delante de los periodistas y los micrófonos; pero aquí, en medio del campo y ante sus camaradas y un puñado de campesinos es donde van a hablar clarito y de corrido). Vana esperanza: Se nos volvió a informar con todo lujo de detalles sobre los avatares del descubrimiento y colonización de América, y de que Felipe II no mandó sus naves a luchar contra los elementos, amén de recordarnos los ocho siglos en que nos entretuvimos los españoles en expulsar al sarraceno de nuestros lares.

Entre la formación, que estaba en posición de "en su lugar descanso", empezó a oírse un murmullo de indignación, cada vez más perceptible. De pronto alguien inició el "Viva la Revolución", que fue seguido entusiásticamente por todos los asistentes, menos por los de la tribuna, claro. El orador, que en esos momentos era José Antonio Girón, interrumpió su discurso, completamente desconcertado; pero pronto reaccionó, gritando por el micrófono: ¡Camaradas, silencio! ¡Firmes!. Nadie le hizo caso. Por el contrario, el cántico arreció, y para que quedase claro qué era lo que nos pasaba, seguimos cantando solo el estribillo: "¡Viva, viva la Revolución, viva, viva la Revolución!". La formación empezó a romperse, y las autoridades, protegidas por los seis Guardias Civiles, optaron por bajar de la tribuna y empezaron a meterse en sus automóviles oficiales, para largarse de allí cuanto antes. Los Guardias Civiles, que al principio del barullo habían comenzado a descolgarse los fusiles, optaron por la prudencia, pues solo eran seis o siete, y nosotros éramos más de mil, muchos luciendo armas cortas; y a la vista de que quienes las portaban también lucían un amplio "medallero" de condecoraciones militares de las campañas de España y Rusia, signo evidente de que no dudarían en usar dicho armamento, se mantuvieron en actitud expectante.

La formación, sin que nadie lo ordenase, se rompió definitivamente, y sus integrantes, junto con los que iban de paisano, nos agrupamos en masa alrededor de los automóviles, dando golpes con las manos en las carrocerías, sin dejar de cantar el "Viva la Revolución" a grito pelado. Los automóviles intentaban arrancar, pero lo hacían con dificultades, pues estaban rodeados de la masa de falangistas, que gritábamos sin parar y sin dejar de golpear. Con tanto entusiasmo golpeábamos que el camarada Agustín Estébanez decidió atizarle con su pistola - un nueve largo - al cristal trasero de uno de los coches, rompiendo dicho cristal y cayendo sobre los ocupantes del asiento trasero el cargador de la pistola, que se desabrochó con el golpe. Los ocupantes, que eran el Vicesecretario General del Movimiento y el Gobernador Civil de Madrid, Coronel de Infantería Carlos Ruiz, salieron del mismo entre indignados y asustados. Carlos Ruiz, con el cargador en la mano, preguntó con gesto amenazador que de quien era aquello. Estébanez, sin dudarlo un momento , se adelantó desafiante: ¡Es mío! ¡Tú eres un comunista! le espetó Carlos Ruiz. Entonces Estébanez, que era más bien pequeño de estatura, pero con dos cataplines, se quitó el abrigo (iba de paisano, con el SEU) y se quedó en mangas de camisa azul, luciendo sus muchas condecoraciones ganadas en la División Azul. ¿Comunista yo? Dijo con los ojos fuera de las órbitas. ¿Y qué he hecho en Rusia para que me dieran éstas medallas?. Ante la actitud de Estébanez, nada sumisa, Carlos Ruiz optó por devolverle el cargador, se metió otra vez en el coche y salió zumbando de aquel lugar tan incómodo.

Igualmente hicieron el resto de los coches, la mayoría de los cuales se fueron bastante abollados, pues los camaradas, envalentonados por la actitud de Estébanez, la emprendieron a patadas con los mismos hasta que se perdieron de vista.

Una vez que el terreno quedó "despejado" de jerarquías, el personal se tranquilizó, volviendo a los autobuses, que emprendieron el regreso a Madrid. Volvíamos satisfechos de nuestro motín, pues creíamos que habíamos demostrado a nuestras más altas jerarquías el descontento que reinaba en las filas falangistas por el olvido de todos los postulados revolucionarios que eran la razón de ser de la Falange.

Durante los días siguientes al motín estuvimos esperando la reacción del Mando: Suponíamos que habría destituciones, expulsiones y arrestos, por lo menos de los Mandos de las Unidades de la Guardia de Franco que habían asistido a los actos de Valladolid. Sin embargo, nada de esto se produjo: ni la menor represalia contra ninguno de los que habíamos intervenido en la revuelta. Ni siquiera fue llamado a capítulo el camarada Agustín Estébanez, a pesar de que estaba perfectamente identificado.

Se ve que nuestros jefes no tenían la conciencia nada tranquila, y decidieron "perdonar y olvidar". Los muy cabrones. Esta tónica de ausencia de represalias directas contra nuestras sucesivas "pataletas" se repitió en posteriores motines e insubordinaciones, algunos de los cuales fueron bastante más graves que el de Labajos, por la persona a la que iban dirigidas.

INSUBORDINACIÓN EN EL ESCORIAL: VOLVEMOS LA ESPALDA A FRANCO

Lo que voy a relatar a continuación es un suceso sobre el que han escrito diversos "enterados", pseudo-historiadores de tres al cuarto metidos a cronistas de una época en la que la mayoría de ellos estaba en el jardín de Infancia o ni siquiera había nacido. Describen el suceso con tal falta de información y con tales errores, que a los que fuimos protagonistas del mismo nos hace revolcarnos de risa. Algunos de los tales - que suelen confundir a la Vieja Guardia con la Guardia de Franco, y hablan de la "Vieja Guardia de Franco", en una especie de híbrido que nunca existió, han relatado lo que sigue confundiendo a la Guardia de Franco con el Frente de Juventudes, y el culo con las témporas.

Como yo sí estaba allí, voy a contar las cosas tal y como sucedieron. Era el 20 de noviembre de 1949, y estaba muy reciente el motín de Labajos. Los ánimos seguían muy exaltados entre los camaradas, pues nadie nos aclaraba qué iba a pasar con la Monarquía, tan explícitamente anunciada en la Ley de Sucesión, ni con la Revolución, permanentemente aplazada.

Para colmo de males, y para no dejar ninguna duda al respecto, había llegado a Madrid, procedente de Estoril, el entonces Infante Don Juan Carlos de Borbón, tras el acuerdo entre Franco y Don Juan para que fuese educado en España.

Con éstos inquietantes antecedentes llegó, como digo, el 2p de noviembre, aniversario del fusilamiento de José Antonio en Alicante en 1936; y como todos los años desde 1939, en que fueron trasladados sus restos desde el Cementerio de Alicante a la Basílica de San Lorenzo de El Escorial, se celebraba en dicho templo un solemne funeral, con asistencia del Jefe del Estado, Gobierno, Cuerpo Diplomático, etc. etc.

Como es lógico, también asistíamos los falangistas, aunque relegados al papel de comparsas: Mientras todos los invitados - la mayoría de los cuales no tenía nada que ver con la Falange - ocupaban el templo, los falangistas de filas formábamos a la intemperie: En el patio de los Reyes formaba la Guardia de Franco (a la derecha, según se entra) y el Frente de Juventudes (a la izquierda) de Madrid.

Aquél año el Mando, inocentemente, había dispuesto que las Unidades más distinguidas (ahora se diría de "elite", pero entonces no se estilaba esa palabreja) de la

Guardia de Franco rindiesen honores a éste en el exterior de la Basílica, es decir, en la Lonja, frente a la puerta de acceso al patio de los Reyes. Ahí se perdieron otra vez, como con lo del vino en Labajos.

Las Unidades elegidas para rendir honores fueron precisamente la Centuria de Montañeros de la Guardia de Franco, la Centuria Hipólito Moreno n° 18, y la Centuria Alejandro Salazar n° 20. "La Veinte" como se la conocería en lo sucesivo, era de reciente formación, y aún no contaba con muchos miembros, por lo que fue reforzada por la 18 para aquella ocasión. Se había fundado el 15 de mayo de 1949 en la Universidad Central, concretamente en la Facultad de Derecho, y todos sus miembros eran universitarios. Yo había sido trasvasado a ella desde la 18, y ostentaba el Mando de la Falange, formada en su totalidad por estudiantes de Derecho. La 2a Falange estaba formada por estudiantes de Medicina, Farmacia, Ciencias, etc. y la 3a por un "totum revolutum": Ingenieros de diversas Escuelas, algunos de Peritos Industriales, etc. (Posteriormente hubo intercambios de Escuadras, y no era tan nítida la composición).

Como digo, al ser pocos los de la 20, para rendir honores se formó una Centuria mixta entre la 18 y la 20, al mando de mi hermano Diego, que era el Sub-jefe de la 20 (el Jefe, que no recuerdo si en aquellos momentos era Augusto Aldir o Manolo Puente, no pudo asistir por enfermedad), junto con la Centuria de Montañeros, al mando de Manolo Cepeda, que a su vez, y al ser el Jefe de Centuria más antiguo, mandaba toda la formación.

Y digo que el Mando "se perdió" al decidir lo de que rindiésemos honores fuera del Patio de los Reyes, porque la formación que estaba en él recibía las órdenes de un cornetín de "ídem" de la Banda del FJ, cornetín que no se despegaba del Teniente Coronel Carlos Ruiz, Gobernador Civil de Madrid y Jefe Provincial del Movimiento, quien indicaba al cornetín los toques que correspondían en cada momento, ya que ostentaba el mando de todas las Unidades falangistas presentes en el acto.

Sin embargo, la formación de fuera - la nuestra - al estar situada en la Lonja, y por tanto fuera del alcance del cornetín de órdenes - aparte de que su función era distinta de la formación del patio - no podía obedecer más órdenes que las de Manuel Cepeda.

Así las cosas, formamos en la Lonja, después de la agotadora marcha desde Madrid acompañando la corona de laurel que había salido, como todos los años, a las 22,30 del día 19 de la Cuesta de Santo Domingo ñ 3, donde José Antonio había tenido su último despacho de abogado. A pesar de la dureza de la marcha: Cincuenta kilómetros en poco más de ocho horas, más la espera en formación, tras desayunar, hasta las doce, hora en que llegaba Franco, la formación era impecable.

Formamos en forma de L, siendo la parte más corta de dicha L la Centuria de Montañeros, que vestía su uniforme de montaña: Anorak blanco, pantalón "tubo" azul marino, con botas de montaña, y gorra noruega también azul. La parte más larga de la L estaba constituida por la Centuria mixta de la 18 y la 20, que vestíamos el uniforme verde-gris de la Guardia de Franco, aunque sin guerrera: Íbamos a cuerpo limpio, es decir, en mangas de camisa azul. Este atuendo, más propio del verano que de un 20 de noviembre en San Lorenzo de el Escorial la temperatura debía rozar los 0 grados, pues de vez en cuando caían algunos copos de nieve - no presagiaba nada bueno. Además, siguiendo la costumbre de la Centuria Navas de Tolosa del FJ, de la que proveníamos muchos de los presentes, nos habíamos despojado de la boina roja, cosa que también daba pistas poco tranquilizadoras respecto a nuestras intenciones.

De todas formas he de decir que ninguno de los que formábamos teníamos una idea clara de lo que iba a ocurrir, y a éstas alturas aún no sé si aquello estaba preparado o fue una de esas improvisaciones a que tan aficionados hemos sido siempre los falangistas.

Frente a nosotros y junto a la puerta de acceso al Patio de los Reyes - por donde debía entrar Franco - formaba una Compañía con Bandera y Música del Batallón Contra-carros de guarnición en San Lorenzo de El Escorial.

Pues bien, con éste bonito escenario, a las 12 en punto (con puntualidad militar) llegó el Caudillo. Su coche fue directamente a la puerta del Patio de los Reyes, haciendo caso omiso de nuestra formación, que como digo estaba frente a dicha puerta, a una distancia de unos ochenta o noventa metros; se ve que llevaba prisa, y se limitó a pasar revista a la fuerza militar, que presentaba armas, mientras la Banda de música tocaba el Himno Nacional.

Franco vestía uniforme militar - había abandonado el atuendo de jefe Nacional de FET desde que en 19461a ONU nos puso la proa - cosa que a los falangistas nos indignaba. Pensábamos que al menos el 20 de noviembre, la fecha más emotiva para la Falange, debía vestir el uniforme falangista.

Una vez pasada revista a los soldados, se metió rápidamente en el Monasterio para asistir al funeral. "A la salida te espero", debió pensar quien tenía previsto hacer lo que luego hizo.

Mientras se oficiaba el funeral - tres cuartos de hora largos - nuestra formación estuvo en posición de "en su lugar descanso", pero en plan relajado; se comentaban con indignación las dos afrentas que nos había hecho el Caudillo: No vestir el uniforme falangista y no habernos revistado. A ello se unía el cabreo continuo que nos producía la Ley de Sucesión y la llegada de Don Juan Carlos a Madrid, claro indicio - como se ha confirmado - de que la restauración de la Monarquía era un hecho a más largo o corto plazo (resultó más bien largo), cosa que nos sacaba de nuestras casillas, pues suponía el abandono definitivo de todo sueño revolucionario.

El poco efecto que había causado en el Gobierno (no se olvide que "burreamos" a dos Ministros) el motín de Labajos, también nos ponía "a punto de caramelo" de cualquier desafuero.

Lo cierto es que sobre las 12,45 terminó el funeral. En el Patio de los Reyes, donde formaba el FJ de Madrid y la Guardia de Franco, excepto las Centurias que rendíamos honores en el exterior, sonó el cornetín de órdenes del FJ, a cuyo toque las formaciones se pusieron firmes, mientras Franco pasaba ante ellas. Al aparecer el Caudillo en la Lonja, el cornetín de órdenes de la formación militar que rendía honores también tocó "atención, firmes y presenten armas", y el Caudillo, a los sones del Himno Nacional, los revistó al igual que a la entrada. Una vez que el capitán que mandaba la Compañía lo despidió con el ceremonioso saludo del sable, Franco, seguramente advertido del error que tuvo al entrar, de no revistarnos también a nosotros, se dirigió hacia nuestra formación, con intención de reparar su error y dejarnos contentos. Le acompañaban Raimundo Fernández Cuesta y José Antonio Girón, máximas jerarquías falangistas presentes en el acto, que caminaban unos pasos detrás de él. Cuando llegó a la altura de la Centuria de Montañeros, Manolo Cepeda, con un vozarrón impresionante, gritó ¡atención! ¡firmes!. Se oyó un taconazo unánime y nos quedamos como estatuas. Franco inició la revista, en la que no le acompañaba Cepeda, cosa inédita en los manuales de "instrucción en orden cerrado"; pero el Caudillo no se inmutó ante la irregularidad: siguió su marcha impasible, con cara de póker, cuando de pronto Cepeda, con un vozarrón todavía más estruendoso, gritó: ¡"Media vuelta! ¡Ar!. Por si no había quedado claro, mi hermano Diego repitió la orden de Cepeda. Toda la formación, como un solo hombre, obedeció la orden, cerrada con otros dos taconazos de libro, quedándonos todos de espaldas a Franco. Yo estaba, como Jefe de la la Falange de la 20, en cabeza de la formación que hacía el brazo largo de la L, y al dar la media vuelta me quedé de cara al público, que estaba subido en el grueso muro de granito que rodea toda la Lonja. Ello me permitía ver la cara de asombro, cuando no de susto, del público en cuestión, que no sabía a ciencia cierta lo que pasaba, pero lo intuía, pues entre dicho público predominaban los falangistas.

En medio de un silencio ominoso - el público había cesado en sus aclamaciones - Franco se paró, desconcertado, y así estuvo unos segundos. A1 principio debió pensar que se trataba de una innovación en el protocolo de revistas (¡estos falangistas! diría él para su capote). Pero en vista de que persistíamos en darle la espalda y nadie rectificaba la orden, optó, como buen gallego, por seguirnos la corriente, y reanudó su marcha, revistándonos los "traseros" a los casi doscientos falangistas que le rendíamos honores de forma tan insólita. Se oían solamente sus pasitos cortos y el ruido de las espuelas.

Una vez que terminó la revista, como nadie le despedía - tanto Diego como Cepeda estaban al mando de la formación, vueltos de espaldas también - se dirigió a su automóvil, con una mala leche impresionante. Junto al coche le esperaban Fernández-Cuesta y Girón, con caras compungidas y las gorras en la mano, dándoles vueltas nerviosamente, esperando el chaparrón, que por supuesto les cayó: El Caudillo se dirigió a ellos a gritos, pidiéndoles explicaciones de nuestra actitud, entre palabras gruesas e imprecaciones. (Como buen militar, la bronca no se la dio a la tropa, sino a sus "Generales"). La conocida y proverbial mala boca del General se puso de manifiesto una vez más, y los dos Ministros seguramente aquél día hubiesen deseado que se los tragase la tierra; pero éste milagro que evidentemente resultaría utilísimo en algunas ocasiones, no se produce nunca; en aquella tampoco, así que los dos infelices aguantaron como pudieron la borrasca, hasta que Franco se metió en su coche y salió arreando, barbotando frases malsonantes en el cuello de su Ayudante y del chofer, que debieron llegar a El Pardo acojonaditos vivos.

Los dos "chorreados", después de lanzarnos unas miradas con las que hubieran deseado fulminarnos, se metieron también en sus coches sin decir palabra y se volvieron a Madrid.

Una vez que se marchó Franco y demás Autoridades y Jerarquías que habían asistido al funeral, la formación militar se volvió a su cuartel, con su Bandera y su Música, y nosotros, a las voces de ¡media vuelta! ¡cubrirse! ¡firmes! Y ¡de frente, cabeza variación izquierda, ¡ar!, proferidas por Manuel Cepeda con su nada cantarina voz, nos marchamos también con viento fresco; y nunca tan bien traída la frase, ya que hacía un frío que nos calaba hasta el alma, pues a la bajísima temperatura había que añadir el hecho de que la 18 y la 20 estábamos en mangas de camisa y llevábamos parados frente al Monasterio y al aire libre varias horas. A paso legionario y cantando el "Viva la Revolución" nos dirigimos a la estación de El Escorial, donde embarcamos en un tren rumbo a Madrid.

Igual que tras el motín de Labajos, nadie, absolutamente nadie nos recriminó la clamorosa insubordinación, a pesar de que estábamos todos perfectamente identificados, mucho más que en Labajos; Aquí habían sido tres Centurias de la Guardia de Franco, con sus mandos al frente, las que habían dado el espectáculo inédito de volver la espalda a Franco, vestido de Capitán General de los Ejércitos, cuando les pasaba revista.

Únicamente, en los días posteriores al suceso, se descolgaron por el Hogar de la Guardia de Franco - el pequeño palacete de la calle Martín de los Heros - dos o tres individuos de la Delegación Nacional de Información e Investigación, para pegar la oreja y enterarse de no se sabe qué, pues lo sucedido, sus actores y la motivación que nos llevó a tan temerario "número" eran del dominio público. Es más, estábamos deseando que alguien nos preguntase algo para explicarnos con nuestra característica - y temida por las jerarquías - claridad.

Aquí creo que hay que relatar qué era eso de la Delegación Nacional de Información e Investigación de FET y de las JONS. Ésta Delegación, creada en los primeros años cuarenta, surgió, como tantas otras Delegaciones Nacionales, con un claro intento de establecer una especie de organización paralela a la del Estado: Delegación Nacional de justicia y Derecho, Delegación Nacional del Servicio Exterior, etc.; pero pasados los primeros fervores falangistas del Régimen (que le duraron bien poco) y tras la caída de Alemania e Italia, en cuyos regímenes políticos se inspiraba ésta duplicidad entre el Partido único y el Estado, éstas

Delegaciones Nacionales perdieron competencias e importancia - como toda la organización de FET y de las JONS - y quedaron reducidas al ámbito del Partido. Concretamente la Delegación de Información e Investigación, que nació con pujos de ser una especie de Policía Política, perdió enseguida hasta las mínimas competencias que tenía en ese terreno, desplazada por la Brigada PolíticoSocial de la Policía del Estado.

Por ello, la D. N. De Información e Investigación quedó reducida a lo que hoy llamaríamos en términos policiaco-cinematográficos "Asuntos Internos", es decir, hablando en plata, una organización dedicada al chivateo dentro de la Falange.

Como es lógico, estos chivatos eran acogidos por los camaradas con la general rechifla y desprecio, pues disimulaban muy mal su condición, y se les *conocía a la legua. Solían llevar su distintivo, que era una aparatosa placa ¡parecida a la de la Policía, debajo-de la solapa de la chaqueta; y en cuanto sospechábamos de alguno, le levantábamos la solapa para confirmar y seguidamente expulsarlo sin grandes miramientos del Hogar.

Pues bien, aquellos infelices que fueron a por lana, salieron trasquilados, y puestos de patitas en la calle en cuanto hicieron dos o tres preguntas "ingenuas", a las que desde luego contestamos debidamente en un lenguaje un tanto soez, para que se lo transmitieran a quien4es les habían mandado.

EL PRIMER (Y CREO QUE ÚNICO EN LA HISTORIA) ABUCHEO A FRANCO

El veinte de noviembre siguiente a nuestro "plante" en El Escorial, el Mando, lógicamente escarmentado, decidió que ese día no se desplazase a El Escorial ni la Guardia de Franco ni el Frente de juventudes de Madrid - organizaciones ambas, como he dicho, donde anidaba el espíritu levantisco y revolucionario - y en su lugar fuesen a "hacer bulto" varios cientos de Flechas y Cadetes de los pueblos de la provincia, los cuales, sin menospreciarlos, estaban menos evolucionados políticamente que nosotros, por lo que dicho Mando no temía travesura alguna proveniente de ellos.

Pero no contaba el Mando, que era algo lerdo, con nuestra contumacia, En vista de que no había "marcha expedicionaria" oficial a los actos del veinte de noviembre, varios cientos de falangistas del FJ, Guardia de Franco y SEU, nos desplazamos por nuestra cuenta a El Escorial en el tren; y para cuando llegó Franco al Monasterio - a las doce en punto, con su ejemplar puntualidad - ya estábamos apostados entre el público, tras y sobre el muro que rodea la Lonja.

Junto a la puerta de entrada al patio de los Reyes rendía honores, como siempre, la Compañía del Batallón Contra-carros de El Escorial, y en el interior del patio estaban las formaciones del FJ que habían traído de los pueblos. No había ninguna Centuria de la Guardia de Franco que rindiese honores; se ve que habían decidido que "para poca salud, ninguna".

Franco, que como de costumbre vestía uniforme militar, entró rápidamente en el Monasterio tras revistar a la tropa, no sin mirar hacia donde estábamos nosotros con cierta aprensión, pues estábamos situados en el mismo sitio que el año anterior, aunque, como he dicho, de paisano y "en confuso tropel". Mientras duró el funeral amenizamos la espera con canciones revolucionarias, incidiendo preferentemente en el "Viva la Revolución", para caldear el ambiente.

Cuarenta y cinco minutos más tarde se producía el primer abucheo a Franco de la Historia - y seguramente el único - al salir éste por la puerta del Patio de los Reyes tras el funeral. Pero hay que ser veraces: El abucheo, que se lo proporcionamos los doscientos o

trescientos falangistas que estábamos frente a dicha puerta, en principio no iba dirigido a él, aunque se lo tragó íntegro.

Lo que ocurrió fue lo siguiente: Al terminar el funeral, el cornetín de órdenes de la formación del FJ que estaba en el patio tocó "atención" y "firmes", pues Franco salía en ese momento del templo y se disponía a atravesar el patio para salir a la Lonja, tras revistar a dicha formación. Pero mira por donde un jefe de Centuria de la formación, que el pobre había salido a hacer "pipí" fuera del patio, al oír el cornetín intentó volver a entrar para ponerse al frente de su Centuria; pero ya era tarde: En la puerta habían aparecido los seis o siete "escoltas" de Franco - aquellos fornidos individuos del Regimiento de la Guardia que vestían el uniforme militar con boina roja y portaban un sub-fusil "Smeisser", prestos a usarlo - y como Franco venía unos metros detrás de ellos, no dejaron pasar al "meón". Éste se encampanó (craso error) con los escoltas, y uno de ellos, sin grandes miramientos, le sacudió un culatazo en la cabeza que lo dejó tambaleándose. Nosotros, que estábamos presenciando la escena materialmente desde la barrera (sobre el murete de la Lonja) iniciamos un sonoro abucheo dirigido al escolta, justo en el momento en que Franco salía por la puerta, por lo que el abucheo tuvo todas las apariencias de que iba dirigido a él. Lo cierto es que, iniciado el abucheo al escolta, ya siguió sin solución de continuidad dirigido a Franco, que totalmente desconcertado, pasó revista a los soldados, se metió en su coche y, como el año anterior, salió arreando para El Pardo con su escolta de motoristas.

Nosotros, animados por el inesperado éxito, seguimos con nuestro abucheo, ya dirigido a nuestras jerarquías, que iban saliendo del Monasterio. La mayor parte del público que rodeaba la Lonja - unas dos o tres mil personas - se contagiaron de nuestra rebeldía, pues casi todos eran falangistas, y nos siguieron en nuestra actitud.

Aquello se parecía mucho a lo de Labajos: Los coches de los jerarcas del Régimen, rodeados de una multitud vociferante, arrancaban a gran velocidad, entre golpes en las carrocerías, gritos y cánticos. El Cuerpo Diplomático, que tradicionalmente era invitado a los actos del 20 de noviembre, asistía atónito al espectáculo, sin entender absolutamente nada. (Los Embajadores, que se marcharon tumultuariamente de España tras la condena del Régimen de Franco por la ONU en 1946, habían regresado otra vez en masa, tras comprobar que al Caudillo no lo movía de la silla ni la madre que parió al tío de los caballitos).

Las autoridades militares, aunque con ellos no iba la cosa, se escurrían también como podían, quitándose de en medio por si acaso les alcanzaba el chorreo. Unicamente el General Don Juan Vigón, que en aquellos momentos creo recordar que era el jefe del Estado Mayor del Ejército, cuando iba a entrar en su coche, se dirigió a nosotros airadamente, recriminándonos. La respuesta fue la que cabía esperar: El "Viva, viva la Revolución", más ladrado que cantado, y los brazos en alto metiéndose por las ventanillas del coche, que a su vez era furiosamente golpeado. El conductor del General, una vez que éste, más desconcertado que asustado, entró en el coche, arrancó velozmente.

Después de desaparecer - en menos de diez minutos - todos los coches oficiales, la multitud enardecida siguió cantando y vociferando, hasta que, agotados y roncos, decidimos disolvernos y volver a Madrid en el tren, como habíamos venido.

Pues bien: Tampoco éste tercer motín desató ningún tipo de represión o castigo contra nosotros. Bien es verdad que, así como en Labajos, y sobre todo en la "revista de traseros" estábamos más identificados, aquí había sido una reacción espontánea de una multitud de falangistas, y con una causa desencadenante ajena al Caudillo, aunque luego la aprovechásemos para abuchearle a él.

Lo cierto es que nadie nos recriminó nada. Únicamente volvieron a aparecer los de "Asuntos Internos", con su aire de "Torrente, el brazo tonto de la Ley", que como de costumbre fueron descubiertos, escarnecidos e insultados por la militancia, que estaba más crecida que nunca.

Una vez más comprobábamos que el Régimen, al que tanto se ha acusado de dictatorial y totalitario, era blandengue y asustadizo cuando se le desmandaba la militancia falangista, contra la que generalmente no osaba tomar actitudes punitivas. Y esto no era precisamente porque nosotros fuésemos una fuerza temible ni demasiado numerosa: Una Compañía de la Policía Armada nos hubiese podido barrer en cinco minutos. Yo creo que se debía, en primer lugar a la mala conciencia de los jerifaltes, que encaramados en sus poltronas se habían olvidado definitivamente de los postulados revolucionarios que justificaban un Régimen político autoritario. Y en segundo lugar a que tras cualquiera de estos motines o "rabietas" nuestras, creían ver conspiraciones de más altos vuelos: En los cenáculos de la política se susurraban a media voz nombres de presuntos conspiradores: "Esto es cosa de Serrano Suñer..." o "esto lo ha organizado Arrese..." etc. Siempre se aludía a nombres de políticos postergados en esos momentos, pero temidos por los que estaban en el machito, por si volvían y les quitaban la mamandurria.

La verdad de Dios era mucho más simple: Sencillamente nos cabreaba cada vez más la derechización del Régimen, la nula influencia de la Falange en el Gobierno de la Nación (el "Movimiento" para nosotros y para cualquiera que estudiase su ideario, desarrollo y actuación, no era la Falange) y la definitivamente inexorable vuelta a la Monarquía, una vez muerto Franco, como así ha sido. Nunca hubo nadie detrás de nosotros: Todas nuestras actuaciones u operaciones de "castigo" al Régimen se fraguaban de jefe de Centuria para abajo, y luego en la Universidad, de Delegado del SEU de Facultad para abajo.

CAMBIAMOS DE LUGARTENIENTE GENERAL Y DE UNIFORME

Poco tiempo después de nuestro desplante ante el Caudillo, fue destituido el Lugarteniente General de la Guardia de Franco, Francisco Herranz, quien por supuesto no había tenido ni arte ni parte en el suceso; pero ya se sabe que en éstas cosas siempre paga el que más galones tiene. Como nuevo Lugarteniente General fue nombrado Nicolás Murga Santos, Teniente Coronel de Infantería en situación de "al servicio de otros Ministerios". (Creo que procedía de la jefatura Territorial de FET de Burgos). Ésta medida de recurrir a un militar cuando alguna organización falangista se insubordinaba o alguna provincia "andaba mal" era muy habitual en el Régimen, probablemente inspirada, si no decidida, por el mismo Franco.

Nicolás Murga, que era una bellísima persona y buen falangista, aunque con las limitaciones que le imponía su condición de militar, tenía un historial increíble. Había hecho las campañas de África de 1920-1926 siendo Teniente y Capitán, y había salvado el pellejo de chiripa en aquella guerra, la última guerra colonial que sostuvo el Ejército Español en Marruecos. (La penúltima, ahora que caigo: La última - y cuidadosamente ocultada por el Régimen, aun no sé por qué - fue la de Ifni en 1956. Lo de la retirada del Sahara Occidental tras la Marcha Verde en 1975, dejando al pueblo saharaui abandonado frente al "primito" Hassan II, fue uno de los hechos más vergonzosos de nuestra Historia, que aún colea).

Pero volvamos a Nicolás Murga. En la guerra civil, en los primeros días del Alzamiento, fue detenido junto con otros oficiales por las autoridades del Frente Popular, tras sumarse a la sublevación. Trasladado a la prisión de Guadalajara, una madrugada, junto con un numeroso grupo de militares y civiles, fue sacado por los milicianos de la prisión y llevado a las afueras de la ciudad para ser fusilado. Y en efecto fue fusilado, pero deficientemente. Tras la descarga, realizada por un grupo de desalmados incompetentes, los ejecutados cayeron amontonados unos con otros. Como aquellos borricos carecían de la mínima instrucción militar, desconocían que a la gente, cuando se la fusila en condiciones, hay que darles el tiro de gracia, para evitarles sufrimientos y para cerciorarse de que están muertos. Esto fue lo que salvó al bueno de Murga, pues al oír la descarga se tiró al suelo como los demás - que sí estaban muertos - quedando debajo de algunos cuerpos. Realizada su hazaña, los milicianos se subieron a un camión y se fueron, dejando a uno de ellos de guardia en el lugar. Murga, cuando comprobó que se habían marchado y cuando se cercioró de que

no le había tocado ninguna bala, se zafó como pudo de los cuerpos que tenía encima, y aprovechando que el miliciano de guardia se había alejado unos metros para fumarse un cigarro, se arrastró hasta el murete contra el que los habían fusilado, y lo saltó. Al otro lado del murete había una pronunciada pendiente, que bajó a la carrera como alma que lleva el diablo. No paró de correr hasta que llegó, cubierto de la sangre de sus compañeros de fusilamiento, a una pequeña casa de campo, cuyos habitantes le atendieron, le dieron de comer y le proporcionaron ropa limpia, con la que siguió su camino, y tras varias caminatas agotadoras logró llegar a las lineas nacionales, donde se dio a conocer, incorporándose, una vez identificado, al Ejército nacional, donde hizo el resto de la campaña.

Toda ésta historia nos la contó él mismo a los mandos de la 20 (su fusilamiento, junto con el de sus compañeros, está recogido en algunos libros de Historia de la guerra civil, en los que he podido comprobar que los autores ignoran que Murga se salvó, y le dan por muerto. Por lo que decimos de los pseudo-historiadores) un día en su despacho de la Lugartenencia General; y nos lo contó tan a lo vivo - era un actor de teatro frustrado - que para explicarnos como saltó la tapia se subió al sofá del despacho y se tiró por la parte de atrás, dándose un "legonazo" de mucho cuidado.

Murga, que tenía un gran sentido del humor, presumía de decirle a Franco, cuando éste le daba pié, las verdades del barquero. Seguramente era cierto, pues su filosofía era que, como ya lo habían fusilado mal los rojos, podía exponerse a que lo fusilase otra vez Franco, a ver si seguía la "baraka" (suerte, en árabe) y lo fusilaba también mal.

Lo cierto es que tras el nombramiento de Murga creíamos que íbamos a entrar en un periodo de "libertad vigilada" y de disciplina castrense, impuesta por éste Teniente Coronel de historial tan insólito. En realidad, fue así solo a medias. Murga, como digo, era muy buena persona, y buen falangista a su manera, acabó entendiéndonos, y compartiendo nuestra desazón, al menos cuando estábamos en "petit comité" en su despacho. Lo cierto es que nunca nos traicionó, y cuando nos metíamos en algún lío (cosa bastante frecuente) daba la cara por nosotros y nos sacaba del atolladero.

Lo primero que hizo a raíz de su nombramiento fue cambiarnos el uniforme. Según él, con el uniforme gris-verde parecíamos guardias civiles; así que decidió uniformarnos de negro, prácticamente como la antigua Milicia Falangista, de la que él procedía como jefe Territorial: Guerrera negra con botones plateados, pantalón negro con botas de media caña (bota alta para jefes de Centuria y Falange) cinto de cuero negro y boina roja, con una chapa dorada con el emblema de la Guardia. Las divisas de mando, emblemas y distintivos permanecían como antes. El camarada Murga, para que no se nos olvidase su rango militar, lucía en su uniforme, además de las divisas de mando falangistas, sus dos estrellas de Teniente Coronel del Ejército en las bocamangas. Para el invierno nos dotaron de unos magníficos capotes también negros y con botones plateados, que se guardaban en un almacén, destinados a una hipotética movilización de la Milicia. En realidad se nos uniformó como a la Milicia, que había sido desmovilizada muy poco después de terminar la guerra, por presiones del General Varela - el bilaureado - el cual tenía una gran antipatía por la Falange. No en vano era un conocido monárquico, atemperado por su franquismo, no menos conocido.

Lo de la Guardia de Franco fue una forma de recuperar la Milicia, solo que sin armas (oficialmente).

LA FACULTAD DE DERECHO DE MADRID

En el curso 1950-51 ingresé en la Facultad de Derecho de la Universidad Central, la única que había en Madrid. Estaban todavía muy lejos los tiempos de la diarrea de Universidades que sufre nuestro país, consecuencia lógica de la diarrea autonómica que ataca con virulencia inmisericorde al sufrido pueblo español; creo recordar que había doce

Universidades en toda España, y aún así, ya sobraban titulados universitarios, así que no hay por qué asombrarse de lo que pasa ahora.

La Facultad de Derecho estaba situada en "el viejo caserón de San Bernardo", como tópicamente se denomina al efectivamente decrépito edificio en el que se albergaban las Facultades de Derecho y Ciencias Políticas y Económicas, así como algunas aulas de la Facultad de Ciencias. El resto de Facultades estaba ya en la Ciudad Universitaria.

Yo había superado con éxito - no sin algún revolcón previo - el temido "Examen de Estado", que era la terrorífica prueba de acceso a la Universidad, y me disponía a convertirme en Licenciado en Derecho, para luego coadyuvar gloriosamente al triunfo de la Justicia. Cosas de la juventud.

También en 1950 inicié mi Servicio Militar, como voluntario, en el Regimiento de Infantería Wad-Ras número 55, con bastante comodidad, pues me permitía estudiar sin problemas; por otra parte mi instrucción militar era bastante completa: Desde muy joven conocía la instrucción en orden cerrado y el manejo del fusil, que era más o menos lo que se enseñaba a un soldado de Infantería en aquella época. La Guardia de Franco y mi pertenencia a la Federación Nacional del Tiro de España habían completado mis conocimientos sobre el armamento más usual del Ejército, habiendo hecho seguramente más prácticas de tiro que las que se hacían en éste, donde primaba el ahorro de munición.

Había comenzado para mí "la década prodigiosa": Entre 1950 y 1960 había de hacer la carrera, el Servicio militar, buscar novia, encontrar trabajo, casarme y tener mi primer hijo. ¡Ah! Y hacer la Revolución. Hice todo menos la Revolución, que sigue sin hacer, y además muy desprestigiada.

La Facultad de Derecho de la Universidad de Madrid, en aquella época, era un pozo de sabiduría jurídica. Era la "reserva jurídica de Occidente". La verdad es que, hablando completamente en serio, no creo que en ninguna otra época haya habido un plantel de catedráticos de la categoría de los que integraban nuestro cuadro de profesores, cuya fama se mantiene hoy y se mantendrá mucho tiempo a través de sus Tratados: Baste mencionar a Ursicino Álvarez en Derecho Romano, a García Gallo en Historia del Derecho, a Nicolás Pérez Serrano en Derecho Politico, a Eugenio Cuello Calón en Derecho Penal, a Garrigues en Derecho Mercantil, a Jaime Guasp y a Prieto Castro en Derecho procesal, a Federico De Castro, Hernández Gil y García Valdecasas en Derecho Civil, a Yangüas-Messía en Derecho Internacional, etc. etc.

Ahora, los pontífices de la Democracia y de lo politicamente correcto, todos ellos con el pañal pegado al culo, ilustran a las actuales generaciones - que son las suyas - sobre "el páramo cultural" de la Dictadura, haciendo creer a sus devotos que en aquella época poco menos que sabíamos leer y escribir a duras penas. Como son tan lerdos, ignoran que prácticamente todos los intelectuales ante los cuales se asombran hoy, ya lo eran entonces, y tan reconocidos y admirados como ahora.

Los estudiantes de entonces, como estábamos acostumbrados a tener éstos profesores, no le dábamos demasiada importancia, e incluso algunos desaprensivos - entre los que humildemente me cuento - nos fumábamos alguna que otra clase; claro es que hay que decir que había catedráticos que ostentaban, además de la cátedra, cargos públicos o privados, por lo que de vez en cuando también ellos hacían "pellas", dejando algunas clases en manos de Profesores Auxiliares; y claro, no era lo mismo oír a Pérez Serrano en la cátedra de Derecho Político que a su Ayudante Valero, monárquico Juanista de pro, contarnos con su voz meliflua y un tanto amanerada, sus conversaciones con Carmencita Franco (la hija del Caudillo) con la que presumía de gran amistad: "¡Nenuca, nenuca, que mal lo está haciendo tu papá! ¡ha ganado la batalla de la gasolina, pero está perdiendo la de la restauración monárquica!".

Luego, en plan confidencial y suplicante nos pedía: "¡ No digáis a nadie que tengo una tienda de máquinas de coser, que me hundís socialmente!". Efectivamente, el tal Valero tenía una pequeña tienda de máquinas de coser en la Gran Vía, al lado de donde entonces estaba el Círculo de la Unión Mercantil. Cada vez que pasábamos por allí, nos parábamos en la puerta y gritábamos: ¡Valero, véndenos una Singer!. El pobre Valero, que solía estar en la tienda por las tardes, en cuanto nos veía se agachaba detrás del mostrador, hasta que, hartos de pedirle "género" infructuosamente, nos íbamos entre grandes risotadas.

El tal Valero, aunque pequeñajo e insignificante físicamente, era un personaje en el mundillo monárquico de Madrid, y se movía mucho entre la Aristocracia; de ahí su temor a ser descubierto como vulgar mercachifle de maquinas de coser. También se movía en las altas esferas del Régimen - o al menos eso decía él - y mantenía relaciones amistosas con los falangistas de la Universidad, que éramos nosotros. Se ve que como era Ayudante de cátedra de Derecho Político, daba a todos los palos, por si acaso.

Los monárquicos en la Facultad de Derecho no eran muchos, pero eso sí: estaban divididos en tres facciones, a saber: Juanistas (rama Borbónica), Carlistas Falcondistas (de Fal Conde, que representaba a Don Francisco Javier de Borbón-Parma) y Carlistas Octavistas, (de Carlos VIII), y naturalmente no se podían ver entre ellos. Los Carlistas de ambas ramas se llevaban bastante bien con nosotros. No en vano, en la guerra civil, que no estaba tan lejana, habían estado en la misma trinchera que los falangistas, y aunque no tragaban lo de la Unificación con la Falange, decretada "manu militari" por Franco en 1937 (tampoco nos hizo ninguna gracia a los falangistas, como es notorio), nos consideraban, al menos a los falangistas de la Universidad, buena gente y dignos de su amistad. Incluso colaboraron con el SEU en algunas actividades, y hasta en algún golpe de mano "nacional-católico", como el que voy a relatar a continuación, que si alguien lo hubiese filmado, le habría quitado el puesto a Fellini, y la película hubiese desplazado a Amarcord, pues fue de verdadera película italiana de posguerra. En éste alucinante golpe de mano no participé personalmente, pues estaba enfermo con gripe; pero si lo hizo rni hermano Diego y un grupo de la Centuria 20, por lo que conozco la historia de primera mano, con bastante detalle.

El promotor del asunto fue el jesuita Padre Llanos, que en uno de sus arrebatos místicos decidió declarar la guerra al Hereje. Había descubierto que en la calle Trafalgar, junto a la glorieta de Quevedo, había una capilla protestante (anglicana) abierta al culto, donde todos los sábados se celebraban los correspondientes oficios para los escasos fieles de dicho culto que se atrevían a asistir. (En aquella época no ser católico estaba mal visto, pero se toleraba; pero ser protestante era poco menos que ser un súbdito de Satanás).

Ante semejante provocación, el animoso jesuita inflamó de ardor guerrero el corazón de un grupo de sus seguidores: Gentes de Acción Católica, principalmente, para que hiciesen una demostración de Fé católica a aquellas almas descarriadas seguidoras del nefasto Lutero. Como los conjurados eran pocos, y no muy avezados a las escaramuzas, requirieron la ayuda del SEU, así como de la ACI (luego explicaré lo que era eso). Para incitar a los falangistas del SEU y de la Centuria 20 (que no éramos muy de Misas, precisamente) a aquella "Cruzada", aseguraron que la Capilla anglicana en realidad era una tapadera para las actividades de grupos de la oposición clandestina al Régimen, amparados por la Embajada Británica, que al parecer era quien sostenía económicamente el culto en dicha capilla.

Con la perspectiva de poder repartir algún que otro pescozón entre los súbditos del Imperio Británico o de quien demonios estuviese allí, varios camaradas ofrecieron su colaboración más entusiasta. Asimismo, enterados los carlistas del evento, se sumaron gustosos al "comando", que finalmente quedó constituido por una cincuentena de miembros, como decimos de procedencia heterogénea.

Comandados por un par de miembros de la ACI, (cuyos nombres omito, pues uno de ellos es actualmente un importante político de los que, deslumbrados por un rayo divino, cayeron oportunamente del caballo camino de Damasco, y se han convertido en demócratas

de toda la vida) se dirigieron a la capilla un sábado por la tarde, a la hora en que, según les habían asegurado, se celebraban los oficios. Cuando llegaron, se encontraron la capilla abierta, pero vacía. Se ve que, o bien se habían equivocado de hora, o bien los "herejes", advertidos del peligro, se habían quedado en sus casas.

Después de unos minutos de desconcierto, al ver que no había enemigo alguno al que vapulear, al citado "cruzado" se le ocurrió una santa idea: Ya que los protestantes, entre sus muchos nefastos errores, no creen en la Santísima Virgen como es debido, era preciso desagraviar a ésta, para lo cual, con voz hueca, inició el canto de la Salve en latín: "Salve Regina, mater misericordiae, vita dulcedo, spes nostra salve...", cántico que fue seguido con desigual entonación por el resto de los "cruzados". Pero claro, aquello no tenía color; ellos no habían ido allí a un concurso de cánticos. Así que decidieron emprenderla con el mobiliario, que fundamentalmente eran bancos y un armonium. Poniendo los bancos en posición vertical, los dejaban caer sobre las cristaleras de colores que adornaban los laterales de la capilla, consiguiendo un bonito efecto de sonido, luz y color, al hacer trizas los cristales. Entre los asaltantes había un carlista al que llamábamos "Juan Vampiro", por su notable parecido con el Conde Drácula; éste descubrió que también era de mucho efecto dejar caer los bancos sobre el armonium, pues al golpear las teclas emitía una especie de gemidos lastimeros. Una vez que saltaron por los aires todas las teclas, con un palo terminó de destrozar el armonium, pasando a otros menesteres.

Después entraron en una especie de sacristía, donde se cruzaron con un guarda cojo, que dando trompicones y saltos se dirigió a un teléfono para llamar a la Policía. Aún les dio tiempo, antes de que llegara la "Madera", de destrozar unas cuantas Biblias "heréticas" que había por allí, así como un montón de folios escritos a máquina y reproducidos en multicopista que contenían al parecer propaganda antiRégimen, editada por quienes regentaban la capilla.

Una vez terminada la faena salieron rápidamente de la capilla y se dispersaron momentos antes de que llegase la Policía Armada, por lo que ésta no pudo detener a ninguno de los asaltantes. Sin embargo, al poco rato de irse el grupo a carrera abierta, llegaron dos muchachitos de Acción Católica, que se habían confundido de hora y llegaban tarde. La Policía, a falta de otra cosa, detuvo a los dos y se los llevó a Comisaría, donde estuvieron solo un rato, pues aparte de que al llegar tarde no habían participado en nada, el Padre Llanos intervino rápidamente para que los soltaran, como así fue.

Y así terminó aquella especie de sainete, promovido a medias por el Padre Llanos, la Acción Católica y la ACI, con colaboración especial de algunos falangistas y requetés.

La ACI - Asociación Cultural Iberoamericana - era una especie de grupo militante de universitarios, nacido al amparo del Instituto de Cultura Hispánica, pero que no se limitaba a las actividades puramente culturales de éste, sino que actuaba contra el "imperialismo yanky" o británico en nombre de la Hispanidad, con ocasión o sin ella. Y esto del asalto a la capilla protestante se ve que lo consideraron apropiado y se sumaron gustosos, como los falangistas y requetés, a la iniciativa naciona1-católica del Padre Llanos.

Con la ACI estuvimos colaborando durante algún tiempo, participando tanto en sus actividades culturales como en sus "golpes de mano" contra el "imperialismo yanky"; pero poco a poco y según se iban estrechando los lazos amistosos entre el Régimen y el Gobierno de los Estados Unidos, la ACI se fue volviendo más conservadora, y terminó siendo lo que empezó a ser en sus comienzos: Una especie de rama juvenil del Instituto de Cultura Hispánica para llenar de público universitario los plúmbeos actos de exaltación de la Hispanidad, con lo que nuestro entusiasmo decayó bastante, y acabamos abandonándolo.

Fue una pena, porque a través de la ACI conocimos a muchos universitarios hispanoamericanos-argentinos, chilenos, bolivianos, venezolanos, etc. - interesados en la ideología falangista, hasta el punto de que algunos de ellos, al regresar a sus países tras

licenciarse en las Universidades españolas, crearon allí grupos politicos inspirados en la Falange; fue entonces, en los años cincuenta, cuando surgieron la Falange Boliviana, la Falange Chilena y muchos más grupos, algunos de los cuales aún existen.

LA TUNA

Un buen día del mes de noviembre de 1952, en que mi amigo Pepe Muñoz Ramírez y yo estábamos soportando estoicamente una clase de Derecho Politico impartida por el soporífero y duerme-almas profesor D. Francisco Javier Conde (cuyo libro de texto, "Introducción al Derecho Politico" comenzaba así: "Con qué haz de posibilidades se encuentra el hombre cuando por su propia voluntad se segrega de su Creador?. Es harto menguado.', gran remediador del insomnio de sus alumnos, se nos ocurrió crear la Tuna en la Facultad de Derecho, pues no existía. Y dicho y hecho: En ese mismo momento nos pusimos manos a la obra, y decidimos comenzar la casa por el tejado: Había que nombrar, lo primero, una madrina de campanillas, y todo lo demás se nos daría por añadidura. Nos pusimos a cavilar, y de pronto a Pepe Muñoz se le iluminó la cara: ¡Ya está! ¡vamos a nombrar madrina a la nieta de Franco!. Te has vuelto loco, Pepe, le contesté yo, siempre excéptico. Pero el tío ya estaba manos a la obra: Sacó un folio de su carpeta y se puso a escribir, a mano, naturalmente, una carta a Franco, un tanto churretosa, pero convincente, proponiéndole el madrinazgo para la Tuna de Derecho de su, en aquellos momentos única nieta, María del Carmen Martínez-Bordiú y Franco, que a la sazón contaba tres añitos.

Al salir de clase, fuimos al estanco, donde compramos un sobre y un sello. En el sobre, el increíble Pepe Muñoz, natural de Pozoblanco (Córdoba), con la audacia que caracteriza al insolvente, escribió: " Sr. Don Francisco Franco Bahamonde. Palacio de El Pardo. Madrid. (España)," y metió la carta, con su correspondiente sello, en el buzón que había en la calle de San Bernardo, frente al Ministerio de Justicia.

Durante la semana siguiente estuvimos haciendo especulaciones sobre el destino de la carta: Yo estaba convencido de que había ido directamente al cesto de los papeles de cualquier Secretaría del Palacio de El Pardo; pero Pepe, con la fé inquebrantable de los predestinados, aseguraba que tendríamos respuesta. Y así fue: Al cabo de ocho o diez días recibió una carta de la Casa Civil de su Excelencia el Jefe del Estado diciendo que el susodicho estaba encantado con la idea, y que la Tuna podría acudir al Palacio de El Pardo un mes después. (No recuerdo la fecha, pero se fijaba concretamente para un día de mediados de diciembre).

Y ahí fueron la madres mías; tras la sorpresa y la alegría, el acojonamiento total: Habíamos vendido la piel del oso antes de cazarlo. En una palabra, había que crear una Tuna que no existía en el plazo de un mes, más o menos, y presentarse con ella nada menos que en El Pardo, ante Francisco Franco, al que tan mala vida le habíamos dado recientemente (y le íbamos a seguir dando, si el paciente lector lee éste libro hasta el final).

Como Dios protege a los niños y a los locos, todo se nos puso a favor: a los anuncios que pusimos en el tablón de anuncios del SEU, pidiendo gente que supiese tocar instrumentos de música - sobre todo de cuerda - acudieron treinta y tantos aspirantes, que fueron admitidos todos sin excepción. Había varias guitarras y bandurrias, un laud (el Lucas), una Flauta (el Montoro) y claro, seis o siete aspirantes a panderetas, entre ellos yo, que me erigí en Cabo de Panderetas, al frente de una escuadra formada por Fernando Moreno, Eloy "el Bufón", "Popeye", etc.

Necesitábamos un director musical, y lo encontramos en el Conservatorio Nacional de Música, que estaba en la calle de San Bernardo, justo enfrente de la Universidad. Se llamaba Fernando España, maestro de violín, y resultó un magnífico director. Se unió a la Tuna junto a

otro violín, también del Conservatorio: "la bien Peiná" (era calvo), que era un verdadero artista.

Empezamos los ensayos en el Hogar "José Miguel Guitarte" del SEU, situado en el patio de la Universidad, encima del comedor del SEU. El Hogar, compuesto por un gran salón y un pequeño despacho, lo ocupaba la Centuria 20, que prestó gustosamente sus "instalaciones" a la Tuna: No en vano mi hermano Diego - abanderado de la Tuna - era Subjefe de la Centuria; y tanto Pepe como yo y algún otro tuno pertenecíamos a la misma, así que todo quedaba en casa. (El camarada Jesús Solana, concretamente, resultó un habilidoso instrumentista del triangulillo. Había que verlo con su impresionante corpachón de luchador de lucha libre y su enorme bigote a lo Pancho Villa tocar delicadamente el triangulillo).

En quince o veinte días Fernando España consiguió que aquello sonase como una orquesta de cámara, y no es exageración: Además de lograr que tocásemos con mucho salero los pasacalles clásicos de la Tuna: "Carrascosa", "Sebastopol", etc. y cinco o seis canciones de ronda, consiguió enseñarnos (enseñarles, más bien, pues los panderetas interveníamos poco en la música clásica) varias sonatas de Schubert, Mozart, etc., que dejaban asombrado al respetable.

Ya no nos faltaban más que los trajes. Cuestión peliaguda, pues los tunos no teníamos un duro; El SEU de Derecho tenía muy buena voluntad, pero adolecía del mismo mal que nosotros. Y la jefatura de Distrito (la "Provincial", para los amigos) del SEU nos dijo que solo subvencionaba a la Tuna del Distrito: la de Scapa, los Gemelos, el Lupas, etc., por lo que hubo que renunciar, de momento, a que nos hicieran los trajes en una sastrería, y optar por alquilarlos, así que nos fuimos a Cornejo, en la calle Atocha, de donde salimos con un aspecto un tanto atrabiliario, pero felices. Más que tunos parecíamos personajes de El Greco, del cuadro del Entierro del Conde de Orgaz; pero pronto arreglamos aquello con las escarapelas y las cintas que nuestras admiradoras nos regalaron.

Con la Tuna vestida y bien entrenada, ya estábamos preparados para ir al palacio de El Pardo, a rondar a nuestra flamante madrina y a hacerle entrega solemne del nombramiento como tal.

Llegado el día, nos embarcamos en un autobús, pagado por la jefatura de Distrito del SEU (menos mal que en esto se estiraron los tíos) y encabezados por Antonio Villar Massó, Delegado del SEU en la Facultad de Derecho, nos presentamos en Palacio en poco más de un cuarto de hora.

Entramos en los jardines del recinto cerrado del Palacio sin ningún tipo de dificultad. Sorprendía la ausencia total de medidas de seguridad: Nadie nos pidió identificación alguna. Solamente un Oficial del Regimiento de la Guardia del jefe del Estado (ésta sí que era la Guardia de Franco en sentido literal) nos solicitó la lista de los integrantes de la Tuna - en la que no iba incluido Antonio Villar, que vestía de paisano - y seguidamente formamos de a tres: Al frente la bandera de la Tuna, que era negra, con el cisne del SEU bordado en el centro, portada por mi hermano Diego; junto a él Pepe Muñoz, como Jefe de la Tuna, llevaba los regalos para la madrina: Un bonito muñeco vestido de tuno, una caja de bombones y el pergamino con el nombramiento. Y detrás los panderetas en primer lugar, dando los saltos y contorsiones característicos de la "especialidad", y el grueso de los músicos propiamente dichos, tocando briosamente el "Carrascosa". Pasamos ante dos centinelas de la Guardia Mora, que presentaron armas al paso de nuestra bandera, y entramos en el patio interior de Palacio. Allí nos desplegamos: detrás guitarras, bandurrias y laúdes; delante, violines, F1 Montoro con su flauta y el camarada Solana dale que te pego al triangulillo; en el centro los panderetas, más epilépticos que nunca, Diego con la bandera y Pepe, que no soltaba los regalos. Iniciamos una canción de ronda - creo que "Clavelitos" - y enseguida se asomó a una ventana nuestra madrina, en brazos de su abuela Dña. Carmen Polo. Después de cantar un par de canciones, nos hicieron pasar a un salón elegantísimo, donde estaba la niña con su abuela. Allí le hicimos entrega de los presentes: El pergamino con el nombramiento, que

cogió con tal entusiasmo que lo partió en dos, y el muñeco, al que se abrazó desesperadamente hasta que descubrió los bombones, momento en el cual pasamos a un segundo término de sus intereses vitales, sustituidos por los bombones, que empezó a devorar con grandes ansias. A continuación la Tuna interpretó algunas piezas de música de cámara, que sonaron maravillosamente. Al rato apareció Don Fernando Fuertes de Villavicencio, Segundo Jefe de la Casa Civil (el Primer Jefe era el Marqués de Huétor de Santillán) de su Excelencia, para decirnos que el General no podía hacerse presente, pues estaba despachando con el Ministro de Marina, pero que nos había oído cantar y tocar en el patio, y nos mandaba con él un saludo afectuoso y su enhorabuena por tal maravilla de interpretación. Todo muy palaciego; pero era de agradecer, pues algunos de los allí presentes, concretamente los que pertenecíamos a la Centuria 20, habíamos sido protagonistas del "espaldarazo" de El Escorial. Se ve que el hombre, o no lo sabía (lo más probable), o nos había perdonado.

Después nos sirvieron en el mismo salón un suculento aperitivo, portado en bandejas por unos camareros vestidos de librea. Mientras estuvieron presentes Dña. Carmen, su nieta y D. Fernando Fuertes, nos comportamos con gran mesura, cogiendo delicadamente los canapés con dos dedos y llevándonoslos a la boca con un desmayado gesto dieciochesco; incluso algunos canallas dejaban el dedo meñique tieso, como descuidadamente. Pero cuando, discretamente, hicieron "mutis por el foro", nos lanzamos como lobos sobre las bandejas - eran las doce del mediodía y teníamos el hambre que caracteriza a los estudiantes de todos los tiempos - y las dejamos limpias como patenas en quince segundos.

Es de justicia decir que Dña. Carmen, que tenía fama de estirada y antipática, con nosotros se mostró muy agradable y cercana; una vez que calcularon que habíamos devorado el aperitivo, volvieron a entrar, ella, la niña y D. Fernando Fuertes para despedirse. Volvimos a cantar una cancioncilla, bajamos la escalera, formamos otra vez de a tres, y nos dimos el piro a los acordes de otro pasacalles. Antes de que nos marchásemos, Fuertes de Villavicencio nos citó en el palacio Nacional (hoy palacio Real) para unos días después, al objeto de entregarnos un obsequio en nombre del Jefe del Estado.

Y allá que nos presentamos Pepe Muñoz y yo, con nuestras mejores galas, a los cuatro o cinco días del evento. Entramos en Palacio (tampoco aquí había grandes medidas de seguridad) donde ya nos esperaban, y nos pasaron a un gran salón de estilo isabelino, donde nos dijeron que aguardásemos unos minutos, pues Don Fernando Fuertes estaba atendiendo a otra visita. A la vista de ello, una vez que el ujier que nos había acompañado nos dejó solos, nos arrellanamos en sendos sillones dorados y nos dispusimos a esperar acontecimientos. De pronto Pepe descubrió que sobre un sofá había un bonito sombrero gris perla, con su cinta de seda negra y los rebordes de las alas levemente vueltos y forrados también de seda gris perla. Una preciosidad de sombrero, vamos. Tenía toda la pinta de pertenecer a un señor muy importante, que con toda seguridad era la visita que nos precedía, y a la que estaba atendiendo D. Fernando Fuertes.

Pepe y yo nos miramos. Después miramos al sombrero. La suerte del sombrero estaba echada. Pepe se levantó, cogió el sombrero delicadamente en sus pecadoras manos, y tras tantear y calibrar su peso, lo dejó caer con suavidad, rematándolo en el aire con una patada digna de Molowny, que en aquellos momentos era el delantero del Real Madrid de mayor fama. Pero no fue menos espectacular mi parada, pues previendo la jugada de Pepe, me había situado estratégicamente a cinco o seis metros, y me lancé en una bonita parada, no sin revolcarme los tocinos en las mullidas alfombras palaciegas. Le devolví el sombrero con una especie de "espoliniqui inglés" a la media vuelta, que él remató con fuerza antes de que el sombrero tocase tierra. Aquello se animaba. El sombrero iba y venía, ya algo deformado, atravesando el salón de punta a punta. Cuando más embebidos estábamos en el juego, se abrió una puerta de repente y apareció Don Fernando Fuertes con un anciano venerable, que tenía toda la pinta de ser el propietario del sombrero. En aquel preciso momento, Pepe acababa de hacer una meritoria parada, y tenía el sombrero entre las manos. Con gran sangre fría, sacudió el polvo del sombrero, le -dio unos retoques para volverlo a su

forma primitiva (con las patadas había tomado el aspecto del hongo de Jaimito) y se lo entregó a su dueño - que nos miraba aterrado - no sin decirle lo bonito que era su sombrero. El buen señor se despidió de Don Fernando Fuertes, que hacía enormes esfuerzos para contener la risa, y se marchó como alma que lleva el Diablo. El pobre hombre, que seguramente había ido a pedir alguna gracia del Altísimo (Franco, vamos) de momento solo se llevaba el sombrero hecho un higo.

Tras el bonito espectáculo deportivo que habíamos protagonizado Pepe y yo, Don Fernando Fuertes sacó de su bolsillo un cheque de cinco mil pesetas (téngase en cuenta que estábamos en 1952) y nos lo entregó en nombre del jefe del Estado. Pepe miró el documento con aire displicente. Fuertes se adelantó: "no es mucho, pero es que ahora no hay dinero en la Casa". (Se supone que se refería a la Casa Civil). Le miramos con cierta socarronería, pero cogimos el cheque - nunca habíamos visto cinco mil pesetas juntas - y después de despedirnos salimos escopeteados del Palacio, por si se arrepentían.

Aquel dinero lo dedicamos a la confección de los trajes de tunos; lo dimos de "entrada" (y de salida, porque no volvimos a dar un duro más) en el taller José Antonio, de la Sección Femenina, que estaba en la Costanilla de los Ángeles, junto a la Plaza de Santo Domingo. El importe de los treinta trajes (con capa incluida) era, creo recordar, de dieciocho mil pesetas; así que entregamos las cinco mil que nos había regalado Franco, y si te he visto no me acuerdo: Una vez que los terminaron, nos los llevamos, no sin prometer (promesa de tunos) que las trece mil pesetas que restaban las pagaríamos " a la mayor brevedad". Y no es que no tuviéramos voluntad de pagar; es que no teníamos una peseta.

La jefe del taller nos persiguió inútilmente durante meses; y ante lo infructuoso de su persecución, prometió solemnemente presentarse con sus chicas en una actuación de la Tuna y arrancarnos los trajes hasta dejarnos en calzoncillos. Por suerte no pudo cumplir su promesa, que por otra parte hubiese resultado interesante, dadas las morigeradas costumbres de la época.

Ya con nuestros flamantes trajes de tunos, las actuaciones se multiplicaban. Acostumbrábamos a salir los sábados por la noche (aún no se había inventado "la fiebre del viernes noche") y brujuleábamos por las calles, rondando a novias, amigas y conocidas hasta altas horas de la madrugada. A esa hora la circulación era escasa, e incluso podíamos ir por el centro de las calles en formación. Cuando necesitábamos dinero, entrábamos en los bares, cafeterías, etc. de la Gran Vía y de las zonas céntricas de Madrid, y "obsequiábamos" a los presentes con nuestro repertorio. Después pasábamos la pandereta pidiendo para los estudiantes pobres (que éramos nosotros). La verdad es que podíamos haber ido pagando, con lo que recaudábamos, nuestra deuda con el taller José Antonio, pero otras necesidades "perentorias" nos lo impedían.

También visitábamos casas particulares, Embajadas, redacciones de periódicos, Ministerios, etc.

En una embajada, después de una lucida actuación que mereció no solo el aplauso de los asistentes, sino un magnífico aperitivo con abundancia de bebidas alcohólicas, se desató nuestro entusiasmo,). rompimos en estentóreos gritos de ¡viva el Paraguay!. Cuando ya estábamos roncos de gritar, se nos acercó muy diplomáticamente el señor Embajador para agradecernos aquel delirio hispánico; pero nos aclaró que aquella era la embajada de Uruguay, no de Paraguay.

También recuerdo la visita a la casa de Don Joaquín Rodrigo, el famoso músico. Fuimos a rondar a su hija y unas amigas, y tras la ronda en la calle nos invitaron a subir a la casa, donde Don Joaquín nos obsequió con una interpretación maravillosa, al piano, de varios fragmentos de su "Concierto de Aranjuez".

LA CARTA ABIERTA AL GENERAL FRANCO

De vez en cuando, y siempre en colaboración con otras Centurias de la Guardia de Franco - la 18 y la 21 sobre todo, formadas íntegramente por gente procedente del Frente de Juventudes - organizábamos una "siembra de pasquines" más o menos subversivos, siempre con el mismo tema: El olvido de la Revolución por parte del Régimen y la entrega de éste al Capitalismo más cerril y a la Monarquía decadente.

Los pasquines soliamos confeccionarlos a multicopista, aquel artilugio impresionante, con su manivela, su tinta - con la que se guarreaba todo - y su olor característico, que recordarán todos los que hayan estado en semejantes trajines, hayan sido rojos o azules.

La más comprometido era el reparto, pues había que procurar que no detuvieran a ninguno de los conjurados. Para ello usábamos diversas técnicas: Una de ellas era el reparto en el Metro, y consistía en situarse en el andén, entre la gente. Cuando llegaba un tren, esperábamos a que la gente entrase en el mismo, y una vez cerradas las puertas y ya en marcha el tren, metíamos a puñados los pasquines por los respiraderos que, en aquella época, llevaba cada vagón al principio y al final, quedándonos con las manos limpias del "cuerpo del delito". Si por casualidad había en el andén algún guardia o policía que nos preguntaba qué era lo que tirábamos, le decíamos que se trataba de propaganda comercial, y como nos quedábamos sin ningún papel en las manos, no tenía forma de comprobar nada.

También repartíamos desde los autobuses urbanos, que por aquel entonces eran de dos pisos, como los de Londres. Estos autobuses en el piso alto tenían, al nivel de los pies de los primeros asientos - los que quedaban a la altura del conductor - unas ranuras alargadas para ventilación. Los "panfletistas" de turno se sentaban en dichos asientos desde el principio de la línea, y al pasar por zonas céntricas - Serrano, y sobre todo Gran Vía a la hora de entrada o salida de los cines en sábado - lanzaban los pasquines por las ranuras en cuestión, por el simple procedimiento de colocar montoncitos junto a estos, e irles empujando con los pies. Con ello se conseguía una bonita lluvia de papeles, que parecían caídos del cielo, ante el asombro de los transeúntes, que no lograban localizar el punto de lanzamiento.

Hubo un panfleto con el que llegamos a rizar el rizo de la temeridad: La "Carta abierta al General Franco". Así como suena.

Hartos de dar espectáculos como los de Labajos y El Escorial, sin que al parecer nadie captase la "indirecta", decidimos ir por lo derecho, agarrar el toro por los cuernos y contarle a Franco por escrito todo lo que pensábamos, naturalmente con publicidad. A tal efecto, confeccionamos una larga carta, encabezada con la frase "Carta abierta al General Franco". En ella, con lenguaje correcto y respetuoso, pero claro y diáfano, le decíamos a Franco todo lo que pensábamos los jóvenes falangistas sobre nuestra Revolución traicionada, el desencanto de la juventud, la vuelta de la Derecha egoísta, del Capitalismo cerril, etc. etc.; y naturalmente llegábamos a la conclusión de que el culpable de todo era él, por acción o por omisión. El firmante, anónimo por supuesto, era "un viejo Jefe de Centuria de sus Falanges Juveniles".

Hecha la carta, venía lo más peliagudo: Editarla en una imprenta que se prestase a tal desafuero, y reunir el dinero necesario para la operación: Pagar la edición del panfleto y difundirlo por correo ordinario. Lo de la imprenta se resolvió pronto: Un camarada de la Centuria 20, José Antonio Garzón, tenía un pequeño establecimiento de imprenta, creo recordar que en el Puente de Vallecas, y el muy insensato se ofreció a imprimir gratuitamente la carta. Naturalmente, se tomaron algunas precauciones: El trabajo se hizo un sábado por la tarde, sin los operarios que trabajaban en la imprenta. El propio José Antonio Garzón, con la ayuda de dos o tres camaradas, improvisados cajistas, confeccionó la carta, usando guantes de goma para no dejar huellas, guantes que luego quemaron, junto con los tipos de imprenta. Hicieron varios miles de ejemplares, y todo quedó listo para la distribución.

Decidimos que para que aquello tuviese la mayor trascendencia posible había que enviar la carta por correo a toda clase de autoridades, "civiles, militares y eclesiásticas", como se decía entonces; a todos los jefes de Sindicatos, nacionales, provinciales y locales; a todas las jerarquías del Movimiento, etc. etc., es decir, a todo bicho viviente y semoviente. Así que nos pusimos manos a la obra: Compramos con el fondo de la Centuria - unos miles de pesetejas, a las que añadimos cada cual lo que pudo - varios centenares de sellos de correos y sobres baratos, y entre diez o doce camaradas nos dedicamos a introducir cartas en los sobres y pegar los sellos. Terminada la tarea, pusimos las direcciones a mano en los sobres. Como divertimento, poníamos remites imaginarios en los sobres: por ejemplo, el dirigido al Capitán General de la primera Región Militar, llevaba el remite del Obispo de Madrid-Alcalá, y cosas por el estilo; más que nada por enredar. Por supuesto, uno de los sobres iba dirigido a Don Francisco Franco Bahamonde, Palacio de El Pardo, Madrid. (igual que cuando Pepe Muñoz le escribió para nombrar Madrina de la Tuna de Derecho a su nieta Mari-Carmen).

Cuando se nos acabaron los sobres y los sellos, acordamos repartir las cartas que nos sobraban a mano, cosa que hicimos en la Universidad, a la salida de los cines, etc.

A los dos días, aquello empezó a hacer efecto. Y como siempre en estos casos, comenzaron a correr rumores. Por supuesto la Policía (la Brigada de Investigación Político-Social) nos localizó a los autores rápidamente. Aunque habíamos tomado todas las precauciones posibles, dado que el número de los que habían intervenido era considerable: Varias docenas de camaradas, no solo de la Centuria 20, sino también de la 18 y la 21, alguien se fue de la lengua - más que por mala fe por farolear delante de alguna niña - y nos pillaron.

La Policía, en cuarenta y ocho horas, había localizado la imprenta y detenido a José Antonio Garzón, su propietario. Asimismo citaron en la sede de la B.I.P.S. a los mandos de las Centurias 20 y 18. Yo recibí el encargo, a la vista de cómo se ponían las cosas, de quemar varios miles de ejemplares de la carta que habían sobrado o que aún no se habían distribuido; así que aquella noche, "entre las sombras nocturnas", totalmente solo, me fui al Hogar de la Centuria 20, el célebre Hogar José Miguel Guitarte, situado, como tengo dicho, en el patio de la Universidad (San Bernardo), en el piso superior del Comedor universitario, y en una lata enorme y vacía de sardinas, que requisé en la cocina, me dediqué a quemar, poco a poco, el "cuerpo del delito". No me atrevía a abrir la ventana, pues es bien sabido que por el humo se sabe donde está el fuego. Y como teníamos a la Policía pegada al culo, yo esperaba que de un momento a otro irrumpiesen en el Hogar y me cogiesen con las manos en la masa. La cosa no era ninguna broma, pues yo estaba "bajo las armas": estaba haciendo el Servicio Militar, como he dicho, en el Regimiento de Infantería Wad-Ras n° 55, con lo que, si me cogían en aquellos menesteres, el Consejo de Guerra lo tenía asegurado. Por eso, tosiendo como un condenado por el humo, conseguí quemar todas las cartas, entreabriendo un poco la ventana para no perecer.

Mientras tanto, los que habían sido citados en la BIPS (cuya Jefatura estaba situada en la calle Pontejos) se presentaron - con sus camisas azules, por supuesto - ante el Comisario Jefe de la Brigada, que los recibió de pié, en su despacho. Muy fríamente, les mostró un ejemplar de la famosa carta, y con evidente recochineo les preguntó que si sabían quien era el autor de "la letra". Los camaradas, acojonados por dentro, pero con gran sangre fría por fuera, contestaron que lo ignoraban, pero que estaban de acuerdo con el contenido.

El Comisario, con aires de superioridad, dijo que si a él le dieran carta blanca, en veinticuatro horas estarían detenidos todos los autores; pero claro, se trataba de un asunto político, y no podía obrar con libertad. Aquello envalentonó a los camaradas. Uno de ellos - creo que fue Mariano Vera, de la Centuria 18 - le contestó, con el mismo tono de superioridad que el Comisario, que si a ellos les dieran carta blanca, en veinticuatro horas podía haber en la puerta de la BIPS veinte mil falangistas (evidente exageración) pidiendo su cabeza (la del Comisario, claro).

Después de éste cruce de amenazas condicionales, los camaradas dedujeron que el Comisario estaba "tocado", para que no actuase, por sus superiores; el Comisario dio por terminada la entrevista, y los "presuntos" se marcharon, no sin cierta flamenquería; al menos hasta que traspusieron la puerta del despacho. Una vez que se vieron en la escalera, se precipitaron hacia la calle bajando los escalones de cuatro en cuatro, por si el hombre aquel se arrepentía y los enchironaba.

Y aquí terminó todo. Como siempre que hacíamos alguna de las nuestras, en el Gobierno y entre las altas jerarquías del Movimiento, empezaban a circular rumores y sospechas; aquella vez recayeron en Serrano Suñer, el "Cuñadísimo", que el hombre estaba apartado de la política desde que "empezaron a perder los alemanes" y "empezamos a ganar los americanos". Se dijo que estaba queriéndole mover la silla a Franco, aprovechando el descontento de los falangistas con éste. Nada más lejos de la realidad: A Serrano Suñer, solo lo conocíamos de los noticiarios de los años 40, y desde 1942 0 1943 había desaparecido de la escena política, a la que no volvió jamás.

El camarada Murga, que sabía perfectamente que los autores del panfleto éramos nosotros, se presentó un día en nuestra reunión de Centuria y se limitó a abroncarnos sin mucha convicción, marchándose por donde había venido.

Por aquellas fechas - primeros años cincuenta - comenzaba a moverse cierta oposición al Régimen de forma un tanto confusa y literaria. Uno de los lugares preferidos - que por cierto inauguramos los falangistas "rebeldes" - era la cueva de Sésamo, una especie de local, mitad taberna mitad café con pianola, ubicado en unos sótanos de la calle del Príncipe. Allí nos reuníamos un grupo de falangistas; entre ellos recuerdo a Antonio Villar Massó, Delegado del SEU en la Facultad de Derecho, gentes de la Centuria 20: Gabriel Elorriaga, Eugenio Martínez Pastor y su hermano Manolo, que aunque no pertenecía a la Centuria se apuntaba a estos eventos. Estaba también el camarada Rojí, un catalán de lo más pintoresco, que el primer día que fue a la Cueva de Sésamo, ataviado con un enorme sombrero negro de grandes alas y una capa, también negra, hasta el suelo (igualito que Drácula) se le enredaron los pies en la capa al empezar a bajar la escalera y llegó rodando hasta abajo como una exhalación. Pero no se inmutó: Se levantó milagrosamente ileso, se sacudió el polvo de la capa, recogió su sombrero y aseguró que él siempre bajaba así las escaleras.

Allí ingeríamos grandes cantidades de vino más bien peleón, junto con un sin fin de "conspiradores" de todas las "leches"; frecuentaban la Cueva Alfonso Sastre, José Antonio Novais y muchos más. Recuerdo que un día, al salir de la Cueva algo cargados de tintorro barato, José Antonio Novals se subió a una farola y se puso a gritar: ¡Viva Dios, que no existe, y muera Franco, que sí existe!. Hubo que bajarlo de la farola antes de que apareciese alguna pareja de la Policía Armada, que no solia estar muy ducha en éstas filigranas metafísicas.

Una de las cosas que los actuales historiadores de tres al cuarto sostienen con denuedo es que durante el franquismo "estaban prohibidos" poetas como García Lorca , Antonio Machado o Alberti. Lo de García Lorca ya he explicado anteriormente que no solo no estaba prohibido, sino que nos lo hacían estudiar en el bachillerato, incluso en los colegios de frailes, como el mío. Y lo de otros intelectuales - de todos los campos - considerados de "izquierdas" por esa gente que se empeña en clasificar politicamente a todo el mundo, todos los que tenían uso de razón en aquellos años saben que eran leídos y admirados por cualquier persona de mediana cultura que tuviera interés en cultivarla. Por vía de ejemplo, tengo en mi poder una revista editada por la jefatura Provincial del SEU de Madrid en febrero de 1953 - o sea, en pleno franquismo rampante - en la que se publica una encuesta realizada entre estudiantes universitarios de Madrid y de provincias, y en la que se pregunta por las preferencias de los encuestados, con el siguiente resultado:

Poesía: En primer lugar, y muy destacado, Federico García Lorca. Le siguen Miguel Hernández, Rafael Alberti, Antonio Machado, Gerardo Diego y Pedro Salinas; y después, con menos votos, Juan Ramón Jiménez, Jorge Guillén y Unamuno.

Novela: Camilo José Cela, Pío Baroja, Fernández Flores, Concha Espina y después, con menos votos, Ramón J. Sender, Sánchez Mazas, García Serrano, Pérez de Ayala, Carmen Laforet, Gabriel Miró, Zunzunegui y Blasco Ibáñez.

Ensayo y Filosofía: Ortega y Gasset, Xavier Zubiri, Eugenio D'Ors, Gregorio Marañón y Pedro Laín, Dámaso Alonso y Julián Marías.

Como puede verse, los universitarios de la época leíamos a los autores "prohibidos", y hacíamos gala de ello en las revistas que publicaba el SEU falangista, de donde se deduce que no estaban tan prohibidos, ¿no?. Pues nada; ahora cualquier mequetrefe recién salido de la guardería nos informa a las "víctimas de la represión intelectual del franquismo" que no podíamos leer a Lorca, Alberti, Machado (Antonio), Hernández, etc.; autores, al parecer, descubiertos a partir de la muerte de Franco por dichos mequetrefes.

LOS GUATEQUES

No todo era, en aquellos años, Política y Revolución. También teníamos nuestro corazoncito, y de vez en cuando organizábamos un “guateque".

El guateque era una institución consistente en reunirnos un grupo de chicos y chicas en casa de alguien, alrededor de un tocadiscos, para bailar y "alternar". Para animarnos, bebíamos una especie de cosa a la que llamábamos "cup" (los poliglotas pronunciaban "cap") y que consistía en vino blanco que se echaba en una sopera, y al que se añadía ginebra, coñac y alguna otra bebida de alta graduación, para animarlo. También se le echaba fruta y hielo. Se servía con un cazo, en vasos largos, y nos poníamos tan contentos. Había una variante, consistente en que el vino era tinto, en cuyo caso se convertía en la socorrida "sangría", de tan sólida tradición hispana.

Bailábamos al son de la música de la época, en la que predominaba el bolero, la rumba, el tango, el vals, el fox, etc., grabada en los discos de pasta de treinta y ocho revoluciones, que se rayaban con nada. Nuestros héroes eran Jorge Sepúlveda, Antonio Machín, Los Panchos, El Trío Calaveras, etc.etc.

Como decía un amigo mío, el baile en sí parece una gilipollez; pero ya sobre la pista "se ven más cosas". En efecto, el baile era un bonito pretexto para abrazar a las chicas, pues en aquella época las chicas no se dejaban abrazar ni para salvarse de un naufragio. Sin embargo, con el tonteo del baile, se dejaban coger por la cintura y ponían carita lánguida, signo evidente de que les gustaba la cosa. Entonces tú apretabas con el brazo derecho, a ver hasta donde podías llegar, y ellas, cuando consideraban que su decencia empezaba a estar comprometida, te ponían el codo en el pecho para congelar la posición, con lo que te dabas por enterado de que habías tocado fondo en tus aproximaciones.

Yo, que aunque me esté mal el decirlo he sido siempre muy buena persona, caritativo y todo eso, en los guateques siempre me creía obligado a ejercer de buen samaritano. No sé porqué, en aquellos eventos siempre había una coja o una gorda, a las que nadie sacaba a bailar. Pero allí estaba yo para remediarlo y para hacer de Príncipe Azul. Así que sacaba a bailar a la coja, o a la gorda, en su caso. Lo de la gorda, vaya que vaya. Era cuestión de brazo. Si no podías abarcarla, por exceso de tonelaje, intentabas gobernarla poniéndole la mano en la cadera, y medio sallas del paso. Lo de la coja ya era harina de otro costal. Dependía mucho del tipo de cojera. Pero con buena voluntad, se salla airosamente del paso,

incluso marcándose un tango, que era lo más complicado, por el sube y baja de la cojera. Naturalmente, las guapetonas del guateque se quedaban entre desconcertadas y frustradas ante mi predilección por las marginadas; pero solían comentar favorablemente mi buen corazón.

Lo que sí era un verdadero peligro en los guateques era el "cantor". Igual que había la coja o la gorda - que las pobres eran totalmente inofensivas -, había el "cantor", que ese sí que era un animal dañino y persistente.

El cantor solía ser un individuo taciturno, ceñudo y solitario. Circulaba entre las parejas con un vaso en la mano, tarareando por lo bajini, sin reparar en nadie. De pronto tosía un poco, se aclaraba la voz, y se arrancaba con un alarido horripilante: ¡¡¡Muuuuuñequita linda, de cabellos de oro, dientes como perlas, labios de rubí!!!. Alguien desconectaba el tocadiscos, para no entorpecer al divo, y las chicas se arracimaban alrededor del cabronazo aquel, mientras los chicos resignados nos refugiábamos en el alcohol.

El cantor continuaba, impertérrito, con la canzoneta. La cosa llegaba al paroxismo con aquello de: ¡¡¡a veces escucho, un ecooooooo, (sostenido durante quince o veinte segundos) divino!!!. Las chicas se desmoronaban de emoción. Algunas, al terminar la canción, aplaudían entusiasmadas, y pedían histéricamente: ¡otra, otra!, y aquel mamón seguía, erre que erre, con "Amapola, lindísima amapola", "O sole mío", y en fin, todo el repertorio ¡talo-hispano-americano, con lo que el guateque se convertía en una especie de Festival de Benidorm con un solo participante. Y el tío que no se rendía. Hasta que alguien, harto de la exhibición de aquel desgraciado, se arrancaba con el "Asturias, patria querida", que era coreado por toda la concurrencia. Seguíamos con la música coral española: "Palmero, sube a la palma", "una mañana de mayo", etc. etc., hasta que algún imprudente introducía aquello de "los estudiantes navarros chin púm ", y ya, en clara francachela, se derivaba a lo de "una vieja en Logroño, se se se ", etc., con lo que las chicas empezaban a despedirse, antes de que aquello terminase en una exhibición de pornografía polifónica.

ROMANCE DE DON JUAN CARLOS

Lo que sí se veía claramente es que Franco se proponía restaurar la Monarquía, pero saltándose a pies juntos a un Pretendiente: Don Juan. Desde que éste tuvo la desafortunada idea de lanzar sus Manifiestos, Franco, que era persistente en sus fobias, se la guardó para los restos.

Sin decirlo claramente nunca, Franco había decidido para sus adentros que a él no le iba a suceder Don Juan, sino su hijo Don Juan Carlos, que había llegado a Madrid en 1949, y estaba preparando las "oposiciones" a Rey con todas las papeletas a su favor. Cuando tuvo edad para ello, ingresó en la Academia General Militar de Zaragoza, donde estuvo un curso, pasando luego por la Escuela Naval de Marín y por la Academia General del Aire de San Javier, después de lo cual realizó algún curso en la Universidad, más que nada para dar la sensación de que no todo iba a ser formación castrense, aunque para Franco eso era lo importante. Se ve que lo que quería es que le sucediese un Rey al estilo de los reyes godos, espada en ristre.

A los falangistas, lo de Don Juan Carlos nos cayó regular. Había venido a España con nueve o diez años a educarse para ser Rey, de todo lo cual él no tenía culpa alguna. Lo nuestro era más bien contra la Institución, pues presentíamos que la Monarquía preconizada en la Ley de Sucesión - Reino Católico y Social y demás zarandajas - acabaría convirtiéndose en una Monarquía Constitucional al estilo de la del siglo XIX, como la que había caído, con más pena que gloria, en 1931, con la colaboración de los más reputados monárquicos.

Franco desde luego intentaba por todos los medios introducir a Don Juan Carlos en las Instituciones y usos del Régimen; y el buen hombre, como es lógico, iba donde le mandaban. Lo mismo arengaba a los excombatientes de los Tercios de Requetés que a los de las antiguas banderas de Falange, o a los de la Legión. El leía los discursos que le preparaban sus asesores, como todo Rey o Príncipe que se precie, y los "discurseados" se quedaban tan "gallásperus", que dicen los asturianos. Por ahí anda todavía un libro, editado por el Régimen en los años setenta, en el que se recogen todos estos discursos de "adhesión inquebrantable", bajo el título de "Palabras del Príncipe". Así es la vida.

Aquello indudablemente era todo un poco raro desde el punto de vista del Derecho Politico y Constitucional, pues si Don Juan Carlos era Príncipe, evidentemente era hijo de un Rey; pero era un Rey sin reconocer como tal. O sea, un lio. Pero como Franco hacía lo que le salla de los mismísimos, todos tan contentos. Menos Don Juan, claro. Don Juan veía la jugarreta que le preparaba el gallego, y se lo llevaban los demonios.

A Don Juan Carlos, en el afán de aproximarlo incluso a los falangistas jóvenes, le llevaron un buen día a visitar un campamento del Frente de Juventudes. Alli echó su correspondiente discurso, y luego confraternizó con los acampados, que incluso le gastaron bromas: Le ofrecieron un botijo para beber, con un agujero debajo del pitorro, por lo que al levantarlo para enfilar el chorro, el agua salió por el agujero, mojándole la pechera del uniforme de cadete del Ejército que vestía. Como tiene buen carácter, encajó bien la cuchufleta.

Un buen día, los monárquicos oficiales del Régimen organizaron una conferencia en el Ateneo de Madrid, y trajeron como conferenciante de lujo al Honorabile signore Cantalupo, un diplomático italiano que en su día fue el primer embajador de la Italia fascista ante el Gobierno de Franco instalado en Burgos. (1937)

El señor Cantalupo venía con la encomienda de hacernos ver a los españoles las excelencias de la institución monárquica. No se sabe muy bien porqué habían elegido para ello a un antiguo funcionario fascista-monárquico italiano, después de la suerte que corrió la Monarquía en Italia, que tras ser elevada a Imperio por el Fascismo, primero traicionó a Mussolini, y después - Roma no paga a traidores - fue despedida con cajas destempladas por el pueblo italiano, que prefirió la República. El caso es que el señor Cantalupo debió correr un tupido velo sobre la Historia reciente de su país, y vino a aleccionarnos a los españoles. Y claro: Entre los presuntos aleccionados había, ¡como no! Un nutrido grupo de camaradas de la Centuria 20, que decidió no perderse el espectáculo.

Nada más iniciar su perorata el señor Cantalupo con un "señoras y señores", los camaradas prorrumpieron en un entusiasta aplauso cerrado, que fue, - el contagio de las masas - secundado por todos los asistentes, que en su mayoría eran personas de cierta edad; público bien trajeado, las señoras con sombrero, etc. Hecho el silencio, el señor Cantalupo, algo desconcertado por el entusiasmo que habían despertado sus primeras palabras ("señoras y señores"), comenzó su conferencia. A los quince segundos, los camaradas decidieron que aquello era digno de otro entusiasta aplauso, así que se arrancaron con otra ovación de las de oreja y vuelta. El resto del público los siguió, pero ya con menos decisión. A la cuarta interrupción se vio claramente que aquel "entusiasmo indescriptible" iba de cachondeo, por lo que el público normal comenzó a protestar. Los camaradas, que ocupaban dos o tres filas de la sala, puestos en pie y en el paroxismo del entusiasmo seguían aplaudiendo como condenados, con lo que se armó un guirigay de padre y muy señor mío.

De repente se oyó una voz atronadora: ¡Silencio!. Todo el mundo se calló, mirando expectante al dueño de aquel vozarrón, que no era otro que el camarada Pousa Medal, que se había puesto en pie, al parecer para lanzar una arenga. Pousa se quedó perplejo ante el efecto de su petición de silencio, pero pronto reaccionó, y con la misma potencia de voz gritó:

¡Señoras y señores! ¡calma y disciplina! Y se sentó, recibiendo una calurosa ovación de las dos filas de camaradas.

Como aquello tenía todo el aspecto de no acabar nunca, alguien llamó a la Policía. Pero mientras tanto, lanzadas por varios camaradas preparados al efecto, empezaron a llover hojas de papel tamaño folio conteniendo el "Romance de Don Juan Carlos", un romancillo compuesto por alguien - a éstas alturas no he llegado a averiguar con certeza por quién - y que decía así:

De Portugal ha venido,

de Portugal ha llegado

el que dicen Rey de España,

que se llama Don Juan Carlos.

A la estación de Delicias

Salieron a recibirle

La Aristocracia española,

El Clero y guardias civiles.

El maquinista era un Duque

Marqueses los revisores

Y la mujer del lavabo

¡una Roca de Togores!

Cuatro caballos veloces

Arrastran una berlina

Y lo llevan al palacio

Donde después viviría

Allí le esperan más nobles,

cortesanos y familia,

y el Infante Don Alfonso,

un hermano que tenía.

Los salones de Madrid

Recobran de nuevo vida:

Habrá fiesta en el Real,

saraos en las casas finas.

Los señores de chaqué,

Las señoras de mantilla,

Y el pueblo muy satisfecho

De ver tanta maravilla.

¡Ay pueblo sufrido y firme

de Madrid y las provincias!

¡ya empiezan los Conde-Duques!

Y aquí el romance termina.

Bueno, lo que terminó definitivamente fue la fiesta, pues la Policía Armada irrumpió en el local, y sin grandes miramientos y a empujones sacó a las dos o tres filas de alborotadores, a los que se llevó a la Comisaría, donde, como de costumbre, les tomaron el nombre y los soltaron al poco rato. (Estas detenciones de falangistas, que si no provenían de un hecho grave terminaban sin grandes consecuencias, solo tenían el inconveniente de que te tomaban el nombre y te fichaban, con lo cual, si se repetía muchas veces el numerito, pasabas a tener "antecedentes policiales" como "alborotador y revolucionario", cosas ambas que en sí no son malas, pero que ante un juez un poco "carca" - en caso de acabar procesado - le predisponían desfavorablemente).

CURSOS DE MANDOS

Yo nunca llegué a ostentar ningún mando de cierta envergadura en las diversas organizaciones falangistas en las que milité: A lo más que llegué fue a Jefe de Falange en la Centuria 20 de la Guardia de Franco; pero eso, más que un mando politico, era una especie de graduación en una organización para-militar como la Guardia de Franco, que como he relatado antes, vino a sustituir a la Milicia Falangista, licenciada tras la guerra y definitivamente disuelta a mediados de los años cuarenta, y que solo sobrevivió como

estructura teórica para una hipotética movilización que no se produjo - afortunadamente - jamás.

(En los años en que viví y trabajé en Puertollano, fui concejal de su Ayuntamiento; pero eso ya lo relataré oportunamente.)

Sin embargo lo que sí hice fue un cierto número de Cursos de Mandos: Curso de Mandos del SEU para Distrito Universitario, Curso de Jefes de Albergue del SEU y FJ, Curso de Mandos de la Guardia de Franco, etc.

El Curso de Mandos del SEU para Distrito Universitario lo hice en San Lorenzo de El Escorial, en lo que hoy es la Universidad de verano. A él asistimos cuarenta o cincuenta seuistas, elegidos por la Jefatura del SEU del Distrito de Madrid, entre estudiantes de todas las Facultades.

Entre los que asistimos al Curso recuerdo a Antonio Villar Massó, los hermanos Eugenio y Manolo Martínez Pastor, José Antonio Pascual, Fernando Elena, Antonio Izquierdo, De Ory, Raul Chávarri Porpeta, Agustín Estébanez, Jesús Solana, y así hasta una cincuentena, como digo, abundando los pertenecientes a la Centuria 20.

El cuadro de profesores del Curso era francamente bueno y variopinto; entre ellos estaba Francisco Carbajosa, un tal Jareño, Jorge Jordana, Jaime Suárez, Jesús Gay, y otros más que no recuerdo, pero todo gente muy valiosa.

Por supuesto alternábamos las clases y el estudio con otras actividades, entre las que se contaban las "timbas" de póker hasta altas horas de la madrugada, generalmente organizadas por los camaradas Solana y Villar, los cuales, animados por alguna botella de whisky subrepticiamente introducida en el Albergue, decidían informar al camarada De Ory cada media hora de cómo iba la partida. De Ory, que era muy buena persona, aunque algo ingenuo, pretendía dormir por la noche, cosa que solo conseguía a medias, pues cada treinta minutos aparecían en su cuarto los citados desalmados, que enfocando con una linterna a su víctima, le contaban con pelos y señales todas las incidencias del juego. Al principio De Ory les escuchaba pacientemente; pero al cuarto "informativo", con los ojos enrojecidos de sueño, se sentaba en la cama y les reprendía - su bondad le impedía perder los estribos o decir palabras malsonantes - llamándoles "mal educados".

De aquel Curso salimos con un rimbombante título de "Mandos del SEU para Distrito Universitario". Yo jamás llegué a ejercer como tal, pues luego no sé que es lo que pasaba que los cargos eran casi siempre ocupados por gente que no procedía de las filas de la Primera Línea del SEU, sino del "paisanaje" desconocido, aunque enchufado.

También hice un Curso de Mandos de la Guardia de Franco, revalidando mi nombramiento de Jefe de Falange en la Centuria 20.

El Curso de Jefe de Albergue e Inspector de Marchas del SEU y FJ lo hice dos veces: La primera en el Albergue Juvenil "Franco", del Puerto de Navacerrada, y la segunda en el Albergue del SEU del Pueyo de Jaca, en el valle de Tena, (Pirineo Aragonés). Ésta repetición se debió a que en el primer Curso, el de Navacerrada, fuimos "reprobados" todos los cursillistas que pertenecíamos a la Centuria 20, pues dada nuestra ampliamente probada rebeldía ante la estolidez del Régimen, su inmovilismo social y su tendencia al restablecimiento de la Monarquía, las altas Jerarquías del Movimiento debieron juzgarpeligroso darnos el título que nos facultaba para mandar turnos de Albergue, por si "pervertíamos" a los futuros alberguistas; así que fuimos suspendidos en bloque. (En aquel Curso tuvimos como asesor religioso al Padre Llanos, que a pesar de su posterior evolución hacia el Comunismo, por aquel entonces era un "integrista" de aquí teespero.) Años después, esta manifiesta cacicada fue corregida por el siguiente jefe Nacional del SEU, a instancias de Miguel Angel Castiella, y en 1955 fuimos nuevamente convocados al Curso, que se celebró

en el citado albergue de El Pueyo de jaca, donde, precisamente bajo el mando de Miguel Angel Castiella, obtuvimos el título todos los seuistas de la Centuria 20 que hicimos el Curso: De entre ellos recuerdo,además de mi hermano Diego, a Antonio Sánchez Pérez de Castro (Tanaka), Sergio Panadero, Eusebio Gamo, jesús Solana, Eduardo Navarro...

La Guardia de Franco tenía un albergue en la isla de San Simón, en la ría de Vigo, frente a Redondela. Era un viejo edificio que en su día había servido de lazareto. Caído en desuso, fue acondicionado para albergue de verano, y en los años cincuenta era utilizado por la Guardia de Franco, que, durante los meses de julio y agosto, realizaba allí varios turnos de veinte días con camaradas procedentes de las distintas provincias.

En el mes de agosto de 1950, y durante un turno del albergue, ocurrió una terrible catástrofe, con el resultado de cuarenta y tantos alberguistas fallecidos: la mayor parte de los que integraban el turno.

Se celebraba un partido de fútbol en Redondela, y casi todos los alberguistas decidieron asistir al mismo. Para ir de la isla a Redondela, el albergue disponía de una barcaza con motor, capaz para veinticinco o treinta personas a lo sumo; pero se metieron en ella algo así como el doble, con lo que el agua quedaba a escasos centímetros de la borda. A poco de iniciar la navegación, y aunque el agua en la ría estaba totalmente tranquila, uno de los pasajeros se puso nervioso, seguramente al ver que el nivel del agua se acercaba peligrosamente a la borda, y se arrojó al agua. Los que estaban cerca de él se inclinaron instintivamente para intentar reembarcarlo, acumulando demasiado peso sobre la borda, lo que desestabilizó la barcaza, que volcó, quedando con la quilla hacia arriba, y arrastrando al fondo a la mayor parte de los pasajeros, que iban arracimados, tanto en la cubierta como en la cabina, pereciendo ahogados cuarenta y seis de ellos, muchos de los cuales sabían nadar, aunque no les sirvió de nada, pues quedaron aprisionados en el fondo bajo la barcaza.

La censura del Régimen, que más que perversa era imbécil, silenció prácticamente éste accidente marítimo, sin que hasta el presente se haya podido averiguar la causa de la censura. Lo cierto es que, aparte de los camaradas de los fallecidos, de los equipos que rescataron los cadáveres y de los habitantes de la zona, poca gente se enteró de lo ocurrido, a pesar de que la magnitud del desastre justificaba su amplia difusión. Misterios de una censura, que reprimía la difusión de noticias importantes y de interés general, y a la que luego se la "colaba" cualquiera con un poco de astucia.

Tras éste espantoso accidente, se cerró definitivamente el albergue de la isla de San Simón. Meses después, Nicolás Murga Santos, nuevo Lugarteniente General de la Guardia de Franco, adquirió en Solórzano, un pueblecito de Cantabria (de soltera Santander, como diría Cela), un palacete con un edificio adjunto en una parcela de cinco o seis mil metros cuadrados, que al parecer había pertenecido al Conde de Romanones, acondicionando el palacete y el edificio como albergue para la Organización.

En el verano - creo que de 1952 - asistimos un grupo de la Centuria 20 a un turno en éste albergue, junto a un buen número de camaradas de otras Centurias de Madrid y provincias, casi todos veteranos de la División Azul. Al principio tuvimos algunos "rifirafes" con ellos, pues nuestra condición de Centuria universitaria les producía algunos recelos (¡éstos jodíos señoritos!); pero a los pocos días se impuso una cordial camaradería - lo mejor de la Falange - y aquellos duros excombatientes, muchos de ellos también de la guerra civil, acabaron por venir a nuestro terreno, coincidiendo con nosotros en nuestra actitud crítica ante los derroteros que iba tomando el Régimen, cada vez más pro-capitalista y más olvidado de la Revolución social prometida.

Nuestra estancia en Solórzano coincidió con la fuga del "Juanín", uno de los últimos maquis, del penal de Santoña, donde cumplía condena por diversos delitos; tras la fuga, se refugió en la zona montañosa cercana a Solórzano, por lo que la Guardia Civil del puesto nos avisó de ello, pidiéndonos colaboración para la búsqueda del fugitivo. Desempolvamos media

docena de viejos fusiles que había en el albergue, montándose guardia en el mismo durante algunos días, por si acaso, y saliendo al monte algunas patrullas, con la Guardia Civil, en busca del Juanín, al que por supuesto no encontramos.

LAS MANIFESTACIONES ANTI-BRITÁNICAS DE 1954

En el año 1954, la Reina de Inglaterra, Isabel II, decidió conmemorar su reciente subida al trono dándose una vueltecita por las colonias de su Imperio, y tuvo la malhadada idea de comenzar su periplo precisamente por Gibraltar.

Antes de la visita hubo una campaña de prensa contra la misma, en la que se emplearon todos los argumentos - y tópicos - sobre el tema, a los que se añadían otros nuevos: Parecía mentira que Inglaterra nos afrentase de aquella manera, después de lo que habíamos hecho a favor de los Aliados en los últimos años de la II Guerra Mundial (en que los alemanes dejaron de ser los "buenos" para convertirse definitivamente en los "malos". En los primeros años, como es sabido, habíamos sido incondicionales de los alemanes: No en vano, por aquel entonces eran los "buenos", más que nada porque iban ganando).

El Régimen, que se iba acomodando con los vencedores, había recibido en 1953 el espaldarazo de los Estados Unidos de Norteamérica, con la visita del Almirante Shermann, de la U.S. Navy, país con el que se firmaron unos acuerdos de ayuda militar - estábamos en plena guerra fría con la URSS - gracias a los cuales el Ejército Español fue obsequiado con toda la chatarra sobrante de la II guerra mundial, que vino a sustituir o complementar a la chatarra procedente de nuestra guerra civil. (Por cierto, el pobre Almirante Shermann inauguró la serie de fallecidos tras abrazar a Franco: Al día siguiente de su entrevista con éste - que le dio un abrazo - murió de un infarto en Roma.

El rey Abdullah de Jordania, tras ser abrazado por Franco en la visita que nos hizo, recibió, al regresar a su país, varios tiros al salir de una mezquita, falleciendo en el acto. Eva Duarte de Perón tampoco duró mucho tras el abrazo de Franco cuando visitó España; el presidente de Filipinas, Quirino, que también visitó España, no murió al regresar, pero perdió el poder de forma violenta. Cosas parecidas les ocurrieron a otros visitantes ilustres, por lo que a aquella extraña gafancia comenzó a llamársele "el abrazo de la muerte").

También por aquellas fechas, tras los acuerdos con los Estados Unidos, se inició la construcción de la bases militares "de utilización conjunta" de Torrejón, Zaragoza y Rota, que aún perduran.

Pues bien, volviendo a lo de Gibraltar, a pesar de las protestas españolas en la prensa - creo que las hubo también por la vía diplomática - la visita de Doña Isabel no se suspendió. En la Universidad, muy sensible entonces a éstas cosas, el viajecito imperial cayó fatal, así que inmediatamente en el SEU de Derecho nos pusimos manos a la obra: Había que hacer algo, y éste algo se concretó en un llamamiento por escrito convocando a una manifestación de protesta ante la Embajada Británica.

Distribuimos el panfleto en las Facultades de Derecho y Ciencias Politicas y Económicas, en San Bernardo, con gran éxito de público y crítica: conseguimos una manifestación al día siguiente de dos o tres mil estudiantes, al frente de los cuales nos dirigimos, al grito de ¡Gibraltar español!, hacia la Embajada Británica, situada en la calle de Fernando el Santo. La Policía Armada - siempre tan quisquillosa con nuestras actividades - no apareció en ningún momento, con lo que llegamos sin dificultades a la plaza de Alonso Martínez, desde donde, por la calle Almagro, pensábamos entrar en Fernando el Santo. Alguien, sin embargo, divisó la bandera inglesa en el Instituto Británico, situado en dicha calle, casi enfrente de Fernando el Santo, con lo que decidimos hacer parada y fonda en dicho establecimiento docente, al que obsequiamos con una rociada de piedras que rompió todos

los cristales. Después seguimos hasta la Embajada, que sorprendentemente no estaba protegida por la Policía, circunstancia que aprovechamos para seguir dando trabajo a los cristaleros: Rompimos los cristales de los balcones de los dos primeros pisos - que eran los que quedaban más a nuestro alcance - después de lo cual nos disolvimos con la satisfacción del deber cumplido. Aquella había sido nuestra mañana de "los cristales rotos". Cuando llegó la Policía Armada, solo quedaban sobre el terreno unas docenas de recalcitrantes, a los que apalearon sin mucha convicción.

Pero lo gordo vino al día siguiente, cuando el grueso de los estudiantes universitarios de Madrid se enteró de nuestra hazaña, y quiso emularla. Desde primeras horas de la mañana empezaron a concentrarse en todas las Facultades de la Ciudad Universitaria: Medicina, Farmacia, Ciencias, Veterinaria, Filosofía... marchando hacia Madrid, para reunirse todos en Moncloa, desde donde, por Princesa, bajaron hasta la Plaza de España, siguiendo luego Gran Vía arriba. Al llegar al cruce con San Bernardo, estábamos esperándolos los estudiantes de Derecho, Políticas y Económicas, que nos unimos entusiásticamente a la multitud. Seguimos por la Gran Vía hasta Callao, dirigiéndonos por Preciados y Carmen a la Puerta del Sol, y desde alli a la Plaza de Santa Cruz, en la que estaba el Ministerio de Asuntos Exteriores, en el Palacio del mismo nombre. Allí, y desde el balcón principal, nos dirigió una arenga el Ministro del ramo, Alberto Martín Artajo, el cual, lejos de intentar calmar los ánimos, nos vino a decir - en palabras más finas - que la reina de Inglaterra era una guarra, y que lo de la visita a Gibraltar no se podía consentir, en vista de lo cual le obsequiamos con una fuerte ovación, seguida del "Cara al Sol" (que por aquel entonces se lo sabía todo el mundo, incluidos los rojos), y sin perder más tiempo nos encaminamos a la embajada Británica, con la peor de las intenciones. Bien es verdad que Martín Artajo, al acabar su arenga, nos invitó a disolvernos pacíficamente; pero no le hicimos ningún caso.

Todos pensábamos que de un momento a otro aparecería la Policía para disolvernos "manu militari", pero no fue así. Al bajar por la Gran Vía hacia Alcalá pasamos frente al Banco Anglo-Sudamericano, que estaba en la esquina de Gran Vía con la calle del Clavel, y en la que lucía una enorme bandera inglesa en el balcón principal del primer piso. Un estudiante escaló la fachada y tiró de la bandera, que cayó a la calle entre el regocijo del personal, que enseguida se animó a lanzar piedras contra las ventanas, no dejando un cristal sano. (Yo no sé de donde demonios salía tanta piedra). En el apedreo de éste Banco uníamos nuestra aversión a Inglaterra y nuestro repudio al Capitalismo. No se podía pedir más.

Donde sí esperábamos encontrarnos a la Policía era en Cibeles, lugar ideal para disolver una manifestación; pero sorprendentemente tampoco allí había un solo guardia. Empezamos a sospechar la cruda realidad: Los guardias iban a estar precisamente en la Embajada. Y así fue: Allí estaban TODOS los guardias. Cerrando la entrada a la calle Fernando el Santo había un escuadrón de guardias a caballo, provistos de largas fustas como de metro y medio, para dar fustazos desde el caballo a la "infantería" estudiantil. Tras ellos se veía una masa gris de guardias a pie, con las "defensas" empuñadas y protegiéndose con escudos. Al ver que la Caballería nos cerraba el paso, nos pusimos a cantar el "Cara al SoV, cosa que no enterneció en absoluto al Comandante que mandaba el Escuadrón, máxime cuando una piedra lanzada por un imprudente le sacudió en la cabeza a un Teniente, que cayó a plomo desde el caballo. El Comandante, francamente cabreado, ordenó al cornetín de órdenes el "toque de carga", y vaya si cargaron. Se nos vinieron encima los cuatrocientos caballos - a lo mejor no eran más que cuarenta, pero a mí me pareció "el Séptimo de Míchigan" o "la carga de la Brigada Ligera" - así que volvimos grupas y nos retiramos estratégicamente hacia el centro de la Castellana a carrera abierta. Hasta allí nos perseguían los caballos, con una contumacia digna de mejor causa. Algunos de los manifestantes, expertos en guerrilla urbana, cuando los caballos les perseguían, soltaban tras ellos canicas de piedra o rodamientos de acero, con lo que los caballos patinaban y se caían, arrastrando a sus jinetes, que se pegaban unos costalazos de mucho cuidado.

Yo fui perseguido individualmente por un jinete contumaz que se fijó seguramente en mi gabardina casi blanca, y se empeñó en sacudirme con la larguísima fusta, cuyo silbido

sonaba amenazadoramente a dos palmos de mi cuello, mientras yo batía la marca mundial de los cien metros lisos y mantenía la distancia con el jodido caballo. Afortunadamente, en su loco galope el guardia perdió la gorra, y decidió frenar en seco para recuperarla, abandonando mi persecución, con lo que me libré de los zurriagazos que se proponía administrarme el cabrón aquel. (Decidí sobre la marcha y para mi fuero interno no volver a ponerme nunca más mi llamativa gabardina para la lucha callejera, en vista de la predilección que despertaba en los honestos miembros de la Fuerza Pública).

Los caballos se habían desplegado tanto en el centro de la Castellana que perdieron toda su eficacia, con lo que, sorteando a los que estaban desperdigados, volvimos a reagruparnos, haciendo otro intento para volver a entrar en la calle Fernando el Santo y llegar hasta la Embajada.

A la entrada de la calle nos encontramos con los guardias de a pié, que cerraban como un muro gris el paso, de acera a acera. Empezamos a achucharles y rompimos la primera fila; pero detrás había otra, y otra, y otra.

Llegó un momento en que parecía que íbamos a alcanzar la Embajada; entonces sonaron unos disparos de pistola, salidos de las filas grises, con lo que tuvimos que volver grupas otra vez, perseguidos por los guardias, que seguían disparando, se supone que al aire, pues de momento no cayó nadie herido.

En vista de que no había forma de acercarse a la Embajada entrando por la calle Fernando el Santo, un grupo de cuarenta o cincuenta estudiantes intentamos un golpe de mano, atacando por un flanco: Entramos por la calle Fortuny, que sorprendentemente no estaba cortada por la Policía, y por ella nos aproximamos a la Embajada, cercana al cruce de ambas calles. Cuando nos faltaban unas decenas de metros para llegar a nuestro objetivo, un guardia de los que se afanaban en contener a la masa de estudiantes que intentaba entrar por Fernando el Santo, volvió la cara y vio a nuestro pequeño "comando", por lo que dio el "keo" a sus compañeros, de los que se destacó un grupo que vino a la carrera hacia nosotros con la peor de las intenciones y pistola en mano, por lo que salimos otra vez echando leches ante actitud tan inamistosa, metiéndonos, dada la urgencia, en el primer portal que encontramos abierto, cerrando el portón tras nosotros con un enorme cerrojo de hierro con el que estaba dotado.

Los guardias, cabreados porque les habíamos dado con la puerta en las narices materialmente hablando, empezaron a gritar: ¡Abran a la Policía! ¡Abran en nombre de la Ley!. Nosotros les contestábamos desde dentro, protegidos por el grueso portón: ¡Una mierda que os comais, vamos a abrir!. En estas apareció, saliendo de la portería, el conserje de la finca, que sentenció solemnemente: ¡Hay que abrir!. Alguien le cogió del pescuezo y le zarandeó un poco, con lo que decidió no insistir en la rendición y se retiró a su covacha mascullando insultos. Los guardias, que se ve que se habían encaprichado con nosotros, seguían erre que erre, dando con las porras en la puerta. En vista de que no abríamos, soltaron varios tiros para amedrentarnos, cosa que consiguieron con los más pusilánimes, que la emprendieron con la escalera de la finca como meteoros, y llegaron exhaustos hasta el sexto piso, tocando nerviosa e infructuosamente en todos los timbres, seguramente con intención de pedir asilo politico. Los más avezados no nos movimos del portal, contestando a las voces de los guardias con reiteradas menciones a supuestas actividades adulterinas de sus señoras madres, cuando no a la contumaz soltería de las mismas. También les espetábamos un insulto muy en boga contra la Policía Armada: ¡Asesinos de Calvo Sotelo! (como es sabido, la Policía Armada se creó en 1940 0 41, e integró en sus filas, previa depuración, a gran número de los Guardias de Asalto de la República, un grupo de los cuales "dio el paseo" al Jefe de la Oposición Monárquica Don José Calvo Sotelo el 14 de julio de 1936, asesinato que fue el detonante del Alzamiento militar cuatro días después. Naturalmente el insulto dirigido a la Policía Armada era absolutamente injusto; pero en situaciones tirantes cumplía su objetivo de cabrear a sus miembros hasta el paroxismo).

Finalmente los guardias se marcharon, abandonando su presa. Tras unos minutos de silencio en la calle, oímos la algarabía estudiantil, por lo que dedujimos que "los nuestros" ocupaban la zona; así que abrimos el portón con mucho cuidado, y al comprobar que no había moros en la costa, salimos como alma que lleva el diablo y nos reintegramos a la ofensiva contra la Embajada, que ya era totalmente inaccesible: Todos los guardias del mundo estaban protegiéndola. (Meses más tarde, algunos policías a los que conocíamos nos aseguraron que apaleándonos nos habían protegido de algo peor: En el interior del portal de la Embajada, un piquete de soldados británicos que integraban la escolta de la misma, había instalado una ametralladora para usarla contra nosotros en el caso de que hubiésemos traspasado la entrada. No sé si nos contaron esto para justificar la leña que nos habían repartido, o era verdad).

No obstante, la masa estudiantil - que iba mermando ostensiblemente tras dos o tres horas de forcejeo con la Policía - siguió hostigando a ésta; pero poco a poco aquello fue degenerando en pequeñas escaramuzas, hasta que sobre las cuatro de la tarde (habíamos inaugurado los festejos a las doce de la mañana) nos retiramos los últimos manifestantes, que no podíamos tirar de nuestro cuerpo, después de tanta carrera ante la caballería e infantería gris.

Al día siguiente, en todas las Facultades corrió la voz de que había muerto un estudiante, del que incluso se daba el nombre: Alfonso García, o algo así, que según el rumor había muerto pisoteado por los caballos. Aquello tenía toda la pinta de ser un bulo; no obstante, el jefe Nacional del SEU, Jorge Jordana, hizo las indagaciones pertinentes, con resultado negativo: Ni en hospitales ni en el depósito de cadáveres aparecía el tal García. Evidentemente el bulo lo habían propalado gentes interesadas en conseguir que los estudiantes, que habían sido convocados a manifestarse contra Inglaterra, se volvieran contra la Policía, y por ende contra el Régimen. Y efectivamente lo consiguieron, pues a pesar de que en todas las delegaciones del SEU de las Facultades se aclaró a los estudiantes que no había ningún muerto, la noticia ya había hecho cuerpo. La gente se encariñó con el difunto, y volvió a salir a la calle, pero ya convocados por los grupos que, tímidamente aún, comenzaban a aflorar en la Universidad, bajo el genérico nombre de "liberales".

Nosotros, los estudiantes falangistas que militábamos en el SEU - una cosa éramos los militantes del SEU y otra los afiliados por Ley, que eran todos - recibimos órdenes de no participar en las posteriores manifestaciones, que habían perdido su carácter reivindicativo por el tema de Gibraltar, para convertirse en una protesta contra la "brutalidad policial". La orden fue obedecida a medias: En las Facultades de la Ciudad Universitaria, que eran casi todas - excepto Derecho y Ciencias Políticas y Económicas - los estudiantes siguieron estando dirigidos por el SEU militante, igual que al principio. En San Bernardo, donde una gran parte de los estudiantes falangistas teníamos la doble vinculación con el SEU y la Guardia de Franco - la Centuria 20 - recibimos también la orden por partida doble: Abstención de manifestaciones.

Así las cosas, se volvió a organizar otra gran manifestación, que portando pancartas con crespones negros, protestaba por la muerte de "García", el estudiante desconocido, cuyo "cadáver" no había modo de encontrar, a pesar de la búsqueda exhaustiva. La manifestación se concentró en la Puerta del Sol, precisamente ante la Dirección General de Seguridad, y naturalmente fueron apaleados a placer por los guardias del cercano Cuartel de Pontejos, en vista de lo cual las siguientes algaradas se organizaron en los alrededores de las respectivas Facultades.

En la Universidad de San Bernardo, dada su situación en el centro de la ciudad, el follón era continuo: Los estudiantes - incluidos nosotros, que acabamos sumándonos todos, a pesar de la prohibición - cortaban la circulación en la calle de San Bernardo, con lo que se montaba un monumental atasco que llegaba a la Gran Vía y a la Glorieta de San Bernardo. Cuando la Policía atacaba, nos refugiábamos en el interior de la Universidad, desde cuyos balcones se arrojaban bancos y pupitres a los sufridos guardias. Indudablemente, aquello se

había desmandado por completo, y ya no había modo de controlarlo. La policía acabó rodeando la Universidad, con los estudiantes dentro, y éstos de vez en cuando hacían incursiones al exterior para provocar contra-ataques, que cada vez eran más violentos. Los guardias, que llevaban tres o cuatro días de continuo vapuleo - igual que nosotros - estaban perdiendo los nervios. En una de las acometidas contra los estudiantes en el patio trasero de la Universidad, que daba a la calle de los Reyes, fue tal la lluvia de piedras y objetos que recibieron, que uno de los guardias, tras encajar una pedrada en la cabeza que le tiró la gorra - en aquella época aún no existían los antidisturbios, y no llevaban casco protector - sacó la pistola y la emprendió a tiros con los estudiantes, hasta que un oficial le arrebató el arma de un manotazo y se lo llevó violentamente de la escena. Este incidente lo presenciamos perfectamente desde la ventana del Hogar "José Miguel Guitarte", donde estábamos concentrados los miembros de la Centuria 20. Los disparos del guardia, milagrosamente solo produjeron un herido: Muñoz Salvadores, estudiante de Derecho, que recibió un balazo sin orificio de salida en un muslo, siendo evacuado al Hogar, donde le atendieron varios camaradas estudiantes de Medicina, que le hicieron un torniquete de urgencia. Igual que a Muñoz Salvadores atendimos en el Hogar a seis o siete heridos más, con diversas descalabraduras en la cabeza, algunas de consideración, por lo que se hacía preciso evacuarlos a un hospital, ya que allí no teníamos ni el más elemental botiquín. Como tampoco teníamos teléfono, decidimos salir un pequeño grupo para llegar a un bar cercano, y desde allí llamar a alguien que nos enviase ambulancias. Y dicho y hecho: En uno de los frecuentes ataques y contra-ataques de guardias y estudiantes conseguimos atravesar la línea de los guardias y entrar en un bar de la calle de los Reyes. Al entrar nos cruzamos con un Teniente de la Policía Armada con una cara de bestia acojonante, que nos interpeló desabridamente: "tDónde vais vosotros?" "A llamar por teléfono", le contestamos. "¿A quién?", insistió el ceporro. "Al Coronel Don Nicolás Murga Santos". Al oír lo de "Coronel" se le dulcificó un poco el gesto, pero siguió preguntando: "tQué sois vosotros?". "Miembros de la Guardia de Franco". Aquello le desconcertó totalmente, pues entonces, como ahora, casi todo el mundo confundía a la Guardia de Franco con la Escolta de Franco, con lo que el Teniente aquel empezó a pensar que se estaba metiendo en un lio. No obstante nos siguió hasta el teléfono, para ver si le estábamos engañando. Cuando oyó que nos dirigíamos a Murga diciendo continuamente "mi Coronel", y que para mayor "inri" le invitábamos a ponerse al teléfono y hablar directamente con él, se desbarató definitivamente y se largó, mascullando que él tenía su propio Coronel y no tenía intención de conocer a otro, y menos de la Guardia de Franco. Lo cierto es que nos dejó en paz, con lo que pedimos a Murga que nos enviase dos o tres ambulancias para evacuar varios heridos. El camarada Murga se sobresaltó: "¡Hijos! ~En qué os habéis metido?". Le tranquilizamos asegurándole que nosotros no teníamos ningún herido, pero que nos sentíamos obligados a atender a los seis o siete estudiantes que teníamos en nuestro local. Nos prometió el envió de ambulancias, y nos anunció que en ese momento salla paxa la Universidad, para aguantar el tirón con nosotros. Ya lo he dicho antes: Nicolás Murga era un tío fenomenal, que no abandonaba a su gente pasase lo que pasase.

En el intermedio, el Jefe Nacional del SEU, Jorge Jordana Fuentes, intentó acercarse a la Universidad, pero la Policía se lo impidió. A la Jefatura Nacional del SEU todo aquel asunto le había pillado en "fuera de juego", y le llovían las broncas por todas partes: Desde El Pardo, desde Secretaría General del Movimiento, desde la Dirección General de Seguridad... y el pobre Jorge, que no había organizado aquel "pandemonium" se dibujaba como la víctima propiciatoria. Tardaría muy pocos días en ser destituido, por no haber controlado a la masa estudiantil.

Las ambulancias enviadas por Murga no llegaban a la Universidad, pues la Policía las interceptaba para meter en ellas a sus propios heridos, que eran bastantes. Finalmente llegó una, en la que metimos a todos los heridos. Casi a la vez llegó Murga, el cual se abrió paso entre los contendientes con su bastón y su elegante sombrero, siempre un poco ladeado, y con su identificación militar en la mano, para que los guardias no le apaleasen.

La intensidad de la lucha fue decayendo por puro cansancio, como el día anterior en la Embajada inglesa, hasta que los guardias se retiraron y poco a poco volvió la calma a la zona.

Aún en los días siguientes hubo otra serie de encuentros entre estudiantes y Policía, pero ya de menos intensidad y totalmente ajenos a nosotros: los organizadores eran, como he dicho antes, gentes interesadas en el enfrentamiento con la Policía, y que habían olvidado totalmente el objetivo de las primeras manifestaciones, que era mostrar nuestra repulsa por la visita a Gibraltar de Isabel de Inglaterra, para sustituirlo por una protesta por la brutalidad policial, que efectivamente existió, aunque para ser veraces hay que decir que también nosotros fuimos bastante brutos: Los heridos de ambos bandos se equilibraron bastante, aunque por suerte no hubo ninguno de gravedad - excepto Muñoz Salvadores con su tiro en el muslo, que curó sin complicaciones - y desde luego no hubo ningún muerto, pues lo del tal García resultó un bulo, como ya he dicho.

Lo que sí constatamos los seuístas es que las manifestaciones se nos habían ido de las manos después de los dos primeros días, y que "alguien" había tomado el relevo para desviar el objetivo de las mismas.

LOS "LIBERALES"

Después de las manifestaciones y las sucesivas trifulcas con la Policía Armada, el prestigio del SEU ante los estudiantes quedó en entredicho. De ello se ocuparon algunas minorías de pequeños zascandiles, que culpaban al SEU de haber movilizado a los estudiantes, sacándolos a la calle, para después abandonarlos a merced de la policía. El argumento era bastante estúpido, pues es bien sabido que cuántas veces salen los estudiantes a la calle y se desmandan, que ese había sido el caso, acude la policía a reprimirlos, aquí y en Sebastopol. No hay policías "fascistas" y policías "demócratas"; todos sacuden con la porra con la misma contundencia, pues esa es su obligación y para eso les pagan. Pero lo cierto es que después de aquellos sucesos el SEU de Madrid, que es el que yo conocía, perdió influencia entre los estudiantes apolíticos, que eran la inmensa mayoría, como en todas las épocas.

La realidad es que la gran masa universitaria no se metía en grandes disquisiciones políticas, y aceptaba de buen grado la situación. Aspiraba a terminar la carrera cuanto antes, y a situarse profesionalmente, y que la dejaran de "historias para no dormir".

Pertenecer al Sindicato Español Universitario como afiliado era obligatorio para todo aquel que se matriculase en una Facultad universitaria o Escuela Especial de Ingeniería. Dicha afiliación no comprometía absolutamente a nada: Contrariamente, comportaba bastantes ventajas, al menos en teoría: Se tenía acceso a los Colegios Mayores del SEU, se podía asistir en vacaciones (verano, Semana Santa y Navidad) a los turnos de albergues del SEU de montaña o playa - Bergondo, Navia, Pueyo de jaca y un largo etcétera - se podía comer por una módica cantidad en los comedores universitarios, se podían utilizar las instalaciones deportivas del SEU y las bibliotecas, obtener los famosos "apuntes" en las asignaturas en las que no había libro porque el catedrático no juzgaba digno de su sapiencia ninguno, y no había más remedio que tomar apuntes - cosa que hacían taquígrafos contratados por el SEU - y otras muchas y variadas ofertas, como las Tunas, el TEU (Teatro Español Universitario) de cuyas filas salió lo más granado de la actual escena teatral española. Y todo ello con la única contraprestación del pago de una cuota simbólica (48 pesetas en 1950) que se pagaban junto con los demás gastos de matrícula al iniciarse cada curso escolar.

Eran decenas de miles los estudiantes universitarios que aprovechaban éstas ventajas, sin que por ello tuvieran que prestar adhesión política de clase alguna al SEU. Más

de cuatro y de cuatrocientos de los políticos "demócratas" que hoy se pavonean en el Congreso o en altos puestos políticos "chuparon de la canoa" y disfrutaron de sustanciosas becas del SEU - otra de las ofertas que ofrecía el Sindicato - incluso para ampliar estudios en el extranjero. Claro que entonces ellos no sabían que iban a ser demócratas de toda la vida.

Como tengo ya relatado, en la Universidad Central la única oposición visible al Régimen era la monárquica, sobre todo la de los juanistas; y aún ésta, se limitaba a mantener la idea de que Franco debía ceder el puesto a Don Juan, pero sin que ello supusiera grandes cambios políticos: Quítate tú, que me pongo yo. Es de suponer, lógicamente, que llegado Don Juan al poder, hubiese promovido los cambios políticos que preconizaba en sus manifiestos; pero los juanistas no se metían en esos berenjenales, entre otras cosas porque todos los monárquicos de todas las ramas dinásticas - borbónica y carlista en sus dos variantes - habían luchado (los que en su día tuvieron edad para ello) en la guerra civil en el bando de Franco, y muchos ocupaban altos cargos en la política y en el Ejército.

Esta oposición monárquica, en general, era puramente dialéctica, y salvo algunas pequeñas escaramuzas que ocurrieron en la Universidad, sobre todo en San Bernardo, no se manifestaba abiertamente. La mayor parte del tiempo convivíamos en paz falangistas del SEU y monárquicos. Yo concretamente tenía amistad con muchos de ellos, especialmente con mi amigo José María Menéndez, compañero de estudios desde el Colegio de San Antón, en el que hicimos el bachillerato. Bien es verdad que en los años 1946 a 1950 hubo, en los inamistosos encuentros de la Castellana y Serrano, sus más y sus menos; pero no pasamos de las bofetadas y los estacazos, en los que, como he contado, siempre ganaba la Policía Armada por goleada.

A partir de las manifestaciones de Gibraltar fue cuando se empezó a notar que, aparte de los monárquicos, comenzaba a surgir suavemente una oposición que se denominaba a sí misma como "liberal", y que se limitaba a exponer sus teorías - más bien decimonónicas - en aulas y pasillos, en pequeños conciliábulos a los que la gran mayoría de estudiantes no prestaba mucha atención. Incluso a veces nos visitaban en los locales del SEU y en el hogar "José Miguel Ganarte" - donde tenía la sede la Centuria 20 - en el que charlábamos pacíficamente de política, del mar y de los peces. Con estos "opositores" la verdad es que nunca tuvimos ni siquiera una discusión violenta.

Incluso algunos de ellos participaban en actividades culturales del SEU, sin que nadie les echase en cara sus ideas politicas. Naturalmente me estoy refiriendo a los cursos 1950-51 a 1955-56, en los que honré con mi presencia la Universidad; después las cosas se complicaron para ésta gente.

Los más destacados - ambos compañeros míos de curso - eran Enrique Múgica Herzog y Ramón Tamames.

Enrique Múgica era un chico más bien tristón, taciturno, tímido y de mirada huidiza. La verdad es que no se manifestaba muy abiertamente; hablaba con nosotros de politica, pero no ponía demasiada vehemencia en su argumentación. Quizá en aquellos años no tenía muy definidas sus ideas - éramos todos muy jóvenes - o quizá temiese manifestarse demasiado claramente. Lo cierto es que yo nunca le oí decir que era socialista; esa vocación debió venirle después.

Ramón Tamames era otra cosa. Abierto y expansivo, además de muy inteligente, argumentaba sus ideas brillantemente. Tampoco se manifestaba como socialista, y mucho menos como comunista. Era de muy buena familia, y eso del Comunismo es cosa de pobres. El decía que era liberal. Lo que le perdía es que tenía muy poco sentido del humor, y era fácil "quedarse" con él.

Cuando murió Don José Ortega y Gasset, todo el mundo se apuntó a su entierro. En la Facultad de Derecho, los llamados "liberales", entre ellos Mújica y Tamames, repartieron unas

esquelas en las que se anunciaba el entierro, y en las que podía leerse: "Don José Ortega y Gasset", y debajo, como toda profesión: "liberal". El camarada Manolo Ferrero, que era un guasón de mucho cuidado, se dirigió a Tamames con una de las esquelas en la mano y le preguntó con falsa ingenuidad: "Oye Ramón, qué quiere decir liberal? ¿dadivoso?" "¡No hombre, no!" contestó Ramón entrando al trapo; "liberal quiere decir..." y aquí le espetó un discurso a Manolo Ferrero, que le escuchaba aparentemente extasiado.

En el entierro de Ortega y Gasset nos juntamos todos: falangistas, liberales, brios y troyanos. Todo el mundo reivindicaba al ilustre filósofo como propio, así que lo enterramos en olor de multitudes, en una especie de consenso mortuorio nacional.

Después de los sucesos ante la Embajada inglesa, comenzó a percibirse en la Universidad la labor subterránea de éstos grupos politicos, que bajo la denominación genérica de "liberales", trataban de explotar el descontento estudiantil tras los vapuleos policiales. Incluso, sabedores de que los falangistas universitarios estábamos también descontentos con el Régimen -aunque por razones distintas a las suyas - intentaron llevarnos a su terreno, pidiendo nuestra colaboración en una actuación concreta: boicotear el nombramiento del nuevo Jefe Nacional del SEU.

A raíz de las manifestaciones dichosas, había sido destituido, como he dicho antes, el Jefe Nacional del SEU Jorge Jordana Fuentes. Para sustituirle estaba previsto el nombramiento de José Antonio Serrano Montalvo, un desconocido para el SEU de Madrid, y del que sospechábamos que nos iba a ser impuesto por la Secretaría General del Movimiento para meternos en cintura. Así las cosas, un buen día Ramón Tamames nos propuso una reunión informal para tratar el tema. Nos reunimos con él un pequeño grupo de seuístas, todos miembros también de la Centuria 20: Recuerdo a mi hermano Diego, a Manolo Puente, Eduardo Navarro y yo; si había alguno más, que me perdone el olvido, pero ha pasado casi medio siglo y no tengo más notas que mi memoria.

La reunión fue en el bar Capitol, conocido también por "el nido de víboras". El sobrenombre merece una explicación. El bar Capitol estaba situado en los bajos del cine del mismo nombre, en la Gran Vía, y para acceder a él había que bajar una escalera en semicaracol, desde la que se dominaba todo el local, en el que a partir de las doce de la noche, más o menos, todas las mesas estaban ocupadas por "chicas de alterne", o sea, putas; para qué vamos a andarnos con eufemismos.

Las suripantas aquellas, cada vez que veían bajar las escaleras a alguien, levantaban las cabezas para ver bien al posible cliente, el cual desde arriba tenía la sensación de entrar en un nido de víboras que estiraban el pescuezo. De ahí el sobrenombre del bar.

Pues bien, haciendo caso omiso del interesante público que se acomodaba en las mesas, buscamos un rincón discreto, pedimos unos cafés y unas copas de coñac y nos dispusimos a esperar a Ramón Tamames, que no tardó en llegar. Durante un par de horas le dimos un amplio repaso a la política española, coincidiendo con Ramón en bastantes cosas, sobre todo en el diagnóstico de la situación de la Universidad; sin embargo no coincidíamos en absoluto en el "tratamiento" a seguir, cosa lógica, dadas nuestras diferencias políticas. Intentó convencernos - cuando conoció nuestro disgusto por el nombramiento del nuevo jefe Nacional del SEU - para que boicoteásemos su toma de posesión, que iba a tener lugar en la inauguración del curso 195455 en el Paraninfo de la Universidad. No llegamos a ningún acuerdo, aunque nos despedimos amistosa y educadamente. Y éste fue seguramente el único contacto "oficial" que tuvimos con la oposición "liberal-democrática" de la Universidad de Madrid.

Serrano Montalvo tomó posesión de su cargo sin ningún problema por nuestra parte, y acabamos aceptándolo disciplinadamente como nuevo jefe Nacional del SEU.

Además de Múgica y Tamames, también se movían en la Universidad otros oponentes: Javier Pradera, julio Diamante, Muguerza, Sánchez Dragó... aunque su oposición era más bien de tipo dialéctico: Conversaciones en los pasillos y en los bares de las Facultades, y algún que otro panfleto de escasa difusión. Nada demasiado inquietante para el Régimen, que no reparaba en esas minucias. Franco disfrutaba de una excelente salud, y en España no se movía ni "el epicentro". La Policía no los tomaba demasiado en serio, pues para la Brigada Político-Social, todo lo que no fueran actividades del Partido Comunista clandestino no merecía excesiva atención.

Sin embargo, a mediados del curso 54-55 tuvimos una información en el SEU de Derecho sobre un viaje realizado a Moscú por algunos de éstos "liberales", con motivo de una reunión de intelectuales "antifascistas" (comunistas, para entendernos) que se celebró en la capital soviética. Por aquellas fechas llevábamos ya unos añitos de "guerra fría" con la URSS, para no desmerecer con nuestros nuevos amigos americanos, a los que el Régimen había trasladado su anterior pasión por los alemanes, que irremisiblemente habían pasado al papel de los "malos requetemalos".

Así que viajar a Rusia, con la que no manteníamos relación de clase alguna - los pasaportes emitidos por la Dirección General de Seguridad llevaban todos una coletilla en la que se autorizaba a viajar a todos los países del mundo, "excepto Rusia y países satélites" - era prácticamente imposible, salvo que se hiciera clandestinamente y a través de terceros países, que es lo que seguramente hicieron los intrépidos "liberales".

Se discutió ampliamente por los falangistas del SEU si debíamos facilitar ésta información a la Policía, pero finalmente prevaleció el compañerismo estudiantil sobre las ideas políticas, y decidimos por unanimidad callarnos lo que sabíamos. El papel de "chivatos" no fue nunca del agrado de los falangistas - algo bueno habíamos de tener - así que llegamos a la conclusión de que si la Policía quería saber, que investigara, que es su oficio.

LOS SUCESOS DEL 9 DE FEBRERO DE 1956. MIGUEL ALVAREZ.

El curso 1954-55 terminó sin grandes problemas. Académicamente hice un esfuerzo, y conseguí aprobar siete asignaturas entre junio y septiembre. Esto me dejó - además de exhausto - de cara al curso siguiente con solo tres asignaturas para terminar la carrera, con lo que si conseguía examinarme en la convocatoria extraordinaria de febrero y aprobarlas, terminaría la carrera dentro del periodo académico de los cinco cursos.

Pero el curso 1955-56 se presentó en la Universidad fuertemente conflictivo. Se ve que las fuerzas de la oposición se habían organizado durante el verano, y habían decidido actuar unidas. Habían aprovechado la inercia que les proporcionó la dura actuación policial en las manifestaciones de Gibraltar, y decidieron concentrar sus esfuerzos contra el SEU, al que seguían acusando de haber " traicionado" a los estudiantes.

En diciembre de 1955, aprovechando las vacaciones de Navidad, un buen número de camaradas de la Centuria 20 hicimos el Curso de Jefe de Albergue del SEU, en el Pueyo de Jaca, como tengo ya relatado; y así terminamos el año con nuestro flamante título en el bolsillo, gracias a Miguel Angel Castiella, que dirigió el Curso y que sentía un gran aprecio por la Centuria 20.

Cuando se reanudaron las clases en la Universidad en enero de 1956, el ambiente escolar estaba enrarecido. Circulaban panfletos antiSEU, y aunque la masa estudiantil prestaba poca atención a la politica, los grupos de la oposición no se limitaban, como antes, a discusiones y charletas en los pasillos, sino que se iban perfilando y perfeccionando, siguiendo un calendario de actuaciones.

La causa desencadenante de todo lo que vendría después fue el célebre "Manifiesto a los estudiantes", redactado por manos anónimas (después le han salido muchos padres, cuando los "malos" han pasado a ser los "buenos") y repartido en las distintas Facultades universitarias, a la vez qt:e se recogían firmas al pié de los ejemplares. Según sus presuntos redactores se recogieron tres mil firmas (según pude ver yo personalmente, en la Facultad de Derecho no pasaron de doscientas o trescientas) lo que no es mucho en una población universitaria que debía contar en aquellos años con veinte o veinticinco mil estudiantes. Las firmas, por supuesto, carecían en su mayoría del número del DNI, mínimo requisito para que este tipo de chorradas sean medianamente creíbles. No obstante, los autores del Manifiesto magnificaron el éxito del mismo, que proclamaron con grandes aspavientos.

El contenido del panfleto, en el que se notaba mucho la mano de los comunistas, era una sucesión de lugares comunes en los que se atacaba fundamentalmente al SEU, causa, según ellos, de todos los males que afligían a la Universidad. Pedían - los comunistas - libertad y democracia a todo pasto (meses después los carros de combate soviéticos arrasarían "democráticamente" Hungría, y años después harían lo mismo con Checoslovaquia; pero entonces no protestaron los "jodíos". Solo protestamos los "fascistas").

El Manifiesto vino a coincidir con las elecciones a Delegados de Curso, que se celebraban periódicamente en las Facultades. Estos Delegados, pese a lo que diga ahora "el rojerío", se elegían democráticamente por los alumnos, y representaban a éstos ante el Decanato y ante los catedráticos, y en general se ocupaban de defender sus intereses en todos los campos.

En la Facultad de Derecho estaban fijadas las elecciones para los primeros días de febrero; ya estaban confeccionadas las listas de los candidatos, y preparadas las urnas en las aulas que hacían de colegios electorales; en fin, la parafernalia propia de todo comicio que se precie.

Sin embargo, el Manifiesto vino a aumentar el clima de tensión ya existente, que no era el más propio para celebrar unas elecciones. Por ello, la jefatura Nacional del SEU, en uso de sus atribuciones, decidió suspenderlas temporalmente, hasta que se tranquilizase el personal, y se pudiesen llevar a cabo con sosiego. A tal efecto, dirigió un oficio al Delegado del SEU en la Facultad de Derecho, comunicando la suspensión. Este oficio fue fijado por nosotros en el tablón de anuncios del Sindicato, para conocimiento general.

A los pocos minutos de su colocación, fue arrancado violentamente por un grupo de estudiantes, que con él en la mano se fueron al Decanato, que estaba situado justamente frente al tablón de anuncios, para protestar ante el Decano por la suspensión de las elecciones, pues al parecer estaban locos por votar, y no podían esperar ni un momento más.

El sitio para protestar era el equivocado, pues el Decano, profesor Torres López, no tocaba pito en la cuestiones sindicales. No obstante los recibió - saltándose a la torera al Delegado del SEU de la Facultad - y no contento con ello, y viéndose rodeado de unos cientos de estudiantes, se enardeció y lanzó una pequeña arenga, en la que, más o menos vino a decir que no acataba la orden de suspensión de las elecciones, y que por tanto se podía votar ¡ya!.

Ahí empezó el follón. En efecto, previendo todo lo que podía pasar - que pasó - habíamos convocado a la Centuria 20 y a la Primera Línea del SEU en la Facultad de Derecho, por si se hacía preciso mantener "manu militar¡" la orden de suspensión de las elecciones. Disponíamos para tal menester de unos sesenta camaradas (Cuando se huelen las "leches" escasea el voluntariado), de los cuales se situaron dos escuadras frente a las aulas 19 y 20, que es donde se habían dispuesto las urnas antes de que se conociese la orden de suspensión. El resto se distribuyó por la escalera monumental que subía desde la calle al primer piso, que es donde estaba la Facultad de Derecho, y por los pasillos que

rodeaban el patio central del edificio. Yo me puse al frente de las dos escuadras situadas frente a las aulas 19 y 20, dispuesto con tan exiguas fuerzas a que no pasara nadie.

Bien es verdad que, antes de emplear la violencia, advertimos al señor Decano que había que cumplir la orden de suspensión de las elecciones, emanada de quien podía dar dicha orden; pero el Decano, ya en la cuesta abajo, nos dijo que allí era él quien mandaba, y mandaba ¡a votar!. Tras este arranque demagógico, dicho a grandes voces, un nutrido grupo de estudiantes se dirigió a la carrera hacia las aulas 19 y 20. Como no hay mejor defensa que un buen contra-ataque, ordené una carga en sentido contrario, por lo que el choque fue violentísimo. Más o menos, y salvando las distancias, como cuando en un adelantamiento indebido chocan de frente dos coches sin tiempo para frenar. Al Decano le pilló el encontronazo aproximadamente en el centro del tumulto, por lo que recibió algunos golpes y empellones, antes de refugiarse en su despacho.

En la refriega que se organizó, los falangistas llevamos la mejor parte, a pesar de que nos centuplicaban en número, pues estábamos mejor preparados y nuestra moral era muy alta. Conseguimos no solo rechazarlos con las dos escuadras situadas en la puerta de las aulas 19 y 20, sino hacer huir a la masa hacia el amplio pasillo donde estaba el Decanato, junto a la gran escalera de bajada. Allí los esperaba el resto de los camaradas, que los hicieron bajar la escalera a pescozón limpio, hasta que todos salieron a la calle como alma que lleva el diablo. (Sin haber votado, por supuesto).

Una vez dueños de la situación y del terreno, consolidamos posiciones, cantamos unas cuantas canciones guerreras para animarnos, y nos quedamos ocupando la Facultad durante un par de horas. A eso de las dos de la tarde, exhaustos por el esfuerzo realizado, nos retiramos a descansar al Hogar de la Centuria, donde constatamos que prácticamente no habíamos tenido heridos, salvo algún moratón y traumatismos leves.

De pronto llegó un camarada con la noticia de que un pequeño grupo de estudiantes había vuelto a entrar en el edificio, y la había emprendido con la lápida de los Caídos situada en el frontal del descansillo de la escalera, arrancando un par de flechas del emblema que presidía la lápida. Para corroborar la información, traía un trozo de flecha en la mano.

Rápidamente salió un grupo de camaradas hacia el lugar, para reprimir el desmán, pero cuando llegaron ya habían huido los autores.

Los acontecimientos se precipitaban uno tras otro, y el asunto iba tomando cada vez peor cariz. Cuando la noticia del destrozo en la lápida llegó a la Secretaría General del Movimiento, a cuyo frente estaba el Vice-Secretario, Tomás Romojaro (Fernández Cuesta, que era el Ministro Secretario General, estaba de viaje oficial en Brasil), éste ordenó la reposición de la lápida, acompañada de un acto de desagravio que se programó para el día siguiente, que debía ser el 8 de febrero.

El acto fue presidido por el Vice-Secretario General, Romojaro, y asistimos, además de los falangistas de la Universidad: Primera Línea del SEU y Centuria 20, un buen número de falangistas no universitarios: Miembros de la Vieja Guardia, excombatientes de la División Azul, Guardia de Franco, etc. También había un buen número de estudiantes que simpatizaban con nosotros; no todos iban a ser "liberales".

En un ambiente muy tenso, se leyó la oración de los Caídos, de Sánchez Mazas. Luego Romojaro nos dirigió brevemente la palabra, y finalmente se cantó el "Cara al Sol".

Los incidentes no tardaron en llegar: Un numeroso grupo de estudiantes - había huelga desde los incidentes de las elecciones - que permanecía en la calle, al ver las camisas azules, que llevábamos casi todos los asistentes al acto bajo la ropa de paisano, empezaron a lanzar gritos contra el SEU y la Falange. La reacción nuestra fue rápida y contundente: Arremetimos contra ellos, despejando el terreno en cinco minutos, no sin dejar varios heridos

entre los provocadores. Con especial dureza se empleó la Centuria de la Guardia de Franco del Distrito de Vallecas, gente muy avezada a este tipo de escaramuzas, y que no se andaba con muchas contemplaciones con aquellos señoritos "del pan pringan" que se habían atrevido a atacar un símbolo tan sagrado para nosotros - y para cualquier bien nacido - como es un memorial que contenía los nombres de varios centenares de caídos en la ante-guerra, en la guerra civil y en la División Azul. Rápidamente llegó la Policía, que como de costumbre arreó estopa a todo el mundo, para no equivocarse, y deteniendo a unos cuantos de cada bando.

Esa noche, la del 8 al 9 de febrero, ocurrió un suceso en Madrid absolutamente desconocido por los pseudo-historiadores que han relatado estos acontecimientos valiéndose de testimonios de segunda o tercera mano, suceso que pudo tener relación con la actuación de grupos del Partido Comunista clandestino, infiltrado desde hacía algún tiempo en la Universidad, y que indudablemente eran los que alentaban la protesta contra el SEU y la Falange.

Lo relato tal y como se lo oí al protagonista del suceso, Carlos Rivas, en el Hogar de la Guardia de Franco de la plaza de Pontejos. (El palacete de Martín de los Henos había sido devuelto a su propietario, y la Guardia de Franco de Madrid había sido "transferida" a un piso más bien modesto situado en una tercera planta - o cuarta, no recuerdo bien - de un viejo edificio situado en la plaza de Pontejos, junto a la Puerta del Sol).

El suceso es el siguiente: Carlos Rivas, un veterano falangista de la Vieja Guardia (condición que tenían todos los afiliados a la Falange antes de las elecciones de febrero de 1936), y que ostentaba el cargo - no remunerado - de Asesor Provincial de Formación Politica de la Guardia de Franco, se encontró, sobre las diez de la noche y en la Red de San Luis (Montera esquina a la Gran Vía) de manos a boca con Vicente Uribe, conocido comunista que teóricamente vivía exiliado en Rusia desde 1939. Ambos se reconocieron, pues en los primeros años treinta los dos pertenecían al Partido Comunista, y habían asistido juntos en Moscú en 1933 a una reunión de la "Komintern". (Luego Carlos Rivas conoció a José Antonio Primo de Rivera, y al igual que el Sindicalista Manuel Mateo abandonó el PC, afiliándose a la Falange, en la que prestó grandes servicios, antes, durante y después de la guerra). Tras unos instantes de sorpresa, Uribe, que había bajado de un coche de matrícula extranjera, volvió a meterse en el mismo y se perdió calle Montera abajo. Carlos Rivas intentó seguirlo a la carrera, pero no consiguió ni retener la matrícula del coche. Pues bien, esa misma noche - un par de horas después del encuentro con Uribe - al regresar Carlos Rivas a su domicilio, y cuando abría la puerta del edificio, le dispararon varios tiros de pistola, que afortunadamente no dieron en el blanco.

Con estos inquietantes antecedentes amaneció el 9 de febrero de 1956: Día del Estudiante Caído, en el que se conmemoraba, como todos los años, el asesinato a manos de pistoleros socialistas del estudiante del SEU Matías Montero y Rodríguez de Trujillo, ocurrido el 9 de febrero de 1934 en la calle Alvarez de Mendizábal, cerca de Marqués de Urquijo. Matías Montero; Estudiante de Derecho y fundador del SEU, era un símbolo para los estudiantes falangistas, y todos los años se celebraba un sencillo acto de homenaje frente a la lápida que conmemoraba su asesinato: Se colocaban las cinco rosas simbólicas en la misma, se leía la Oración de los Caídos, se rezaba un Padrenuestro y se cantaba el Cara al Sol. A tal acto acudían normalmente unos cientos de estudiantes, alguna jerarquía de Secretaría General, el jefe Nacional del SEU y representaciones del Frente de juventudes, Vieja Guardia, etc., además de los curiosos que pasaban por las inmediaciones.

Dada la situación de inseguridad e inquietud que se había creado en la Universidad, y con el preocupante suceso del intento de asesinato de Carlos Rivas la noche anterior, se temía lo peor durante el acto ante la lápida de Matías Montero: se esperaban provocaciones de los opositores al SEU y a la Falange, por lo que montamos un servicio de seguridad alrededor de la zona, y mantuvimos comunicación telefónica desde una farmacia cercana con el SEU de Derecho en la Universidad de San Bernardo, para que en todo momento nos tuviesen al corriente de lo que ocurría allí.

Sobre las doce de la mañana se inició el acto, que presidía el Vicesecretario General del Movimiento, Tomás Romojaro, pues como he dicho antes, el Secretario General, Fernández-Cuesta, estaba de viaje oficial en Brasil. Asistían varios centenares de falangistas, predominantemente estudiantes, aunque también había miembros de la Guardia de Franco, Vieja Guardia, Frente de juventudes, etc.

Nada más iniciarse el acto, nos comunicaron telefónicamente que en la Facultad de Derecho se estaba poniendo en marcha una manifestación, cuya cabeza había comenzado a subir, calle de San Bernardo arriba, con la más que probable intención de dirigirse, por Alberto Aguilera y Marqués de Urquijo, al cruce de ésta última con Victor Pradera (hoy Álvarez Mendizábal), para allí encontrarse con la concentración falangista, en un encuentro que no se presagiaba precisamente amistoso. Una gran masa de estudiantes - no todos, desde luego - estaba muy soliviantada contra el SEU por los sucesos de los días anteriores, en los que habían resultado heridos - todos leves, por supuesto -bastantes de ellos. Este solivianto lo habían encauzado los agentes comunistas infiltrados en la Universidad, (so capa de liberales y demócratas) que eran precisamente los que encabezaban la manifestación, a la que llevaban indudablemente a chocar con los estudiantes falangistas que estábamos celebrando el acto de homenaje a Matías Montero.

Cuando comunicamos a Romojaro la noticia de que una manifestación hostil se dirigía hacia el lugar, éste decidió - y así lo dijo nada más terminar el acto - que nos disolviéramos pacíficamente y que evitásemos la confrontación, pues en la calle no era misión nuestra mantener el orden: para eso estaba la Policía. La verdad es que, cosa rara, fuimos bastante obedientes y disciplinados: tras cantar el Cara al Sol, comenzamos a dispersarnos, y a eso de las doce y media solo quedábamos en el lugar unas docenas de personas. Entonces ocurrió algo extraño: en la esquina de Víctor Pradera con Marqués de Urquijo se detuvo un automóvil de matrícula extranjera, del que bajó un individuo mal encarado que llevaba camisa azul y que se dirigió al pequeño grupo para decirnos que nos encaminásemos hacia Alberto Aguilera, por donde venía una manifestación, cuyos cabecillas evidentemente pretendían llevarla hasta el lugar de la conmemoración, para conseguir un choque violento con nosotros. Preguntándonos quien sería aquel tipejo - nadie lo conocía - del coche extranjero, pero sospechando que era un falso falangista, subimos no obstante por Marqués de Urquijo hasta Princesa. Allí nos encontramos con un numeroso grupo de personas absolutamente pacíficas que salían del Hospital del Ejército del Aire, situado entonces junto a la Iglesia del Buen Suceso; entre ellos había muchos jefes y Oficiales de Aviación, que asistían al entierro de siete aviadores militares que habían muerto el día anterior al estrellarse el Junker- 52 en el que volaban.

Al comprobar que la tal manifestación era un entierro, nos relajamos, y el grupo comenzó a dispersarse, quedando únicamente dieciséis o dieciocho, la mayor parte colegiales del Colegio Mayor Santa María, situado en la calle Cea Bermúdez, por lo que el ya mermado grupo se dirigió por Alberto Aguilera hacia Guzmán el Bueno, para subir por dicha calle hacia Cea Bermúdez, y reintegrarse al Colegio Mayor, pues ya era la hora de comer. Con dichos colegiales del Santa María íbamos un pequeño grupo de la Centuria 20: Recuerdo a mi hermano Diego, Antonio Sánchez Pérez de Castro (Tanaka), Eusebio Gamo y algún otro. También nos acompañaban algunos camaradas de otras Centurias de la Guardia de Franco: Recuerdo a Luis Martínez Eguilaz, creo que de la 17, y a Fernando Garrigós, de una de las Centurias de veteranos de la División Azul, quizá de la 5a. Asimismo se unieron al grupo algunos chavales del FJ, entre los que se encontraba Miguel Álvarez, a quien no conocíamos en aquel momento. En resumen, un reducidísimo grupo sin ninguna intención agresiva, que regresaba de un acto conmemorativo.

Caminábamos por el paseo central de Alberto Aguilera existente por aquel entonces - los bulevares, como se decía en la época - charlando tranquilamente al haber comprobado que la tal manifestación era un entierro militar. Pensábamos que la manifestación de la que nos habían advertido por teléfono cuando estábamos en el acto de Victor Pradera se habría disuelto antes de llegar a los bulevares. Pero al llegar a la altura de Guzmán el Bueno, nos

topamos de frente con la manifestación anunciada: una multitud de tres o cuatro mil personas, muchas de las cuales portaban palos, "sticks" de hockey, restos de sillas y mesas de bares que habían arrasado a su paso por el bulevar, y que lanzaban como condenados unos gritos un tanto extraños: ¡Franco sí, Falange no! ; y ¡Franco si, SEU no! Incluso traían alguna pancarta con estos lemas, bastante chocantes para ser antifranquistas, como han proclamado luego. Los cabecillas de la manifestación - entre los que pudimos divisar algunos cuarentones que evidentemente no eran estudiantes - al ver a nuestro pequeño grupo, en el que casi todos llevábamos camisa azul bajo los trajes de paisano, se quedaron unos momentos quietos, algo desconcertados; pero rápidamente comenzaron a tirarnos objetos: palos, trozos de ladrillo procedentes de alguna obra cercana, etc.

La situación no era nada halagüeña para nosotros: Docena y media de falangistas contra tres o cuatro mil manifestantes. Solo había dos opciones: huir o contraatacar. Tengo que decir con orgullo que el "chaqueteo" no ha sido nunca la opción de un VERDADERO falangista (de esos que hay tan pocos): ni el chaqueteo político ni el chaqueteo ante el enemigo físico. Así que contraatacamos con energía: entramos a paso ligero como una cuña en el centro de la manifestación, cuyo frente abarcaba toda la calle Alberto Aguilera, y chocamos con los primeros manifestantes. En ese momento sonaron varios disparos de pistola, y cayeron heridos tres falangistas: Miguel Álvarez, otro seuista llamado Joaquín Ferrero (no el de la Centuria 20) y un tercero cuyo nombre no llegué a averiguar. Al sonar los disparos, la multitud se dispersó, huyendo la mayor parte hacia Vallehermoso y las calles adyacentes, y un numeroso grupo se refugió en el Colegio de Areneros Jesuitas), hoy Universidad Pontificia de Comillas (ICAI-ICADE). Nos quedamos solos en la calle doce o catorce falangistas de pie y tres heridos. A Miguel Álvarez, el más grave, con un tiro en la cabeza, lo recogió un coche que lo llevó rápidamente a la Clinica de la Concepción, donde lo intervino el famoso neuro-cirujano Don Sixto Obrador, que se hallaba en la Clinica. Los otros dos heridos, uno con un tiro en un hombro - que no interesó ningún órgano vital - y el otro con un refilonazo en la cabeza, que le "hizo la raya", según decía él nerviosamente, se fueron por su pie a curarse a la Casa de Socorro.

Nosotros, tras la dispersión de la manifestación, - recuerdo a Eusebio Gamo dando patadas en el culo a los manifestantes que huían - nos dedicamos infructuosamente a buscar entre los estudiantes refugiados en los portales cercanos y en el Colegio de Areneros a alguno que portase armas, para tratar de identificar a los autores de la agresión. Tarea inútil, pues los que dispararon sobre nosotros - que indudablemente no fueron estudiantes, sino alguno de los cuarentones que venían al frente de la manifestación - se habían puesto a buen recaudo tras descargar sus armas sobre el pequeño grupo de falangistas.

No detuvimos a ningún estudiante, pues no encontramos armas, y todos a los que pudimos registrar eran chavales de los primeros cursos de Derecho y Ciencias Politicas y Económicas, que asustados, nos mostraban sus carnets del SEU obligatorio, diciéndonos que ellos también eran "de Falange".

En vista de lo cual y dado que los heridos - los tres falangistas - habían sido evacuados, nos fuimos a la Lugartenencia General de la Guardia de Franco - situada en Alcalá 44 - para dar cuenta a Murga de lo acaecido.

La Policía llegó al lugar del tiroteo diez minutos después de los sucesos, con mucho alarde de "jeeps" y coche bomba de agua, y claro, solo encontró a un pequeño grupo de falangistas que rodeaban el charco de sangre que había dejado Miguel Álvarez en el suelo, con los que tuvieron un peligroso rifirafe, al intentar regax con el coche bomba la sangre que custodiaban, e impedirlo los falangistas. Finalmente la Policía optó por marcharse del lugar, en vista de que no era bien recibida por nadie.

Cuando llegamos al despacho de Murga encontramos a éste bastante inquieto: Tenía encima de la mesa un "naranjero" Smeisser - vulgarmente llamado metralleta, y cuyo verdadero nombre es sub-fusil - y estaba dispuesto a iniciar la guerra otra vez. Tenía una

información bastante deficiente de lo sucedido: Según le habían contado había un muerto, pero del lado contrario, por lo que nos pronosticó como mínimo unas largas vacaciones en Villa Cisneros - bonita ciudad del Sahara Español, donde se cumplian por aquél entonces las penas de destierro - pues indudablemente nos iban a responsabilizar de todo lo sucedido. Poco después llegó Manolo Puente, que venía justamente del lugar de los hechos, y que corroboró nuestro relato: todos los heridos de bala eran falangistas, dos ~íel SEU y uno del Frente de Juventudes, y en el lado contrario no había resultado nadie herido, ni mucho menos muerto. De los tres heridos, Miguel Álvarez estaba gravísimo: había recibido un disparo en la cabeza, con entrada por el temporal derecho y salida por el occipital del mismo lado. A la vista de ello, la Policía dedujo que el disparo se había efectuado desde un plano superior, probablemente desde un balcón cercano; pero no fue así. Nadie disparó desde ningún balcón: todos los disparos vinieron de la acera de los impares, a la altura de la Universidad de Comillas, es decir, desde la izquierda de la cabecera de la manifestación, en la que con toda seguridad se habían infiltrado individuos armados que una vez hechos los disparos - de los que fallaron pocos, pues consiguieron tres bajas - se quitaron rápidamente de en medio, haciendo imposible su localización y detención. El hecho de que el disparo entrase en la cabeza de Miguel Álvarez con una trayectoria inclinada de arriba abajo se debió a que cuando empezaron a caernos piedras y objetos y a sonar los tiros, todos los falangistas nos agachamos para protegernos la cabeza instintivamente.

Al día siguiente todos los periódicos daban cuenta de los sucesos en primera plana, atribuyendo el atentado a elementos comunistas infiltrados entre los estudiantes. (De la actividad de los comunistas en este tipo de atentados había numerosos precedentes: el asesinato de los falangistas Mora y Lara en el Distrito de Chamberí, en 1944, la muerte de Hipólito Moreno en 1946, más todos los asesinatos y atentados cometidos por el llamado "maquis" en campos y poblados, muchos de ellos sin intencionalidad política).

Los periódicos de la mañana: ABC, Arriba y YA, reproducían entrevistas hechas al Doctor Obrador, el neurocirujano que con su rápida intervención salvó la vida a Miguel Álvarez, en las cuales éste especificaba con todo detalle las heridas sufridas por el chaval, así como la trayectoria del disparo: entrada por el temporal derecho y salida por el occipital del mismo lado. Todo ello puede comprobarse en la Hemeroteca Nacional, donde se conservan los periódicos citados, y en el archivo - si es que se conserva - del Servicio de Neurocirugía de la Fundación "Jiménez Díaz", Clínica de la Concepción.

Tiene mucha importancia la verdad sobre la trayectoria de la bala que hirió a Miguel Álvarez, pues a los pocos días de los sucesos, la oposición política, ignorando maliciosamente la trayectoria descrita por el Dr. Obrador, hizo circular el rumor de que a Miguel Alvarez lo habían herido, por error o imprudencia, sus propios camaradas; y para ello cambiaron dicha trayectoria: La bala, según ellos, había entrado por el occipital y salido por el frontal o temporal, es decir, exactamente lo contrario de lo que el Dr. Obrador decía en su parte médico. Con éste mal intencionado cambio, que aún sostienen muchos indocumentados - simpatizantes del Comunismo o militantes y exmilitantes del PCE, Por ejemplo Gregorio Morán en su libro "Gloria y miseria del Partido Comunista de España" - apoyaban su teoría de que el disparo, al haber entrado por la parte trasera de la cabeza del muchacho, tenía que haber sido hecho por sus propios camaradas, ya que el pequeño grupo de falangistas avanzaba a la carrera, en dirección Princesa - San Bernardo, para chocar con la manifestación, que venía en sentido contrario: San Bernardo - Princesa. En esta versión, falseada deliberadamente, se ignoraban los otros dos heridos falangistas, así como el hecho de que no hubiese ningún herido entre los manifestantes, a pesar de constituir una masa de tres o cuatro mil personas. Estaba claro que entre nosotros no había ningún asesino: Los asesinos, que sabían muy bien lo que hacían, se habían infiltrado en la manifestación de estudiantes, y eran gente avezada en el uso de las armas: Con seis u ocho disparos consiguieron tres víctimas, afortunadamente ninguna mortal, aunque pudieron serlo las tres, dados los blancos que hicieron: Dos heridos en la cabeza y uno en un hombro, que pudo serlo en el pecho. Y todo ello disparando sobre blancos móviles y muy separados, pues como he relatado, íbamos a la carrera. Buenos tiradores, como digo, pero con mala leche.

Tras estos gravísimos sucesos el Gobierno se inquietó, pues era la primera vez desde 1939 que se producían manifestaciones anti-Régimen en la calle, aunque, como he contado antes, los manifestantes gritaban ¡Franco si, SEU no!, es posible que para despistar y evitar la acción contundente de la Policía. Lo cierto es que Franco no tardó en tomar medidas: Destituyó a Fernández Cuesta como Secretario General del Movimiento, a Ruiz Jiménez como Ministro de Educación Nacional, a Pedro Laín Entralgo como Rector de la Universidad Central, y a Tomás Romojaro como Vice-Secretario General del Movimiento. La verdad es que ninguno de los cuatro tenía la culpa de nada: Fernández Cuesta estaba de viaje en Brasil, Ruiz Jiménez, como Ministro de Educación Nacional, tenía una actitud contemporizadora con todo el mundo, como buen demócrata-cristiano, y Pedro Laín Entralgo era para los falangistas, y especialmente para el SEU, nuestro maestro y guía en filosofía política y en Nacional-sindicalismo, junto con Antonio Tovar y Adolfo Muñoz Alonso. Romojaro se limitó a cumplir su papel sustituyendo a Fernández Cuesta.

Con Ruiz Jiménez nos llevábamos muy bien: Recuerdo que tras su toma de posesión como Ministro recibió a los Mandos del SEU vestido con camisa azul bajo la guerrera blanca del uniforme "ministril" y nos dijo, con gesto emocionado y sincero, que era la primera vez que vestía la camisa azul, pero que ya no se la quitaría nunca. Ya ves qué cosas.

En todo caso, y puestos a buscar la causa desencadenante de todo lo que vino después, (además del famoso "Manifiesto") quizá lo fue la imprudente actitud del Decano de Derecho, Manuel Torres López, al animar a los estudiantes a votar, en contra de lo que había dispuesto la Jefatura Nacional del SEU, lo que constituyó el detonador de la primera trifulca en dicha Facultad, a la que siguió todo lo que he relatado. Bien es verdad que aunque no hubiese ocurrido nada aquél día, cualquier otro incidente habría tenido parecidas consecuencias, pues la infiltración comunista en la Universidad aprovechaba, desde las manifestaciones de Gibraltar, cualquier pretexto para montar la bronca.

En los días siguientes a los sucesos, empezaron a correr rumores sobre "listas negras" elaboradas por los falangistas (se supone que nosotros) para eliminar a un montón de gente, venganza que se pondría en marcha si moría Miguel Álvarez. F1 Mando, que no las tenía todas consigo, ordenó a Murga acuartelar a la Centuria 20, por si acaso, y así estuvimos tres o cuatro días encerrados en el Hogar de la Guardia de Franco de Pontejos, comiendo bocadillos y oyendo música, hasta que Miguel Álvarez salió del peligro y fue dado de alta, aunque con algunas graves secuelas.

Por supuesto lo de las listas negras era totalmente falso, pero hubo un buen número de gilipollas que se largaron unos días a París, por si las moscas. Los héroes de la Democracia.

Después de las destituciones vinieron las detenciones, tan desacertadas como aquellas: fueron detenidas siete personas, de las cuales, en aquellos momentos creo que ninguna era estudiante: Dionisio Ridruejo, el poeta de la Falange y uno de los fundadores de la misma, Consejero Nacional de FET y combatiente de la División Azul, de la que regresó condecorado y gravemente enfermo. Después se había apartado del Régimen, al comprobar que éste estaba en las antípodas de lo que quería la Falange, y había comenzado a contactar con socialistas exiliados, situándose en una postura politica contestataria contra Franco y el Régimen, postura que los falangistas comprendíamos y respetábamos.

Miguel Sánchez Ferlosio, hijo de otro poeta y fundador de la Falange: Rafael Sánchez Mazas, también opuesto al Régimen (el hijo) por aquello de llevar la contraria a papá.

Gabriel Elorriaga, distinguido seuísta y miembro fundador de nuestra Centuria 20 de la Guardia de Franco, en la que causó baja al terminar la carrera, pero de la que nunca fue separado.

José María Ruiz Gallardón, de Acción Católica de toda la vida e incapaz de matar a una mosca.

Javier Pradera, hijo y nieto de padre y abuelo monárquicos (el abuelo, prócer del Carlismo tradicionalista, Victor Pradera, daba nombre precisamente a la calle donde fue asesinado Matías Montero) ambos asesinados por los rojos.

Ramón Tamarnes y Enrique Múgica, que eran los únicos con reciente contacto con la Universidad, pues habían terminado los estudios de Derecho (al menos Tamames) el curso anterior. Ambos, como he relatado antes, alardeaban de liberales, pero en plan neblinoso y por supuesto pacífico.

En una palabra: rojo, lo que se dice rojo, no lo era ninguno de los detenidos. Los de origen falangista: Ridruejo y Elorriaga, eran en todo caso disidentes; y los otros, opositores al Régimen, pero en plan blandorro. Por supuesto, movimos Roma con Santiago para que Elorriaga saliese en libertad (recuerdo que Coro, la novia de Elorriaga, estuvo hablando con mi hermano Diego y conmigo del tema a los pocos días de la detención, y le prometimos hacer todo lo que pudiésemos por que lo soltaran), pero no hizo falta mucho esfuerzo: salió a los pocos días. Todo lo que habían hecho era participar en la fallida convocatoria de un Congreso de Escritores Jóvenes, y alguno de ellos en la redacción del Manifiesto contra el SEU, en el cual indudablemente habían puesto sus manos los comunistas, que eran los inspiradores de todo el cotarro, en el que, según la táctica utilizada por aquél entonces por la URSS y todos los partidos comunistas de Europa, se usaba a los que se llamaba "tontos útiles" para desbrozar el camino y para que recibieran las bofetadas.

Naturalmente, a los pocos días todos los detenidos fueron puestos en libertad, pues los cargos contra ellos eran evanescentes.

La Policía, a pesar de tener la evidencia de que en España habían entrado activistas del PC, no consiguió detener a ninguno. La inquietante presencia en Madrid de Vicente Uribe, detectada, como he dicho, por Carlos Rivas, indicaba claramente que el PC estaba detrás de los disturbios y del atentado, como años atrás lo estuvo en el asesinato de los falangistas Mora y Lara, y del miembro del FJ Hipólito Moreno. Téngase en cuenta que en 1956 estaba en todo su apogeo la "guerra fría", y la URSS exportaba y financiaba a los grupos terroristas que operaban en los países del bloque occidental, en especial España, bastión anticomunista y firme aliada de Estados Unidos.

Aunque la actividad del "maquis" en las serranías casi había desaparecido en 1956, erradicado por la eficaz actuación de la Guardia Civil, la actividad terrorista se había trasladado a las ciudades, y de vez en cuando daba señales de vida, o mejor dicho, de muerte.

LA CRISIS POLITICA TRAS LOS SUCESOS DE 1956

También fue relevado el Delegado Nacional del Frente de Juventudes, José Antonio Elola Olaso; nombraron en su lugar a Jesús López Cancio.

Por cierto, mi hermano Diego y yo recibimos de él la primicia de lo que iba a hacer con el Frente de juventudes: Recién nombrado para el cargo, hubo de asistir, con varios cientos de invitados más, a la fiesta-recepción que ofrecía Franco el 18 de julio de todos los años en los jardines de la Granja de San Ildefonso, y a la que asistían jerarquías, Gobierno, altos Mandos de los Ejércitos, Cuerpo Diplomático, etc., siendo amenizada la fiesta por los artistas del momento, entre ellos algunos "rojos" actuales, que entonces eran "franquistas" hasta la médula. No reproduzco los nombres de los tales - que hoy cuentan como "se jugaban la vida"

luchando por la "Libertad y la Democracia" - porque están, para quien tenga curiosidad, todos puntualmente citados en los periódicos del día siguiente a cada 18 de Julio. ¡Y es que la Hemeroteca Nacional es de un impertinente!. Claro que darle la mano al Caudillo y poner el "cazo" no lo resistía ningún artista, por demócrata que fuera.

Aquella fue la primera gran crisis del Régimen, que Franco, siempre pragmático, aprovechó para, virtualmente, liquidar a la Falange, que ya le estaba jodiendo mucho con tanto cuestionar su Ley de Sucesión, que era la "perla" de las Leyes Fundamentales. Creo que fue por entonces cuando el Ministro Secretario General del Movimiento perdió prácticamente su categoría de Ministro (se llamaba "Ministro sin Cartera" Secretario General del Movimiento) y se quedó en una cosa rara que no se sabía muy bien de quién dependía, aunque pintaba muy poco. Nombró para el cargo a José Solis Ruiz, un jurídico militar en situación de "al servicio de otros Ministerios", y que a la sazón era Delegado Nacional de Sindicatos. Era un hombre simpático, de trato cordial y siempre sonriente ("la sonrisa del Régimen"), pero estaba claro que venía a iniciar el desmantelamiento del Movimiento, y por ende, el de lo que quedaba de la Falange dentro del mismo. Inmediatamente le pusimos un mote: "Pepe el Enterrador", que le venía muy propio.

Pues bien, y volviendo al camarada López Cancio, flamante nuevo jefe Nacional del FJ, éste pasó por el Puerto de Navacerrada, camino de La Granja.

Como era preceptivo el uniforme de gala del Movimiento para asistir al festejo (guerrera blanca y demás abalorios), al pasar por el Puerto aprovechó para parar en el Albergue juvenil Franco, y allí ponerse dicho uniforme, pues de Madrid venía de paisano. Era la hora de comer - la recepción era por la tarde - por lo que Aurelio García, jefe del Albergue, le invitó al austero potaje de garbanzos que nos disponíamos a despachar Aurelio, Diego y yo, pues estábamos pasando unos días en el Albergue de la Sociedad Peñalara, de la que éramos socios, y de vez en cuando comíamos con Aurelio. López Cancio aceptó la invitación - el potaje, aunque austero, tenía muy buena cara - y nos honró con su compañía. Diego y yo, poco diplomáticos, aunque expertos en "ir al grano" con el Mando, antes de acabar con los garbanzos ya le estábamos preguntando qué pensaba hacer en su recién estrenado cargo. Nos dijo que pensaba despolitizar el Frente de Juventudes, pues los "chicos" no debían ocuparse de política, sino de hacer deporte, excursiones, campamentos, etc.; para ello iba a empezar por cambiar el uniforme: La camisa azul sería sustituida por una camisa color "beige" o crudo, y la boina roja por una boina negra (esa no era una mala idea: Nosotros llevábamos casi veinte años eludiendo ponérnosla siempre que podíamos). Desaparecía el yugo y las flechas del bolsillo izquierdo, sustituido por una especie de cisne bicéfalo que no sabíamos de donde salla. También pensaba cambiarle el nombre: En adelante se llamaría Organización juvenil Española (OJE).

Le contestamos que eso ya estaba inventado y funcionaba en medio mundo: Los Boys Scouts, o los "Exploradores". Le dijimos - premonitoriamente - que si despolitizaba a la juventud, a la larga se la encontraría politizada, pero por otros. Discutimos amistosamente, pero el se fue con su idea y nosotros nos quedamos con la nuestra. No se si aquello se le había ocurrido a él o eran "instrucciones" de El Pardo vía Solís, pero lo cierto es que los cambios que anunciaba tenían todo el aspecto de ser un intento de acabar con la rebeldía, cada vez más manifiesta, de la juventud falangista contra un Régimen que traicionaba, ya abiertamente, todos los postulados de la Falange.

La crisis política le sirvió a Franco para a lo largo del tiempo - él lo hacía todo con calma - relegar al Movimiento a un segundo o tercer plano de la política, y dar paso a la nueva "estrella": El Opus Dei. Nombró a tantos Ministros "opusianos" que enseguida empezó a circular un chiste: Entraba Franco en el Consejo de Ministros de los viernes y todos los Ministros lo recibían respetuosamente en pié. Entonces Franco se dirigía a ellos y les decía: "Opusdeis sentar".

Empezó la época de los tecnócratas, los Planes de Desarrollo, etc., y el Régimen comenzó a abrirse al exterior: España fue admitida en la ONU, se firmaron Acuerdos Preferenciales con la Comunidad Económica Europea y en definitiva, salvo la admisión de los partidos políticos - que puñetera la falta que hacían - el país funcionaba poco más o menos como el resto de Europa, aunque con un nivel de vida más bajo, solo por encima de Portugal, Grecia e Irlanda (como ahora, vamos). Y digo que no había partidos políticos porque legalmente no estaban permitidos; pero soterradamente existían casi todas las tendencias, las cuales tenían sus representantes en el Consejo de Ministros, en el que había Ministros monárquicos y tradicionalistas, demócrata cristianos, "opusistas" (la mayoría) y hasta algún falangista domesticado, aunque nunca más de dos. La Izquierda se refugiaba en la Organización Sindical; buena prueba de ello es que casi todos los dirigentes posteriores de UGT y CCOO procedían de los antiguos Enlaces Sindicales y jurados de Empresa, incluidos Marcelino Camacho y Nicolás Redondo (padre).

Se puede decir que la transición política empezó en aquellos años: Últimos de los cincuenta y primeros de los sesenta. La política había dejado de interesarle a la gente en general. El español medio aspiraba a comprarse su casa, su "seiscientos", y en muchos casos su apartamento en la playa o en la sierra, y que lo dejasen de monsergas.

Ese es el tan cacareado milagro de la transición famosa de la Dictadura a la Democracia: Que no empezó en 1975 con la muerte de Franco, sino en los años sesenta, con el asalto al poder de la Tecnocracia, y con Franco todavía hecho un mozo.

Franco, que carecía absolutamente de cualquier clase de ideología política, encontró que aquellos bravos tecnócratas del Opus Dei podían lavarle la cara a su Régimen ante el mundo, así que no lo dudó un momento: Les entregó el poder al 100%.

CONOZCO A LA QUE HABÍA DE SER MI MUJER, Y LA EXTRAORDINARIA HISTORIA DE SU MADRE

Días después de los sucesos conocí a la que dos años después habría de ser mi mujer, María Díez de las Heras. Fue un encuentro de lo más universitario: Se celebraba un partido de baloncesto entre los equipos de Derecho y Filosofía y Letras, y yo había ido a los campos de deportes de la Ciudad Universitaria a animar a mi equipo y a intentar ligar, que todo hay que decirlo. Y ligué, vaya si ligué. Coincidí en la grada con una muchachita rubia, de ojos azules, que animaba al equipo de Filosofía con gran entusiasmo. Entablamos conversación, y a los pocos minutos comprobamos que teníamos muchas cosas en común: Ella pertenecía también al SEU militante de su Facultad, era Instructora General de la Sección Femenina y estaba en la misma línea de rebeldía falangista que estábamos nosotros, "los de la Veinte", como éramos conocidos en los ámbitos falangistas. Nuestro objetivo último era "hacer la Revolución", pese a Franco, y decidimos hacerla juntos. Ocho días después éramos novios, y transcurridos dos años nos casaríamos; pero no adelantemos acontecimientos, que todo se andará. Mary, como era conocida en la Sección Femenina, estudiaba Filosofía y Letras, rama de Pedagogía, y a la vez - por las tardes - impartía clases de Formación Politica en varios Colegios, en una Casa de Flechas y en dos pueblos de la Sierra madrileña; o sea, que no le quedaba más que un par de horas por la tarde para salir conmigo. Y digo dos horas porque su madre - una mujer de las que entran pocas en docena - Doña María Cortes Heras y Enríquez de Salamanca, viuda de guerra, le tenía puesta como hora tope de llegada a su casa las diez de la noche; y en aquella época estas órdenes paternas y maternas se obedecían sin rechistar.

Y digo que su madre era una mujer fuera de lo común por lo que voy a contar: El padre de Mary, César Díez Hurtado de Mendoza, era, al estallar la guerra el 18 de julio de 1936, catedrático de Física en Ciudad Real, además de Delegado de Estadística. Daba clases de Física en el Colegio de los Marianistas, y dado que el Gobierno de la República -

con sus característicos modos democráticos - había prohibido que los Religiosos pudieran dirigir centros de enseñanza, los Marianistas le pidieron que se hiciese cargo de la Dirección del Colegio, pues necesariamente tenía que ser un seglar. Inocentemente, y pensando que era su deber, aceptó la petición. Surgido el Alzamiento, que en Ciudad Real fracasó - no había fuerzas del Ejército, y la Guardia Civil permaneció leal a la República - comenzaron las detenciones, absolutamente arbitrarias, de los "fascistas", es decir, de todas aquellas personas que el Comité estimaba que eran enemigas de la República: Curas y frailes, militares, falangistas, monárquicos, jueces, notarios, abogados, terratenientes, y en general personas sospechosas de haber votado a la Derecha (la CEDA). Las detenciones, dado que en Ciudad Real, (como en todo el territorio en el que no había triunfado el Alzamiento) había desaparecido prácticamente toda autoridad del Estado, las llevaban a cabo "las milicias": Grupos de milicianos armados, que se presentaban en las casas de los "fascistas" (nada de presuntos) y se los llevaban detenidos por las buenas o por las malas. Al bueno de Don César Díez, al que ya le habían advertido algunos amigos que huyese de Ciudad Real, sin que él hiciese caso, pues nunca se había metido en politica, y estaba seguro de con él no iba aquello, se le acumulaban los cargos: Además de ser Director de un Colegio religioso - el de los Marianistas - era propietario de tierras y miembro de la Adoración Nocturna, así que su suerte estaba echada: El 20 de octubre se presentaron en su casa los milicianos - en aquellos momentos tenía en brazos a su hija de un año, María, (que al cabo de los años sería mi mujer) - y se lo llevaron "a declarar". Al día siguiente, y pensando que estaría en la Cárcel, su mujer envió a la muchacha de servicio a enterarse de si necesitaba ropa, mantas, etc., pero al cabo de un rato regresó hecha un mar de lágrimas. Doña María Cortes no necesitó muchas aclaraciones, a la vista del llanto de Aurora. Por si le quedaba alguna duda, se la terminó de aclarar Milagros, una miliciana de 20 años que vivía en la misma casa, y que al oír el revuelo salió, como todos los vecinos, al patio de la casa: "No se preocupe usted más por su marido, Doña Cortes: anoche lo hemos matado, en el pozo de Camión, junto con muchos fascistas más. Yo misma le di el tiro de gracia". Doña Cortes - era mucho Doña Cortes - no se inmutó: "Gracias Milagros, por la información. Que Dios te lo pague". Y cogió a sus cuatro hijos: César, Jesús, Carmen y María, de 14, 12, 10 y 1 años respectivamente, que lloraban desconsolados, y les dijo: "No lloréis, que a vuestro padre nos lo han quitado, pero a Dios no nos lo pueden quitar". Y entró en su casa, llena de dignidad y sin derramar una lágrima delante de los vecinos.

Efectivamente, la información de Milagros se confirmó: En la madrugada del día siguiente a la detención, junto con varios detenidos más, Don César fue llevado a Carrión de Calatrava, un pueblo muy próximo a Ciudad Real, donde los fusilaron, arrojando los cadáveres a un antiguo pozo de noria que había quedado dentro del Cementerio tras la ampliación del mismo. A éste pozo, el famoso "Pozo de Carrión", fueron arrojados más de 600 cadáveres de fusilados entre agosto y diciembre de 1936. (Datos tomados del libro "La Guerra Civil en retaguardia, Ciudad Real 1936-1939," de Francisco Alía Miranda. Editado por el Area de Cultura de la Diputación de Ciudad Real, en 1994). Entre capa y capa de cadáveres los milicianos echaban cal viva, para acelerar la disolución de los cuerpos, que fue efectiva, pues cuando en los años sesenta fueron exhumados para trasladarlos al Valle de los Caídos, exhumación que presencié, junto con mi mujer, solo quedaban los cráneos y algunos huesos, con restos de zapatos, hebillas de cinturón, etc.

Además de asesinar a su marido, a mi suegra le fueron confiscadas todas sus propiedades: Tierras y casas, dejándole únicamente la vivienda que ocupaba y de la que era propietaria. Ya se puede suponer lo que fue su vida y la de sus hijos durante la guerra, que vivió en su totalidad bajo el dominio rojo, pues Ciudad Real fue liberada unos días antes de finalizar la guerra. Pasó toda clase de calamidades, no teniendo muchos días con qué alimentar a sus hijos, pues a la escasez de alimentos que sufría la ciudad, se unía su condición de viuda de un "fascista". Menos mal que, de vez en cuando, algún antiguo arrendatario de sus tierras, le proporcionaba subrepticiamente algunos productos del campo, con los que alimentaba mínimamente a sus cuatro hijos.

En los últimos días de la guerra, los individuos que habían cometido crímenes, por acción o inducción, buscaban la huida, pues sospechaban - y no se equivocaban - que se cernía sobre ellos la sombra cercana de la justicia.

Milagros, la miliciana que se jactó de haber dado el tiro de gracia al padre de mi mujer, se presentó en la casa de Doña María Cortes, su viuda, con la pretensión de que ésta le proporcionase unas maletas para emprender la huida. Sin perder la compostura, doña María le dijo que no tenía ninguna maleta, pues se lo habían confiscado todo; pero que conservaba varias cajas de sombreros, de piel, que podían servirle de maletas. En ese momento la energúmena sacó una pistola y le dijo que lo de las maletas era un pretexto; que a lo que venía era a matarla, para evitar que la denunciase a las tropas Nacionales, que estaban a punto de entrar en la ciudad. Sin embargo, añadió, "voy a perdonarle la vida, a cambio de que cuide usted de mi madre, a la que no puedo llevarme, pues está impedida". Doña María, con toda serenidad, le contestó que no se preocupase, que ella se cuidaría de su madre mientras viviese. Milagros salió arreando, y Doña María, en los meses y años siguientes se cuidó de que a la madre de la tal Milagros no le faltase ni alimentación, ni asistencia médica; todos los domingos iba a visitarla, con su hija pequeña (mi futura mujer) y le llevaba cuanto necesitaba, hasta que años después falleció.

A finales de marzo de 1939 entraron las tropas Nacionales en Ciudad Real, y a los pocos días se personaron en casa de mi suegra las autoridades militares que investigaban los asesinatos cometidos durante la dominación roja, con la pretensión de que les diese los nombres de las personas que habían intervenido concretamente en el asesinato de su marido. Doña María Cortes, imperturbable, les contestó que ella "había perdonado y olvidado", por lo que no podía ayudarles en su investigación. Añadió que, como nadie podía devolverle a su marido, "no quería más muertes", por lo que no pensaba dar ningún nombre. Y así quedaron las cosas.

Sin embargo se ve que hubo otras personas que no optaron por actitud tan cristiana, y Milagros - que tenía otros muchos crímenes sobre sus espaldas - acabó ante un Consejo de Guerra, que la condenó a muerte.

Los hermanos de Milagros, también milicianos, tuvieron mas suerte: Conocedores de la increíble actitud de Doña María, acudieron a ella para que los "avalase" ante las nuevas autoridades, cosa que hizo, y que probablemente los libró del pelotón de ejecución, pues el "aval" de una persona de la categoría moral de mi suegra era una auténtica garantía ante los tribunales en aquellos momentos.

Y ésta era Doña María Cortes Heras y Enríquez de Salamanca. Una persona irrepetible, de las que, desafortunadamente, hay pocas.

Diré, como resumen, y tomando los datos de la obra de Francisco Alia Miranda antes citada, que en la provincia de Ciudad Real, capital incluida, se cometieron por los Rojos 2.246 asesinatos durante la Guerra Civil, y que la represión subsiguiente de los Nacionales conllevó la ejecución, tras los correspondientes Consejos de Guerra, de 2.263 personas. Una auténtica barbaridad por ambas partes, se mire por donde se mire. Ésta orgía de sangre había de arrastrar, durante muchos años - al igual que en el resto de España - odios y rencores, que en algunas personas aún subsisten, aunque sea a título hereditario.

1 DE NOVIEMBRE DE 1956: EMPIEZO A TRABAJAR

Al volver a España y tras unos días de indagaciones, me ofrecieron trabajo como Abogado - con nula experiencia, como es lógico - en la S.M.M.P: Societé Miniére et Metalurgique de Peñarroya, empresa francesa implantada en España en 1881, más o menos,

y en la que había trabajado mi abuelo paterno y trabajaba mi padre; es decir, me convertí en la tercera generación familiar en la misma empresa.

Me destinaron a los Servicios de la Empresa en Puertollano (Ciudad Real), donde ésta tenía una importante explotación hullera, con unos tres mil quinientos mineros, además de una Central Térmica, una Planta de Destilación de pizarras bituminosas, para obtener gas-oil, gasolina y aceites minerales, talleres para fabricación y reparación de maquinaria, y una mina de extracción de mineral de plomo - Mina Diógenes - situada en Solana del Pino, a unos treinta kilómetros de Puertollano. Se remataba el lote con una explotación Agrícola y Forestal en la finca de "La Garganta", un "fincón" de 17.000 hectáreas, situada en el poblado de El Horcajo, cerca de Fuencaliente. El conjunto de los Servicios citados daba trabajo a casi cinco mil personas.

Puertollano era, junto con Peñarroya Pueblonuevo (mi pueblo natal) uno de los Servicios más importantes de la Sociedad; en Peñarroya también tenía explotaciones mineras de carbón, más importantes que las de Puertollano, talleres generales, fábrica de tejidos, fábrica de papel, central eléctrica, etc. etc., con un número parecido de operarios: Alrededor de cinco mil.

Además la empresa tenía explotaciones mineras de plomo en la Sierra de Cartagena (La Unión), en El Centenillo (Jaén), Órgiva (Granada), Aznalcóllar (Sevilla), Linares Qaén), etc. Para resumir diré que en los años cincuenta la S.M.M.P empleaba en España a unos diecisiete mil trabajadores. Fuera de España estaba implantada en muchos países: Tenía explotaciones mineras o fundiciones de minerales en Francia, Italia, Grecia, Marruecos, Argelia. Gabón... y al otro lado del charco, en Chile (minas de cobre), y algún otro país. Total, una gran empresa de la minería, en la que habría de desarrollarse toda mi vida laboral.

Mi llegada a Puertollano, el uno de noviembre de 1956, recién cumplidos los 26 años, con mi maleta y mi gabardina, fue algo cómica: En la estación me estaba esperando un automóvil, y el chofer, que me identificó enseguida (mi aspecto no debía dejar lugar a dudas de que era "el nuevo abogado") se dirigió hacia mí, llevándome hasta el coche; abrió la portezuela y dijo: "Entre usted, Don Fernando". Como a mí, hasta aquel momento, nadie me había llamado "Don" Fernando, ignoré la invitación, pensando que detrás de mí estaba el tal Don Fernando; así que me aparté a un lado para dejar entrar al personaje. No había nadie, claro. Don Fernando era yo, así que entré en el coche con toda la naturalidad que pude.

Me alojaron en la Residencia de Ingenieros, un destartalado chalet con varias habitaciones, en el que vivían los Ingenieros solteros hasta que se casaban, o los que, procedentes de otros servicios, estaban de paso en Puertollano. En aquellos momentos no había ninguno, así que me aposenté como único habitante de la Residencia, que estaba gobernada por la cocinera, Eugenia. Su hija Jacoba hacía de camarera y doncella, todo al tiempo.

La Residencia estaba situada en la barriada de "Mina Asdrúbal", un pequeño poblado minero a cinco kilómetros de Puertollano, en el que vivían algunos ingenieros, empleados y obreros de la Empresa.

Al día siguiente, a las ocho de la mañana, me presenté en las oficinas de la Dirección, donde conocí al Director del Servicio, D. Mauricio Bremer, un Ingeniero de Minas belga, que no dominaba el español, y que además solía hablar sin quitarse la pipa de la boca, con lo que no era fácil entenderlo. (Tardé algún tiempo en colegir que cuando me decía "¡siente, Magqués", quería decir "oiga, Márquez", por lo cual, yo me sentaba como un rayo, ante su desconcierto)

Mi jefe directo era Joaquín Lozano, Abogado cartagenero de treinta y ocho años - un anciano para mí, que tenía 26 - quien me presentó al resto de los directivos (todos Ingenieros de Minas) que tenían sus despachos en la Dirección. Las oficinas estaban ubicadas a

escasos metros del poblado y junto al pozo "Santa María", un pozo de extracción de mineral, con su correspondiente instalación de cribas y servicios anejos. Además de los Ingenieros y de los Facultativos de Minas, en la Dirección trabajaban veinticinco o treinta empleados, técnicos (topógrafos, delineantes, etc) y administrativos, más algunos subalternos.

A los pocos días de iniciar mi trabajo entré en contacto con los mineros: Me ordenaron presidir - en vía de prueba - una reunión del jurado de Empresa, que estaba compuesto por doce representantes de los trabajadores. Aquello se me dio bien, creo que más que por mis méritos por la buena disposición de los obreros, que al ver mi "novatez" decidieron no complicarme la vida en mi primera actuación. De todas formas, y dada mi soltura en el trato con el personal, a partir de aquel momento quedé nombrado vice-presidente del jurado de Empresa de los Servicios de Puertollano y presidente del jurado de Empresa de la Mina "Diógenes", la explotación de plomo situada en Solana del Pino. La vice-presidencia del jurado de Puertollano acabó convirtiéndose en presidencia prácticamente, pues el presidente, que era Joaquín Lozano, me cedió rápidamente "los trastos", en vista de mi facilidad para entenderme con los trabajadores.

Tengo que decir que a lo largo de mi vida laboral en ésta empresa minera (diez años en minería del Carbón y veintitrés años en minería del plomo y fundición del mismo), mi relación con los trabajadores y con los mineros en especial fue siempre cordial y amistosa, a pesar de que el puesto que yo desempeñaba era justamente el de "parachoques", pues como presidente de los jurados de Empresa que siempre me tocó gestionar, mi misión era precisamente velar por los criterios e intereses de la empresa, que, llegado el caso, tenía que defender ante los tribunales de justicia. Creo que intenté siempre ser honrado y consecuente con mis ideales de justicia social, que a veces chocaban con los intereses de quien me pagaba. No obstante, siempre logré salir del paso airosamente, apaciguando los ánimos cuando estaban exaltados y encauzando de la mejor manera posible los conflictos, que nunca faltaron, ni durante el franquismo ni luego con la democracia. Creo que logré, a lo largo de mi larga etapa en la minería, muchos amigos y muy pocos enemigos; o al menos eso creo yo. Y eso que tuve que informar, a lo largo de 33 años, alrededor de dos mil veces en los tribunales laborales (Magistraturas de Trabajo durante el franquismo o juzgados de lo Social después), más los correspondientes recursos ante el Tribunal Central de Trabajo o el Tribunal Supremo.

También me ocupaba de las restantes ramas del Derecho, asesorando a la Empresa en cuestiones penales, administrativas civiles, etc., y defendiendo sus intereses en las correspondientes jurisdicciones cuando era necesario. 0 sea, que aburrirme no me aburría.

La situación social y económica en el Puertollano de 1956 era regular. Había trabajo para todo el mundo - solo había unas cien personas en el paro, y esas eran de las que no habían trabajado nunca ni tenían la menor intención de trabajar jamás -. La población de Puertollano era de unas 80.000 personas, por lo que el paro era exclusivamente de un sector marginal. Sin embargo los salarios no eran muy boyantes, y la gente vivía con bastantes escaseces. Únicamente algunas categorías de mineros de Interior (perforadores, maquinistas de rozadora, etc) ganaban salarios decentes; el resto pasaba bastantes apuros.

Las viviendas de los trabajadores, salvo las de los que disponían de casas de la Empresa, que eran minoría, eran bastante deficientes; en algunas incluso faltaba el agua corriente. El medio de transporte que utilizaban los mineros para trasladarse a sus lugares de trabajo era la bicicleta, cosa que, dicha así, parece de lo más ecológico; pero hay que tener en cuenta que muchos trabajadores venían a trabajar a Puertollano desde los pueblos cercanos: Argamasilla de Calatrava, Almodóvar del Campo, etc., y no era precisamente un placer coger la bicicleta antes o después de una agotadora jornada de trabajo en la mina o en cualquiera de los servicios auxiliares.

El ambiente político entre los trabajadores era bastante tranquilo; tanto los Enlaces Sindicales como los miembros del jurado de Empresa - estamos hablando de los Sindicatos Verticales del Régimen de Franco - eran, en muchos casos (sobre todo los mayores de

cuarenta años) antiguos miembros de la UGT o de la CNT, origen que no ocultaban, y hacían la política sindical que las circunstancias les permitían. Eran, por así decirlo, la "Izquierda tolerada" del Movimiento.

Estaba recién estrenada la Reglamentación Nacional para las Minas de Carbón, que aunque no podía ser calificada de Convenio Colectivo - aún había de tardar unos años en promulgarse la primera Ley de Convenios Colectivos - sí había sido redactada oyendo a los Vocales Sociales y Económicos del Sindicato Nacional del Combustible, por lo que, dentro de sus deficiencias, servía para regular al menos los salarios mínimos en la Minería del Carbón, así como el resto de los derechos y obligaciones de empresas y trabajadores. La realidad era que los salarios especificados para todas las categorías en las correspondientes tablas de la Reglamentación, que como digo eran los mínimos, solo los cobraban los obreros que trabajaban "por administración", que en la mina suele ser el personal de Exterior - el que trabaja fuera de la mina - pues los mineros de Interior casi todos trabajaban "a contrato", y el precio de cada contrato era discutido con los Ingenieros, según cada labor: Por número de vagones cargados y transportados para los vagoneros, por metros de avance para los perforistas, por número de metros de entibación para los entibadores, etc.; lo obtenido por cada contratista o grupo de contratistas se añadía al salario base, puntos por hijos, primas, etc., con lo que estos trabajadores a contrata podían vivir medianamente, e incluso algunos, bastante bien; pero el grueso de la plantilla no se puede decir que viviera holgadamente: Con lo justito para sacar adelante a sus familias, que en muchos casos eran de las llamadas "numerosas": de cuatro hijos o más.

En cuanto a la ciudad en sí, era muy destartalada; únicamente el centro y algunas barriadas de reciente construcción estaba debidamente urbanizado; en el resto, predominaban las calles de tierra, con casas de una sola planta, y el "alcantarillado" consistía en un reguero de aguas malolientes por el centro de la calle, en el que desembocaban los desagües de las viviendas. Hay que decir, en descargo de las autoridades municipales de aquél entonces, que la población había crecido mucho tras la guerra (en 1956 Puertollano tenía alrededor de 80.000 habitantes), pues además de las minas de carbón se había instalado en ella la Empresa Nacional Calvo Sotelo (que luego acabaría siendo la actual REPSOL), con un número similar de obreros al de Peñarroya. Ello había traído como consecuencia una gran inmigración de los pueblos de la provincia de Ciudad Real y de otras muchas provincias, con la consiguiente construcción de viviendas "al buen tun tun", por lo que la pavimentación y alcantarillado de calles no podía seguir el ritmo deseable. A ello había que añadir la penuria de los Ayuntamientos de aquél entonces - en aquellas fechas se pagaban muy pocos impuestos - con lo que el resultado era bastante desalentador.

Las barriadas mineras sin embargo tenían un nivel de "habitabilidad" bastante más decente, pues su mantenimiento corría a cargo de la Empresa. La Sociedad de Peñarroya mantenía tres barriadas: "Mina Asdrúbal", construida junto al Pozo "Santa María" - y en la que estaban las oficinas de la Dirección, la Residencia y las viviendas de casi todo el Personal directivo -; "Pozo Norte", junto al Pozo del mismo nombre, y "Argüelles", junto al Pozo "Argüelles". En ellas vivían, además del personal directivo - ingenieros, abogados, médicos, etc., - obreros y empleados, aunque en zonas distintas y en viviendas bastante más modestas. O sea, "juntos, pero no revueltos".

Sin embargo, el ambiente en la barriada era bastante cordial y familiar; nos conocíamos todos y convivíamos en paz y armonía, sin grandes problemas.

Quienes venían "partiendo la pana" eran los de la "Calvo Sotelo" (ENGASO). Tiraban con pólvora del Rey, es decir, del Erario Público, así que tanto su barriada como sus instalaciones industriales eran modélicas: La barriada - compartimentada, como en Peñarroya, en personal directivo, empleado y obrero - disponía de jardines, piscinas, magníficas residencias, etc.; aquello parecía "América", comparado con el resto de la población.

Lo que no estaba tan claro era la rentabilidad de la industria montada sobre la base de la destilación de pizarras bituminosas para obtener carburantes y productos derivados de dicha destilación. Aquello se le había ocurrido a Franco, en un viaje que hizo a Puertollano en los primeros años cuarenta (cuando aún "ganábamos los alemanes', y visitó la planta de destilación de pizarras que tenía la Sociedad de Peñarroya, y en la que, a pequeña escala, se producían combustibles - gasolina y gasoil, además de aceites minerales - aunque a precios prohibitivos. Allí, los ingenieros franceses le explicaron que en Alemania, y debido a la escasez de petróleo - el bloqueo angloamericano impedía la llegada de petroleros a los puertos alemanes - se habían instalado grandes destilerías de pizarras bituminosas, en las que se obtenían productos petroliferos que paliaban la escasez de ellos que padecía la Alemania en guerra. Franco, asesorado por Suances, decidió que si aquello se hacía en Alemania, también se podía hacer en España, sobre todo teniendo en cuenta que en la cuenca minera de Puertollano existía, bajo las capas carboníferas de hulla, un enorme yacimiento de pizarras bituminosas, con reservas para más de cien años. Así que dicho y hecho: Encargó al recién creado INI (Instituto Nacional de Industria) la construcción de una planta de destilación de pizarras, según el modelo de las que funcionaban en Alemania, y asesorado por técnicos y montadores alemanes. Sin embargo la construcción se retrasó, y prácticamente se inició una vez finalizada la guerra en Europa, con lo que su oportunidad era más que discutible, pues a pesar de la escasez de productos petroliferos en España - las democracias nos obsequiaron recién terminada la guerra con un simpático embargo petrolifero - a la larga era de prever que lo suyo, para que anden los coches y demás vehículos de motor, son la gasolina y el gas-oil obtenidos del petróleo.

Así que, no obstante lo antieconómico del proyecto, éste se llevó a cabo, y desde luego sirvió para crear miles de puestos de trabajo, directos e indirectos, en Puertollano y comarcas limítrofes. Con el tiempo, y cuando el INI se decidió por la rentabilidad de sus empresas, se construyó el oleoducto Málaga-Puertollano, para llevar el petróleo a dicha ciudad y transformar la planta de destilación de pizarras en una refinería de petróleo de las de toda la vida, alrededor de la cual surgieron importantes industrias petroquímicas, auxiliares y complementarias, con lo que Puertollano se convirtió en un importante "polo de desarrollo", como se decía en la época de los planes de desarrollo de López Rodó y demás "Lópezes".

FRANCIA, 1956

Volviendo a nuestra historia, el curso académico 1955-56 había terminado como el Rosario de la aurora, según he contado. Mi intención de acabar la carrera en febrero, en los exámenes extraordinarios que se convocaban para aquellos que tuviesen solo dos asignaturas pendientes, se frustró totalmente: Entre los disturbios, el cierre de la Universidad, etc., no me pude presentar a los exámenes, por lo que hube de demorarlo hasta junio, en cuya convocatoria aprobé por fin las dos malditas asignaturas: Procesal 2 y Mercantil 2, con lo que me convertí en un flamante licenciado en Derecho, dispuesto a engrosar las listas del Paro, que aunque no había tanto como ahora, para los universitarios ya era un problema encontrar trabajo en las respectivas profesiones.

Como premio por la finalización de la carrera, mi padre me recompensó con cinco mil pesetas de las de entonces, así que decidí irme a Francia el mes de Agosto a visitar a mi novia, que estaba como Instructora en el castillo de La Valette, en Presigny-les-Pins (Loiret), a unos doscientos kilómetros al sur de París.

Así que saqué un billete de ida y vuelta Madrid-París por tres mil pesetas (en tercera clase en España y en segunda en Francia) y con las dos mil restantes me dispuse a sobrevivir durante veinte días en Francia, que ya es sobrevivir, a base de alojarme en los "Youth-hostel's" o "Auberges de la Jeuneusse", que en aquella época proliferaban en Europa y resolvían por muy poco dinero el alojamiento de los estudiantes viajeros. Con mi mochila y

una manta me embarqué en la Estación del Norte camino de Hendaya, donde transbordé al Sud-Express, que me dejó en París a la mañana siguiente.

Me alojé en un "Auberge" en una calle cercana al Boulevard Clichy, donde compartí varios días con un numeroso grupo de estudiantes de varios países: Ingleses, alemanes, italianos, hindúes, etc. También había algunos españoles, pues contra lo que sostienen los "intelectuales" españoles panegiristas del Mayo francés del 68, la generación del "50" también viajaba al extranjero; claro que sin las becas ni subvenciones del Régimen que luego disfrutaron ellos, cuando fueron a Francia para informarse de la famosa Revolución de la nada, que trasladada a España consistió en escribir en las paredes aquello de "prohibido prohibir" y "la imaginación al Poder", que tanto juego ha dado, y en dar algunas carreras ante la Policía Armada, cosa que, como tengo relatado, ya habíamos hecho nosotros veinte años antes, sin tanto presumir.

En aquel albergue hice amistad con dos italianos y un alemán (yo siempre con el Eje) además de con un español de Bilbao, con los que durante ocho o diez días recorrí todos los monumentos de la ciudad, que estaba absolutamente vacía de parisinos; éstos, con muy buen acuerdo, habían huido en masa hacia el mar o la montaña, pues el calor de París en agosto no tiene mucho que envidiarle al de Sevilla.

Tras mi estancia en París, cogí un tren que me llevó a Presignyles-Pies, en cuyo castillo de La Valette estaba Mary como Instructora.

Lo del castillo de La Valette es una historia increíble; que merece ser contada por lo insólita. Es un castillo (supongo que seguirá existiendo) del estilo de todos los castillos del Loira, rodeado de un gran jardín, al que se accede por una gran puerta de artísticos herrajes. Pues bien, el castillo era propiedad de la Embajada de España, que lo dedicaba durante el verano a Colonia infantil de vacaciones. Las niñas - solo había niñas - que integraban los turnos de la Colonia eran todas hijas de exiliados españoles; la administración la llevaban los Padres Claretianos establecidos en París (en la Parroquia de la rue de la Pompe, en el centro de París, y en el barrio obrero de Samt Denis); el servicio - camareras, jardineros, cocineros, etc., eran exiliados españoles de la Guerra Civil que vivían en Presigny; y para remate, el personal docente eran cinco Instructoras de la Sección Femenina, entre ellas mi novia.

O sea, la Reconciliación Nacional Española realizada en "petit comité", veinte años antes de la "Santa Transición". Doy fe de que aquello funcionaba: Todos, "rojos" y "nacionales", curas incluidos, se llevaban muy bien, y no surgía problema político alguno. Únicamente, al izar banderas por la mañana (la francesa y la española), las niñas oían "la Marsellesa" con más recogimiento que la "Marcha Real"; cosa lógica, pues la mayoría de ellas había nacido en Francia, tras el exilio de sus padres, y se sentían más francesas que españolas.

En medio de aquella "reconciliación nacional" anticipada caí yo, y rápidamente me integré en la misma, sin grandes problemas. Me alojé en una modesta casa de campesinos franceses que me había buscado mi novia. Y digo modesta porque, por no tener, no tenía ni cuarto de baño: Había un cobertizo en el corral, pomposamente denominado "le cabinet", para las aguas "mayores y menores". Ni que decir tiene que yo prefería un bosque cercano, más ecológico, y amenizado por el canto de los pajarillos, que "suelta" mucho. Y para lavarme, la clásica palangana con espejo y una jarra de agua. Una hermosura. Pero yo era joven, y esos no son inconvenientes para la juventud.

Todos los días iba a comer (en la casa donde me alojaba solo me daban el desayuno) a "Fepicerie", esa suerte de "general store" (como en el Far-West), que había en todos los pueblecitos franceses, y donde lo mismo te vendían judías, conservas o pan, que unos alicates o un cepo para ratones. Bueno, pues también servían comidas a un precio muy asequible, por lo que me aboné a diario. También comía allí un grupo de cinco o seis españoles - exiliados, naturalmente - que me observaban con curiosidad. Hablaban en

francés, pero se les veía la españolidad por encima del pelo. Formaban parte de la colonia española de Presigny, compuesta por treinta o cuarenta españoles; muchos, pues el pueblo no tenía más de trescientos habitantes.

Un día, del grupo de españoles que comía en una mesa no muy cercana a la mía, se destacó uno de los comensales, que iba en una silla de ruedas arrastrada por un enorme perro. Le faltaban las dos piernas, y era un hombre rollizo, como de unos cuarenta y cinco a cincuenta años. Se plantó ante mí y me espetó: Eres español, ¿verdad?. Si, le contesté. ¡Fascista, claro!, dictaminó. Falangista, precisé yo. Se quedó silencioso unos momentos, pero enseguida reaccionó: Yo soy comunista. Y añadió: ¿Te gustan las judías con chorizo?. Le contesté afirmativamente. Te invito mañana a comer judías con chorizo en mi casa, ¿hace?. De acuerdo, le respondí. Me dio su dirección, y allá que me presenté al día siguiente. Había preparado el tío unas judías impresionantes, que nos comimos con gran apetito. Como buenos españoles, no tardamos más de cinco minutos en contarnos nuestra vida. Se llamaba Escobedo, y había perdido las dos piernas en la Guerra Civil: Era un mutilado de guerra, pero del otro lado. (Enseguida se me vino a las mientes el famoso chiste que se contaba en el Madrid de la posguerra: En un tranvía coinciden dos hombres a los que les falta una pierna a cada uno. Uno de ellos se sienta trabajosamente en el asiento "reservado para Caballeros Mutilados". El otro, de pié a su lado, le pregunta: "¡Qué! De la guerra, ¿eh?. El otro le contesta: Sí señor. Perdí la pierna en la batalla del Ebro, luchando por España, y soy Caballero Mutilado de Guerra por la Patria; ¿y tú?. El otro, que está de pié, y que también perdió la pierna en la batalla del Ebro, pero luchando en el bando rojo, contesta pensativo: ¿yo? Yo soy un jodío cojo")

Departimos amigablemente el tal Escobedo y yo; me contó su anecdotario político y guerrero, y llegamos a la conclusión de eran muchas más las cosas que nos unían que las que nos separaban, y que aquella guerra civil no se debía haber "celebrado" nunca (¡hay que ver lo que pueden hacer unas buenas judías con chorizo consumidas en paz y armonía!). Era, como todos los exiliados, un nostálgico de España. Me pidió que cuando regresara le enviase un diccionario, pues no quería olvidar su idioma, ni como se escribían las palabras, ni su verdadero significado. A mi vuelta cumplí el encargo, que no sé si le llegó, pues no volví a tener noticias suyas.

Con el resto de españoles exiliados acabé también haciendo amistad, y aunque me llamaba "el fascista", se reunían conmigo en "l'epicerie" a la hora de comer, para preguntarme cosas de España. El único que me miraba con desconfianza era un vasco, antiguo "gudari", que estaba empeñado en que yo era un espía de Franco. Un día en que volví de improviso a la casa en que estaba alojado, me lo encontré en mi habitación, registrando mi mochila, con mi pasaporte en la mano. Cuando le pregunté qué hacía allí, me dijo "que cumplía órdenes", y se marchó precipitadamente, ante la consternación de la dueña de la casa - que la muy cabrona le había dejado entrar en mi habitación para registrarla - y que se deshacía en excusas: ¡Pardon, monsieur, pardon!. Lo dicho, una cabronaza.

Mi permanencia en Francia durante veintitantos días - y no solo en París, donde únicamente estuve una semana - me permitió averiguar que el cateto francés, cuando dice a ser cateto, supera al más ignaro de los celtíberos. Por otra parte, el nivel de vida en el campo francés - en la Francia "profunda", que es en la que yo estuve, era, a pesar de la riqueza de la tierra, donde hay agua por todas partes, muy semejante al de España. Constaté asimismo que los miles de españoles exiliados tras la guerra, que vivían en Francia, eran discriminados claramente, y trabajaban en las labores que los franceses no querían, casi al nivel de los argelinos, tan abundantes como los españoles, y tan discriminados como ellos.

O sea, que no era para tanto aquello de Francia.

CAPITULO III

ITALIA, VERANO DE 1957. LOS LEALES, "RARA AVIS"

En el mes de julio de 1957 pude comprobar que, incluso en Italia, hay gente leal, poca, pero la hay. Es gente rara por lo escasa, pero es la clase de gente que te devuelve la fe en la condición humana. Lo cuento:

En los últimos años cuarenta y primeros cincuenta, algunos miembros de la Centuria 20 habíamos tomado contacto con un pequeño grupo de italianos, refugiados en España para librarse de la "vendetta" desatada en su país tras la entrada de las tropas aliadas en el mismo. Los llamados "partigiani", que se habían guardado muy mucho de asomar el hociquito mientras hubo tropas alemanas en Italia, cuando se percataron de que ya no había ningún peligro y de que el matar era " de balde" - las tropas aliadas miraban para otro lado, cuando no colaboraban en las masacres - iniciaron un periodo de terror, la "primavera de la sangre" se le llamó en la época, que se llevó por delante a cerca de cuatrocientas mil personas (calificadas de fascistas por sus asesinos, y en realidad personas de toda clase y condición). Es la historia de Italia no escrita, pero de la que hay vestigios en forma de fosas comunes, por ejemplo en el "Campo Décimo de Musocco", cementerio de Milán, con varias decenas de miles de personas fusiladas y enterradas allí. Un Paracuellos a la italiana.

Pues bien, estos italianos residentes en España desde 1945, representantes en nuestro país del MSI (Movimiento Social Italiano), de los "Ardid d'Italia" y de la FNCRSI (Federación Nacional de Combatientes de la República Social Italiana), en los años 50, pasada la furia asesina de la posguerra en Italia, habían regresado a su país para intentar rehacer sus vidas; pero fieles a sus ideales, mantenían éstos contra viento y marea, militando en las organizaciones antedichas. En 1957, los miembros de la FNCRSI residentes en Milán nos invitaron a la Centuria 20 a visitarles en su ciudad en el mes de julio (mes en el que tomaba yo mis vacaciones), así que montamos una expedición compuesta por unos veintitantos miembros de la Centuria, más algunos seuístas muy cercanos a nosotros: Recuerdo a Rafael Viñarás, Augusto Blanco Galdín y algunos otros; en total, treinta camaradas.

La Secretaría General del Movimiento por una vez "se estiró" y nos cedió un autobús con su conductor: Jerónimo (no recuerdo su apellido), al que rápidamente rebautizamos como "Jeromín". Era un excombatiente de la guerra de España, parte de la cual la pasó encuadrado en la División "Flechas Negras", del CTV italiano, a la que se destinaban soldados españoles para reforzarla y cubrir bajas. También nos dejaron varias tiendas de campaña y material de acampada, pues nos disponíamos a vivir veintitantos días al raso, cosa a la que estábamos habituados, unos en los campamentos del FJ y otros en los de la Milicia Universitaria, y la mayoría en ambos. El resto lo pusimos nosotros: Mil pesetas por cabeza, para gastos de avituallamiento y gas-oil, más el dinero de bolsillo que cada cual llevase, según sus posibilidades.

Así que a primeros de julio de 1957 partimos de Madrid camino de la frontera francesa, vía Zaragoza, Barcelona y Gerona, para pasar a Francia por el puesto fronterizo de Port-Bou. El autobús era bastante cómodo, para lo que había en la época; pero tenía el grave inconveniente de que no pasaba de los sesenta kilómetros por hora, por más que el voluntarioso Jeromín se afanase en pisar con toda su alma el acelerador, animado por el clásico canto de "para ser conductor de primera, acelera, acelera," etc.

Hicimos un alto en Zaragoza para reponer la luna trasera que se rompió nada más iniciar el viaje, y acampamos en Barcelona una noche, para al día siguiente entrar en Francia por Port-Bou, camino de la Costa Azul. En nuestra marcha hacia Italia, hicimos alto en Cannes y en Niza, visitando dichas ciudades. Por supuesto, acampábamos en los "campings" de las afueras, en los que, si había suficiente espacio, colocábamos las tiendas en círculo, con nuestro mástil y la bandera en el centro, ante la curiosidad del resto de los acampados de

todas las nacionalidades, que nos miraban con asombro y sin saber muy bien a qué atenerse; aunque viajábamos en plan de "disciplina de baja intensidad", - el viaje era mitad turístico mitad político - se nos veía por encima del pelo que clase de turistas éramos nosotros, sobre todo cuando izábamos bandera por la mañana. Lo de las camisas azules también les daba algunas pistas a los más enterados; pero lo cierto es que no tuvimos en Francia incidente de clase alguna.

Entramos en Italia por Ventimiglia, y tras acampar en Alassio, llegamos a Génova, donde ya nos dieron la bienvenida algunos camaradas italianos de la FNCRSI. Desde allí y de un tirón - Jeromín estaba hecho un jabato y no levantaba el pié del acelerador, aunque el cabrón del autobús se negaba a pasar de 60 - llegamos a Milán con cara de velocidad.

El mismo día que llegamos a Milán - el cuatro de julio de 1957 - fuimos recibidos en la sede de la FNCRSI, situada en la Via Corso Venezia, por El General Farina y el Capitán Barbesino, junto con un grupo de antiguos combatientes de la RSI, algunos de ellos también excombatientes del CTV italiano en nuestra guerra civil. Allí nos dieron un refresco - que no nos vino nada mal, pues hacía un calor espantoso - y después nos acompañaron al hotel en el que nos habían preparado el alojamiento. (En Milán fue en la única ciudad, en todo el viaje, en que dormimos en camas como Dios manda, gracias a la generosidad de los camaradas italianos).

Por la tarde, y tras ducharnos y acicalarnos un poco, volvimos a la sede de Corso Venezia, donde se iba a celebrar un acto en nuestro honor. Vestíamos nuestras camisas azules, y al frente llevábamos el banderín de la Centuria. En una gran sala, presidida por grandes banderas de Italia y España, estaba situada la presidencia, en la que estaba presente el General Bergonzoli, Medalla de Oro al Valor del Ejército italiano, El General Farina, el Coronel Nebbia y el Capitán Barbesino, Inspector para la Alta Italia de la FNCRSI. A ambos lados se situaron los banderines del MSI, de los Arditi, de la FNCRSI y de nuestra Centuria. También estaba presente, aunque no en la presidencia, sino en la primera fila del público, el Cónsul de España en Milán, tratando de pasar desapercibido y con cara de susto, el cual no abrió la boca en todo el acto. Seguramente tenía instrucciones de "estar, pero no estar". No obstante, allí estaba el hombre.

Hablaron por orden jerárquico los Generales Bergonzoli y Farina, ambos excombatientes de la guerra de España, que hicieron alusión, como es lógico, a su campaña. Luego habló el Capitán Barbesino, y finalmente dijo unas palabras el camarada Aragón Gaviña, cerrándose el acto con el "Cara al Sol".

Al día siguiente estaba previsto que por la mañana fuésemos a Giulino di Mezzegra, junto al lago de Como, lugar donde fue asesinado Benito Mussolini, junto a Clara Petacci y varios dirigentes fascistas por los partisanos de Walter Audisio, cuando el matar era de balde, es decir, cuando todo el norte de Italia estaba ya ocupado por las tropas aliadas.

Una vez terminado el acto en la sede de la FNCRSI, y cuando nos disponíamos a reintegrarnos al hotel, se presentaron un Comisario de Policía y un Comandante de los "Carabinieri", preguntando por el "Capitano" español, para comunicarnos una noticia. Algo intrigados, Manolo Puente - que era el jefe de la Centuria - mi hermano Diego - el Sub-jefe - y yo Jefe de la Falange), pasamos a la estancia donde nos esperaban los dos mandos policiales, los cuales, tras saludarnos cortésmente, nos informaron de que el Partido Comunista de la Alta Italia había convocado una concentración en Giulino di Mezzegra de antiguos partisanos y miembros del Partido Comunista, para impedir el acto de homenaje a Mussolini que proyectábamos para el día siguiente; nos dijeron que éramos libres de realizar el acto, pues Italia era un país democrático, y el Gobierno no se oponía a ello; pero era muy posible que en Giulino di Mezzegra nos encontrásemos con varios miles de comunistas, y las tortas estaban casi garantizadas. Aunque, repitieron, no nos impedían realizar el acto, más bien nos aconsejaban suspenderlo.

Tras un breve conciliábulo, tanto Manolo Puente como Diego y yo decidimos que de "chaqueteo", nada; así que acordamos continuar con el programa previsto, y mantener el acto en Giulino di Mezzegra contra viento y marea. Así se lo comunicamos al Comisario y al Comandante de Carabineros. Este último no pudo reprimir un "¡no esperaba menos de los españoles!". Nos prometieron protección, aunque sin garantizarnos que no hubiese incidentes.

Tras ésta conversación, se marcharon los dos "maderos" (¿se dirá "maderi" en italiano?), y nos quedamos los tres, ya sin necesidad de farolear, un tanto preocupados. Decidimos no comunicar la noticia al resto de los camaradas; ya se enterarían a su tiempo.

Al día siguiente, de buena mañana, salimos de Milán en nuestro renqueante autobús, camino de Como, entonando "alegres cancioncillas", pues la tropa ignoraba lo que se nos podía venir encima. (Yo me acordaba del chiste de ¡chufla, chufla, que en cenando...!). Nos acompañaban varios excombatientes fascistas italianos: Recuerdo al Coronel Nebbia, El Teniente Cavalli, el legionario Bojardi y un ex paracaidista de las SS. Nada más salir de Milán y ya en la carretera nos adelantaron varios "jeeps" descapotados cargados de "carabinieri" armados hasta los dientes; En uno de ellos viajaba el Comandante que nos había visitado la noche anterior, el cual, al sobrepasar a nuestro autobús, nos saludó con el brazo, con un "sí es no es" de saludo romano. (Los italianos son muy adaptables al medio). Los camaradas, que al ver los "jeeps" creyeron que eran militares de maniobras, se empezaron a mosquear al ver al simpático Comandante: "Oye Fernando, ¿ese no estuvo ayer con vosotros? ¿Qué quería?". Tras los "jeeps" de los Carabineros, nos sobrepasaron dos autobuses cargados de agentes de la "Guardia della Finanzza", (el equivalente a nuestra Policía Nacional así como los "Carabinieri" lo son a la Guardia Civil). La inquietud comenzó a apoderarse de los camaradas, por lo que creímos oportuno contarles lo que sabíamos. Manolo Puente, muy puesto y sabiendo de antemano la respuesta, dejó en manos de la tropa la decisión: Quedar como lo que somos: Falangistas y españoles, o rehuir el peligro como jodidos caguetas. Un viento heroico recorrió el autobús: Como lo que somos, qué coño. Jeromín pisó a fondo el acelerador, con los escasos resultados de costumbre, y a los sones del Himno de Infantería (Ardor guerrero, etc.) entramos en Giulino di Mezzegra, dispuestos a lo que fuera. Llegamos a la plaza del pueblo, que era muy amplia, y allí nos esperaban los partisanos, medio uniformados con camisas azul celeste y pañuelos rojos al cuello, con grandes banderas rojas con la hoz y el martillo y toda la parafernalia comunista, que en el caso de Italia es algo folklórica. Junto a los partisanos, que serían varios centenares, había una multitud de presuntos comunistas, en actitud expectante, pero que no nos pareció muy amenazadora. Delante de la multitud se habían desplegado los "Carabinieri", y a alguna distancia se situaron los Guardias de la Finanzza. El bueno de Jeromín, "con un par", avanzó con el autobús y lo detuvo en el centro de la plaza, donde desembarcamos. Tras quedarnos en mangas de camisa azul - no íbamos a ser menos que los partisanos aquellos - y a la voz de ¡a formar!, formamos de a tres en fondo, y con el banderín de la Centuria al frente y cantando "La mirada clara y lejos...", nos encaminamos al lugar donde se produjo el fusilamiento de Mussolini y sus compañeros. El silencio en la plaza, si se exceptúa nuestra canción, se podía cortar. Yo creo que si alguien de los que estaban en la plaza se hubiera puesto a aplaudir, lo mismo nos ovacionan los partisanos aquellos. O nos machacan, cualquiera sabe.

Lo cierto es que nadie nos impidió el acto: llegamos al lugar del fusilamiento, a la entrada de una villa de veraneo (Giulino, al lado del lago de Como, es un pueblecito turístico), en cuyo muro había una sola inscripción en pintura negra: ¡Presente!. Allí colocamos un ramo de flores rojas y amarillas, rezamos un Padrenuestro, cantamos el Cara al Sol, luego los italianos que nos acompañaban cantaron su "Giovinezza", y nos volvimos en formación a la plaza del pueblo, donde seguían los partisanos y su gente, pero ya más relajados. También los policías estaban menos serios, de todo lo cual nos congratulamos. Rompimos filas, y nos mezclamos entre la gente, un tanto asombrada de nuestra desenvoltura. Acabamos entrando en los bares y pagando unas rondas de vino de "Chianti" a algunos partisanos, que no solo las aceptaron, sino que nos invitaron a su vez, entrando en conversación con ellos. Algunos nos enseñaron sus carnets del Partido Fascista de los años veinte, y nos explicaron que el

Fascismo italiano, que en sus principios era socialista - Mussolini era de esa procedencia politica - los defraudó luego, aliándose con la oligarquía y el capitalismo, por lo que muchos de ellos lo abandonaron. (A más de uno se nos vinieron a las mientes lo que había pasado en España con nuestra Falange).

Después de ésta especie de "confraternización" con aquellos simpáticos rojetes, volvimos al autobús, regresando a Milán, donde hicimos la clásica visita turística, sin que faltase la subida al tejado del "Duomo", para ver la ciudad desde la altura. Por la tarde visitamos la sede de los `Ardid" (una especie de cuerpo de elite del ejército italiano), cuyos veteranos - muchos de ellos antiguos legionarios del CTV - nos obsequiaron con un aperitivo.

Al día siguiente, 6 de julio, nos presentamos con toda nuestra parafernalia en la Piazza S. Ambrogio, donde está el monumento a los Caídos italianos en todas las guerras; allí colocamos una corona de flores con los colores nacionales y montamos una guardia simbólica durante unos minutos. Después nos trasladamos al Campo Décimo de Musoco, donde, en fosas comunes - estilo Paracuellos - hay enterradas varios miles de personas, ejecutadas por los partisanos al término de la segunda guerra mundial, bajo la genérica y polivalente acusación de "fascistas"; en realidad, como ocurre en todas éstas masacres, se saldan toda clase de cuentas, no solo las politicas, aprovechando la ausencia de cualquier tipo de autoridad que lo impida. También aquí formamos de a tres en fondo y pusimos otra corona, cantando finalmente el Cara al Sol.

Después, acompañados por el Coronel Nebbia, fuimos al Consulado de España para despedirnos del Cónsul. Por la tarde, asistimos a una demostración aérea en Linate, en la que intervino una escuadrilla del Ejército del Aire Español.

La visita a Milán concluyó con una cena que nos ofreció el "Ispettorato de la Alta Italia de la FNCRSI" en un restaurante de Pavía, sobre el río Tizino; a su término nos despedimos de los camaradas milaneses, que con tanta cordialidad y simpatía nos habían tratado durante nuestra estancia en su ciudad.

A la mañana siguiente salimos para Venecia, donde estuvimos dos días en visita puramente turística; de allí fuimos a Florencia, donde permanecimos tres días - en menos no es posible ver todas las maravillas que encierra la ciudad - y finalmente llegamos a Roma, donde acampamos en Monte Antenne, en un magníúco camping a pocos kilómetros de la ciudad. Allí estuvimos cinco días, en los que, además de ver todo lo que hay que ver en Roma, tomamos contacto con la Sección Universitaria del MSI; éstos camaradas nos llevaron a visitar al Príncipe Valerio Borghese, bravo oficial de la "Marina Militare" italiana, que al mando de la "Décima Flotiglia MAS" tuvo en jaque, durante la 2a guerra mundial, a la poderosa escuadra británica en el Mediterráneo, a la que causó numerosos hundimientos con los "MAS", una especie de pequeñas y rápidas lanchas torpederas que se acercaban a los navíos ingleses y les "colocaban" los torpedos a domicilio. La actuación de éste y otros marinos compensó la escasa actividad de la Marina de Guerra italiana durante el conflicto, que finalmente y tras "el cambio de campo" del Mariscal Badoglio y el Rey en 1943, fue entregada intacta al enemigo. Valerio Borghese, cuya valerosa actuación en la guerra le valió el respeto y la consideración hasta de sus enemigos, nos recibió en su palacio, situado en una zona residencial de Roma; era un hombre de gran estatura, fuerte y robusto y de una gran personalidad. Departió un buen rato con nosotros - también había participado en la guerra de España colaborando con la Armada Nacional - y tras entregarle algunos libros y un banderín de la Centuria nos despedimos de él y de los camaradas del MSI.

Tras nuestra estancia en Roma, regresamos a España vía Pisa, Génova, Alassio y Ventimiglia. Y ésta fue nuestra aventura italiana, cuya parte política quedó reflejada en una pequeña revista que editaba la FNCRSI de Milán: "La Legione. Quindicinale dei combattenti", que aún conservo.

CÍRCULO MARZO. CÍRCULO JOSÉ ANTONIO

Después de los sucesos de febrero de 1956, como tengo dicho, el "Movimiento", en el que nos integrábamos los falangistas, perdió prácticamente casi toda su influencia en el Régimen, convirtiéndose en un organismo inoperante; las organizaciones falangistas sobrevivieron, pero relegadas por el Régimen al último lugar del menosprecio. El meritorio intento de José Luis de Arrese por institucionalizar el Movimiento durante el breve periodo en que ejerció como Ministro Secretario General, (entre 1956 y 1957) fracasó ante la falta de interés de Franco por el tema y la oposición de las fuerzas políticas que se movían a sus anchas en todos los ámbitos del Poder (monárquicos, demo-cristianos, "opusistas" sobre todo, etc.). José Luis de Arrese fue nombrado por Franco Ministro de la Vivienda - Ministerio creado para él y por él - y abandonó su intento de institucionalización del Movimiento. A partir de entonces, los falangistas, aún siguiendo militando en las Organizaciones del mismo, empezamos a crear entidades "paralelas" que funcionaban al margen de la política oficial - e incluso en contra de la misma - y en las que nos encontrábamos más a gusto, pues no teníamos el control de ninguna jerarquía oficial. Así surgió el "Círculo Marzo", creado por universitarios falangistas de Madrid, y en el que rápidamente nos agrupamos las "mesnadas rebeldes" de la Primera Línea del SEU, de la Centuria 20 y de otras organizaciones. Teníamos la sede en la calle Barquillo, y en ella "conspirábamos" más a gusto que en los locales oficiales del Movimiento. Por otra parte, los fundadores de la Centuria 20, habíamos ido terminando nuestros estudios universitarios, y muchos - ese era mi caso - residíamos fuera de Madrid, por lo que ya los contactos con los viejos camaradas eran esporádicos. Por éstas circunstancias, tuve pocas actividades en el citado Círculo Marzo; la corta vida de éste y sus actuaciones pueden contarla otros falangistas con más autoridad que yo.

A finales de los años cincuenta o principios de los sesenta - ahí me falla la memoria y no dispongo de documentación que precise la fecha - se creó el "Círculo Doctrinal José Antonio" en Madrid, por un grupo de falangistas disconformes con la linea política del Régimen. Su sede se estableció en la calle Ferraz n° 80, muy cerca de donde actualmente tiene su Centro el PSOE. En principio, los fines del Círculo eran solamente de tipo intelectual: Preservar, ampliar y difundir el pensamiento de José Antonio, tan manipulado y tergiversado por el Régimen, que lo había reducido a cuatro frases sacadas de contexto y que se habían convertido en tópicos repetidos hasta el cansancio.

El creador y primer Presidente del Círculo fue Luis González Vicén, el antiguo Lugarteniente General de la Guardia de Franco, que fue destituido en 1948 por sus durísimas críticas a la Ley de Sucesión. Retirado desde entonces a sus actividades profesionales como Médico cirujano, regresó a la política, pero ya en plan crítico - que era lo suyo - para poner nervioso al Régimen desde el Círculo José Antonio. En un principio se interesaron por el Círculo algunas personalidades del Régimen: Como era lógico, la primera, la hermana de José Antonio, Pilar Primo de Rivera. Recuerdo también al General Rodrigo y a algunos otros militares de alta graduación. Pero según las actividades y las publicaciones del Círculo iban siendo más críticas con la situación política, éstas personalidades fueron desapareciendo de los cargos directivos de éste, y finalmente, ya con más soltura, el Círculo se convirtió en una de las fuentes de mayores "jaquecas" del Régimen, que se veía atado de pies y manos para actuar contra la entidad, pues ésta fundamentaba todo su discurso en la pura doctrina joseantoniana. Y aunque el Régimen ignoraba deliberadamente ésta doctrina, sobre todo en lo referente al desmontaje del "armatoste" capitalista, a la nacionalización del Crédito y en resumen a la instauración de un Estado Nacionalsindicalista que llevase a cabo la Revolución que España - no la Falange - necesitaba, dicho Régimen no podía actuar directamente contra una entidad que se llamaba "Círculo José Antonio", pues el retrato de éste figuraba, junto con el de Franco, en todos los despachos oficiales, aulas de escuelas y universidades, cuarteles, etc., como clara demostración de que era el inspirador de la política del Régimen; aunque como digo, ésta inspiración se encontrase inédita en su realización, y reducida a algunas frases poéticas o retóricas de José Antonio.

Pronto, el Círculo Doctrinal José Antonio de Madrid se convirtió en "los Círculos" José Antonio de toda España. En efecto, muchos falangistas de todas las provincias, hartos de las monsergas oficialistas del Movimiento, petrificado por el Régimen en unas organizaciones inoperantes y sin contenido político, se agruparon con entusiasmo en los Círculos, que crecían y se multiplicaban no solo en las capitales de provincia, sino en muchas ciudades importantes e incluso en pueblos pequeños, promovidos por falangistas de filas, que "rascándose" el bolsillo, - el Movimiento rara vez subvencionaba a quienes intentaban suplantarle - alquilaban modestos locales para desarrollar sus actividades, presididas siempre por una rigurosa interpretación de la doctrina falangista ante cualquier situación politica o social que surgiese.

Los Círculos José Antonio adoptaron como emblema un Círculo con tres luceros en oro - distintivo de nuestro primer jefe Nacional, José Antonio - y una Palma de Oro, la máxima condecoración de la Falange, rodeados por una corona de laurel.

Yo, aunque residía en Puertollano, cada vez que me desplazaba a Madrid por asuntos oficiales de mi Empresa, me daba una vuelta por el Círculo, para ponerme al día de cómo andaban las cosas. En aquella época, la política se hacía en Madrid; en las provincias se vivía en una especie de "Nirvana", pendientes siempre de lo que pasaba en la capital de la Nación, en la que, por cierto, tampoco ocurrían grandes cosas. Pasados los sucesos de 1956, la política había entrado en una especie de sopor, en el que los tecnócratas del Opus, que habían ocupado sobre todo el Poder económico, se movían a sus anchas y - justo es decirlo - con eficacia. Los años sesenta marcaron el despegue industrial y económico de España, con los "planes de desarrollo" de Laureano López Rodó, de los que se beneficiaron muchas zonas de España, en las que se crearon polos de desarrollo industrial, que llevaban consigo la creación de muchos puestos de trabajo.

Sin embargo, éste despegue económico no iba emparejado con demasiadas mejoras sociales, y la "parte del león" se la llevaba el Capital, sin que los trabajadores acabasen de ver las ventajas del indudable progreso que se estaba produciendo. La verdad es que había pleno empleo - el número de parados era mínimo, y por lo que yo conocía en Puertollano reducido a unas decenas de parados "vocacionales" - y la creación de nuevas industrias absorbía a las nuevas generaciones de jóvenes trabajadores que salían de las Universidades Laborales y las Escuelas de Formación Profesional. Por si esto fuera poco, Alemania, en plena reconstrucción tras la 2a G. M., ofrecía miles de puestos de trabajo - ellos estaban faltos de personal, por los millones de bajas ocasionadas por la guerra - remunerados con salarios inalcanzables en España. Ésta oferta hizo que muchos trabajadores españoles emigrasen a Alemania con contratos temporales, que les permitían hacer unos ahorros y regresar a España, donde fácilmente volvían a encontrar trabajo.

Se ha dicho que el Régimen de Franco no tenía parados porque un millón de españoles trabajaba en Alemania; esto precisa una matización: no todos los que se marchaban a Alemania eran parados. La mayor parte eran trabajadores en activo, en busca de salarios más altos. La prueba es que a finales de los años sesenta, cuando fue regresando el grueso de la emigración, en España había prácticamente pleno empleo. Lo que si es cierto es que las remesas de divisas de los emigrantes ayudaron eficazmente al despegue de la Economía española, tan necesitada de dichas divisas.

De Puertollano, en aquellos años, se marcharon a Alemania muchos mineros, sobre todo los que trabajaban en los servicios exteriores de la mina, que eran los que percibían salarios más bajos. Conocí personalmente a muchos de ellos, por lo que hablo con conocimiento de causa (lo sé "de ciencia propia", para decirlo en lenguaje procesal). Cuando volvían, fardaban lo suyo, con sus automóviles de segunda mano, pero automóviles al fin.

Y aquí es preciso mencionar otra emigración de trabajadores españoles a Alemania que se había producido veinte años antes: en efecto, a partir de 1941 - después de la marcha de la División Azul al Frente Ruso - Alemania empezó a necesitar trabajadores, pues la

movilización de todos los hombres en edad militar dejaba numerosos huecos en las empresas alemanas, que era preciso cubrir, por lo que la Embajada de dicho país ofertó miles de puestos de trabajo que se cubrieron rápidamente, pues los salarios ofrecidos eran muy superiores a los que se ganaban en España. También entonces - como ocurriría en los años sesenta - los que se iban no eran parados, pues tras la guerra civil no los había; eran trabajadores en activo, que se marchaban en busca de mejores salarios, y que regresaban cuando terminaban su compromiso con las empresas contratantes. Así que de "esclavos de Hitler" (como han dicho algunos ignorantes), nada. Conocí personalmente a algunos de éstos obreros voluntarios de mi pueblo, y se fueron a trabajar a Alemania porque les interesó y porque les dio la gana. (Otra cosa es que, a partir de 1943 sobre todo, tuviesen que soportar, como los alemanes, los bombardeos terroristas de los Aliados sobre Alemania.) Uno de ellos era hermano de Manija, la muchacha de servicio que había en casa de mis padres, el cual, cuando terminó su contrato de trabajo, se enroló en la Marina de Guerra alemana, en la que combatió hasta que hundieron su barco los ingleses, siendo hecho prisionero por éstos y enviado a un campo de concentración en Francia; allí le ofrecieron enrolarse en la Legión Extranjera francesa, cosa que aceptó para salir del campo, y lo enviaron, tras el periodo de instrucción, a Indochina, donde los franceses comenzaban a tener problemas; y allí se "tragó" su segunda guerra. (Y es que los de mi pueblo son gente aventurera y no se arredran por guerra más o menos.)

El último contingente de éstos trabajadores españoles regresó a España en cuanto terminó la II Guerra Mundial; fue a recogerlos a Alemania un grupo de miembros de la CNS (Central Nacional-Sindicalista), y cuando su tren atravesaba Francia, en la estación de la ciudad de Chambéry fueron cobardemente agredidos por una turba convocada por el Partido Comunista Francés, siendo apaleados dentro del tren ante la complacencia de la Gendarmería, que no movió un dedo para impedirlo. Éste suceso, que recogió la Prensa en su día, y que motivó una protesta formal del Gobierno Español ante el Francés, me lo relató con todo detalle el camarada Miguel Ramos, de Murcia, uno de los sindicalistas que fueron a recoger a los expedicionarios, y que sufrió en sus lomos la barbarie de los comunistas "gabachos".

Volviendo a los Círculos José Antonio, en Puertollano también se creó uno, en el que naturalmente me integré. En él militábamos pocos falangistas, pero creo que buenos. Recuerdo a los hermanos Manuel y Alfredo Jimeno Mesa, a Castro y a algunos más. Aunque las actividades en la población eran escasas - ya he dicho que la política se hacía en Madrid - manteníamos la bandera del falangismo joseantoniano, tan orillado por el Régimen.

LA HUELGA DE 1962: LOS MINEROS ESTRENAN HUELGA, ANTE EL DESCONCIERTO DEL RÉGIMEN, QUE NO SALE DE SU ASOMBRO

Un buen día - debía ser en la primavera de 1962 - en que Joaquín Lozano (mi compañero y jefe en el Servicio jurídico de la Empresa en Puertollano) y yo estábamos en su despacho de "Mina Asdrúbal", apareció Enrique Poblet, Ingeniero de Minas con destino en el Pozo Norte, más desconcertado que alterado, y nos notificó que el relevo que tenía su término a última hora de la mañana no había salido del Pozo. Todas sus gestiones telefónicas con el interior de la mina, para intentar averiguar la causa, habían fracasado. Los que se ponían al teléfono, al ser preguntados, contestaban con evasivas. Tampoco había conseguido comunicar con ninguno de los Ingenieros o Facultativos que se encontraban en el interior, y que igual que los mineros, no habían salido.

Intentamos comunicar con algún miembro del jurado de Empresa, pero los que representaban al personal del Pozo Norte estaban también en el interior, y no se ponían al teléfono. En vista de que el tiempo pasaba y nadie salla de la Mina, comunicamos el suceso al Sargento de la Guardia Civil de la Barriada de Mina Asdrúbal, el cual a su vez lo comunicó

a sus superiores, y éstos al Gobernador Civil, que en aquellos momentos era un Teniente Coronel del Cuerpo de Mutilados, al que le faltaba un ojo, cuyo nombre no recuerdo.

El desconcierto era total. Nadie, ni las Autoridades ni la Empresa, sabía qué hacer. La falta de entrenamiento para este tipo de cosas era absoluta, y a ello contribuía el hecho de que no existía reclamación previa que justificase la actitud de los mineros. A nadie se le ocurría pensar que aquello era una huelga política, que es lo que era. Yo repasaba mi carpeta de "reclamaciones pendientes" en el jurado de Empresa, y no conseguía encontrar nada que justificase el plante: todo lo que tenía pendiente eran algunas reclamaciones individuales de poca monta, de salarios, clasificación profesional, etc., pero ninguna de la suficiente entidad como para que varios centenares de mineros se encerrasen en la Mina. La última reunión del jurado de Empresa se había celebrado sin novedad alguna digna de mención, y el ambiente entre los trabajadores en aquellos momentos era de tranquilidad. Por eso el suceso era desconcertante.

Con una falta de criterio total, no se suspendió la bajada de los relevos de tarde al resto de los pozos: Santa María, Don Rodrigo, Argüelles y Pozo Este, con lo que sus integrantes, ante tal género de facilidades, decidieron quedarse también en el interior de la Mina, negándose a salir cuando terminó su turno, con lo que conseguimos el bonito número de, en horas veinticuatro, tener a cerca de mil mineros en el Interior, y lo que es peor, sin saber lo que les pasaba, pues no había interlocutores con los que negociar. Casi todos los miembros del jurado de Empresa - que es con los que se podría hablar - rehuían ponerse al teléfono, y los que se ponían contestaban con evasivas; lo más concreto que pudimos oír de ellos es que "se ganaba poco", y que aquello era una forma de protesta.

Como pasaban las horas y los encerrados seguían sin salir, alrededor de los pozos empezaron a congregarse las mujeres de los mineros, así como los compañeros de otros relevos que estaban fuera; las mujeres, con toda lógica, pedían que se les bajase comida, pues llevaban muchas horas sin alimentarse.

También las mujeres de los Ingenieros y Facultativos retenidos estaban inquietas, aunque se podía hablar con ellos y aseguraban estar bien. Los mineros decían que ellos no los retenían; pero como no funcionaba la máquina de extracción, que acciona la "jaula" (el ascensor, para los profanos), no podían salir, por lo que tenían que resignarse a compartir el encierro con los demás.

Poco a poco llegaban noticias de los restantes servicios de la Empresa, que se iban sumando a los mineros en su actitud, aunque sin que los trabajadores ocupasen los centros de trabajo; se limitaban a estacionarse ante las instalaciones, esperando acontecimientos. También llegaban noticias de la Empresa Nacional "Calvo Sotelo", donde estaban ocurriendo cosas parecidas, con los trabajadores concentrados alrededor de los Centros de trabajo.

Ya no cabía la menor duda: estábamos ante una huelga general no declarada, de la que nadie se hacía responsable, y en la que nadie - ni los mineros, ni la Empresa ni las Autoridades - sabían lo que tenían que hacer. La falta de entrenamiento era total; todo eran cabildeos de un sitio para otro, pero nadie resolvía nada. Empezaron a pasar los días, y nadie movía pieza. El problema más grave era el mantenimiento de las instalaciones, sobre todo en la mina, en la que si se deja de bombear, se inundan algunas zonas, con los consiguientes problemas a la hora de reanudar el trabajo. Había pues que encontrar a alguien que coordinase los servicios de mantenimiento y consiguiese que los trabajadores designados para los mismos llegasen sin impedimentos a sus puestos. Finalmente se contactó, en una especie de "puesto de mando" que los huelguistas tenían cerca del pozo "Don Rodrigo", con un Entibador de Primera, que se llamaba Urbano Vozmediano - falangista y excombatiente de la División Azul - que era el que "partía la pana", al menos en la cuenca Sur. Este hombre, que presidía lo que parecía ser una especie de comité de huelga, pidió a los Ingenieros que designasen a los trabajadores de los servicios de mantenimiento, cosa que hicieron; los proveyó de una especie de salvoconductos, firmados por "el comité", y con ésta

documentación pudieron acceder a las instalaciones para cumplir su cometido, sin que los huelguistas, que se repartían entre los que estaban encerrados en la mina y los de los relevos a los que, finalmente, se impidió bajar, les pusieran inconvenientes.

Aunque, como digo, la actitud de los huelguistas era pacífica, la Guardia Civil estableció una discreta vigilancia alrededor de los pozos y centros de trabajo, sin que se produjesen incidentes dignos de mención. Sin embargo, comenzaron a pasar días, y nadie resolvía nada; los alrededores de los centros de trabajo se fueron convirtiendo en campamentos, donde permanecían día y noche mineros y familiares de los que estaban encerrados. De Asturias llegaban noticias de que en la cuenca minera estaba ocurriendo algo parecido a lo de Puertollano. Se empezaba a hablar de que la huelga la habían organizado lo que se comenzaba a llamar "Comisiones de Obreros", que a la larga había de convertirse en Comisiones Obreras.

Como la cosa no tenía trazas de resolverse - no había ninguna reclamación concreta, salvo la muy difusa de que "se ganaba poco" - al fin el Gobernador Civil decidió poner término a la huelga "manu militari". Concentró en Puertollano a dos Compañías de la Guardia Civil y una Bandera Móvil de la Policía Armada (que vino de Sevilla), todo bajo el mando del Teniente Coronel Prieto, de la GC, y ordenó disolver los grupos que estaban acampados alrededor de los pozos. Las "cargas" fueron un poco tontorronas, dado que los trabajadores estaban en plan pacífico, y no ofrecieron resistencia. Yo pude ver concretamente la carga en los alrededores del pozo Don Rodrigo, y resultó un poco como de pelicula italiana; los guardias, con un trotecillo cansino y las "defensas" en la mano, gritaban a los huelguistas:¡a correr! ¡a correr!, y los huelguistas emprendían la huida con el mismo trotecillo que los guardias. Daba la impresión de que se estaba rodando una pelicula, y que ni obreros ni guardias se tomaba aquello muy en serio. No hubo en ninguna de las cargas heridos, salvo algún zurriagazo en la espalda a los que se retrasaban en el trote. Una vez despejado el exterior de los pozos y talleres, quedaba el problema de los encerrados en la mina, que seguían sin salir (llevaban en el interior alrededor de quince días). Allí no había "carga" que valiese: la mina no es una verbena, a pesar de que algún insensato, al que nadie hizo caso, propuso meter a la Guardia Civil en la mina para sacar a los huelguistas. Estaba claro que éstos saldrían cuando les diese la gana, y de momento, no les daba.

Al fin el Gobierno decidió darse por enterado, y asumiendo como motivo de la huelga que "se ganaba poco", decidió remediarlo a costa de quien, en todos los regímenes, acaba pagando el pato: el contribuyente. Se promulgó una Orden Ministerial (del Ministerio de Industria) estableciendo un "plus" de 60 pesetas sobre tonelada de carbón facturada, que pagaría el comprador del carbón (Centrales Térmicas, RENFE, Cementeras, etc), el cual lo acabaría repercutiendo en el precio del producto, que como es sabido, lo paga el sufrido contribuyente.

Con éste "plus" se constituiría un fondo en cada empresa carbonífera, que administraría el jurado de Empresa, para repartirlo entre los trabajadores como les pareciese oportuno.

La solución pareció gustar a los huelguistas, aunque antes de abandonar su encierro quisieron dejar bien amarrados todos los cabos. Salieron de la mina los miembros del jurado de Empresa y varias decenas de Enlaces Sindicales, y se convocó una reunión en el Pozo Norte; la Empresa me designó a mí para representarla como Presidente del jurado (para estas cosas me llenaban las bocamangas de galones), y allá que me encaminé "como oveja entre lobos" - es un decir, pues los mineros son la mejor gente con la que me he tropezado en mi vida - para dilucidar qué productos de la mina estarían sujetos al sobreprecio y cuales no.

La reunión fue tensa, pero correcta; seguramente debido a mi buen carácter y a que los mineros no querían emplearse a fondo contra mí, acabé consiguiendo de ellos que se exceptuasen de la sobrecarga de las 60 pesetas el carbón que se suministraba gratuitamente a todos los empleados de la Empresa (pues lógicamente el "plus" lo hubiera tenido que pagar

ésta) y los "schlamns", que eran los lodos residuales que quedaban tras el lavado del carbón en el Lavadero de Líquidos Densos, y que se vendía a determinadas industrias, pues poseían gran valor calórico y escaso índice de cenizas.

Éstos logros, en una situación tan comprometida, me valieron grandes felicitaciones por parte de la Empresa, que no esperaba conseguir nada en absoluto.

Lo que quedó demostrado fehacientemente es que, aunque la huelga estaba prohibida e incluso castigada como delito en el Código Penal, se había "celebrado" una, y el Gobierno, sin que hubiese una petición concreta, había subido los salarios de los mineros de una forma un tanto heterodoxa. El camino estaba abierto. Y estábamos en 1962. También quedó demostrada la escasa capacidad de reacción de las autoridades, que se pasaron quince días sin saber qué hacer.

A la vista del éxito, dos años después - en 1964 - los mineros volvieron a las andadas, y organizaron otra huelga, a ver qué pasaba. Esta vez, el Gobernador Civil se pasó un pelín: ordenó a la Empresa que despidiese a quinientos mineros - a la Calvo Sotelo le ordenó lo mismo - en plan de escarmiento. Naturalmente le dijimos que eso era una barbaridad, pues suponía, además de un castigo desproporcionado, una gravísima merma de la capacidad de producción. El hombre se lo pensó, y redujo el despido a trescientos. Ante nuestra insistencia, fue reduciendo el número, que finalmente quedó en treinta y cinco, que ya es despedir. Todos recurrieron el despido ante la Magistratura de Trabajo de Ciudad Real, que los confirmó, aplicando la legislación vigente. Como Letrado de la Empresa, hube de asumir el desagradable papel de "malo de la película", aunque algunos de los despedidos me consolaron, diciéndome que comprendían mi papel, y que conmigo "no iba ná". (En 1977, cuando se promulgó la Ley de Amnistía, todos fueron readmitidos o indemnizados).

CAPITULO IV

LA LEY ORGÁNICA DEL ESTADO. LOS CÍRCULOS DOCTRINALES JOSÉ ANTONIO LA CUESTIONAN MEDIANTE UN MANIFIESTO

En 1966, el Régimen decidió vestirse de limpio. Ya habían pasado los fervores presuntamente Nacional-Sindicalistas, y los falangistas estaba claro que estorbábamos los planes de lavarle la cara al "Reino Católico y Social" preconizado en la Ley de Sucesión de 1947. Franco, siempre pragmático, se había echado en brazos de los políticos del Opus, de los demócrata-cristianos de la ACNDP y de los monárquicos, (con Don Juan mantenía un perpetuo "tira y afloja", pero sin soltar la cuerda) todos los cuales le habían preparado una Ley, la Ley Orgánica del Estado, que desarrollaba la Ley de Sucesión y demás Leyes Fundamentales, y daba forma jurídica a aquella cosa extraña que no era ni chicha ni limoná, pero en la que quedaba claro que el que mandaba era él mientras alentase.

A los falangistas, en cuanto se empezó a hablar de aquel Proyecto de Ley, que englobaba lo que se llamaban "las Leyes Fundamentales del Reino" se nos abrieron las carnes y nos entró un mosqueo de muerte. La verdad es que no sé bien porqué, pues ya debíamos estar acostumbrados a los sucesivos intentos de neutralizarnos primero y de eliminarnos después: El Decreto de Unificación en 1937 y la Ley de Sucesión en 1947. Bueno, pues ésta era "la refinitiva", como diría Angel Garó. En ésta Ley, sin decirlo, se ratificaba nuestro "apuntillamiento" y arrastre. Allí no cabía el menor resquicio para ninguna clase de Revolución, ni para la Nacional-Sindicalista ni para ninguna otra que pretendiese cambiar el status alcanzado en aquella extraña Dictadura (nunca, se diga lo que se diga, llegó a ser una Dictadura de verdad) por el Capitalismo financiero y las clases tradicionalmente dirigentes de nuestro país.

Naturalmente, nos quedaba el derecho al pataleo, y decidimos ejercitarlo por escrito. Así que los Círculos Doctrinales José Antonio, antes de que saliese la Ley a la luz pública y a su aprobación por Referendum, pero con cierto conocimiento de su contenido - que había llegado a las manos de Luis González Vicén, Presidente de los Círculos - publicamos un manifiesto claramente condenatorio no solo de la Ley que se preparaba, sino de cómo se preparaba.

Entresaco algunos de los párrafos del manifiesto, del que conservo un ejemplar:

"ESCRITO DIRIGIDO POR LOS CÍRCULOS DOCTRINALES JOSÉ ANTONIO AL GOBIERNO.

Terminada, al parecer, la redacción de las Leyes Fundamentales y ya apunto de hacerse público su contenido, ha llegado el momento de que los Círculos Doctrinales José Antonio, únicamente sujetos a sus compromisos ideológicos y responsables tan solo ante el pueblo español, al que se deben, expresen su opinión sobre dichas leyesy las eleven al Gobierno.

Por la trascendencia que las mencionadas Leyes puedan tener para el porvenir de nuestra Patria y para la futura convivencia y tranquilidad de los españoles, así como por considerar que cualquier fracaso en su contenido o en su forma de realización pudiera significar un testamento final del Re gimen, en lugar de ser algo que le diera principio y continuidad, nos vemos obligados a tratar éste tema con el mayor rigor. El temor de que éstas leyes no se ajusten a unos principios eternos e inmutables, sino más bien a conveniencias particulares, de clases o de sectas, nos mueve a exponer cuales son éstos principios, a nuestra manera de ver, para que todos aquellos que han sido permanentemente fieles a ellos puedan jugar las Leyes, próximas a publicarse, a través de éstos conceptos básicos.

Los principios que deben regir la estructura de las Leyes constituyentes son los siguientes:

1. Todo el poder dimana de Dios y el pueblo es su depositario.

2. Los gobernantes ejercen el poder como representantes del pueblo y depositarios de él, por mandato expreso o tácito de los gobernados.

3. El poder que se entrega a los gobernantes es para el buen gobierno y beneficio de los gobernados. No existe delegación para el abuso o desviación.

4. El pueblo tiene derecho y deber de vigilancia ante el desvío o la mala administración, de una manera continuada y clara.

5. La intervención del pueblo en la Administración debe realizarse en toda la escala del poder, desde la Jefatura del Estado hasta la Administración de Gobierno.

6. Por razón del origen divino del poder, depositado en el pueblo, éste debe tener una intervención clara en toda acción que hipoteque o modifique su porvenir.

7. Para el ejercicio de éstas obligaciones y derechos, o - lo que es lo mismo - su vertebración, organización política e instituciones, deben ser absolutamente independientes del Gobierno.

8. Las libertades fundamentales del hombre, consecuencia lógica de su libre albedrío, deben, no solo ser proclamadas, sino garantizadas, ya que sin ellas el pueblo no podría desarrollar sus derechos y deberes. Éste fallo traería como consecuencia la ruptura de la unión entre gobernantes y gobernados, y por ello, la relación de los primeros con los segundos sería de dominio a tiránica.

9. El Estado tiene la obligación de marcar cauces para el ejercicio de los derechos y deberes de los ciudadanos, bien sean plurales o singulares, por medio de los cuales puedan ser realizados éstos derechos y deberes dentro de la ley con absoluta independencia del poder.

10. Son respetables y deben ser respetadas las Instituciones, el Estado y el Gobierno, pero no con el mismo rango los hombres que los representen. Partiendo del principio de la mutabilidad del hombre y de su libertad de actuar bien o mal, el representante de una Institución merece el mismo respeto que ella misma en tanto y en cuanto utilice su cargo para el bien común; desde el momento en que lo haga para el bien propio o del grupo no representativo, el poder es ejercido por él ilícitamente, y por tanto, tiránicamente. Por eso necesita el pueblo resortes concretos para separar del Gobierno los hombres desviados, así como Tribunales que analicen y jueguen las responsabilidades en que pudieran incurrir.

Para lograr un Estado democrático y representativo es preciso acudir a la votación en determinados casos, pero es necesario asimismo que concurran determinadas condiciones para llegar, con la máxima precisión, al conocimiento de la opinión del pueblo sobre la materia consultada. Éstas condiciones pueden resumirse en las siguientes:

a) Publicar con la suficiente antelación la materia a consultar para que el pueblo tenga un previo conocimiento de la misma.

b) Vertebración natural del pueblo para conseguir, a través de ella, una mejor preparación política y una más eficaz actuación.

c) Periodo de discusión con libertad y garantías.

d) Posibilidad de constituir las Instituciones representativas del pueblo, para análisis y rectificación o modificación, en su caso, de lo propuesto.

e) Absoluta y total independencia de las presiones e influencias que pudieran provenir del extranjero.

Sobre éstas condiciones hay que subrayar dos principios que, necesariamente, han de fundamentar las Leyes que pretendan organizar, para un largo periodo histórico, la vida social de un país con eficacia y con garantía de continuidad.

1) Que su fondo doctrinal se ajuste a los principios de derecho que rigen los pueblos.

2) Que su elaboración, tramitación y promulgación se ajan rigurosamente por la trayectoria democrática que siga el poder.

Si las leyes, en lugar de observar honestamente éstos principios, SON UNA ESPECIE DE ENCAJE A LA FUERZA, IMPUESTO POR LOS GRUPOS DE PRESIÓN, POR LAS CASTAS O LAS CLASES MÁS PODEROSAS, SU FINAL ES, LÓGICAMENTE, NO SER RESPETADAS POR LOS GOBERNADOS Y POR TANTO, NO SER APTAS PARA ORDENAR EL FTTTCIRO.

DEBEMOS ADVERTIR QUE LA FORMA EN QUE, AL PARECER, SE IZAN CONFECCIONADO LAS LEYES QUE ESTÁNA PUNTO DE APARECER, ES IRREGULAR, Y POR ELLO TEMEMOS QUE NO TENGAN LA EFICACIA NI LA GARANTÍA DE CONTTNUIDADQUE, POR NUESTRO AMOR A ESPAÑA, DESEAMOS PARA SU FUTURO.

LA COMISIÓN QUE AL PARECER HA REDACTADO LAS LEYES DE QUE TRATAMOS NO REUNE LAS MÍNIMAS CONDICIONES DE REPRESENTANTES, NI SIQUIERA EN CUANTO A COMUNIÓN IDEOLÓGICA, DEL PUEBLO ESPAÑOL, YA QUE, EN SU MAYORÍA, PROFESAN, COMO DOCTRINA POLÍTICA, UN DETERMINADO TIPO DE MONARQUISMO; MÁS CLARO: LA AFECCIÓN A LA PERSONA DE DON JUAN DE BORBÓN. ¿PUEDE, POR TANTO, SORPRENDER A ALGUIENQUE LAS NUEVAS LEYES SE INCLINEN HACIA LA MONARQUÍA LIBERAL, A PESAR DEL SENTIMIENTO CONTRARIO A ESA MONARQUÍA DE LA MAYORÍA DE LOS ESPAÑOLES?

EL SECRETO EN QUE HAN SIDO ELABORADAS SITUA FUERA DE LA VIDA DEMOCRÁTICA A LAS PRESENTES LEYES, PUESTO QUE EL DESCONOCIMIENTO DEL PUEBLO, E INCLUSO DE LAS INSTITUCIONES POLÍLICAS DEL PAIS, CIERRAN LA POSIBILIDAD DE TOMAR POSTURA EN EL SUPUESTO DE QUE NO CONVINIESE A AQUELLOS LO ELABORADO.

SE NOS DIRÁ QUE, EN ÚLTIMO TÉRMINO, EL REFERÉNDUM DECIDIRÁ. PERO ESA OBJECIÓN NO ES VÁLIDA, YA QUE ENTENDEMOS QUE EL CITADO REFERÉNDUM ES ÚTIL Y LÍCITO CUANDO LA CUESTIÓNQUE A ÉL SE SOMETE ES TAN CONCRETA 0 TAN SENCILLA QUE PUEDE RESOLVERSE, SIN NINGUNA DUDA, CON UNA AFIRMACIÓN 0 UNA NEGACIÓN. PERO ES PELIGROSO E ILÍCITO CUANDO LO QUE SE SOMETE A REFERÉNDUM, POR SU COMPLEJIDAD 0 SU INCONCRECIÓN, NO PUEDE SALVARSE CON UN SIMPLE MONOSÍLABO.

Con lo que exponemos a lo largo de todo éste escrito, los falangistas que formamos en los Círculos José Antonio de toda España creemos que queda clara nuestra postura ante las Leyes Fundamentales que van a aparecer en breve. Únicamente nos mueve, como decimos antes, a dar a conocer nuestra opinión, un deber de lealtad. Lealtad a los muertos, a España, a nosotros mismos y a la propia Jefatura del Estado. Si en ésta coyuntura guardásemos silencio por un mal entendido principio de disciplina, nos quedaría dentro la amargura de no haber sido capaces de actuar con auténtica lealtad a todo lo que consideramos serio, en un momento decisivo para el futuro de España. "

Hecho el Manifiesto, había que distribuirlo, a ser posible en toda España, o al menos en aquellas poblaciones o provincias en que hubiese algún miembro de los Círculos. Como yo estaba en Puertollano, me tocó distribuirlo en la provincia de Ciudad Real, así que mi hermano Diego, que era el Vicepresidente de los Círculos, vino de Madrid a traerme varios centenares de ejemplares.

Interesaba sobre todo que el Manifiesto llegase a la mayor cantidad posible de cargos políticos y jerarquías del Movimiento, así que me puse manos a la obra, como en los mejores tiempos de la "carta abierta al General Franco", en los ya lejanos tiempos de la Universidad. Confeccioné una lista de jerifaltes lo más amplia que pude, y me dispuse a enviar los Manifiestos en los típicos sobres marrones, que son los más baratos. La verdad es que, como conspirador, yo no he sido nunca muy fino; en vez de coger el coche y marcharme a otra población para echar los sobres, ¡qué coño! Me fui a la estación de RENFE de Puertollano y eché todos los sobres en el buzón de dicha estación, que era muy hermoso. ¡Y que le fueran dando por saco al cabo furriel!

Naturalmente tardaron muy poco en averiguar quién era el astuto cartero; pero no me atacaron "por lo derecho", para evitarse el mal trago de que les dijese algunas ordinarieces con las que solíamos obsequiar a nuestras jerarquías cuando nos tocaban las narices. Por otra parte, y ya lo tengo dicho en páginas anteriores, el Régimen y sus jerarcas eran muy aprensivos con éstas cosas; siempre pensaban que había alguien importante detrás, por lo que iban con pies de plomo y mirando a todos los lados, por si acaso. Así que el ataque fue indirecto: El Sub-jefe Provincial del Movimiento de Ciudad Real, que a la sazón era José María Martínez Val, llamó por teléfono al Director de mi Empresa en Puertollano, Pablo Pleyber - un Ingeniero de Minas francés de origen alsaciano con el que me llevaba muy bien, después diré porqué - para decirle que me advirtiese de que la próxima cartita que distribuyese en la provincia atacando a las "Instituciones", daría lugar a mi puesta en el límite de dicha provincia, amenaza que se utilizaba mucho por los Gobernadores Civiles para asustar a los disidentes pusilánimes, que, modestia aparte, no era mi caso, pues de siempre me he crecido con "el castigo". Así que le dije a mi amigo Pleyber que si le volvía a llamar Martínez Val, me avisase para ponerme yo al teléfono. Pleyber me miraba, asombrado de que en España pasasen éstas cosas tan raras, pero como extranjero que era, no quiso profundizar más en el tema. Martínez Val no volvió a llamarle, con lo que la cosa quedó zanjada aparentemente. Y digo aparentemente, porque días después me llamó el Alcalde de Puertollano, Emilio Caballero, al que estaban a punto de nombrar para otro cargo político; me dijo que si quería ser Alcalde de Puertollano, para lo cual estaba propuesto formalmente por él, tenía que moverme, pues había "problemas". Los "problemas", naturalmente, provenían de mi participación en la difusión del Manifiesto de los Círculos, que al Gobierno le había caído como un tiro. Le contesté que mi interés por ser Alcalde era nulo, no por eludir el compromiso, sino porque entendía que ocupar un cargo público en un Régimen que hacía mofa y befa de la doctrina falangista me parecía traicionarme a mí mismo; así que ya me podían borrar de la terna y que ascendieran los que me seguían en el "orden sucesorio": Sanchez Ramírez y Millán Aguilar. Finalmente nombraron a Millán, un farmacéutico de la población, pues Sánchez Ramírez, al ser Letrado del Ayuntamiento, tenía incompatibilidad; yo seguí de Concejal, que era un cargo electo del que no me podían despojar. Ventajas de la Democracia, incluso de la Orgánica.

Para remachar mi negativa, escribí una solemne carta al Gobernador Civil, rogándole mi eliminación de la terna, "por no interesarme el cargo." ¡Toma ya!. Chulo que es uno.

Días después apareció en el diario LANZA, de Ciudad Real, un "suelto", del que muy probablemente era autor Martínez Val, aludiendo a nuestro Manifiesto contra la Ley Orgánica del Estado; en el se refería "a ciertos círculos" cuyas tesis "coincidían sospechosamente con las de Santiago Carrillo".(?). Increíble, pero cierto. Ahora resultaba que éramos rojos.

Poco tiempo después visitó Franco Puertollano, para inaugurar, además de la Casa Sindical - sede de los Sindicatos - algunas nuevas instalaciones del complejo industrial de la "Calvo Sotelo". Como Concejal, asistí a lo de la Casa Sindical, donde tuve un "rifi-rafe" precisamente con Nicolás Murga, todavía Lugarteniente General de la Guardia de Franco (no de la Escolta, recordemos: La Guardia de Franco no tenía nada que ver con la Escolta de Franco. Ésta confusión aún trae locos a los "enterados"). El bueno de Murga, al que no veía desde hacía diez años, en que me marché de Madrid para trabajar en Puertollano, en cuanto me vio, vino a darme un efusivo y sincero abrazo; (siempre tuvo predilección por la Centuria 20). Venía acompañando, junto con otras personalidades, al Caudillo. Pero tras el abrazo se sacó de un bolsillo un ejemplar del Manifiesto de los Círculos, me lo mostró y me espetó: ¡hijos! ¡sois unos cabrones! ¿cómo habéis escrito esto?. Yo, que en el asunto del manifiesto solo había intervenido en su distribución, empecé con toda paciencia a explicarle lo disgustados que estábamos los jóvenes falangistas con el rumbo que llevaba el Régimen, por el que nos sentíamos definitivamente traicionados. A todas éstas, comenzaban a llegar a la Casa Sindical las personalidades que acompañaban a Franco, ante cuya entrada, discutíamos Murga y yo, cada vez en un tono más alterado. Las tales Autoridades nos miraban con asombro, pues Franco estaba a punto de llegar, y los miembros des su Escolta - los de las metralletas - estaban tomando posiciones ante el edificio. Murga, midiendo mal sus fuerzas, cometió un grave error: con voz alterada, me dijo que lo del Manifiesto era una cobardía, pues "iba sin firmar". Ahí perdí yo los papeles, y a grandes voces le dije que si era por eso, yo lo firmaba allí mismo, y luego se lo dábamos a Franco en mano, aprovechando que estaba al llegar; así que saqué mi estilográfica solemnemente; Murga se aterró, pues efectivamente el Rolls Roice del Caudillo acababa de aparecer por la esquina, así que se guardó otra vez el Manifiesto en el bolsillo, me dijo que estábamos todos locos, y ahí terminó el incidente; él se sumó al cortejo, y yo me puse en la fila de los Concejales, para recibir a Franco, quien nos dio a todos la mano, con su rostro inescrutable y tostado por el sol. Era 1966 y tenía un aspecto fenomenal, aunque ya se le notaba levemente el Parkinson.

Y aclaro lo de mi amistad con Pablo Pleyber, a pesar de que él era el Director y además me llevaba quince o veinte años de edad.

Pablo (Paul) Pleyber tenía una historia bastante complicada, como muchísimos franceses de los que vivieron la segunda guerra mundial. En su juventud había militado en el partido "Action Francalse", de Charles Maurras; al comenzar la guerra, y estar en edad militar, fue movilizado y enviado al frente a combatir a los alemanes, como era su obligación. Derrumbado el frente y derrotado el Ejército francés, fue hecho prisionero, e internado en un campo de prisioneros de guerra. Firmado el Armisticio con Alemania y ya bajo el Gobierno de Vichy, presidido por el Mariscal Petain, al iniciarse la invasión de Rusia por parte de Alemania, Pleyber, junto con muchos otros franceses, se fue voluntario a combatir contra el bolchevismo. Formó parte de la División Carlomagno, que reclutó a 60.000 hombres, y combatió en Rusia hasta el término de la guerra. Durante ésta, la División Carlomagno, que se distinguió por su valor y combatividad, pasó a ser una División de las Waffen-SS, y mi amigo Pablo alcanzó en ella el grado de Obersturmbannführer, algo así como Teniente Coronel, siendo herido varias veces y condecorado ampliamente. Al finalizar la guerra, fue hecho prisionero por los rusos, quienes lo enviaron a Francia, donde sus compatriotas, después de someterlo a un trato vejatorio y maltratarlo reiterada y gravemente - un gendarme de los que le custodiaban le propinó un golpe con la culata del fusil en el pecho, que le ocasionó la fractura de varias costillas y una grave lesión en un pulmón - lo condenaron a muerte. Alguien debió interceder por él, pues la pena le fue conmutada por la de destierro en Argelia, con prohibición de regresar a Francia. En Argelia entró en contacto con la Empresa Peñarroya, que lo admitió como Ingeniero de Minas; y de allí, al cabo de unos años, fue destinado a España, primero a Cartagena y después a Puertollano, donde yo lo conocí.

Con éste historial, se comprende que desde el principio me cayese bien e hiciésemos amistad.

Y volviendo a la Ley Orgánica del Estado, y a pesar de nuestras reticencias - que el Gobierno se pasó por los mismísimos - fue aprobada en Referendum popular por un noventa y tantos por ciento de votos, al igual que la Ley de Sucesión diez años antes. Como entonces, y digan lo que digan los "listos" de ahora, no hubo trampas. El pueblo, en España, siempre vota a favor de lo que intuye que va a salir, para no quedarse entre los perdedores. Además la propaganda, en los Referendums, siempre la hace el Gobierno, como es lógico, a favor de lo que propone, ya sea una Dictadura, una Democracia o una merienda de negros.

Con la Ley Orgánica quedó institucionalizado el Régimen, consolidado el mandato vitalicio de Franco, neutralizado el Movimiento, desaparecida la Falange y claramente abierto el camino hacia la Monarquía. Una hermosura."Y el pueblo muy satisfecho de ver tanta maravilla", como decía el Romance.

Transcurridos los años y "cumplidas las previsiones sucesorias", algunos eximios franquistas, reciclados en demócratas de toda la vida, harían meritorias filigranas jurídicas (el Derecho Politico se deja hacer de todo; el papel es "muy dócil) con ésta Ley para pasar "de la legalidad a la legalidad", y "mutatis mutandi" convertir a España en una Democracia de las de Pata Negra, o al menos, de Jabugo.

DICIEMBRE DE 1966: SOY TRASLADADO A CARTAGENA POR MI EMPRESA

A principios de diciembre de 1966 mi Empresa me comunicó que había decidido trasladarme a los Servicios Jurídicos en Cartagena, a donde debería incorporarme en un plazo de quince días. Así que cogí el petate, a mis tres hijos y a mi mujer - que traía de camino el cuarto - (en aquella época éramos así de valientes), y "llegué a puerto, al que los de Cartago dieron nombre...", como dice Cervantes.

Daba la impresión de que el traslado tenía como origen mi nada disimulado enfrentamiento con las autoridades de Ciudad Real, y que éstas habían forzado a mi Empresa a mandarme a Cartagena; pero no era así, pues meses antes del "affaire" del Manifiesto ya me habían hablado de la posibilidad del traslado, dado que los Servicios de Cartagena requerían otro Abogado.

Lo cierto es que llegué a Cartagena el 15 de diciembre de 1966, y en ésta ciudad viviría una gran parte de mi vida, hasta el 17 de noviembre de 1989: 23 años.

Los primeros días de mi estancia en Cartagena fueron en el Gran Hotel, en pleno centro de la ciudad, muy cerca de Capitanía; allí me aposenté con toda mi familia durante unos días, hasta que llegó el capitoné con mis enseres y los acomodé en la vivienda que me habían destinado: Un pequeño chalet de dos plantas, situado en el barrio de la Conciliación, también llamado de la Concepción, pero conocido por los cartageneros como barrio de Quitapellejos.

Al día siguiente de llegar hice mi presentación en las oficinas centrales de la Empresa, situadas en un bonito palacete de principios del siglo XX, en el Paseo de Alfonso XIII esquina a la calle Angel Bruna; constaba (y consta, pues sigue existiendo) de dos plantas, y estaba rodeado por un bonito jardín, que por cierto ha desaparecido tras la venta del palacete cuando Peñarroya levantó el vuelo de Cartagena, dejando paso a un horroroso edificio de diez o doce plantas, que en forma curvada rodea al palacete, el cual, con semejante mamotreto detrás ha perdido todo su encanto.

El Director de los Servicios de Cartagena (aunque en el régimen interno de la Empresa se le llamaba Sub-director, para no coincidir en el tratamiento con el Director General, que residía en Madrid) era Don Wladimiro Vovk Jmielovsky, francés de nacionalidad,

pero ruso de origen; era hijo de rusos emigrados a Francia tras la Revolución bolchevique, y estaba casado con una española. Don Wladimiro, que hablaba el español perfectamente - mejor que muchos españoles que yo conozco - me recibió afectuosamente, así como mi nuevo compañero, Mwo González Alzugaray, jefe del Servicio jurídico de la Empresa en Cartagena. Me destinaron a un pequeño despacho en la planta baja, y en los días siguientes fui conociendo y tomando contacto con los distintos Servicios: las explotaciones mineras (de mineral de plomo) compuestas por varias canteras - explotaciones a cielo abierto escalonadas - situadas en la Sierra de Cartagena-La Unión; el Lavadero de minerales, en la bahía de Portman; los Talleres de "La Maquinista de Levante", en La Unión, y la Fundición de Santa Lucía, situada en el barrio del mismo nombre en Cartagena. Por aquellas fechas, entre todos éstos servicios había unos 1.500 trabajadores.

Naturalmente, enseguida contacté con el Círculo José Antonio de Cartagena; en él militaba un pequeño grupo de jóvenes falangistas, que se reunía donde podía. El Presidente era julio Díaz Sales, y el Secretario Pascual Sánchez Máiquez. Recuerdo también a Félix Méndez llamas, y algunos otros camaradas, la mayoría muy jóvenes.

También contacté con viejos conocidos del SEU y alguno de los fundadores de la Centuria 20: Concretamente con Eugenio Martínez Pastor, el cual había dado un giro de 180 grados en sus ideas políticas, y se había situado a la izquierda de la Izquierda. Asimismo contacté con Francisco Carbajosa, al que conocía del SEU de Madrid y de los cursos de Mandos a los que había asistido; trabajaba en Cartagena como Arquitecto.

Cartagena, en aquellos años, era una ciudad próspera y tranquila. Su potente industria pesada la convertía en la población más importante del sureste de España: además de la Empresa Nacional Bazán, de construcciones navales militares, y el complejo petroquímico del valle de Escombreras, con la Refinería, Central Térmica, etc., contaba con varias e importantes industrias: Española del Zinc, Explosivos Riotinto, Peñarroya, etc, alrededor de todas las cuales proliferaban multitud de industrias auxiliares y complementarias. A todo ello hay que sumar la Marina de Guerra, que en Cartagena era - y es - determinante de la importancia de la ciudad.

En éste escenario, pues, inicié una nueva etapa de mi vida, junto con mi familia, que a poco de llegar se convirtió en "Familia Numerosa" legalmente hablando, pues nació mi cuarto hijo, que vino a completar el "cuarteto" que en aquella época era necesario para conseguir tan honroso título. Así que Pablo, que así se llamaba y se llama el neófito, vino a incorporarse a mi animosa familia, compuesta por mi mujer, Mary, y mis otros tres hijos: Fernando, José Antonio y Cristina. Todos gente de empuje, pues a ninguno de ellos se lo lleva el viento, por mucho que sople.

EL 23 DE NOVIEMBRE DE 1970 EN ALICANTE: LA POLICÍA ARMADA REPRIME Y PERSIGUE A LOS FALANGISTAS DE LOS CÍRCULOS JOSÉ ANTONIO

El 23 de noviembre de 1970 marcó un antes y un después en las relaciones de los Círculos José Antonio con el Régimen y con el Movimiento. Hasta ese momento nos movíamos en una especie de ambigüedad en la que nuestras críticas, siempre leales y claras - aunque duras y explícitas - eran toleradas de mala gana por las Autoridades, que bastante tenían con la cada vez más activa oposición política, que se manifestaba sobre todo en el terreno laboral, enredando todo lo que podía en los conflictos laborales a través de las clandestinas, aunque semi-toleradas, organizaciones sindicales: OSO, USO, CCOO, etc. (Lo de la semi-tolerancia puedo corroborarlo personalmente, pues como Presidente del jurado de Empresa sabía cuales de los miembros de dicho jurado pertenecían a las organizaciones clandestinas, con los que era conveniente contar siempre que se planteaba un conflicto laboral, para su resolución).

Pues bien, en éste clima cada vez más deteriorado de eso que pomposamente se llama "la paz social", llegó el 20 de noviembre de 1970, fecha en la que, como es sabido, conmemoramos los falangistas el fusilamiento de José Antonio Primo de Rivera en Alicante el 20 de noviembre de 1936.

Además de los actos que se celebraban en la Basílica de San Lorenzo de El Escorial, y después en la del Valle de los Caídos tras el traslado de José Antonio al mismo, en Alicante se celebraba también un sencillo acto en la Casa-Prisión, donde estuvo encarcelado y donde fue fusilado en la madrugada del 20 de noviembre de 1936.

Las conmemoraciones de la muerte de José Antonio traían cada vez más complicaciones al Régimen. Unos años antes, durante el funeral en el Valle de los Caídos, había ocurrido un incidente todavía peor que el de la "revista de traseros" que protagonizamos las Centurias 18, 20 y la de Montañeros de la Guardia de Franco. Aquél incidente, con ser grave, fue silencioso, y cuando ocurrió solo lo presenciaron algunos cientos de personas. Como la Prensa no lo recogió (para eso estaban los Censores, algunos de los cuales "censuran" ahora la Censura que ellos ejercitaban), casi nadie se enteró. Pero éste del Valle de los Caídos sí que fue sonoro, y de tintes apocalípticos. No lo presencié, pues desde que salí de Madrid para trabajar en Puertollano me resultaba difícil - ya era un jodido trabajador - desplazarme a la capital a eventos políticos. Me lo relataron muchos camaradas que sí estuvieron presentes.

El incidente, que fue tan espontáneo e improvisado como casi todo lo que hacemos los falangistas, fue el siguiente: el funeral se estaba celebrando como todos los funerales: consistía en una Misa solemne, en el altar Mayor de la Basílica. Franco se sentaba en el presbiterio, igual que cuando se celebraba en El Escorial, y el Gobierno, Autoridades, Cuerpo Diplomático, etc. ocupaban los primeros bancos. El resto de asistentes, hasta llenar completamente el gran túnel en que consiste la Basílica, lo llenaban falangistas de todas "las leches", es decir, los acomodados en el Régimen y los que lo cuestionaban. En el momento de la Consagración, en que se apagaban todas las luces y solo permanecía iluminado el gran Cristo que cuelga sobre el Altar Mayor, sonó una gran voz, que resonó en todo el templo, como venida de ultratumba: ¡¡¡FRANCO!!!; ¡¡¡TRAIDOR!!! Todos los asistentes se quedaron sobrecogidos, sobre todo Franco, que no sabía bien si la voz procedía del otro mundo o de algún falangista de los que llenaban la Basílica. Pasados los primeros momentos de sorpresa, se confirmó la procedencia no sobrenatural del grito, y el autor del mismo fue retenido por algunos oficiosos, a pesar de que otros "no oficiosos" intentaron facilitarle la salida al exterior, sin conseguirlo. Fue entregado a la Policía, y posteriormente fue juzgado y condenado a prisión por "injurias al jefe del Estado". Nunca llegué a averiguar quien fue el protagonista del incidente; parece que fue un espontáneo exaltado que obró por su cuenta, demostrando desde luego un valor un tanto temerario; pero así estaban las cosas entre Franco y los falangistas de filas.

Con éstos precedentes escasamente tranquilizadores para el Régimen, el 20 de noviembre de 1970 se presentaba amenazador para el mismo, pues los Círculos José Antonio habíamos convocado para el domingo 23 de noviembre (el 20 era laborable, y trasladamos la conmemoración al 23, que era domingo) a todos los afiliados de España, y a todos los falangistas que quisieran acudir a los actos a celebrar en Alicante, a una concentración en la Explanada, el gran paseo de palmeras de la ciudad.

Desde unos días antes, el Servicio de Información y Documentación de la Presidencia del Gobierno (antecesor inmediato del CESID), había informado a Don Luis Carrero Blanco, - al que había nombrado Franco Presidente del Gobierno, seguramente para quitarse de encima la "plasta" de los Consejos de ministros - de algo un tanto alucinante: según dichos Servicios, los Círculos José Antonio habíamos convocado la concentración en Alicante para nombrar a un jefe Nacional de la Falange, lo cual parecía llevar consigo la destitución de Franco como jefe Nacional del Movimiento, en el cual se englobaba ésta. Según ésta información tan extravagante, el nuevo jefe Nacional iba a ser mi hermano Diego, Presidente

de los Círculos José Antonio de toda España, al que íbamos a nombrar por aclamación. Con ésta información, proporcionada seguramente por algún infiltrado un tanto imbécil, el Gobierno (Don Luis Carrero Blanco) decidió prohibir la concentración, prohibición que, siguiendo nuestra costumbre, decidimos ignorar, por lo que los Gobernadores Civiles de toda España recibieron instrucciones para que la Guardia Civil impidiera, en las carreteras de cada provincia, el paso de autobuses hacia Alicante, para lo cual la Benemérita paraba a todos los autobuses que veía ocupados por gente joven y bullanguera vistiendo camisa azul, y los hacía regresar a sus puntos de origen. Enterados de que el sábado 22 habían impedido el paso a numerosos autobuses procedentes de las provincias más lejanas, dimos órdenes de viajar a Alicante en turismos: cuatro o cinco camaradas por automóvil, y con las camisas azules ocultas, rara astucia con la que conseguimos entrar en la ciudad alrededor de 1.500 falangistas, pues la Guardia Civil no paraba a los turismos. (Ya por aquél entonces, los fines de semana aumentaba enormemente el tráfico).

Como era domingo, yo me encontraba en la Dehesa de Campoamor (en la costa sur alicantina), pasando el fin de semana con mi familia, así que llegar a Alicante no me costaba más de tres cuartos de hora. Así que, después de dejar a mi hijo pequeño (3 años) Pablo en Campoamor, bajo la custodia de mi amigo Enrique Garcerán y su mujer, Josefina, monté al resto de la familia: mi mujer y mis hijos Fernando, José Antonio y Cristina, en mi Simca1000 (cinco plazas con nervio), y enfilé la carretera Nacional 332, dirección Alicante. Por si acaso, tanto mi mujer como yo llevábamos las camisas azules camufladas bajo un jersey, para evitar identificaciones no deseadas. Llegamos a Alicante sin novedad, y aparcamos en la mismísima Explanada, entre dos autobuses cargados de guardias de la Policía Armada, ante los cuales, que nos miraban sorprendidos, nos quitamos los jerseys, quedándonos en mangas de camisa azul. Como las bofetadas parecían estar aseguradas, a continuación dejamos a nuestros tres hijos en casa de un militar, amigo de nuestro amigo Alfredo Casais, militar también, destinado en Cartagena. Éste militar nos informó de que las tropas de guarnición en Alicante estaban acuarteladas, y de que los hospitales de la ciudad habían recibido grandes cantidades de plasma, y estaban también en alerta.

Ante semejantes noticias, que por una parte "acongojaban" nuestro ánimo, pero por otra halagaban nuestra vanidad, al haber conseguido semejante éxito de público y crítica con nuestra presencia en Alicante, regresamos a la Explanada, para incorporarnos a la presunta concentración de la que tan inquietantes novedades esperaba el Gobierno. Llegados al lugar de la ocurrencia, intentamos "concentrarnos" reiteradamente: en cuanto veíamos un grupo de gente con camisa azul, nos uníamos a ellos, pero enseguida llegaban los guardias y nos dispersaban. A los que se resistían a "disolverse" les aplicaban "las defensas" en los lomos, con lo que no había forma de reunir un grupo lo suficientemente significativo para cantar un "Cara al Sol" decente.

En vista de la imposibilidad de agruparnos, corrimos la voz de reunirnos en la iglesia de San Nicolás, en el centro de la ciudad, así que allá nos encaminamos, irrumpiendo en Misa de doce, aprovechando, ya que estábamos allí, para cumplir con el precepto dominical. Entramos en la iglesia unos quinientos o seiscientos falangistas, luciendo nuestras camisas azules, muchas de ellas cargadas de condecoraciones militares, pues un gran número de los concentrados eran excombatientes de la guerra civil y de la División Azul. El cura que celebraba la Misa no salía de su asombro, al ver el celo litúrgico que nos había entrado a los falangistas aquél domingo. Pero el hombre terminó su Misa y se metió en la Sacristía.

De fuera nos llegaban noticias alarmantes: la iglesia estaba rodeada por cientos de guardias con casco, escudo y porra en mano, señal inequívoca de que nos esperaba una salida del templo algo accidentada. En vista de la situación, decidimos aguardar unos minutos hasta que saliera de la iglesia la feligresía "normal", es decir, la gente que había ido a Misa como todos los domingos, y a la que no queríamos involucrar en nuestros asuntos, que prometían ponerse al rojo vivo en breves momentos. Una vez que confirmamos que dentro del templo no quedábamos más que nosotros, tras un pequeño conciliábulo decidimos salir, pues los encierros en los templos, que se habían puesto de moda entre los trabajadores

protestones, no nos parecían lo más adecuado para nuestro caso. Así que salimos, encontrándonos que efectivamente la pequeña plazoleta que hay frente a la iglesia de San Nicolás estaba ocupada prácticamente por varios centenares de guardias, con toda la parafernalia antidisturbios, que la Policía Armada había adquirido hacía poco tiempo, y que al parecer se disponía a estrenar brillantemente en nuestros cuerpos serranos.

En la plaza casi no había sitio para los guardias y nosotros, por lo que nos quedamos unos instantes frente a frente, falangistas y policías, en un silencio amenazador. (Nunca se sabía la cantidad de armas cortas que podía haber en un grupo tan numeroso y tan cualificado de falangistas, muchos de los cuales eran excombatientes de dos guerras, según atestiguaban las condecoraciones militares que lucían). El Comandante que mandaba la fuerza, francamente nervioso, se dirigió a mi hermano, para decirle que tenía órdenes de disolvernos sin contemplaciones y con la máxima contundencia; y bien que lo sentía, pues nos dijo que él también había sido Jefe de Centuria del FJ; pero las órdenes son las órdenes. Mi hermano le dijo que bueno, pero que antes de disolvernos íbamos a cantar el Cara al Sol. El Comandante asintió, y los guardias retrocedieron unos metros para dejarnos sitio en la plaza, así que cantamos el Cara al Sol casi metiéndoles los brazos levantados en la cara. Terminada nuestra breve ceremonia, comenzamos a dispersarnos por las calles adyacentes. En otros lugares de la ciudad hubo numerosos incidentes con la Policía, con algunos heridos, pero no llegó la sangre al río, por suerte para nosotros, pues según supimos luego, la Policía tenía órdenes de actuar con toda dureza. Se ve que la presunta "destitución" de Franco como Jefe Nacional de la Falange había "llenado el gorro de migas" (como dicen los manchegos) al Gobierno y éste había decidido cortar por lo sano.

La noche anterior a éstos sucesos había llamado a mi hermano un alto preboste del Movimiento para decirle que sabía que "de lo más alto" (no se sabe si del Altísimo, de Franco o de Carrero) le habían asegurado que si se producía algún muerto en los disturbios, "le formarían Consejo de Guerra y lo fusilarían", a lo que mi hermano le contestó que en ese caso se podían ahorrar el Consejo de Guerra. (Para evitar gastos).

Afortunadamente no hubo ningún muerto, por lo que no hubo que fusilar a nadie; pero quedó claro que el Régimen actuaba contra nosotros como contra cualquiera que no se ajustase a sus criterios. Se ve que había perdido los complejos de culpa frente a los falangistas, y estaba dispuesto a "darnos para el pelo" en cuantas ocasiones se presentasen.

Antes de regresar a Campoamor decidí hacer una visita al Gobernador Civil de Alicante, que era Mariano Nicolás, viejo camarada del SEU, para preguntarle como se sentía después de saber que sus guardias habían apaleado a numerosos camaradas suyos. Entré en el Gobierno Civil, donde mi ostentosa camisa azul puso en guardia a los policías de la puerta, y conseguí llegar al piso de arriba, donde un secretario me aseguró que el señor Gobernador no se encontraba en su despacho, en vista de lo cual le dejé una tarjeta, agradeciéndole el trato dispensado aquél día a tanto falangista de filas.

1973: EL ASESINATO DE CARRERO BLANCO

Después de los sucesos de Alicante, los numerosos y descoordinados Servicios de Inteligencia del Régimen decidieron vigilarnos y espiarnos, cada uno por su cuenta. Lo más socorrido eran las escuchas telefónicas, seguramente no autorizadas por ningún juez. Como los sistemas de control eran bastante rudimentarios, cada vez que nos poníamos en contacto con el Círculo de Madrid, e incluso entre nuestros teléfonos particulares, se oían unos ruidos extrañísimos, con lo que deducíamos que los "espías" o sus cintas magnetofónicas estaban a la escucha. Entonces iniciábamos una conversación cicotrina, llena de frases misteriosas que parecían dar a entender que preparábamos horribles confabulaciones antigubernamentales y estropicios sin cuento. Después de agotar el repertorio de excentricidades que se nos ocurrían, y antes de colgar, insultábamos groseramente a los presuntos oyentes y a sus

madres (¿qué culpa tendrán las madres de todo esto?), por lo que a veces se cortaba repentinamente la comunicación, señal inequívoca de que estaban a la escucha directa, y se cabreaban al oír tantas alusiones obscenas a sus presuntamente ilegítimos nacimientos.

Aparte de éstos divertimentos, las actividades de los Círculos - que con tanto acoso crecían como las setas - se multiplicaban. Celebrábamos actos políticos en toda España, y parecía que la Falange renacía de sus cenizas. Las críticas al Régimen, siempre por las claras y sin tapujos de ninguna clase, eran continuas, y se centraban en la clarísima intención del Régimen de restaurar la Monarquía liberal "cuando se cumplieran las previsiones sucesorias", a pesar de todas aquellas monsergas del "Reino Católico y Social", y que "el Movimiento sucedería al Movimiento", frase que tanto repetía Franco. La realidad es que la mayoría de los políticos que rodeaban y adulaban a Franco aspiraban a perpetuarse, en ellos o en sus hijos, en el Sistema que sucediera al Régimen de Franco, cada vez más desvirtuado de sus orígenes y más titubeante ante los mil problemas internos y externos que se sucedían uno tras otro. Esta perpetuación se ha cumplido rigurosamente, y desde que se instauró la llamada Democracia hemos podido ver en el Gobierno, (tanto en el del PP como en el del PSOE) en la Administración, en las grandes empresas públicas y privadas, en los grandes bancos, en los medios de comunicación, etc., a los hijos, sobrinos y nietos de los más ilustres prebostes del Régimen de Franco, cuando no a los mismos prebostes reconvertidos en demócratas de pata negra. Vivir para ver.

Franco ya no era lo que fue. Cada vez más apartado de la política, dejaba ésta en manos del Presidente del Gobierno, Carrero, y él se limitaba a asistir a actos protocolarios o inauguraciones, amén de las consabidas cacerías. También su salud se resentía; la flebitis y el Parkinson le mermaban a luces vistas, pero oficialmente estaba sano como una pera.

La "Revolución de los claveles" en el "fraterno Portugal" (como él decía) le sumió en una gran tristeza, sobre todo cuando unos energúmenos profanaron la tumba de Oliveira Salazar.

Pero el golpe definitivo a su salud y a su moral fue el asesinato de Camero Blanco perpetrado por ETA en Madrid, y jaleado por la llamada oposición democrática, esa que tanto alentó a ETA "en la lucha antifranquista", y que luego se ha convertido también en el blanco de la misma, que ya no distingue, para matar, entre franquistas o antifranquistas. Cría cuervos...

A los falangistas, que se quiera o no somos buena gente, aquél asesinato nos pareció una vileza y una canallada. El hecho de que Camero no fuese santo de nuestra devoción, no le quitaba dramatismo al asunto. Una cosa es que no nos tuviese simpatía - nadie está obligado a tenérnosla - y otra es jalear un crimen. Por otra parte Camero era un brillante Marino, que siempre sirvió a su Patria con lealtad, y eso, ideas politicas aparte, es para los falangistas lo más importante.

Lo cierto es que con aquél asesinato, el Régimen comenzó a declinar irremisiblemente. Camero era, desde hacía años, el que gobernaba el timón - muy acorde con su profesión - del Estado. Su desaparición dejó expedito el camino a los reformadores de dentro y de fuera del Régimen, en espera de que el Caudillo, ya muy mermado, falleciese.

ciego a diestro y siniestro, pero con poca fuerza. La Universidad vivía en pura anarquía desde que llegaron a ella los ecos de la famosa - no se sabe porqué - Revolución del "mayo francés", denominación que no viene de ninguna variante erótica de la cosa, sino de que surgió en mayo de 1968, promovida en Nanterre por unos estudiantes pillines a los que la autoridad académica de aquella Universidad prohibió acceder a las residencias de las chicas; los pillines en cuestión protestaron violentamente, y ya puestos, inventaron una Revolución, consistente mayormente en difundir frases más o menos altisonantes de Sartre y otros franceses de lustre, y en dejarse crecer vistosas melenas que lucían al viento en sus barricadas parisinas, emulando a "los Miserables" de Víctor Hugo. Precioso todo. Los obreros

franceses, que son muy prácticos, enseguida se dieron cuenta de que aquello era una "boutade" más de cuatro señoritos ociosos, por lo que pronto abandonaron aquella revolucionceja de pacotilla, a la que se habían sumado por si sacaban algo.

La anarquía en que vivió la Universidad española - especialmente la de Madrid - desde finales de los sesenta hasta la muerte de Franco, e incluso durante los primeros años de la transición, tiempo durante el cual los días de

huelga eran casi tantos como los de clase, traería más tarde como consecuencia dificultades para encontrar trabajo a los graduados universitarios que terminaron sus estudios tras ese periodo, pues muchas empresas privadas, desconfiando de la formación recibida por éstos en época tan tumultuosa, rechazaban a los que se habían graduado en esos años.

CAPITULO V

20 DE NOVIEMBRE DE 1975. MUERTE DE FRANCO

Tras la muerte de Camero, era fácil vaticinar lo que se avecinaba. Las ratas, ante el naufragio, se apresuraban a abandonar el barco, que hacía aguas por todas partes. Los problemas se multiplicaban, tanto en el exterior como en el interior, y el Gobierno daba palos de

En el campo laboral, el panorama era parecido; las huelgas y los conflictos se sucedían, sobre todo en la empresas públicas y en las dependientes del INI; Comisiones Obreras y Unión Sindical Obrera (USO)

actuaban ya por las claras, y estaban totalmente infiltradas en la Organización Sindical del Régimen, por lo que los que teníamos que entendernos con los representantes de los trabajadores en cualquier tipo de conflicto, sabíamos perfectamente con quién parlamentábamos.

Ante semejante panorama, el Régimen se endureció, como suele ocurrir cuando un sistema político se hunde sin remedio. Creó el TOP (Tribunal de Orden Público), por el que pasaba todo aquél que se oponía al Régimen, aunque las condenas no solían ser muy severas. Los actos de terrorismo - a cargo fundamentalmente de ETA - eran juzgados por la jurisdicción Militar en Consejos de Guerra cuando conseguían detener a los autores; la pena de muerte se aplicó en muy pocos casos, aunque sonados.

A todas éstas, Franco no salía de una crisis de flebitis para meterse en otra, y su papel en el Régimen era más simbólico que otra cosa. Sabiendo que su final se acercaba, decidió formalizar la sucesión a la jefatura del Estado, por lo que, el 23 de julio de 1969 el Príncipe Don Juan Carlos juró ante las Cortes Españolas las Leyes Fundamentales y los Principios del Movimiento como sucesor de Franco a título de Rey. Para Don Juan Carlos se inició una época de muchísimo trajín con tanto juramento: el 22 de noviembre de 1975, recién enterrado Franco, volvió a reiterarlo al acceder al Trono, cosa que no significó un gran obstáculo para que tres años después jurase una Constitución cuyo contenido es bastante diferente a todo lo jurado anteriormente. Y es que los juramentos en política son como los juramentos de amor eterno para algunos amantes: duran lo que un merengue en la puerta de una escuela.

La Iglesia por su parte también preparaba el desembarco. Los Obispos que hasta entonces paseaban a Franco bajo palio, le empezaron a disparar buenas andanadas en la línea de flotación. Y no digamos nada de los curas "progres"; éstos se despachaban todos los domingos y fiestas de guardar con estrambóticas homilías político-sociales, ante una feligresía que no salía de su asombro al ver semejante espectáculo. Era frecuente en aquella época que algunos feligreses, ante semejantes homilías, abandonasen el templo indignados por el "chaqueteo" clerical.

Las Fuerzas Armadas, a pesar de que iban de desconcierto en desconcierto, eran leales a Franco en un 99'99 por ciento. Y dejo esa centésima para que quepan algunos zascandiles de última hora, que siempre los hay, incluso en una Institución tan decente como es el Ejército. Lo del desconcierto viene a cuento de las sucesivas retiradas a que los políticos les obligaron en aquellos años. Después de la retirada del territorio de Ifni - tras una pequeña, pero sangrienta guerra desconocida por los españoles, pero en la que las Banderas Paracaidistas y de la Legión se dejaron un buen número de muertos - vino lo del Sahara, con su "Marcha Verde" organizada por el "hermano" Hassan, que terminó como todos sabemos, y cuyas consecuencias aún están coleando. (Y lo que te rondaré, morena).

¿Y el Movimiento? Se preguntará el curioso lector. Pues el Movimiento, según sesudas fórmulas elaboradas por Don Torcuato Fernández Miranda y otros sabios de la época, convertido en una cosa que se definió por éstos portentosos ideólogos como "la

comunión de todos los españoles en los principios del Movimiento y demás Leyes Fundamentales". (O algo así). O sea, todos, menos algún que otro rojo recalcitrante. ¿Y la Falange?. Esa es la que estaba mejor: se la definió como "en estado gaseoso" dentro del Movimiento.

Bueno, la realidad era bastante peor: las organizaciones falangistas que aún existían dentro del Movimiento, vivían un desconcierto peor que el que vivía el Ejército, pues intuían su próxima disolución y su pase al "estado gaseoso" que se les había asignado.

Franco, que llevaba gravemente enfermo varios meses, no levantaba cabeza. Por aquellas fechas se produjo la Marcha Verde organizada por Hassan y apoyada en la sombra por nuestros "amigos" los americanos, que ya estaban al acecho de los fosfatos y otras presuntas riquezas de los territorios saharianos. El apoyo americano a Hassan no era explícito, pero daba qué pensar el hecho de que por aquellas fechas el Ejército Marroquí fuese reforzado con cien carros de combate por nuestros "amigos" americanos, que al parecer eran amigos de todo el mundo, o les sobraban carros de combate por todas partes. Así que Hassan, que era cualquier cosa menos tonto, montó el numerito de la Marcha Verde, aprovechando circunstancias tan favorables como eran la enfermedad de Franco y la ambigüedad de los americanos respecto a nuestros problemas con Marruecos. Y allá que mandó a trescientas mil personas desarmadas, hombres, mujeres y niños, a invadir la hasta entonces provincia española del Sahara Occidental. Nuestro Ejército, que estaba preparado para todo menos para enfrentarse a aquella turba de desgraciados, se quedó desconcertado, desconcierto que se tornó en indignación cuando recibió la orden de retirarse y abandonar el territorio en manos de aquellos desarrapados. Don Juan Carlos, ya Príncipe de España, visitó a nuestros soldados para darles moral, gesto que le honró, pero la suerte del territorio ya estaba echada, y por arte de birlibirloque pasó a manos del moro.

La enfermedad de Franco era ya irreversible y todos los españoles lo sabíamos; se traslucía a través de los comunicados diarios del "equipo médico habitual" que atendía al jefe del Estado.

Y así estaban las cosas cuando llegó el 20 de noviembre de 1975.

Como todos los años, al llegar el 20 de noviembre, además de los funerales por el alma de José Antonio que se celebraban en la Basílica del Valle de los Caídos, en todas las poblaciones, las jefaturas locales del Movimiento organizaban también funerales con la misma intención. En Cartagena, donde yo residía desde 1966, también se celebraban, precisamente en la Consagrada Iglesia de nuestra Señora de la Caridad, Patrona de la ciudad. La Misa-funeral era a las 6 de la mañana, coincidiendo con la hora en que fue fusilado José Antonio.

Presidía la ceremonia el Alcalde y jefe Local del Movimiento, que en aquellos momentos era Luis Roch, una excelente persona con la que los falangistas de los Círculos José Antonio nos llevábamos muy bien, a pesar de nuestras reticencias hacia el Movimiento. Debido a ésta buena relación, me invitó, como Presidente del Círculo de Cartagena, a que me situase junto a él en la presidencia del funeral.

Mediada la Misa (serían las 6'20), se acercó al Alcalde el jefe de la Policía Municipal y le dio la noticia: El jefe del Estado acababa de fallecer, o al menos a él se lo acababan de comunicar. (Luego se dijo que había muerto el día 19, pero que se retrasó la hora oficial del fallecimiento para hacerlo coincidir con el aniversario de la muerte de José Antonio. Vaya usted a saber). Lo cierto es que había muerto. Tengo que reconocer que la noticia, aunque esperada, me impresionó y me tiltristeció profundamente, como a la mayoría de los españoles, aunque ahora la "Censura blanca" sostenga lo contrario. No comprendo a esa gente que ahora, a toro pasado y cuando éstas fanfarronadas son de balde, presume de haber brindado con champagne (¡hay que ser desalmados, además de cursis!) al conocer la noticia.

Yo, que hasta ese momento - como tantos falangistas - había cuestionado la actitud de Franco hacia la Falange, (véanse los capítulos anteriores) de la que se aprovechó mientras le fue útil, y que abandonó a su suerte cuando ya no le servía, comencé, fiel a mi costumbre de apuntarme a todas las causas perdidas, a reconvertirme en franquista, justamente lo contrario de lo que millones de españoles empezaron a hacer. Se inauguraba una época, que perdura y perdurará durante decenios, en que el chaqueteo nacional, una vez más en nuestra Historia, arrastra por los suelos a quien antes enalteció y aclamó hasta el paroxismo e incluso hasta el ridículo. Visto ahora el asunto, con una perspectiva de veintisiete años, y oyendo y leyendo lo que se dice y escribe por lo más granado de la intelectualidad y de la política, según los cuales parece que durante 40 años no hubo más de seis o siete franquistas en toda España, podría parodiarse la famosa frase de Churchill: "nunca tantos estuvieron tan acojonados durante tanto tiempo por tan pocos".

TRAS EL ENTIERRO DE FRANCO, COMIENZA LA PREVISTA DEMOLICIÓN DE SU RÉGIMEN, QUE SE PRODUCIRÁ GRACIAS A LA MILAGROSA CONVERSIÓN A LA DEMOCRACIA DE MUCHOS DE LOS DIRIGENTES DE AQUEL, ANSIOSOS DE AFERRARSE A LA NUEVA TETA QUE SE AVECINA

El entierro de Franco fue sonado. Ahora dirán lo que quieran, pero ahí está la filmoteca de Televisión Española - las cámaras no mienten - que da testimonio gráfico de lo que fue aquello. El cadáver, expuesto en el Palacio Real, recibió el homenaje de varios cientos de miles de españoles, muchos de los cuales se desplazaron expresamente a Madrid para el acontecimiento. Las colas para entrar un momento en el vestíbulo y pasar ante el féretro, eran kilométricas; iban desde el Palacio, por la calle Bailén, Mayor, Puerta del Sol, Alcalá ... y la gente aguantaba en pié horas y horas, con caras compungidas y preocupadas, pues muchos no las tenían todas consigo. La desaparición de Franco, a pesar de lo del "atado y bien atado", desasosegaba a la mayoría de los españoles, acostumbrados desde 1939 a que no pasara nada. El fantasma de la guerra civil estaba presente en la memoria de todos los que la habíamos vivido, aunque muchos como yo, lo hubiera sido en la infancia.

La nueva jura, tres días después del entierro, de "los Principios del Movimiento y demás Leyes Fundamentales del Reino" (ya no se decía Régimen, sino Reino) por el Príncipe Don Juan Carlos - que se convirtió automáticamente en Rey - tranquilizó a mucha gente, que lo que quería ver era a alguien de uniforme militar al frente del cotarro, por si acaso.

El Presidente del Gobierno, Arias Navarro, se enfrentaba a la nueva situación con desconcierto, pues la presión de los medios de comunicación - radio y prensa, pues TV no había más que la oficial - y de la naciente oposición del Partido Socialista recién reinventado, le traían a maltraer: todo el mundo pedía cambios políticos profundos, y el daba palos de ciego a diestro y siniestro, sin decir ni sí ni no, sino todo lo contrario.

El Movimiento, absolutamente desvirtuado, había dado paso a las "Asociaciones Politicas", invento de algunos cerebros privilegiados de políticos en trance de conversión a la democracia, que pretendía el funcionamiento de diversas tendencias dentro del mismo: una especie de partidos politicos de mentirijillas, que no se saliesen del tiesto en demasía.

Los falangistas, que nos resistíamos a quedar reducidos al "estado gaseoso" que se nos había asignado, seguíamos agrupados en los Círculos José Antonio y en otras organizaciones, ya en franca divergencia con el Movimiento, que se había convertido en una cosa estropajosa que ni la madre que lo parió sabía lo que era.

Un buen día fui llamado a una reunión, como Presidente del Círculo José Antonio de Cartagena, convocada por la Jefatura Local del Movimiento, desempeñada aún por Luis Roch. En aquella reunión - supongo que se celebraron otras similares en todas las Jefaturas del Movimiento en España - se pretendía conciencias a los militantes del Movimiento para

que se agrupasen en una "Asociación política" que iba a sustituir al Movimiento y que iba a ser la repera; yo le dije claramente a Luis Roch que nos olvidásemos de mandangas, que lo que venían eran los partidos políticos, y lo que había que hacer, aprovechando los restos de poder que le quedaban al Movimiento, era crear un partido que se llamase Falange Española de las JONS, para estar en las mejores condiciones posibles cuando llegase lo que claramente se avecinaba.

Los Círculos José Antonio, previendo el futuro, ya habíamos puesto en marcha las "Juntas Promotoras de Falange Española de las JONS", para, en cuanto se autorizasen los partidos políticos, legalizar a ésta.

La vida de las Asociaciones políticas dentro del Movimiento fue corta, por no decir inexistente. Tras la Ley de Reforma Política, que dio la auténtica "vuelta de la tortilla" al Régimen, rápidamente vinieron los partidos políticos, como se esperaba, y se abrió la ventanilla de inscripciones.

El Movimiento, antes de desaparecer, prestó su infraestructura - extendida por toda España - a su último Secretario General, Adolfo Suárez (el "converso" más famoso de todos) gracias a lo cual éste consiguió organizar un partido de Centro (el tan traído y llevado Centro por el que todos se pelean) con el que consiguió ganar las primeras elecciones generales: UCD.

UN "CLÁSICO": LA DIVISIÓN DE LOS FALANGISTAS

Los falangistas, fieles a nuestra inveterada costumbre, estábamos divididos en varios grupos irreconciliables, todos los cuales pretendían tener la auténtica ortodoxia de la Falange, ahora que desaparecido el Movimiento parecía llegada la hora de la verdad. La batalla consistía en discutir quién era "más" falangista que el otro, hasta el punto de que hubo quien pensó (entre los falangistas nunca faltó el sentido del humor) en inventar un aparato que midiese el falangismo de cada cual: el "falangistómetro". A pesar de las divergencias, se llegó a un acuerdo de todos los grupos, entre los que estábamos los Círculos, (los primeros que habíamos creado las juntas Promotoras de FE de las JONS): el acuerdo consistía en que, el grupo que consiguiese el nombre de Falange Española de las JONS, convocaría a un Congreso de todos los grupos, del que saldrían los dirigentes del partido y sus órganos de gobierno.

Finalmente, el nombre lo consiguió el grupo que lideraba Raimundo Fernández Cuesta, uno de los pocos "falangistas movimientistas" que no había caído del caballo tocado por el rayo divino camino de Damasco, como San Pablo; no en vano había sido Ministro del Régimen durante casi toda la vida de éste, y el Ministerio de la Gobernación aún le tenía ciertas consideraciones.

Cuando los restantes grupos le pedimos que, cumpliendo lo acordado, convocase un Congreso para elegir entre todos los órganos de Gobierno, el camarada Raimundo dijo que cáscaras, que el juguete era suyo y que quien quisiera que se apuntase, pero de soldado raso. A la vista de tan desoladora respuesta, los Círculos José Antonio, liderados por mi hermano Diego, continuamos funcionando por nuestra cuenta, igual que los otros dos grupos falangistas: Falange Española Auténtica, presidida por el Dr. Narciso Perales, y Falange Española Independiente, liderada por Sigfredo Hillers.

Las diferencias ideológicas entre los cuatro grupos eran mínimas: todos nos regíamos por los 27 puntos fundacionales de la Falange, aunque la Auténtica se había sacado de la manga lo de la Autogestión" de las empresas por los trabajadores, cosa que no entendían ni ellos; pero todos coincidíamos en que España necesitaba, más que un cambio de Régimen, una Revolución que cambiase las estructuras sociales y económicas, desplazase al

Capitalismo - o al menos pusiera al Capital en su sitio - e implantase una verdadera justicia social.

Las diferencias entre los grupos nacían del pasado. El grupo de Fernández Cuesta, formado por los falangistas más viejos, seguía aferrado al pasado y a su vinculación con el Régimen de Franco. En él militaban muchos de los falangistas que habían colaborado con el Régimen y habían ocupado en él puestos de responsabilidad, los cuales se sentían obligados a la lealtad a Franco "post morten".

El grupo de Narciso Perales (la "Auténtica"), por el contrario, renegaba del Régimen, pues se consideraba heredera de la rebelión de Manuel Hedilla en 1937 contra el decreto de Unificación, e ignoraba por tanto todo lo ocurrido a partir de dicha fecha.

La "Independiente" de Sigfredo Hillers era menos tajante que la "Auténtica" en su apreciación del pasado, pero circulaba por parecidos senderos.

Finalmente, los Círculos José Antonio, creo que con mayor realismo, asumíamos el pasado íntegro de la Falange, con sus éxitos y fracasos, con su colaboración con el Régimen y con su posterior alejamiento del mismo al comprobar que éste jamás haría la Revolución que España necesitaba. Respetábamos la figura de Franco, sin sumarnos a la repugnante orgía de insultos que se había desatado contra él, una vez comprobado que no iba a resucitar. (Durante algún tiempo hubo sus dudas). Y sobre todo, en los Círculos manteníamos que mirar al pasado no conduce a nada, a no ser a convertirse en estatuas de sal, como la mujer de Lot.

Naturalmente, de ésta división de los falangistas, no podía salir nada positivo. La concurrencia a las elecciones bajo distintas "advocaciones" desconcertaba totalmente a los posibles votantes, que no sabían a qué atenerse. Se imponía el sentido común: había que intentar la unidad de todos, para constituir un solo partido. Los falangistas de los Círculos José Antonio, tragándonos algunos sapos, volvimos a la carga con la Falange Española de las JONS de Fernández Cuesta, que por otra parte adolecía de militancia, sobre todo joven. Tras arduas conversaciones, nos integramos en dicho partido, siendo nombrado Diego Márquez, hasta entonces Presidente de los Círculos, Sub-jefe Nacional de FE de las JONS.

Los otros dos grupos falangistas (FEA y FEI) siguieron empecinados en la discordia, sumidos en viejos agravios, que al parecer les imposibilitaban para unirse a nadie.

En Cartagena, el Círculo José Antonio acató disciplinadamente la "unificación", y ya bajo el nombre de Falange Española de las JONS, comenzamos a funcionar, en perfecta sintonía con los camaradas de otras procedencias. No éramos muchos, pues las escasísimas probabilidades de nuestra llegada al poder no atraía precisamente a masas ingentes; pero éramos los suficientes para dar testimonio de nuestra existencia, al menos en Cartagena.

ORGANIZAMOS LA FALANGE EN CARTAGENA. ANECDOTARIO DE LAS ELECCIONES, DONDE SE VE QUE NO ES ORO TODO LO QUE RELUCE

En las primeras elecciones generales en que participamos, lo hicimos en una especie de "totum revolutum": aquello se llamó Unión Nacional, que era una coalición con otras fuerzas "nacionales", entre las que destacaba Fuerza Nueva. No era, desde luego, la coalición de nuestra vida, pero por algo había que empezar.

A mí me tocó dirigir el asunto en Cartagena, donde se sacaron bastantes votos, pero no los suficientes como para obtener un acta de diputado en Murcia. A nivel nacional, solo se obtuvo un diputado: Blas Piñar, lides de Fuerza Nueva, que había impuesto su nombre en el

primer puesto de la candidatura de Madrid. Para ese viaje no hacían falta alforjas. La Falange no sacaba nada, y encima nos identificaban con la extrema derecha, que usaba nuestros símbolos, nuestra camisa azul y nuestra bandera. Y vete tú a explicar a la gente que la Falange no tiene nada que ver con la extrema derecha. (Esa extrema derecha que ha desaparecido, pero que no es que se hayan muerto todos, no; es que vota al Partido Popular, que es la derecha, aunque sea sin "extremar"). En aquellas elecciones hubo bastantes irregularidades e incidentes: recién comenzadas, a primeras horas de la mañana, me comunicaron que en muchas mesas electorales de las barriadas periféricas se habían acabado las candidaturas de Unión Nacional. Los chavales que trajeron la noticia venían entusiasmados ante lo que parecía el comienzo de un triunfo electoral inesperado; pero pronto se descubrió la causa de tan sorprendente suceso; algunos militantes de los partidos de extrema izquierda se dedicaban a llevarse subrepticiamente de los colegios electorales las papeletas de Unión Nacional, y los presidentes de aquellas mesas, en lugar de suspender la elección hasta que se repusieran, o no se enteraban de lo que pasaba, o les daba igual, y seguían adelante con la elección. Inmediatamente denuncié la irregularidad ante la junta Electoral. (aún estoy esperando, veintitantos años después, la resolución de la denuncia).

Después de tan desgraciado estreno en las urnas, nos olvidamos del tema, y nos dedicamos a organizarnos en Cartagena. Lo primero era buscar un local céntrico, para que la gente supiese de nuestra existencia. Lo encontramos precisamente en la calle Mayor. Era muy pequeño (20 o 25 metros cuadrados), pero tenía un hermoso balcón a la calle, en el que pusimos un mástil con una enorme bandera roja y negra, que colgaba desde nuestro segundo piso hasta el primero, y era visible para todo el que pasase por la calle Mayor. (Por la calle Mayor de Cartagena suelen pasar a diario casi todos los cartageneros: "tvamo a dá una vueltesica por la calle Mayor?'~ (No corregir la ortografía. Es que los cartageneros hablan así). Así que el escaparate ya lo teníamos puesto.

La militancia no era multitudinaria, pero aunque heterogénea, era entusiasta. Estaba formada por los miembros del Círculo José Antonio de Cartagena, que eran los más jóvenes, y por los que se integraban en la FE de las JONS ya reconocida a Fernández Cuesta; a éstos dos grupos se fueron uniendo camaradas de otras procedencias: de la Agrupación de Antiguos miembros del Frente de juventudes, de la Vieja Guardia, Excombatientes, Excautivos, etc.

Yo fui nombrado jefe Local, y empezamos a funcionar, sin más ayudas económicas que nuestra cuotas mensuales, con las que pagábamos el alquiler del piso y otros pequeños gastos.

De aquellos primeros y difíciles tiempos recuerdo con afecto a los camaradas que hicieron posible la reorganización de la Falange en Cartagena; un pequeño y entusiasta grupo, de las más variadas procedencias, edades y profesiones, que consiguieron, contra viento y marea, dejar constancia de que la Falange no había muerto con el Régimen de Franco, sino que por el contrario, comenzaba a aclararse de la confusión en la que había vivido en aquél "cajón de sastre" que fue el Movimiento.

Empezando por los más veteranos, mencionaré a Leandro Navarro, Excautivo y Vieja Guardia; Francisco Bueno Sanabria, Excombatiente y Teniente Coronel de Infantería de Marina; Manuel Roig Serrano de Pablo, Carlos León Roch, Emilio Pérez Pujol, y Javier (un navarro recio cuyo apellido no recuerdo) médicos todos ellos; Pascual Sánchez Máiquez y Fulgencio Segado (Pencho), agentes de seguros; Francisco Banegas, profesor de EGB; Carmelo, empleado de banca; Antonio Macián Bobadilla, marino mercante y detective privado; Pepe Torres, industrial; el Teniente Garrido, (un Teniente de la Guardia Civil retirado); Pepe González, empleado de Iberdrola; Julián Galindo, antiguo Oficial Instructor del FJ; Javier Pavía, "Nelson", y otros varios estudiantes y chavales, jóvenes y entusiastas, cuyos nombres tampoco recuerdo (la edad no perdona).

LA CONSTITUCIÓN

Por aquellas fechas, las Cortes constituyentes recién constituidas (valga la redundancia) estaban redactando la Constitución, en la que trataban de encajar eso tan difícil que es darle gusto a todo el mundo, incluidos los nacionalistas vascos y catalanes. Aparentemente les dieron gusto, con aquello del reconocimiento de las "nacionalidades". Luego se ha visto que no ha sido suficiente, pero ese reconocimiento les ha dado pie para lo que estamos viendo y para lo que nos falta por ver. Los falangistas, en cuanto se conoció el texto de la Constitución, pusimos el grito en el cielo, pues manteníamos que de reconocer "nacionalidades" a que los nacionalistas empezaran a hablar de "Naciones" no había más que un paso. Pero nadie nos hizo puñetero caso. Éramos unos agoreros. Ya te digo. (Ya José Antonio dijo que los falangistas somos "aguafiestas iluminados")

El nuevo Régimen esperaba consolidarse con la aprobación de la Constitución en Referéndum, para lo cual antes de la consulta a los ciudadanos, sus edecanes trataban de recabar opiniones, sobre todo de lo que entonces se llamaban los "poderes fácticos", o sea, el Ejército. (Fuerzas Armadas, para ser más exactos). A tal efecto, un buen día se presentó en Cartagena el Vicepresidente del Gobierno, General Gutiérrez Mellado, para reunirse con una abundante representación de mandos altos y medios de la Armada y Ejército de Tierra. (Creo que también había representaciones del Ejército del Aire) También había Comisiones de Suboficiales. Entre los altos mandos estaba el Capitán General de la Región Militar de Valencia, Don Jaime Miláns del Bosch y varios generales más, además de todos los altos mandos de la Marina del Departamento.

Conocí de primera mano lo que ocurrió en aquella reunión, relatado por un buen amigo mío, alto mando de la Armada, que estaba invitado a comer en mi casa precisamente tras la reunión, que por cierto resultó tempestuosa.

La intención de Gutiérrez Mellado era dar a conocer las líneas maestras de la Constitución a los militares, para cerciorarse de que en el futuro no le dieran un susto (que a pesar de todo se lo darían tres años después). La reunión se celebró en el Arsenal Naval de Cartagena, en una gran sala en la que se situaron, por orden jerárquico, las distintas representaciones militares: en las primeras filas Generales y Almirantes, y detrás y por su orden el resto de mandos, terminando por los Suboficiales.

El General Gutiérrez Mellado disertó sobre el contenido de la Constitución, de la que se declaró "partidario", como era de esperar. En el turno de preguntas, un Capitán de Corbeta le hizo algunas que no le gustaron, por lo que lo despachó sin grandes miramientos. Pero lo peor estaba por llegar. El General Atarés, de la Guardia Civil, (que por cierto sería asesinado por ETA años después) interrumpió a Gutiérrez Mellado en sus explicaciones, llamándole traidor y otros variados insultos, ante la estupefacción general de los presentes, que no sabían donde meterse. Una considerable parte de la concurrencia inició un aplauso al General Atarés, ante la ira de Gutiérrez Mellado, que recurriendo a su jerarquía, ordenó ¡firmes! a todos los presentes; después ordenó al General Milans del Bosch (el de mayor graduación de los presentes) el arresto del General Atarés, que salió de la sala acompañado por aquél.

Tras el incidente, que dejó muy mal cuerpo a todos los asistentes, terminó el acto, y cada mochuelo volvió a su olivo. Parece que lo que inquietaba a los militares, o al menos a un buen porcentaje de los alli presentes, era lo mismo que nos inquietaba a los falangistas: el separatismo, al que se daban alas en la Constitución al amparo de la milonga esa de las "nacionalidades", a pesar de la afirmación que contiene el texto sobre la "indisoluble unidad de España".

El Referéndum para la aprobación de la Constitución tuvo las mismas trazas que, durante el Régimen anterior, tuvieron los similares para la aprobación de la Ley de Sucesión y la Ley Orgánica del Estado y Leyes Fundamentales del Reino: todos los medios de comunicación en manos del Gobierno de UCD - que eran prácticamente los mismos que tuvo el Régimen anterior - se volcaron a favor del "Si" y del vituperio del "No".

El "No" tuvo poco predicamento, a pesar de que la libertad de expresión era total; pero claro, la libertad de expresión solo está al alcance de los que poseen los medios públicos de expresión: periódicos, revistas, emisoras de radio, etc.

Por otra parte, el texto en su conjunto, y desde la perspectiva del ciudadano medio, era aceptable; sin olvidar que en España, tradicionalmente, lo que propone el que está en el poder se suele aceptar, pues la gente piensa que cuando está en el poder por algo será.

Los falangistas, en principio, no nos oponíamos cerrilmente a la Constitución, pero sí nos oponíamos a algunos de sus contenidos, en los que veíamos un peligro latente de exacerbación de los nacionalismos periféricos que acabaran en separatismo puro y duro. Creo que el tiempo nos está dando la razón.

De otro lado, los Referéndums tienen el inconveniente de que se plantean para ser respondidos con un Sí o un No a todo un texto legal bastante complejo, que la inmensa mayoría de los votantes no ha leído, y que en el caso de los que sí lo han leído, se puede estar de acuerdo con unas cosas sí y con otras no, por lo que responder a todo sí o a todo no resulta un tanto aberrante.

En definitiva, lo prudente nos pareció votar "No" o sencillamente votar en blanco o abstenernos, y eso hicimos. Por supuesto el Sí salió adelante por goleada, igual que había sucedido en 1947 con la Ley de Sucesión y años después con la Ley Orgánica. Y es que ningún Régimen, sea autoritario o democrático, plantea un Referéndum para perderlo. (Eso solo le pasó a De Gaulle, que no debía ser tan listo como pretenden sus exégetas).

Tras la aprobación de la Constitución, las "conversiones" a la Democracia, ya consagrada como Dios manda, se centuplicaron. Fue algo portentoso: todo el mundo había sido antifranquista, incluso los franquistas más acérrimos. Todo el mundo había estado en la cárcel o perseguido. Incluso muchos que habían estado en el extranjero una temporada disfrutando de alguna beca del Régimen, decían que habían estado "exiliados". Había que hacer "curriculum" para optar a las nuevas mamandurrias, que se adivinaban sustanciosas, o simplemente para permanecer en los cargos o en los empleos obtenidos durante la Dictadura: Periodistas, escritores, actores, directores de cine, humoristas, intelectuales, presentadores de radio o televisión (muchos de ellos de la Cadena Azul del Movimiento), se revestían con el impóluto manto democrático. Algunos intelectuales incluso escribían libros para "descargar sus conciencias" del tiempo en que habían sido "malos". Era la Transición, palabra en la que entran las letras de la palabra "traición", y que rima con ella.

Mi reacción personal ante tanta indignidad, como la de muchos falangistas, fue primero de asco, y luego, sorprendentemente incluso para mí mismo, de defensa de Franco cada vez que era insultado o escarnecido. Mi sentido de la lealtad, que reconozco que es casi enfermizo, me hizo reaccionar en "franquista", a mí, que en vida de Franco había cuestionado su Régimen por considerar que había traicionado todos los postulados de la Falange y nos había reducido a simple coreografía en los tiempos en que le interesó la coreografa de nuestras formaciones. Pero es que aquello se pasaba de la raya. La Historia se repetía, aunque ahora más lentamente (40 años no se borran en un soplo). Igual que el 14 de abril de 1931 España "se acostó monárquica y se levantó republicana", despidiendo a Don Alfonso XIII con cajas destempladas, después de que muchos monárquicos de campanillas se convirtieran en republicanos en cuestión de horas, en 1975 y no digamos a partir de 1978, miles de franquistas de aquellos de las "adhesiones inquebrantables" no solo se cambiaron de chaqueta, sino que lo hicieron sin elegancia y a lo bestia. Muchos falsearon sus biografias,

o sencillamente se las inventaron. Algunos, que habían sido "camaradas" en la Falange (léase Movimiento), se convertían en "camaradas" del Partido Comunista o "compañeros" del PSOE. Podría dar nombres a punta de pala, pero son tantos y me da tanto asco que renuncio. Ellos saben quienes son.

¿Dónde estaban los dos millones de afiliados del Movimiento? Pues sencillamente en UCD, en Alianza Popular, en el PSOE y hasta en el PC recién legalizado. ¿Y que había pasado con los miles de funcionarios de todos los niveles de los Sindicatos, del Movimiento, de las Mutualidades Laborales, etc.?. Eso lo había resuelto Adolfo Suárez a golpe de Decreto: todos habían sido integrados en los escalafones de diversos Ministerios como funcionarios de los mismos, lo que les garantizaba el pan, y a Suárez la tranquilidad. (La de conciencia y la otra).

Los falangistas (los de verdad) nos habíamos quedado a la intemperie, y en un número de militantes que se parecía mucho al que tenía la Falange antes del 18 de julio de 1936. (Diez o doce mil). Ya José Antonio había dicho aquello de "bienvenidos los tiempos difíciles, porque ellos harán la depuración de los cobardes". ¡Y qué depuración! ¡y cuánto cobarde!.

Bueno, pues eso es lo que había. Pocos y encima mal avenidos, siempre discutiendo de si Franco sí o si Franco no; de "lo que pudo haber sido y no fue", como en la canción de Machín, y de que si la "Auténtica", la "Falsa", la "Independiente" o la de plástico; la "Histórica" o la "Histérica". Un horror.

A pesar de todo, funcionábamos. (Como en lo de "eppur si muove", de Galileo). Con escasísimos medios, pero funcionábamos. Nos presentábamos a todas las elecciones que se convocaban, convencidos de que no íbamos a sacar nada en limpio, salvo tener acceso a los espacios de propaganda obligatorios. Pegábamos nuestra propaganda, modestita ella, pero muy bien pegada en las paredes, aunque al día siguiente los "demócratas" ya la habían arrancado. Curiosamente, los arrancadores de carteles solo se empleaban con los nuestros, y dejaban en las paredes los de los demás partidos, que se ve que les caían mejor.

Como ya he dicho, falangistas "apuntados" éramos muy pocos; sin embargo, falangistas "in péctore" había bastantes más. Les llamábamos "in péctore" porque cada vez que te los encontrabas por la calle y les recordabas donde teníamos la sede, invariablemente contestaban lo mismo: "¡oye! ¡ya me conoces! ¡Cuando empiecen los tiros, aquí estoy yo! ". Y se daban un enérgico golpe en el esternón, (de ahí lo de falangistas "in péctore'D para que viésemos claramente que allí estaba él, dispuesto a realizar las hazañas bélicas que fuesen precisas para demostrar su acendrado falangismo. Pero de apuntarse, nada. Eso eran tonterías. Y de soltar un duro, menos.

MÁS ELECCIONES

A las primeras elecciones municipales que se convocaron, nos presentamos, a sabiendas de que no íbamos a sacar nada en limpio. Pero nuestra moral no tenía nada que envidiarle a la del Alcoyano. Yo encabezaba la candidatura por Cartagena, "sin fe y sin respeto" José Antonio dixit - pero dispuesto al menos a que la gente se enterase de que existíamos. Recorrí todas las emisoras, fui entrevistado por los periodistas locales, y, en fin, hice todas las chuminadas campestres que corresponden a un candidato como Dios manda. La verdad es que me divertí bastante, pues al carecer de toda esperanza de salir elegido, soltaba por mi boca todo lo que se me venía a las "mientes". O sea, lo que había hecho toda mi vida. Hay que reconocer que la libertad de expresión tiene sus ventajas, siempre que te dejen asomarte a un medio de comunicación, claro.

Recuerdo, por lo chusco, un acto electoral organizado por una Asociación de barrio en su sede del Ensanche de Cartagena. Nos habían invitado a los candidatos de los partidos, para que expusiéramos ante el vecindario nuestro programa municipal. Como el acto no era muy vistoso, los partidos - excepto el mío - habían mandado a los segundones de las candidaturas, con todos los cuales me senté en una especie de mesa presidencial. El público estaba compuesto casi exclusivamente por amas de casa, que seguramente habían terminado de recoger la cocina, (el acto era a la cinco de la tarde), se habían compuesto y habían acudido a oír las tremendas revelaciones que íbamos a espetarles los aspirantes al gobierno municipal.

Hablaron sucesivamente los representantes de AP, PSOE, PCE y Partido Cantonal, que expusieron solemnemente las maravillas que esperaban al honrado pueblo si les hacían la gracia de su voto. Todos ellos hablaron sentados desde detrás de la mesa. Cuando me tocó a mí el turno, me levanté muy fino y dije que ante un auditorio compuesto por tan elegantes y guapísimas señoras, no tenía más remedio que ponerme de pie. Una ovación cerrada acogió mi evidentemente populista y demagógico gesto, que cayó fatal a mis compañeros de mesa. Me contestó, algo cabreado, el representante del PSOE, Froilán Reina, un Profesor de EGB buena persona, pero sin sentido del humor, diciendo que "las mujeres del pueblo" no necesitaban esos gestos. Pero claro, lo suyo no tenía color. A las "mujeres del pueblo", como a las de la capital, les gusta que las piropeen, así que a él no le hicieron palmas.

Después de mi intervención, en la que dije que si llegaba al poder municipal lo primero que haría sería ordenar una auditoría - ya los ayuntamientos empezaban a ir manga por hombro, gastando más de lo que ingresaban - se abrió una especie de debate entre los candidatos. Uno de ellos, un chico joven del PSOE, dijo que lo que había que hacer era una política de juventud, organizando para la misma actividades, campamentos, etc.; le contesté que me parecía muy bien, pero que eso ya estaba inventado: el Frente de juventudes, al que yo había pertenecido, de lo que estaba muy orgulloso. Entonces, sorprendentemente, se levantó el candidato comunista y dijo que él también había sido del Frente de juventudes, de la Centuria "Fernando el Santo"; tras él, otros dos candidatos, para no ser menos, nos informaron de su pertenencia al Frente de juventudes, así que, mira por donde, acabé entre camaradas. No nos faltó más que cantar el Cara al Sol al finalizar el acto.

Por supuesto, en aquellas elecciones, como en las precedentes, tampoco obtuvimos mucho éxito, ni lo esperábamos: algo más de quinientos votos. Pero al menos dimos señales de nuestra existencia, que a juzgar por la contumacia con que arrancaban nuestra propaganda, molestaba a algunos.

EL 23 DE FEBRERO DE 1981 (EL 23-F, VAYA)

A partir de las primeras elecciones municipales, en muchos Ayuntamientos de España triunfaron las candidaturas de izquierdas (PSOE y PCE), sin que Cartagena se librase de tan glorioso evento: La mayoría absoluta fue para el PSOE, aunque quedaron algunas concejalías para UCD y AP Recuerdo a los animosos (y recién inventados) militantes del PSOE gritando en la plaza del Ayuntamiento, llenos de júbilo : ¡Cartagena es roja!. La verdad es que no se portaron mal. Aparte de éstos gritos anacrónicos, disculpables, dados los cuarenta años en que sus ancestros no habían podido mojar en el chocolate, se limitaban a silbar cuando pasaban en grupo frente a nuestra sede y nuestra enorme bandera roja y negra, sin pasar a mayores.

Cuando fue nombrado el Alcalde, se vio que aquello venía en plan pacífico y, en cierto modo continuista, al menos en cuanto a las personas; en efecto, el primer Alcalde socialista de Cartagena, Enrique Escudero, había sido locutor de Radio Juventud (de la cadena Azul de Radiodifusión del Movimiento), que al terminar las emisiones por la noche decía aquello de

¡gloriosos caídos por Dios y por España! ¡presentes! (y a continuación sonaba aquél "pópurrí" del Oriamendi, el Cara al Sol y el Himno Nacional). Así que la cosa no era para preocuparse mucho. El peligro estaba conjurado. Eran rojos de mentirijillas.

Por cierto con Enrique Escudero, a poco de tomar posesión de la Alcaldía, nos ocurrió una anécdota muy divertida. Una noche en que, acompañado de varios concejales socialistas se dirigía al Ayuntamiento, seguramente a un Pleno, al pasar frente a nuestra sede, situada como he dicho en la calle Mayor, coincidió con nuestra salida de una reunión. Entre los que saliamos estaba Paco Banegas, que tenía amistad con Escudero de los tiempos del Frente de Juventudes. Se pararon ambos a hablar, mientras los compañeros de Escudero, un poco apartados, lo esperaban. Al despedirse, Paco Banegas, que era imprevisible, levantó el brazo y le dijo: ¡bueno, adiós! ¡arriba Españal. Escudero, cogido de improviso y mirando de reojo a sus compañeros, que estaban a su espalda, levantó tímidamente el brazo derecho hasta la cintura y contestó en un susurro: ¡arriba siempre!. (Para los lectores más jóvenes hay que aclarar que esa era la fórmula tradicional de despedida entre dos falangistas).

Con la izquierda en el poder municipal, el Ayuntamiento de Cartagena se desmadró. Cada partido politico tenía su despacho, en el que "despachaban" los concejales correspondientes. Recuerdo que el del Partido Comunista se ocupaba de las cuestiones urbanísticas; estaba adornado con retratos de las momias comunistas más renombradas: Marx, Lenin, La Pasionaria, etc., y los despachantes lucían hermosas barbas, acordes con las rígidas normas de la progresía triunfante. Los asuntos urbanísticos a resolver se atrancaban como antes, pero ellos disfrutaban en sus despachos como niños.

Sin embargo, no todo el monte era orégano. Pronto, muchos ayuntamientos gobernados por la Izquierda e incluso por UCD (aquello hacía chiquito el pie) se dedicaron al bonito deporte de quitar monumentos a los Caídos, estatuas, monumentos varios, etc. del antiguo Régimen (deporte en el que por cierto siguen empecinados con una contumacia digna de mejor causa).

En Mota del Cuervo, provincia de Cuenca, había uno de los escasísimos monumentos a José Antonio levantados durante el Régimen de Franco. Fue erigido en conmemoración de un mitin que dio en dicho pueblo, creo recordar, en 1935.

Pues bien, el Ayuntamiento de Mota del Cuervo, para estar "a la páge", decidió un buen día cargarse el monumento (un modesto busto) de José Antonio, so pretexto de "remodelación de los jardines públicos". (La Izquierda nunca va por lo derecho. Claro, sería un contrasentido).

En vista de tan torticera iconoclastia, nuestro Jefe Nacional, a la sazón Raimundo Fernández Cuesta, decidió organizar un acto de desagravio a José Antonio, fijando dicho acto para el día 22 de febrero de 1981, domingo.

Así que el día 22 de febrero nos concentramos en Mota del Cuervo unos mil quinientos falangistas, hombres, mujeres y algunos chavales, procedentes mayoritariamente de Madrid, pero también de provincias limítrofes o cercanas. De Cartagena también se desplazó un pequeño grupo, al que me uní - yo venía de Madrid, donde había estado el fin de semana - con mi mujer y mi hija Cristina. El acto de desagravio se celebró sin incidentes, y una vez terminado, la concentración se disolvió, regresando cada cual a su procedencia.

Ésta concentración, que por puñetera casualidad organizamos el 22 de febrero de 1981, fue relacionada días después con el golpe militar del día siguiente por el famoso rotativo del PSOE "El Socialista" (de tirada, como se sabe, similar al "New York Times"), el cual con grandes titulares, publicaba una fotografía de unas niñas como de diez o doce años, con camisa azul, en la concentración de Mota del Cuervo, bajo la siguiente leyenda: "¡La Extrema Derecha preparaba el golpe militar!". (Y dale con la Extrema Derecha).

Como se ve, la sentencia de la Biblia se cumple rigurosamente: "Stultorum numerus infinitus ese" (el número de los tontos es infinito).

ANTECEDENTES DEL GOLPE MILITAR

Los últimos años setenta y primeros de los ochenta fueron bastante inquietantes; la ETA multiplicaba sus atentados, especialmente contra la Guardia Civil, la Policía y los militares en general. Los entierros de las víctimas se celebraban poco menos que de tapadillo, y la indignación crecía en las Fuerzas Armadas, que no veían en el Gobierno de UCD una clara decisión de acabar con el terrorismo. Por otra parte había sido legalizado el Partido Comunista, cosa que en el Ejército había caído bastante mal; aún había en activo un gran número de militares de alta graduación que había participado en la guerra civil, y no veían claro el futuro, entre un separatismo cada vez más descarado y un Partido Comunista que rápidamente se había convertido en la tercera fuerza política en el Parlamento.

El panorama laboral tampoco era especialmente brillante: se sucedían la huelgas y los conflictos, y el paro crecía alarmantemente.

La situación era tan tirante entre los militares y el Gobierno, que las presiones de aquellos acabaron por forzar la dimisión del Presidente del Gobierno, el "converso" Adolfo Suárez, cuya UCD no necesitaba de éstos estímulos para comenzar su descomposición, acelerada por los muchos ambiciosos que componían la cúpula del partido.

Por aquellas fechas se produjo también la afrenta al Rey en la Casa de juntas de Guernica por los energúmenos de Herri Batasuna, que todos pudimos ver por TVE, y que fue una afrenta a toda España.

Con éstos antecedentes, estaba preparada la elección del nuevo presidente del Gobierno en el Congreso de los diputados para el día 23 de febrero de 1981.

EL 23-F PROPIAMENTE DICHO

Desde primeras horas de la mañana del lunes 23 de febrero de 1981, una megafonía seguramente en fase de pruebas - también es casualidad - instalada en el Parque de Artillería de Cartagena, atronaba el aire con marchas militares. Yo, que vivía justamente en la plaza de Juan XXIII y las ventanas de mi dormitorio daban al enorme patio del cuartel, no di mayor importancia (seguramente no tenía relación alguna con lo que iba a suceder por la tarde) al concierto en cuestión; por otra parte, estaba acostumbrado a que todos los días me despertase el toque de diana "alegre y español", que sonaba en el patio del cuartel de buena mañana, así que me arreglé y me fui a trabajar. Aquél fue un día tranquilo de trabajo, porque a las seis y media de la tarde me marché de mi despacho, llegando minutos después a mi casa. En el portal estaba Pencho, el conserje del edificio, muy alterado; en cuanto me vio, me dio la noticia: ¡Don Fernando, la Guardia Civil ha entrado en el Congreso, se ha liado a tiros y ha matado a doscientos!. Como Pencho, además de ser una de las mejores personas que he conocido en mi vida, era un tanto catastrofista, no me impresioné demasiado, y subí a mi casa para confirmar tan luctuosa noticia.

Mi hijo Fernando, que estaba estudiando en su cuarto, y que a la vez estaba siguiendo por la radio la votación en el Congreso, había tenido el reflejo de, al oír el primer barullo que se organizó al entrar Tejero en el hemiciclo, conectar la grabadora de la radio, con lo que grabó el suceso íntegro, incluidos los tiros. Me puso la grabación completa: "¡quieto todo el mundo! ¡al suelo! ¡al suelo!" etc, y los tiros sueltos, más algunas ráfagas de sub-fusil. Eso es

la ETA, que ha entrado en el Congreso, opinó mi hijo Fernando. Yo, con más veteranía, opiné justamente lo contrario: eso es la Guardia Civil. La continuación de la grabación era más tranquilizados: no se oían ayes lastimeros, y alguien, con voz de barítono acostumbrado a mandar, organizaba el acojonamiento de sus señorías, algunas de las cuales se fueron por la patilla, según se supo después. (No era para menos).

Inmediatamente intenté llamar por teléfono al Jefe Provincial de FE de las JONS de Murcia, Miguel Hernández Cegarra, para ver si sabía algo de lo que estaba pasando; tarea inútil: el teléfono se había vuelto sordomudo, y ni siquiera daba la señal para comunicar. En la calle no se notaba absolutamente nada: la gente iba y venía como si tal cosa, y daba la impresión de que la mayoría no se había enterado de lo que pasaba. La Televisión, (entonces solo existía la pública) no tenía imagen, pero sí sonido, consistente en marchas militares, que se sucedían unas a otras sin que ningún locutor apareciese en pantalla para explicarnos nada. La radio, tres cuartos de lo mismo, aunque sobre las siete o siete y media de la tarde emitió el bando de la Capitanía General de Valencia - cuya jurisdicción militar alcanza a Cartagena - con lo que nos dimos por enterados de que el Ejército controlaba la situación. Poco a poco las calles se fueron despejando, aunque más que por efecto del bando, porque en Cartagena, en invierno y a partir de las nueve de la noche, la gente se recoge en sus casas, y las calles se quedan medio desiertas.

Como el teléfono no servía para nada y no había forma de comunicar con nadie, los camaradas empezaron a presentarse en mi casa, esperando instrucciones para no sabían qué. Yo, por si acaso, y como el Secretario Local, Paco Banegas, era uno de los que estaban presentes, le di dos órdenes: la primera, que a partir de aquél momento, quedaba suspendida la admisión de afiliados, y la segunda que se acercase a nuestra sede y retirase el exiguo fichero de militantes. La suspensión de admisiones era porque si todo aquello venía "a favor", al día siguiente habría bofetadas por apuntarse otra vez a Falange, como en 1939; y la segunda, porque si venía "en contra" era prudente no dar facilidades a los presuntos "depuradores", que no faltarían.

A última hora de la noche, antes de que saliera el Rey en pantalla dando orden a los militares "pronunciados" de volver a sus cuarteles, conseguí por fin hablar por teléfono con mi hermano Diego, que era en aquellos momentos el Subjefe Nacional de FE de las JONS, y que me contó lo que sabía de primera mano: nuestro Jefe Nacional Raimundo Fernández-Cuesta, que era Ministro Togado de la Armada en la reserva, aprovechando su graduación se había personado en el Congreso, que es donde estaba el mogollón, y allí le habían contado - con Tejero aún dominando la situación en el interior - que todo se reducía a una especie de pronunciamiento de varios generales monárquicos, que en cuanto el Rey lo ordenase, (como así fue) volverían a sus cuarteles. Efectivamente, mi hermano tenía una información exacta, porque media hora después el Rey salía en pantalla y acababa con el pronunciamiento, aunque todo el mundo opinó que tardó mucho en ello. Luego se justificó la tardanza porque se dijo que estuvo previamente hablando con todos los Capitanes Generales para asegurarse su lealtad.

Tras la intervención del Rey, todos nos fuimos a dormir, con la sensación de que en aquél rompecabezas faltaban piezas; pero no éramos nosotros quienes tenían que encontrarlas. El mal llamado golpe militar del 23-F - en realidad no pasó de ser un pronunciamiento militar de los que tanto abundaron en el siglo XIX -fue absolutamente incruento, salvo el trocito de escayola que le dio al diputado Sagaseta en la nariz tras los disparos de los Guardias al techo del hemiciclo, y las diarreas desencadenadas entre algunas de sus señorías, que curaron sin secuelas.

En Valencia, único lugar en que se notó presencia militar en las calles, los carros de combate que se dieron un paseo por la ciudad lo hicieron parándose en los semáforos, igual que los taxis, por lo que aquello se pareció más a unas maniobras urbanas que a un golpe militar.

LAS SECUELAS DEL 23-F Y LA POSTERIOR ORGIA DE "GOLPES", MAS O MENOS COMPROBADOS

A partir del 23 de febrero de 1981, se desató una auténtica caza de brujas por parte de la prensa amarilla y de los pretendidos "periodistas de investigación", que todos los días descubrían tramas terroríficas para "acabar con la Democracia". Naturalmente en sus elucubraciones intentaban siempre involucrar a lo que ellos llamaban, con la simplicidad de los necios que les caracteriza, "la Extrema Derecha", en la que incluían a la Falange, (de la que nunca se han molestado en estudiar su ideología, que está en las antípodas de la Derecha y de la Extrema Derecha), y a miembros del Ejército.

Se puso de moda bautizar los golpes como el del 23-F: así tuvimos el 24 J, el 27-0, etc. Algunos de ellos rozaban el delirio, como aquello de los militares que se dejaban una cartera conteniendo todos los documentos del golpe, con listas de los golpistas, en el portamaletas de su coche, olvido que aprovechaban los agentes del CESID (me los imagino corriendo de árbol en árbol, con pasitos cortos como la Pantera Rosa) para abrir el portamaletas mientras los conspiradores se tomaban unos vinos, fotografiar los documentos y dejar otra vez la cartera en su sitio. De película del agente 007, o de la Pantera Rosa, según se mire. Y es que no se puede ir tanto al cine.

LA FALANGE SE RENUEVA, Y LA CONJURACIÓN DE LOS NECIOS INTENTA INVOLUCRARLA EN GOLPES IMAGINARIOS

En 1983 se celebró la Asamblea General de militantes de FE de las JONS, en la que Raimundo Fernández-Cuesta (cuyo mandato terminaba aquél año) renunció a presentarse a la reelección, por lo que procedía el nombramiento de un nuevo Jefe Nacional. El nombramiento recayó en mi hermano Diego Márquez, por inmensa mayoría de los votos emitidos por los compromisarios procedentes de todas las provincias; tras el nombramiento de nuevo Jefe Nacional, se renovaron todos los cargos, y una nueva generación falangista tomó el relevo de la anterior. No diré que éramos mejores ni peores que aquellos a quienes relevábamos, pero sí que, al ser más jóvenes, pertenecíamos a la generación falangista que cuestionó al Régimen de Franco fundamentalmente por el escamoteo que éste hizo de la Revolución, al dejarla en "grado de frustración", por decirlo en lenguaje jurídico. Este "no franquismo" nuestro (jamás lo llamaré antifranquismo, no sea que nos identifiquen con tantísimo gilipollas) nos permitía desenvolvernos en los nuevos tiempos con más soltura que a los falangistas "franquistas", demasiado inmersos en la nostalgia de un Régimen fenecido sin remedio.

Esta Falange renovada en 1983, libre de ataduras al antiguo Régimen, no gustó nada a la Prensa amarilla, que rápidamente preparó sus baterías para tratar de hundirla.

En efecto, en el verano de aquél mismo año, la revista Tiempo, que entonces dirigía el inefable Julián Lago con su peluquín, publicó un reportaje sensacionalista, al que dio los honores de portada con una foto a todo color bajo el título de "Falange se echa al monte". En el interior de la revista aparecía un reportaje delirante, en el que se relataba que la Falange preparaba, para el Curso académico que se iba a iniciar en octubre, un asalto a la Universidad, para lo cual había organizado un campamento en Candelario (Salamanca) en el que había estado entrenando comandos armados, con la colaboración de militares, que acudían en jeeps con las armas y una vez terminado el entrenamiento recogían éstas y los casquillos de la munición, (que ya es tarea) y se largaban con viento fresco. (El reportaje no aclaraba qué coño íbamos a hacer en la Universidad después de tan rocambolesco asalto: si dar clases de tiro a los bedeles o tontear con las niñas de Filosofía, como en los buenos tiempos). El reportaje contenía un sinfín de estupideces más, y unas cuantas fotografías, con

su correspondiente explicación: en una aparecía Diego, sentado alrededor de una mesa con los mandos del campamento hablando de sus cosas, y el pie de la fotografía decía: "el jefe Nacional, dirigiendo las maniobras militares". En otra se veía a un muchacho con un pacífico perro, y el pie de la foto rezaba: "los falangistas tienen perros adiestrados para atacar".

Aunque el reportaje, de puro imbécil, carecía de todo atisbo de credibilidad, hizo su daño, pues "calumnia, que algo queda"; así que no hubo más remedio que acudir a los Tribunales y demandar a la revista Tiempo. Por supuesto, la justicia dio la razón a Diego, pero la sentencia firme del Tribunal Supremo se obtuvo casi diez años después de la demanda, con lo cual a Julián Lago le dio tiempo a cambiar de revista y de peluquín, perdiéndose la ejemplaridad de la condena.

También, y por las mismas fechas, la revista Interviú publicó otro reportaje involucrándonos en uno de los muchos "golpes" (existentes solo en la imaginación de algunos meritorios del periodismo amarillo) que eran descubiertos por los esforzados reporteros; naturalmente se les llevó a los Tribunales, que condenaron a la revista, aunque con el retraso tradicional de la justicia española, de la que se puede decir que casi siempre es justa, pero más lenta que el caballo del malo.

A pesar de tantísimo cabrito (y les quito muchos años) como nos atacaba, la Falange en aquellos años crecía y se consolidaba, e incluso obtenía bastantes concejales en las elecciones municipales de muchos pueblos.

Yo fui nombrado jefe Territorial de las provincias de Murcia y Albacete, cuyos jefes Provinciales eran dos magníficos falangistas: Miguel Hernández Cegarra y Ventura Abellán. En la jefatura Local de Cartagena me sucedió Manolo Roig Serrano de Pablos, inmejorable como médico, como falangista y como persona, así que la Falange de la antigua región (Murcia y Albacete) tenía futuro y prestigio. (no le faltaba más que dinero).

Pero a pesar de nuestra absoluta pobreza, concurríamos a todas las elecciones que se convocaban: Generales, Autonómicas y Municipales, y al menos nos hacíamos oír en los medios que estaban a nuestro alcance, dando a conocer nuestras ideas.

En todas las poblaciones importantes de las provincias de Murcia y Albacete teníamos jefaturas Locales, con bastantes militantes, sobre todo en las capitales; de vez en cuando celebrábamos reuniones con la vecina jefatura Territorial de Valencia, que también contaba con gran número de jefaturas Locales en sus tres provincias.

La Falange demostró que a pesar de los ataques e insidias que se nos lanzaban tanto desde la Derecha como desde la Izquierda, habíamos sido capaces de resurgir sin contar con la ayuda de nadie, sino más bien todo lo contrario.

Los más indignantes eran los ataques procedentes de la Derecha; esa Derecha que estuvo en el poder absoluto con Franco cuarenta años, y que a la muerte de éste, no "le guardó el luto" ni cinco minutos, apresurándose a "chaquetear" de la manera más vergonzosa; aquello recordaba mucho a lo que hicieron tantos monárquicos con Don Alfonso XIII cuarenta y cuatro años antes.

Vivir para ver.

En 1986 se inauguró la sede de Falange Española de las JONS en Bilbao. Allí, un puñado de jóvenes falangistas, que antes constituían el Círculo José Antonio de Bilbao, mandados por Santiago Pisonero, se habían empeñado en que también resurgiese la Falange en las Vascongadas, contra viento y marea y contra todo pronóstico. Y en efecto, no solo lo consiguieron, sino que asimismo lograron abrir un local en una calle céntrica de Bilbao, a base de rascarse el bolsillo. A la inauguración del local, además del jefe Nacional y demás

Mandos Nacionales, asistió una abundante representación de falangistas de toda España, para "arropar" a los camaradas bilbaínos, que estaban "solos frente al peligro". De Cartagena nos desplazamos ocho camaradas: recuerdo a Carlos León, Fulgencio Segado, Pascual Sánchez Máiquez, Antonio Macián, Javier... En total, de toda España acudimos alrededor de ochocientos, que nos alojamos en hoteles y pensiones.

Después de la inauguración del local, cenamos y nos dimos una vuelta por Bilbao, sin despojarnos de nuestra camisa azul, "alegre y postinera", como decía la cancioncilla. La gente nos miraba como si viera visiones, pero nadie se metía con nosotros. A eso de las once de la noche, los cartageneros nos retiramos a nuestra pensión, salvo el camarada Macián y yo, que nos fuimos a tomar una copa en un bar de aspecto abertzale. Nuestra entrada en el bar, con las camisas azules "al viento", fue acogida con miradas más bien torvas por los parroquianos, que se tocaban con enormes boinas negras encasquetadas hasta las orejas; pero una vez pasada la sorpresa, se sumergieron en el consumo de sus "chiquitos", no sin dejar de mirarnos de reojo. Nosotros dos, en la barra, pedimos un par de copas de coñac, momento que aprovechó Antonio Macián para decir en voz alta que "España es lo más grande, hombre". Yo asentí con la cabeza, sin perder de vista a los de las boinas, que se hacían los locos y miraban para otro lado. Antonio repitió su aseveración de que "España es lo más grande, hombre", ésta vez en voz más alta. Los de las boinas se concentraron una vez más en sus "chiquitos", sin mirarnos. Luego, Macián dio un par de vivas a España, semi-contestados tímidamente por algunos de los "emboinados", y tras pagar, nos humos del bar. Hay que aclarar que Antonio Macián tiene un complexión muy robusta, que incita poco a llevarle la contraria. Una vez fuera del bar, se empeñó en que entrásemos en otro, a tomar la última copa. Le pedí por su madre que no repitiese el número, pero le había cogido gusto al asunto, y lo repitió, también con éxito, pues nadie nos llevó la contraria. Finalmente conseguí que se metiera en la cama - era mi compañero de cuarto - donde inició un interesante concierto de ronquidos, durmiéndose con el sueño de los justos.

Al día siguiente, que era domingo, nos concentramos en la glorieta Elíptica los ochocientos falangistas que habíamos acudido a Bilbao; desde allí, y con una enorme bandera española (sin escudo, para evitar polémicas) al frente y bajo la lluvia, iniciamos una marcha pacífica ("paseo cívico" es como le llamamos para que nos dieran el permiso) y en silencio por la Gran Vía; dimos una vuelta a toda la ciudad, incluidos los barrios tradicionalmente batasunos, y regresamos otra vez a la glorieta, donde tras cantar el Cara al Sol (con gran contento de los Guardias Civiles que custodiaban el Gobierno Civil) nos disolvimos, para entrar en el Hotel Carlton, donde celebramos un acto político. La verdad es que no tuvimos el menor incidente durante los dos días que estuvimos en Bilbao; todos regresamos sin novedad a nuestras ciudades de origen, con el agradecimiento de los camaradas bilbaínos, que al menos aquellos dos días no se sintieron solos.

Cuando relato ésta concentración falangista en Bilbao y nuestro "paseo cívico" por la ciudad con la bandera de España, hay gente que me dice que eso fue una provocación. Hemos llegado en "éste país" a tal grado de extravagancia y gilipollez, que exhibir la bandera española en España se considera una provocación. Seguramente es que estamos equivocados, y lo que deberíamos exhibir es la bandera de Islandia, para no provocar.

En noviembre de 1989, con 59 años de edad, pasé a engrosar las filas del paro. Mi empresa, que ya había cerrado casi todos sus establecimientos en España, decidió que "para poca salud, ninguna", y en 1988 comenzó el desmantelamiento de las instalaciones en Cartagena y en la Unión; primero se deshizo de los talleres de La Maquinista de Levante, para seguidamente ceder a otra Empresa (Portman-Golf) las explotaciones mineras de la sierra de Cartagena-La Unión y todos los terrenos afectados a dichas explotaciones (24 millones de metros cuadrados) situados en los términos municipales de Cartagena y La Unión. Únicamente conservó (aunque por poco tiempo) la Fundición de Santa Lucía, situada junto al Puerto y en la barriada del mismo nombre.

La causa principal del cierre (que acabó en una suspensión de pagos) fue la crisis irreversible de la minería en general y de la minería del Plomo en particular; y como causas añadidas, el acoso a que fue sometida irreflexivamente por las distintas Administraciones, (Central, Autonómica y Municipal) por los ecologistas y por los Sindicatos, que en vez de intentar ayudar a mantener los puestos de trabajo, se dedicaron con gran porfia a ver quien "daba por saco" con mayor brillantez, consiguiendo finalmente que Peñarroya tirase la toalla y se marchase con viento fresco a países menos conflictivos o más inteligentes. Las empresas creadas "ad hoc" para recoger los despojos y "vestir el muñeco" tardaron poco en desaparecer, y como siempre ocurre, la plantilla fue la que se quedó a la intemperie, o sea, en la puta calle.

Ni que decir tiene que los dos últimos años de mi vida laboral - abogado de una empresa abocada al cierre - no fueron precisamente la Feria de Sevilla, por poner un ejemplo de cosa agradable y divertida. Por el contrario, fueron dos años para olvidar: todo eran conflictos, huelgas, plantes, multas..., así que el paro fue un auténtico bálsamo para tan ajetreado final.

Por pura profesionalidad, terminé los asuntos que Peñarroya tenía pendientes en los distintos Organismos y Tribunales, y me trasladé a vivir en Madrid, de donde había salido, con mi maleta y mi gabardina, un lejano día de noviembre de 1956, es decir, treinta y tres años antes.

Durante los dos años en que percibí las prestaciones por desempleo, y dado que dicha percepción es incompatible con el ejercicio de la profesión, aproveché para hacer una Diplomatura de Derecho Comunitario Europeo en ICADE; después ejercí como abogado varios años, hasta que, perplejo y estupefacto de ver cómo funciona la justicia en ESTEPAIS (de soltera España), no pude resistir tanta maravilla y decidí colgar la toga, que había vestido durante cuarenta años.

En cuanto a mi actividad política, la dejé en suspenso en 1989; después se han producido lamentables escisiones en Falange Española de las JONS, que han hecho perder a ésta importancia y operatividad.

Confío en que algún día se imponga la cordura, y todos los falangistas comprendan que con las subdivisiones "ad infinitum" solamente se va al desastre y finalmente a la desaparición, cosa que no debemos permitir que ocurra, pues la Falange, con todas sus virtudes y defectos, con todos sus aciertos y errores, es con absoluta seguridad la ideología más limpia que ha conocido España en el siglo veinte.

CONSIDERACIONES FINALES, O HABLANDO CONMIGO MISMO

Después de sesenta y seis años militando en la Falange (desde los seis hasta los setenta y uno, que ya es contumacia), he llegado a la conclusión de que "algo tiene el agua cuando la bendicen". Seguramente cuando "me apuntaron", a los seis añitos, yo no era consciente en absoluto de en lo que me estaba metiendo; y está claro que luego, pasados los años, y ya responsable de mis actos, tuve mil ocasiones y pretextos para abandonar tan incómoda y poco rentable ideología, como han hecho tantos y tantos. Allá ellos. Pienso que a algunos les quedará por lo menos algo del estilo y "modo de ser" que debieron aprender en la Falange, y consciente o inconscientemente lo ejercitarán allí donde estén. Será lo mejor que tengan en sus vidas.

Lo que pasa es que esto de ser falangista no trae más que incomodidades y problemas, y desde luego, dinero ninguno. Y menos ahora, en que los falangistas hemos quedado como los únicos y extraños seres que inventaron y mantuvieron el franquismo durante cuarenta años. Al parecer, los teníamos como el caballo de Espartero, pues mantuvimos un Régimen abominable (la oprobiosa Dictadura) casi medio siglo, contra la voluntad del resto de los españoles y del resto de la humanidad. Hacen falta cataplines para eso, ¿eh?

La verdad es que cataplines no nos faltaron nunca, pero no fue precisamente por eso. Al franquismo lo sostuvo, con la anuencia y el aplauso de casi todos los españoles, la Derecha (política y económica) que nunca ha dejado de estar en el poder. Esa Derecha que cuando le convino se vistió de camisa azul - eso duró poco - y en cuanto vinieron mal dadas (allá por 1945), se vistió de lo que hiciera falta para no perder comba.

Nosotros, con una ingenuidad (la famosa "ardorosa ingenuidad' rayana en la estulticia, nos dejamos manejar por el Régimen (la Derecha), que se apropió de nuestros símbolos y consignas más retóricas, pero que relegó al último lugar del olvido lo único que realmente justificaba la existencia de la Falange: la Revolución Nacionalsindicalista. Bien es verdad que no es que se olvidase de ella; es que la "nombró" tanto que la dejó hecha unos zorros sin estrenarla. La convirtió en un tópico que devino en otro tópico: la Revolución pendiente, que esa es otra.

Y así andamos, que en esto de la Revolución yo ya no sé "si soy de los nuestros"; como diría el famoso Ramonet, "hasta vergüenza me da de nombrarla".

Y es que las revoluciones no hay que nombrarlas; hay que hacerlas, sin amagar tanto. Y no la hicimos, que es nuestro pecado. Y en el pecado llevamos la penitencia.

Pero no es mi intención filosofar, y menos a estas alturas de la vida. Lo que sí quiero dejar claro es que a mí la Falange me hizo ser como soy, y estoy muy satisfecho de ser como soy. En la Falange aprendí - al menos aprendí a intentarlo siempre - a ser honrado conmigo mismo y con los demás; a no tolerar la injusticia, ni el abuso de los poderosos; a hacer lo que tengo que hacer, me apetezca o no; a decir la verdad, duela a quien duela; a ser leal a mis convicciones y a mis amigos hasta la muerte; a amar a España a pesar de muchos españoles; a ser leal a la ideología falangista, aunque hoy cotice a la baja; y a muchas cosas más que configuran mi forma de ser, y que no voy a seguir poniendo aquí, porque también aprendí a no vanagloriarme en demasía de mis presuntas virtudes.

Así que, al menos, a mí la Falange sí que me "revolucionó" personalmente, y por ahí es por donde deben empezar las Revoluciones como Dios manda.

Y hemos llegado al final. Yo no he tenido que descargar mi conciencia, como otros - ellos sabrán por qué - pues mi conciencia está limpia como una patena. Me he limitado a descargar mi memoria política en el ámbito en que me desenvolví. Otros, con más autoridad y perspectiva que yo, podrán escribir la historia de la Falange y sus vicisitudes con el Régimen

de Franco, cosas complicadas donde las haya; pero alguien debería hacerlo, y no dejar ésta tarea a nuestros enemigos.

Fotos del libro "Un falangista de filas"

Fermín Hornillo Manzanares

Manuel Hornillo Manzanares

Isidro Márquez y Ramírez de Arellano con sus oficiales

Con mi escuadra en un campamento volante en La Salceda (Segovia). 1946.

Con mi escuadra en un campamento volante en La Salceda (Segovia). 1946.

Con mi escuadra en un campamento volante en La Salceda (Segovia). 1946.

Con mi escuadra en un campamento volante en La Salceda (Segovia). 1946.

Mandos de la Guardia de Franco de Madrid

En el cementerio de Aravaca, poniendo una corona de laurel en la tumba de Ramiro Ledesma Ramos, que descansa en una fosa común junto a varios cientos de personas más, fusiladas por los rojos en octubre y noviembre de 1936. 1951.

El Escorial, Curso de Mandos del SEU, diciembre de 1951.

En la base aérea de Getafe ante un C-3 Douglas. 1951.

El Escorial, Curso de Mandos del SEU, con Félix Izquierdo y Fernando Elena. 1951.

El Autor entre dos futuros "disidentes": Eugenio Martínez Pastor y Gabriel Elorriaga.

La Tuna de Derecho marcha por la calle de San Bernardo, diciembre de 1951.

Los panderetas de la Tuna alegran con sus repiqueteos los pasillos del Ministerio de justicia en Madrid.

La Tuna de Derecho entrando en el Palacio del Pardo, diciembre de 1951.

La Tuna Universitaria de Derecho visita la casa del diario ARRIBA.

Poniendo una corona de laurel en la fosa común de los asesinados en Paracuellos el 7 de noviembre de 1936 (entre ellos, mi tío Amador Martín). En total fueron asesinadas más de 10.000 personas en Paracuellos del Jarama con la eficaz ayuda de las Brigadas Internacionales.

El jefe Nacional del SEU, Jorge Jordana, pone una corona de laurel en la tumba de Matías Montero, primer seuísta asesinado por los rojos en 1934.

9 de febrero de 1952. Homenaje a los Caídos en la lápida de la Universidad Central de Madrid. Colocando la corona: José Antonio Elola, Delegado Nacional del FJ y Jorge Jordana, jefe Nacional del SEU; en primer término, junto al Autor, Luis Teigell, jefe Provincial del SEU.

En Solórzano, Santander; en el centro, Nicolás Murga, Lugarteniente General de la Guardia de Franco.

El Pueyo de jaca, Pirineos, con Eusebio Gamo y mí hermano Diego.

Navacerrada, con Gabriel Elorriaga, Eugenio Martínez Pastor y Raúl Chavarri Porpeta. 1952.

La Centuria 20 desfilando por el Paseo de Rosales en Madrid. 1955.

Formación en la calle Quintana de Madrid. 15 de mayo de 1956: VII Aniversario de la Centuria 20.

Viaje a Italia; al fondo el "Bólido" con el que recorrimos el país a 60 km. por hora. 1957.

Giulino di Mezzegra. Al fondo grupo de "Carabinieri" que acudieron para protegernos de la anunciada "agresión" comunista. Al fondo puede verse nuestro "Bólido". 1957.

Pepe Aragón, Manolo Puente y el autor, poniendo unas flores en el lugar donde fue asesinado Mussoloni, en Giulino di Mezzegra, julio de 1957

En el Campo 10° de Musoco (Milán), colocando una corona de laurel en la tumba a los Caídos del RSI, julio 1957.

Publicada en el "La Legione", Milán 24 de julio de 1957, órgano de prensa de la "Federazione Nacionale Combattenti Repubblica Sociale Italiana. Musocco, Campo 10° Depositando una corona de laurel con los colores españoles.

Publicada en el "La Legione", Milán 24 de julio de 1957, órgano de prensa de la "Federazione Nacionale Combattenti Repubblica Sociale Italiana. Cantando el Cara al Sol.

Publicada en el "La Legione", Milán 24 de julio de 1957, órgano de prensa de la "Federazione Nacionale Combattenti Repubblica Sociale Italiana. El General Bergonzoli pronunciando su discurso.

Publicada en el "La Legione", Milán 24 de julio de 1957, órgano de prensa de la "Federazione Nacionale Combattenti Repubblica Sociale Italiana. Frente a la tumba de los Caidos del RSI en el Campo 10° de Musocco.

Puertollano, en mí despacho de Abogado de la SMMPE en la mina Asdrúbal.

El Autor, recibiendo la Medalla de Oro a la Constancia del FJ en el Campamento de la Peñota. 8 de julio de 1959.

Los Concejales de Puertollano saludando a Franco en la inauguración de la Casa Sindical. Junto a Franco, López Bravo y Solis (minutos antes, tuve el incidente con Murga que relato en estas páginas), junio de 1966.

El Autor con los jóvenes falangistas cartageneros en Cabo de Palos, julio de 1982.

El Autor con un grupo de falangistas cartageneros: Leandro, Pencho Segado, Carlos León, Julián Galindo, Antonio Macián, Pascual S. Maíquez ... en Cabo de Palos. 1982.

Comida de Hermandad en "El Soto", Murcia. 1983.

Acto politico con motivo de la inauguración de la sede de FE de las JONS en Bilbao. 1986.

El Autor con Antonio Macián en un bar del barrio viejo de Bilbao, tras reiterar a los parroquianos que "¡España es lo más grande, hombre!". 1986.

JURAMENTO

Juro darme siempre al servicio de España.

Juro no tener otro orgullo que el de la Patria y el de la Falange y vivir bajo la Falange con obediencia y alegría, ímpetu y paciencia, gallardía y silencio.

Juro lealtad y sumisión a nuestros jefes, honor a la memoria de nuestros muertos, impasible perseverancia en todas las vicisitudes.

Juro, donde quiera que esté, para obedecer o para mandar, respeto a nuestra jerarquía del primero al último rango.

Juro rechazar y dar por no oida toda voz del amigo o enemigo, que pueda debilitar el espíritu de la Falange.

Juro mantener sobre todas la idea de unidad: Unidad entre las tierras de España, unidad entre las clases de España, unidad en el hombre y entre los hombres de España.

Juro vivir en santa hermandad con todos los de la Falange y prestar todo auxilio y deponer toda diferencia, siempre que me sea invocada esta santa hermandad.

FIRMA,

ISBN 84-96129-48-9
9 788496 129481